

World of Darkness - Mundo de Tinieblas:
EL ABOGADO DEL DIABLO
(Trilogía: "Vampiro. La Maldición de la Sangre", vol.1)
Gherbod Fleming

The Devil's Advocate
Traducción: Carlos Lacasa Martin

PRÓLOGO
Anno Domini 1093

La criatura se detuvo sobre la falda de la colina iluminada por la luna, aferrándose a la roca desnuda con las garras de las manos y los pies. El morro lobuno se echó hacia atrás, revelando unos caninos demasiado largos para su forma humanoide. Había un olor en la brisa del invierno, un nuevo aroma no demasiado lejano. Distraída por un picor, la bestia se rascó con la zarpa tras la oreja y se metió en la boca el parásito que sostenía entre las garras. Volvió a olfatear el aire nocturno. Decididamente, se trataba de un olor nuevo. No era una oveja, ni un jabalí, ni tampoco un campesino cargado de sangre. Se trataba de algo diferente.

Owain surgió desde detrás de una roca, y con el impulso de tres poderosas zancadas clavó su lanza en la espalda del Gangrel, alzando a la criatura por la fuerza del impacto. Durante unos breves instantes la bestia aferró la punta que surgía de su pecho, pero al final las fuerzas le abandonaron. Con un rugido de dolor y rabia, cayó de rodillas y se derrumbó sobre un costado.

—Cuarenta años cazando en estas colinas y soy capaz de rastrearle durante tres noches seguidas sin que notes siquiera mi presencia —escupió Owain mientras se incorporaba sobre la figura empalada y convulsa—. ¡Y te consideras un *Gangrel*! ¿Qué antiguo te eligió como progenie? —Se percató de la sangre que había salpicado

su capa oscura; la mancha no sería visible, pero se la llevó a los labios y lamíó la zona humedecida—. ¿Estaba tu sire embriagado con sangre corrupta, o puede que los años le hayan afectado? ¿Es ahora más un animal que un hombre?

El Gangrel trataba de hablar, pero la sangre que le llenaba la garganta apenas le permitía emitir un gorgoteo.

—¿Dónde está tu sire? —preguntó Owain inclinándose para acercarse al rostro de su enemigo—. ¿En la cueva profunda a una legua al oeste, cerca de los abedules? —La sorpresa y el miedo en los ojos del Gangrel le dijeron que no se equivocaba... y que el sire de aquella criatura no era muy tolerante con los fracasos—. Sí, me llevaste allí anoche —dijo sonriendo mientras daba unos golpecitos a su presa en la mejilla—. Se lo mencionaré.

Al final el vampiro caído consiguió articular unas palabras.

—B-BI-aidd... t-te... te arran-ca-cará...

Owain se incorporó y plantó una bota firmemente contra la cara de su enemigo, apretando la cabeza contra el suelo.

—Blaid. Lobo. Qué pintoresco. No tengo dudas de cómo le llaman los campesinos. ¿Crees que me destrozará? ¿Qué me arrancará un brazo detrás de otro? Quizá. —Sacó su espada y decapitó con un golpe feroz al Gangrel—. Así comienza —dijo solemne a la noche. *He estado demasiado tiempo lejos de Gales* pensó mientras las nubes ocultaban la luna y una fina llovizna comenzaba a caer. *Demasiado tiempo.*

* * *

Morgan ap Rhys entró rápidamente en el gran salón, normalmente desierto a aquellas horas de la madrugada, para encontrarse con el pelirrojo Iorwerth. Le llamó, pero éste apenas levantó la mirada mientras seguía aplicando grasa a sus botas.

—¡Ha muerto, Iorwerth! ¡Robert de Rhuddlan ha muerto!

Al oír esto Iorwerth se detuvo de inmediato.

—¿Según quién? —preguntó con los ojos entrecerrados.

Morgan ignoró el escepticismo de su hermano.

—Jinetes del norte. Fue Gruffudd el que acabó con él. Estaban atacando Degannwy y Robert trató de detener tres barcos de galeses con un solo hombre. ¡Gruffudd le cortó la cabeza!

—Responde a mi pregunta —dijo impaciente Iorwerth—. ¿Qué jinetes?

Morgan se burló de él.

–Está *muerto*. Te lo aseguro.

Iorwerth dejó las botas y el trapo en el suelo.

–¿Qué *jinetes*?

Morgan encontró la mirada del hombre que sería señor de Dinas Mynyddig, rey de Rhufoniog, cuando su padre muriera... si es que moría alguna vez. Inspiró profundamente y respondió con más calma.

–Cynwrig. Y otros.

–¿Lo vieron?

–Lo han oído.

–Oír algo no lo hace cierto.

Morgan montó en cólera y descargó el puño contra una mesa.

–¿Tienes que ser tan condenadamente cabezota?

Iorwerth se puso en pie, con los puños cerrados a los costados.

–Hasta que hable con alguien que estuviera allí, alguien que haya tocado su cadáver, no está muerto.

Aquello era más de lo que Morgan podía soportar. La casa Rhufoniog había apoyado a Robert y a su primo Hugh el Gordo, Conde de Chester, porque había sido un movimiento práctico. A Morgan nunca le había gustado. No le había hecho ninguna gracia perder las tierras del norte cerca de Rhos, y le gustaba aún menos que su familia jurara lealtad a un normando. Ahora la situación estaba cambiando, pero su hermano era demasiado estúpido como para verlo. Le aferró por los hombros.

–¡Robert está muerto, y Gruffudd está en camino! No pueden mantener Degannwy, ni Rhuddlan. Los normandos regresarán a Chester.

–Gruffudd ha *estado* en camino –corrigió Rhys ap Ieuan, su padre. El anciano había entrado en la habitación sin ser advertido debido a los gritos.

Morgan soltó a Iorwerth. Los dos hermanos estaban muy cerca, y la tensión entre ellos era palpable. Observaban en silencio a su padre mientras se acercaba. Era más viejo de lo que ningún hombre tenía derecho a ser, especialmente para un señor galés cuyos hijos esperaban sus herencias.

Rhys colocó una mano en el hombro de cada uno de los dos. Hablaba con un solo lado de la boca, una concesión a los dientes podridos que le producían un gran dolor.

–¿No os dije cuando llegaron las noticias de la huida de Gruffudd que él o Robert morirían pronto? –Le dio una palmada a Iorwerth en la

mejilla--. Gruffudd ap Cynan no es un hombre paciente, ni tampoco uno que permita que doce años de cautiverio queden sin venganza.

Morgan siempre había creído que los dos quedaban reducidos en presencia de su padre, igual que él se sentía empequeñecido junto a su hermano, que una vez había matado con las manos desnudas a tres ladrones de ganado. ¿Disminuía tanto la grandeza con cada nacimiento?

Rhys también golpeó la mejilla de su hijo menor, pero Morgan se retiró de un gesto reservado para un niño.

--No --siguió Rhys--. Gruffudd no es un hombre paciente, y tampoco uno con el que haya que actuar a la ligera. Roben *puede* estar muerto --Iorwerth sonrió ante aquel apoyo--, pero no hay motivo, todavía no, para actuar.

Morgan podía sentir el color subiendo a sus mejillas. Su padre estaba con Iorwerth.

--¡Pero ésta es nuestra oportunidad de expulsar a los normandos, de Gales!

Rhys gruñó con desprecio, como si le disgustara que su hijo pudiera ser tan obtuso.

--¿Y entonces qué? ¿Luchamos contra ellos, de modo que en vez de pagar un tributo razonable a Robert, o al Conde de Chester, estemos bajo el yugo de Gruffudd? Piensa, mi muchacho.

Morgan no tenía respuesta alguna. *Al menos Gruffudd es galés*, pensó, pero sabía que a su padre no le afectaban tales argumentos. Además, sería Iorwerth el que un día gobernara la Casa Rhufoniog. Morgan estaba resignado a su destino como guardián de un *cantref* o dos en el sur, protegiendo el reino contra las incursiones desde Powys. Tendría tierras, pero las verdaderas decisiones las tomarían su padre e Iorwerth.

--Aunque Robert esté muerto, creo que los normandos no correrán todavía hacia Chester --dijo Rhys--. Hugh vendrá, o mandará a cualquier otro. Antes que él, Guillermo el Bastardo envió a Gherbod de Fleming. Siempre hay alguien, y el truco está en estar preparado, no en apostar todo antes de saber hacia dónde sopla el viento. --Golpeó el pecho de Morgan con el dedo--. No eres el Rhodri Mawr resucitado para unir todo Gales.

Ni tú, pensó Morgan. Ni tú tampoco.

--Cuando llegue el momento --dijo Rhys--, actuaremos.

Owain estaba de pie en la oscuridad bajo la lluvia, cerca de los movimientos de tierras defensivos que se habían mantenido y ampliado a lo largo de los años. ¿Respondería el joven noble (joven comparado con la verdadera edad de Owain, al menos) al mensaje enviado por su ghoul Gwilym? Eso creía. Le había observado durante muchas noches, tanto a él como al resto de la Casa Rhufoniog. Podía distinguir el sonido de cada uno de sus corazones (calmados y regulares, furiosos y explosivos, henchidos por la emoción del sexo), y creía poder leer también sus pensamientos.

Además, confiaba en Gwilym. Había llevado a las mulas cargadas hacia la zona vacía de caza de verano, el lugar exacto donde Owain le había ordenado. No había duda de que podía transmitir un sencillo mensaje.

Sus predicciones se cumplieron cuando Morgan ap Rhys, envuelto en pieles para protegerse del frío y de la noche lluviosa, apareció caminando cuidadosamente entre las defensas embarradas de Dinas Mynyddig. Owain no sentía frío alguno.

El vampiro se movió lentamente, permitiendo al mortal que le viera a pesar de la oscuridad. Morgan parecía un poco sorprendido al encontrar a alguien donde anteriormente solo había aire, pero mientras se acercaba trató de ocultar su extrañeza.

–Tu hombre dijo que estarías aquí.

–Así es, y aquí estoy –dijo Owain, que mantenía calado su sombrero de ala ancha. No quería revelar demasiado, ni demasiado pronto, aunque el mortal le observaba con suspicacia. *Tiene motivos*, pensó.

–También dijo que tenías noticias sobre Robert de Rhuddlan –añadió Morgan.

–Solo puedo confirmar lo que ya has oído –dijo Owain–. Sufrió esa muerte de la que nadie regresa. –A pesar de la oscuridad, pudo ver cómo los ojos de Morgan se entrecerraban mientras sopesaba el valor de aquella información, procedente de una fuente desconocida–. No, no tienes motivos para confiar en mí –respondió el vampiro a la pregunta sin formular–, pero me ganaré tu confianza si me das la oportunidad. Traigo algo para demostrar mis buenas intenciones.

La mano del mortal voló instintivamente hacia la empuñadura de la espada.

–¿Sí?

Owain sonrió ante aquel altanero intento de intimidarle. *Ya habrá*

tiempo para eso más tarde, muchacho. El vampiro, con precaución exagerada, le entregó un pequeño paquete. Morgan lo desenvolvió rápidamente para encontrar un colmillo del tamaño de medio dedo, cubierto de sangre aún sin secar.

Mientras lo observaba, la lluvia comenzó a lavar la pieza.

–¿Quién eres y qué es lo que quieres? –preguntó sombrío—. Tu hombre te llamó *arglwydd*. ¿Eres un señor? ¿Cuál es el significado de... de todo esto? –dijo señalando el colmillo y el lienzo que lo había envuelto.

–Todo esto –respondió Owain imitando el gesto–, es mi modo de demostrar cómo puedo ayudar a los tuyos, a esta tierra, a ti. –La voz de Owain ya no denotaba humor alguno—. Hay una bestia vagando por tus tierras. Blaidd, la llaman los campesinos: lobo. Este colmillo es de una de sus crías, ya muerta, pero si no acabáis con este Blaidd habrá más, y los tuyos morirán.

Morgan pensó un momento en aquellas palabras.

–Siempre han circulado historias sobre el lobo.

–Y tú las has creído cuando otros dudaban. "Historias de viejos, o de madres para asustar a sus hijos molestos", las llamaba tu padre.

Morgan trató sin éxito de ocultar su sorpresa al escuchar aquellas palabras en boca de un desconocido. Owain había oído a Morgan burlarse del miedo al lobo de una sirvienta con la que se acostaba. Más tarde el vampiro también había oído cómo el joven noble había mencionado a su padre los temores de los campesinos, recibiendo una reprimenda. Owain se preguntó por un momento si había dicho demasiado, poniendo al joven en guardia; entonces comprendió que no tenía importancia. Desde el instante en que el que Morgan se había aventurado en la noche fría y lluviosa para reunirse con un completo desconocido ya era suyo, y ahora solo restaba empezar a recoger el sedal.

–Escucha atentamente –le dijo con gran urgencia. Se desvaneció en el aire tras dar unas escuetas instrucciones, dejando a un Morgan atónito que apenas alcanzaba a comprender lo que estaba sucediendo.

* * *

Las nubes dieron paso a las estrellas y a la luna, y el amanecer llegó frío y brillante. Mientras mascaba un bizcocho frío y esperaba a Gwilym en el extremo del bosque, como se le había dicho, Morgan no

podía dejar de preguntarse qué clase de hombre era aquel extraño que se desvanecía con tanta premura en la noche. Su audacia le enfurecía, sobre todo porque, por lo que había podido discernir en las sombras y con aquel sombrero, se trataba de un joven. Sin embargo, sus palabras no habían sido las de un mozalbete: poseían una autoridad inherente que esperaba obediencia... de un modo muy similar a su padre.

Se había preparado para olvidar aquellas frases arrogantes e ignorar las instrucciones del extraño, pero había cambiado de opinión por dos motivos. Aquel misterioso visitante había citado palabra por palabra la respuesta que Rhys le había dado con respecto a sus miedos sobre el lobo. ¿Cómo era eso posible? No parecía el tipo de hombre con el que su padre tuviera relación.

Y también estaba el colmillo.

–Sécalo y exponlo a la luz del sol –le había dicho. Morgan lo había hecho a primera hora de la mañana, y el diente se había convertido en polvo en su mano. ¿Un mero truco? Quizá, pero merecía la pena investigarlo. Si lograba librar a las tierras de su familia de la bestia...

Así que esperó, con una lanza y una antorcha como se le había instruido.

–Teme al fuego –había dicho el extraño–. Además, la bestia será lenta durante el día, incluso en su cueva. Atácala al mediodía y tendrás una oportunidad. Atraviesa su corazón con la lanza, pero recuerda que debe ser el corazón; espera hasta que me reúna contigo al anochecer.

¿Qué clase de hombre es?, se preguntaba.

Gwilym apareció. Era un hombre bajo e impassible, probablemente del sur de Gales, a decir por el acento de las pocas palabras que había pronunciado. Dirigió al noble hacia el este, alejándolo de Dinas Mynyddig, saliendo del bosque y adentrándose en las montañas despiadadas. Mantuvieron un ritmo asesino durante varias horas sin pronunciar palabra alguna, mientras el sudor emitía un vapor claramente visible. Se detuvieron justo antes del mediodía.

–Mi *arglwydd* me ordenó que no fuera más allá –dijo Gwilym. Su aliento eran bocanadas de humo–. Ahí está la cueva –dijo señalando por la colina una pequeña abertura cerca de unos abedules.

Morgan dudaba de haber encontrado aquella entrada por su cuenta. Siguió la marcha solo, deteniéndose antes de llegar para encender la cabeza empapada de la antorcha. Con el fuego

iluminando su camino y la lanza preparada, entró en el túnel.

Era un cazador nato. Había cobrado todo tipo de piezas y, cuando había sido necesario también había cazado a seres humanos. Sin embargo, aquella vez era diferente: buscaba a una bestia sobre la que había oído historias desde su niñez. Aferró más fuerte la lanza mientras la antorcha arrojaba todo tipo de sombras sobre las paredes de la caverna. Una vez superada la entrada y la brisa silbante pudo sentir que el aire era algo más cálido que en el exterior. Aquel olor húmedo y mustio le resultaba familiar, pero también había algo más, un efluvio similar al de las perreras de Dinas Mynyddig, aunque algo más fuerte, menos oreado. Cuanto más se adentraba en la cueva más penetrante se hacía aquel olor.

La quietud le envolvía por completo. El único sonido era el de sus pasos medidos, el goteo lejano del agua y el latido de su corazón. No era el miedo lo que hacía que el sudor le cayera por la espalda, sino la intensa impresión de alerta que solo sentía cuando la muerte rondaba. Pensaba que debía estar cerca por la intensidad del olor, y entonces lo oyó, gruñendo tras un recodo en la cueva. La boca se le quedó seca.

No había modo de sorprender a la bestia. La antorcha le habría delatado, pero ya no podía hacer nada al respecto. Con la lanza preparada, giró el pasadizo y se encontró cara a cara con el animal: Blaidd, el lobo, el monstruo de su niñez, las pesadillas de los campesinos de Rhufoniog.

Durante un instante se valoraron. La bestia tenía un claro aspecto lupino (morro en punta, colmillos desnudos, las orejas echadas hacia atrás, el pelo erizado), pero se sostenía a dos patas contra el fondo de la cueva. Su mirada brillante parecía soñolienta, pero no tenía en absoluto aspecto torpe.

La criatura saltó antes de que el corazón de Morgan diera un latido. Respondió atacando con la antorcha, obligando al lobo a retirarse con un rugido iracundo.

Acometió inmediatamente, pero la bestia se defendió con una velocidad y una fuerza sobrehumanas, casi arrancándole el arma de las manos.

El lobo volvió a cargar y el noble se protegió con la llama, aunque su posterior contraataque volvió a ser esquivado fácilmente. Cada vez que la criatura golpeaba la lanza, la fuerza del impacto le producía un intenso dolor en el brazo.

Volvió a cargar, pero un golpe descendente de la bestia estuvo a punto de arrancarle la lanza. Su dedo meñique se partió con un ruido

seco. Aulló de dolor y se apartó a un lado mientras las fauces del lobo se cerraban a un mero palmo de su cara.

Morgan estaba desequilibrado. La bestia golpeó la antorcha y la acertó de lleno, quemándose la mano pero haciendo que saltara por los aires.

El noble corrió para recuperar la tea (parecía más potente que un escudo), pero el lobo ya había previsto ese movimiento. La garra se hundió en la carne de Morgan justo debajo el cuello, rajándole el pecho y el vientre.

Ahora era el turno del hombre de anticipar el movimiento de su oponente, lo que le permitió salvar la vida.

Mientras la bestia se lanzaba hacia delante con un rugido triunfal, Morgan clavó rápidamente la lanza contra el suelo de piedra y alzó la punta para dirigirla contra el pecho del monstruo, no hacia su estómago. Con la terrible y demoledora fuerza de su asalto mortal, la bestia se empaló con el asta de madera.

Mientras el enorme peso muerto arrancaba la lanza de las manos temblorosas de Morgan, la antorcha en el suelo parpadeó y se apagó, dejándole sumido en las tinieblas.

Owain llegó poco después del anochecer para encontrar a Gwilym cuidando de un Morgan medio muerto junto a la entrada de la caverna.

–¿El Gangrel? –preguntó.

–Empalado –asintió el ghoul mientras señalaba la cueva–. En su guarida.

–¿Y el joven Morgan?

La expresión de Gwilym era neutra.

–Sufrió un feo corte. Perdió mucha sangre. Si las garras hubieran cortado más profundo no hubiera sobrevivido tanto tiempo. –Owain vio que así era, como atestiguaban los harapos ensangrentados con los que Gwilym había detenido gran parte de la hemorragia. El ghoul alzó la mirada con una expresión extrañamente intensa–. ¿Fue así conmigo, *arglwydd*?

Aquella era la primera vez que Owain recordara que Gwilym le preguntaba sobre su transformación en ghoul.

–Creo que lo tuyo fue peor, me temo. –El otro asintió, aparentemente satisfecho.

El vampiro se arrodilló junto a Morgan, obligándose a ignorar el olor de toda aquella sangre. Sacó su daga y con un rápido movimiento se rajó la mano derecha; la vitae comenzó a manar.

–Del estigma los caídos reciben la vida eterna, ¿eh Gwilym?

--Éste frunció el ceño. Owain sonrió, aún extrañado por que su ghoul no hubiera sido capaz de abandonar la religiosidad que se le había inculcado en su vida anterior--. No debería blasfemar, ¿no? ¿Quién sabe qué tormentos nos tienen reservados los cielos?

Bajó la palma sangrante y vertió unas gotas en la boca reseca de Morgan. El noble inconsciente comenzó a lamer la herida, débilmente al principio para después hacerlo con más fuerza y ansia. Gwilym retiró las vendas improvisadas y observó junto a su maestro cómo la carne destrozada del joven se recuperaba de forma milagrosa, cerrándose alrededor del hueso y el músculo expuestos.

Satisfecho, Owain retiró la mano, que también se estaba restaurando. Rió entre dientes.

--Médico, cúrate --dijo, de nuevo para la incomodidad de Gwilym.

Entró en la caverna y sintió mientras avanzaba el hedor de la bestia. *Cuan lejos de la humanidad han caído algunos Cainitas*, pensó. No era momento para la compasión. Tras ser derrotada por un mortal, aquella bestia merecía su destino.

Cuando surgió de las profundidades de la cueva se le veía sonrosado y reforzado por la sangre y la energía de un vampiro de una generación anterior. Morgan estaba despierto, apoyado contra la pared de la cueva. Owain arrojó la cabeza de Blaidd a sus pies.

--Lo hiciste bien.

El noble parpadeó, atónito.

--Debería estar muerto.

--Te recuperas rápidamente --dijo secamente el vampiro.

Morgan no estaba de humor para juegos.

--¿Quién eres? ¿Qué eres?

--Todo a su debido tiempo, querido Morgan. Todo a su debido tiempo. --Levantó un dedo para exigir silencio cuando el joven comenzó a protestar--. De momento, la noche es joven y tú eres un héroe. Debes regresar a Dinas Mynyddig y presentarle este trofeo a tu padre. --dijo señalando la cabeza--. Estás demasiado débil para viajar solo, de modo que Gwilym te ayudará. No me menciones, no quiero gloria alguna. Volveremos a hablar. --Por segunda vez, Owain desapareció frente a la mirada asombrada de Morgan.

* * *

El vampiro también tenía que regresar a Dinas Mynyddig, pero no todavía. Se dirigió hacia el este y atravesó la montaña y el bosque con

la velocidad y la gracia de un alce y la fuerza de un oso. Nadie reparó en él mientras dejaba atrás las leguas. Viajó hasta alcanzar la cima de una colina sobre la abadía de Holywell. Desde allí pudo ver las murallas exteriores, el pozo, la capilla, y supo que ella estaba allí. No se acercó más aquella noche.

* * *

Tras cubrir la distancia desde Holywell no le resultó muy difícil superar a los mortales que custodiaban la casa señorial en Dinas Mynyddig. Para ellos, Owain no era más que una sombra en la noche. Podía oír la celebración en el gran salón. Morgan había entrado a trompicones y había sacado de una bolsa la cabeza de la bestia. Al principio se le recibió con un silencio confundido, pero después comenzaron los murmullos de asombro, que terminaron en vítores triunfales por su heroicidad. Aquella noche sería recordada en los años venideros. *Oh, sí, será recordada*, pensó Owain.

La fiesta continuó sin señal alguna de detenerse, pero no todos bebieron y cantaron hasta el amanecer. Owain entró en un dormitorio en particular y esperó.

Cuando Rhys ap Ieuan regresó a sus aposentos el vampiro saltó sobre él antes de que la puerta se hubiera cerrado por completo. Con una velocidad sobrenatural y una fuerza prodigiosa, le agarró la mano desde atrás y le giró la cabeza a un lado para que su oído estuviera a un palmo de la boca del vampiro.

—¿Recuerdas mi voz, Rhys? —siseó—. ¿Te ha acosado en tus sueños durante estos cuarenta años, o has podido dormir plácidamente por la noche?

Owain pudo ver los ojos del noble abrirse con atónita comprensión.

—¿Tienes lengua, anciano? —dijo girándole la cabeza aún más para que el rey de Rhufoniog gritara. Lo arrojó al suelo.

Rhys, confuso y dolorido, se tocó el cuello con la mano y se humedeció los labios secos y cuarteados.

—¿Owain? —dijo incrédulo ante aquella aparición.

—¿C-cómo puedes estar vivo? ¿Y tan joven?

El vampiro rió. Llevaba décadas esperando aquel momento.

—Saludos, hermano.

Rhys trataba de hablar.

—¿C-cómo?

Owain lo levantó sujetándolo de los hombros.

–No te preocupes. Tu asesino no falló. Estoy muerto. –La boca del rey se abrió; parpadeaba, pero su mirada estaba vacía–. Fue Angharad, ¿no? –Los nudillos de Owain estaban blancos por la furia–. Te casaste con ella, pero era yo el que la amaba. Era a mí a quien amaba.

–No, no, no... –Rhys aún no creía lo que estaba viendo.

–¿Qué *galanas* crees que me debes? ¿Qué satisfacción a mi honor merezco por cuarenta años de muerte eterna? ¿Cien cabezas de ganado? ¿Quinientas? –Owain sonrió y desnudó sus colmillos mientras su hermano gemía y los ojos se le quedaban en blanco–. Creo que no hay reses suficientes en toda Gales, querido hermano –dijo sosteniéndole la cara con su mano fría–. Has vivido demasiados años, anciano. Tu cuerpo hiede a putrefacción. –El vampiro acercó su rostro al del noble–. Y tu hijo Morgan... se ha convertido en un gran héroe esta noche –susurró–. Es *mío*.

Rhys comenzó a emitir un gemido lastimero mientras el pus y la baba le caían por la barbilla. Owain le giró rápidamente la cabeza hacia la izquierda. *Crack*. El cuerpo cayó al suelo desplomado.

Con los cánticos del gran salón resonando en sus oídos, Owain esperó en vano a que llegara la liberación de aquel momento con el que siempre había soñado.

* * *

Morgan estaba en la cama con fuertes mareos cuando recibió la llamada de su hermano. Hacía tres días había sentido la gélida presa de la muerte, y mientras esperaba tumbado en la cueva junto al cuerpo empalado de la bestia había rezado a Cristo para que intercediera en favor de su alma.

Era otro el que había respondido.

Morgan había despertado para descubrir lo que debía haber sido una terrible herida mortal sanada y recuperada. Obra del extraño, sin duda.

Habían sucedido más cosas extrañas. Igual que Gwilym el Silencioso le había ayudado a volver a Dunas Mynyddig sin derrumbarse por la fatiga y el esfuerzo, Morgan se había hecho más fuerte y resistente. A lo largo de la fiesta improvisada con la que se había celebrado la muerte de la bestia se había sentido animado por el vigor y las alabanzas. Hasta Iorwerth le había abrazado mientras su

padre le observaba con admiración. Probablemente llegara incluso a sentir envidia, ya que el viejo rey no podía presumir de ninguna heroicidad así.

No pienses mal de los muertos, se dijo. A la mañana siguiente un criado había encontrado el cuerpo de Rhys ap Ieuan al fondo de una escalera, con el cuello roto por la caída.

La noche siguiente, la anterior, se había celebrado una misa y después un banquete en honor del difunto rey de Rhufoniog y del nuevo, Iorwerth ap Rhys. Sin embargo, al finalizar la misa Morgan se había sentido mal y casi se había desmayado. Apenas comenzada la fiesta había tenido que excusarse para volver a la cama, donde pasó todo el día siguiente sufriendo mareos y vómitos.

Parecía que la cabeza ya se le estaba aclarando, y con ayuda de un asistente había conseguido bajar hasta el estudio que se empleaba como cámara de audiencias para las ocasiones informales.

—¡Tío Morgan! —gritó la hija de seis años de Iorwerth, Branwen, mientras le abrazaba; su entusiasmo fue tal que estuvo a punto de derribarle.

—Hola, Branwen. Ten cuidado, niña —dijo cuando la estancia comenzó a dar vueltas en su cabeza.

Iorwerth estaba sentado en un sillón acolchado junto al fuego, y su cabello tenía el aspecto de ser una extensión de las llamas. A su lado estaba la delicada Blodwen, acunando al pequeño Yago en sus brazos. Sus otros dos sobrinos, Elen y Siaun, pelirrojos como su padre, estaban sentados en una mesa practicando las letras con una tiza y una pizarra.

—Morgan —le saludó su hermano.

El joven dejó que Branwen le arrastrara con su mano diminuta hacia la pareja real. Sé sintió rodeado por el calor de la familia, aunque se sabía claramente aparte, como si se tratara de un extraño que contemplara aquello que se le había negado.

A la espalda del rey, a su derecha, se encontraba Brochwel, *penteulu* y capitán de la guardia de la casa, que escuchaba y observaba con ojos feroces.

—Morgan, no estás bien —dijo Blodwen, la nueva y bella reina de Rhufoniog. Su mirada brillaba azul a la luz del fuego; la nariz pequeña y el mentón fuerte enmarcaban una sonrisa que provocaba en Morgan todo tipo de reacciones prohibidas. Aún radiaba fuerza y vitalidad, a pesar de haber dado a luz a cuatro niños—. Deberías descansar. Deberías sentar la cabeza, dejar las fiestas y encontrar una mujer que

cuide de ti.

–¿Cómo podré, si mi hermano ya se ha quedado con la mujer más encantadora de todo Gales? --Las palabras eran una broma aduladora, pero estaban más cerca de la verdad de lo que a Morgan le hubiera gustado admitir.

–Debo hablar con Morgan --dijo Iorwerth gentil a su mujer.

Blodwen asintió y se puso en pie.

–Venid, niños --dijo mientras abandonaba la estancia. Antes de salir se giró una última vez hacia su cuñado--. Vigila tu salud, Morgan --comentó antes de cerrar la puerta.

El joven vio el modo en el que los ojos de Iorwerth seguían a su mujer por toda la estancia. A pesar de sus diferencias, Morgan reconocía sin problemas que Iorwerth era diez veces el padre y el marido que su propio padre no había sido, y aunque Morgan no era un hombre muy sentimental aquella familia tenía un lugar muy cercano en su corazón.

–Has estado enfermo, hermano. --La mirada de afecto se había vuelto mucho más guardada con él.

–Es cierto, pero sobreviviré.

–No te retendré mucho tiempo --dijo Iorwerth--. Como fue el deseo de nuestro padre, te son concedidos Penllyn y Dyffryn Clwyd. Imagino que querrás aposentarte en tus nuevas tierras lo antes posible.

Las noticias no eran ninguna sorpresa para Morgan. Había esperado recibir uno o dos de los *cantefri* del sur mientras Iorwerth conservaba las tierras centrales de Rhufoniog, pero el modo grosero con el que se le había comunicado y la rapidez con la que se esperaba que abandonara Dinas Mynyddig le cogieron por sorpresa. Escrutó la expresión de su hermano y después observó la mirada más abiertamente desafiante de Brochwel, el capitán. Había algo nuevo en el modo en el que se dirigían a él. Ahora que Iorwerth era rey, ahora que Morgan era un héroe, el vencedor de la bestia, ya no le veían como a un hermano pequeño, sino como a un rival, a un posible pretendiente al reinado de Rhufoniog. Cuanto antes fuera enviado a las tierras aisladas al sur de la Cordillera Hiratehog, mejor para todos.

La sangre le ardió ante la perspectiva de no ser bien recibido en las tierras ancestrales en las que había vivido desde su nacimiento, y ante la idea de ser exiliado más allá de las montañas.

–Te soy leal, hermano --dijo más bruscamente de lo que hubiera querido.

–No lo dudo.

Los dos se miraron durante unos instantes sin apartar la vista. Morgan no vio en Iorwerth esperanza alguna de reconciliación, ni posibilidad de cooperación. Su padre los había dividido en la muerte más aún de lo que había hecho en vida. Se giró, luchando contra el vértigo que volvía a atenazarle, y se dirigió hacia la puerta.

–He recibido noticias del norte --dijo al fin Iorwerth. Morgan se detuvo, pero no se giró--. Robert de Rhuddlan *está* muerto, y Gruffudd ap Cynan ha expulsado a Hervé, el obispo normando de Bangor.

–Entonces debemos unirnos a Gruffudd --dijo Morgan en voz baja, aún mirando la puerta.

–Debemos hacer lo que yo decida que debemos hacer --respondió Iorwerth.

Morgan se marchó sin más comentarios. *Ahí está*, pensó mientras cerraba la puerta a su espalda.

* * *

Escalando por la muralla exterior y entrando por un postigo que un instante antes había estado cerrado, Owain encontró al joven enfermo en la cama, febril y furioso.

–Así que te han ordenado que te dirijas hacia el sur. --El mortal se sorprendió al oír aquella gélida voz--. Éste es el momento de tu destino, Morgan.

El joven se incorporó sobre los codos.

–¿Quién demonios eres, y por qué no me dejas en paz? --saltó.

–Tus preguntas se responden prácticamente solas --dijo el vampiro con una sonrisa. Se acercó a la cama y miró detenidamente a su pálido sobrino. Aunque tenía treinta años más que él, parecía casi diez menor--. Pero cada cosa a su tiempo. ¿Tienes pensado meter el rabo entre las piernas y correr al sur como un hermanito obediente?

Morgan abrió la boca para protestar, pero la mirada de Owain le arrancó las palabras de la mente.

–Y-yo soy leal a mi hermano --consiguió decir.

–¿Igual que él lo es hacia ti? --preguntó Owain con una ceja enarcada--. Dime, Morgan. ¿Te trata como a un hermano? ¿Busca tu asesoramiento y te pregunta como haría con un consejero de confianza? --Su voz se hizo más tensa--. ¿O te trata más como a un leproso, alejándote todo lo posible de su hogar?

El vampiro sostuvo la mirada del mortal, que comenzó a

parpadear mientras las lágrimas se formaban en sus ojos. No podía apartar la vista.

–Soy... soy leal... –repitió débilmente.

–¿Sabes por qué te trata así, Morgan? –dijo Owain acercándose aún más–. Porque te teme, porque teme al que destruyó a la bestia. Tu nombre se susurra con fascinación en todo Rhufoniog. El pueblo te seguiría, y él lo sabe. No pretende nada bueno para ti, y se siente menospreciado porque hayas abandonado la fiesta en su honor. Hace desfilar celoso a su mujer y a sus hijos frente a ti. Te tiene miedo.

Morgan abrió la boca, pero era incapaz de hablar.

–Has demostrado tu valía. Al contrario que tu hermano, al contrario que tu padre, eres un hombre que se acerca a la grandeza. –Owain se incorporó, sabiendo que Morgan era incapaz de apartar los ojos de su mirada hipnótica, negra como la muerte–. Me preguntaste quién era, Morgan. Soy Owain ap Ieuan, el hermano de tu padre.

El noble se derrumbó sobre la cama con la respiración entrecortada. Oía las palabras, pero su estado de estupor le robó el profundo asombro que debería haberles acompañado.

–Hace tres noches me preguntaste qué soy. Soy un maldito por Dios –dijo–, pero eso no es un gran problema, pues Dios me ha fallado. Soy la semilla del diablo. –Owain se giró y comenzó a recorrer metódicamente la espartana habitación–. Hace cuarenta años, mi hermano iba a ser coronado *subregnum*, rey de Rhufoniog, por Eduardo el Confesor; pero Rhys enfermó y me envió en su lugar a Westminster. Viéndolo ahora, no tengo duda alguna de que fue una enfermedad de conveniencia, ya que mi hermano había pagado a un asesino para que acabara conmigo en Westminster. Debía parecer un robo común, como un gales de visita que había sido sorprendido en la ciudad.

La rabia de las décadas comenzó a inundarle. Apretó los dedos, convertidos ahora en largas garras.

–Lo que mi querido hermano no podía saber era que aquel asesino no era un hombre. Era un vampiro de sangre real que hizo algo más que matarme: me llevó más allá de la muerte, al reino de los Vástagos.

Morgan comenzó a moverse mientras la bruma se levantaba en su mente.

–Ya ves. Tu padre y yo habíamos discutido sobre... sobre muchas cosas. Pero fue su miedo hacia mí, su miedo y sus celos, lo que me condenaron a ser lo que ahora soy.

Levantó una garra, y con un preciso movimiento se cortó el antebrazo. Por primera vez, demasiado tarde, Morgan observó con miedo a la criatura que se inclinaba sobre él. Por segunda vez aquellos profundos ojos negros se adueñaron de su voluntad, manteniendo sus músculos y su mente inmóviles mientras se le presentaba la herida sangrante. Bebió. Owain sonrió mientras la sangre maldita fluía hacia su sobrino. Después de un breve instante el vampiro retiró el brazo y se incorporó. Morgan, afectado por un ataque de tos, cayó sobre sus almohadas.

—¿Lo sientes? —preguntó Owain—. ¿Sientes el poder de la sangre?

El joven trató de recostarse contra el cabecero y dio una gran bocanada de aire.

—¿El poder de la sangre o la maldición de Dios?

—Van de la mano.

—Entonces, ¿también yo estoy maldito?

Owain rió ante la pregunta.

—El idealismo es el lujo de los jóvenes y los insensatos, Morgan. La lealtad hacia tu hermano, hacia Dios... no existe, ni en este mundo ni en el siguiente. —Con dos grandes zancadas, Owain volvió a acercarse a la cama, levantando a Morgan por los aires del cuello—. Te he dado lo que quieres, aunque no lo hayas pedido. —Desnudó sus colmillos; no tenía estómago para la autocompasión, ni para los mortales cuyo sufrimiento jamás podría igualar al suyo—. ¿O prefieres marcharte en silencio a Penllyn o Dyffryn Clwyd? ¿Es eso lo que quieres? ¿Abandonar todo lo que has conocido? ¿No volver a recorrer los caminos o a cazar en los bosques que siempre han sido tuyos? ¿Inclinarte ante tu hermano?

Morgan observaba aquellos profundos ojos animales.

—No —respondió al fin con voz apagada—. No es eso lo que quiero.

Owain volvió a acostar a su nuevo ghoul en la cama.

—Eso pensaba —dijo alisando los pliegues de su capa—. Creo que no sientes un gran amor por los normandos.

—No.

—Bien. Pertenezco al clan vampírico Ventrue, pero con los conquistadores normandos ha llegado una nueva raza de Ventrue que desea expulsarnos o gobernarnos a los que ya estamos aquí —dijo lamiendo una gota de sangre que había quedado bajo su uña, ahora retraída—. No hace falta que diga que Londres ya no es tan

hospitalaria como lo ha sido en el pasado. He regresado a casa y no deseo volver a ver a un solo normando en mi tierra.

Todas las viejas deudas serán satisfechas, pensó.

Morgan, aturdido por lo que le estaba sucediendo, se sentó en silencio.

–Por la mañana –siguió el vampiro–, tu fuerza regresará y te sentirás más poderoso que nunca. Ese es mi siguiente regalo, Morgan. No necesitas someterte a los designios que tu hermano tiene para tu futuro. Rétale. Rétale y, tras derrotarlo, declara la alianza de la Casa Rhufoniog a Gruffudd ap Cynan. *Tú* serás señor de Dinas Mynyddig. *Tú* gobernarás Rhufoniog. Todo Gales estará a tus pies.

Morgan no protestó.

Bien, pensaba Owain. Lo hará. Es muy fácil cuando les das lo que quieren.

–Queda un asunto por tratar: la familia de tu hermano. Deberás tomar a su esposa y a sus hijos como propios.

El joven protestó ante aquella idea.

–No lo haré.

Owain podía ver el conflicto interior y recordó la sensación, el intento de separar la familia de la política, el poder de la sangre.

–Blodwen es una mujer atractiva –señaló el vampiro–. Además, ¿no te gustaría que el joven Yago creciera con amor y respeto hacia su tío, en vez de con venganza en su corazón?

Morgan recuperó parte de su fuego.

–No tomaré como propia a la mujer de mi hermano.

El vampiro lanzó un suspiro.

–Así que puedes matar a tu hermano pero no acostarte con su mujer, ¿no? Cuan noble eres, Morgan –dijo sonriendo, aunque sin demasiado humor–. Muy bien, pues. Esa es una decisión que debes tomar tú. –Se volvió hacia la ventana abierta–. He tomado refugio en el coto de caza que hay en las montañas tres días al sur. ¿Sabes dónde te digo? –Morgan asintió–. Bien. Ven a mí lo antes posible. Al final no necesitarás alimentarte con tanta frecuencia, pero de momento debemos mantener tus fuerzas.

De repente la ventana estaba otra vez cerrada, como si el joven no hubiera recibido visita alguna aquella noche.

* * *

Todos los cantos y risas cesaron cuando Morgan entró en el gran

salón con la espada desenvainada. La multitud se abrió a su paso, excepto Brochwel y su lugarteniente, Cynwrig, que se interpusieron en su camino.

–¿Qué significa todo esto? –preguntó el primero.

Tras el *penteulu* se sentaba lorwerth, rey de Rhufoniog. El asiento de Blodwen, a su lado, estaba vacío.

–Sí, hermano –dijo lorwerth–. ¿Qué significa todo esto? ¿Traición? –No parecía sorprendido, y tampoco especialmente preocupado.

Los lazos de la sangre pesaban mucho sobre Morgan; por un lado estaba el innegable vínculo con su hermano, a pesar de las rivalidades que se habían producido a lo largo de los años. Por el otro estaba la fuerza y la ambición que, aumentadas por el poder vampírico, recorrían sus venas. Aquellos pensamientos le habían acosado durante toda la noche y todo el día. No había dormido ni comido, y cuando habló entre la confusión del gran salón oyó las palabras sonar desde muy lejos, como si las pronunciara otra persona.

–Te reto, lorwerth. Reclamo el reinado de Rhufoniog.

Brochwel desenvainó la espada y Cynwrig se preparó con la mano en la empuñadura. Un murmullo preocupado recorrió toda la estancia.

–Aguarda, Brochwel –dijo lorwerth.

–A estos perros traidores es mejor exterminarlos –respondió el *penteulu*.

El rey ignoró la furia de su sirviente.

–Morgan –dijo calmado–. Baja esa espada, marcha hacia el sur esta misma noche y todo esto será olvidado.

–¿Me temes, hermano?

–Temo por ti.

Morgan se encendió ante la condescendencia.

–Te reto, lorwerth. Reclamo el trono de Rhufoniog.

lorwerth lanzó un profundo suspiro.

–Muy bien. Que así sea. –Extendió la mano y un criado le trajo su espada. Desenvainó el acero con la gracia y el poder de alguien bien versado en las artes de la guerra y rodeó la mesa–. Brochwel, ve a asegurarte de que Blodwen y los niños permanecen en sus aposentos.

–Pero *arglwydd*...

–Haz lo que te ordeno –dijo lorwerth con calma–, y encárgate de que todos sepan que lorwerth ap Rhys acepta el reto de su hermano. La Casa Rhufoniog será gobernada por aquel que sobreviva esta

noche.

Morgan estaba convencido de que Iorwerth aceptaría el desafío, aunque no sabía con seguridad si lo hacía por arrogancia o por nobleza. En cualquier caso, el resultado sería el mismo. Brochwel salió corriendo del salón y Cynwrig se hizo a un lado.

Los dos hermanos giraron alrededor del otro durante unos breves momentos, pero mientras las mesas se retiraban y las copas se ponían boca abajo Morgan se lanzó al asaque. Iorwerth paró y atacó la rodilla de su hermano, que esquivó con facilidad.

Ninguno cedía terreno mientras intercambiaban golpes. El ruido del acero entrechocando resonaba en el entrevigado del salón. No había comentarios ingeniosos, solo gruñidos y exhalaciones mientras acometían, paraban y esquivaban.

Dos veces Iorwerth detuvo con su espada y logró con el contraataque morder la carne de Morgan, una en la cadera y la otra en el antebrazo, pero el menor de los hermanos apenas sentía arañazos. Intensificó su ataque acometiendo a la menor oportunidad, pero mientras la respiración de Iorwerth se hacía trabajosa la suya seguía calmada. Era evidente que el rey era el mejor espadachín de los dos, pero Morgan sabía lo suficiente como para defenderse y su agresividad parecía empezar a surtir efecto. Al poco tiempo era evidente que la fatiga decidiría al vencedor.

Mientras el joven aumentaba su ventaja vio, por primera vez desde que tenía uso de razón, miedo, verdadero miedo en los ojos de su hermano. *¿Está pensando en su reino perdido?*, se preguntó. *¿En la mujer y en los hijos a los que no volverá a abrazar?*

Había llegado el momento de que su espada probara la sangre. Alcanzó el costado izquierdo de Iorwerth y después su muñeca, y el bíceps... Ninguno de los golpes era potente, pero se sumaban a la fatiga creciente mientras él apenas sudaba.

El rey no dejaba de luchar mientras su jubón se llenaba de sangre. Sus ataques eran cada vez menos frecuentes, y su hermano los rechazaba con facilidad. Comenzó a retirarse, pero Morgan no daba cuartel. El rey pareció sorprendido cuando llegó el golpe definitivo, una estocada que se hundió profunda en su estómago y que le hizo escupir sangre. Trastabilló hacia atrás y se derrumbó sobre el suelo.

Morgan, de pie mientras el caído exhalaba su último aliento, no sintió la exultación que había esperado. Todo lo que siempre había querido, todo lo que había soñado, estaba en sus manos. Dinas Mynyddig era suya. La Casa Rhufoniog estaría al lado de Gruffudd ap

Cynan el gales, y juntos expulsarían a los normandos de sus tierras.

La sangre comenzó a formar un charco a sus pies.

Oyó su propia voz provenir desde muy lejos.

–Cynwrig, apresa a Brochwel.

Apenas era consciente de los murmullos a su alrededor, tanto de los criados como de los pocos invitados que aún quedaban tras la fiesta en honor de Rhys ap Ieuan. El vencedor, el nuevo rey de Rhufoniog, no podía apartar la mirada de su hermano muerto, de los ojos que alguien debería cerrar. Debió haber estado allí un tiempo, pues Cynwrig había regresado y le hablaba en voz baja al oído.

–Venid conmigo.

Morgan, señor de Dinas Mynyddig, dejó que el soldado le guiara por el gran salón y le alejara del silencio atónito hacia los aposentos de Iorwerth ap Rhys. Entró desde el pasillo y contempló la locura.

Dispersos entre los discretos muebles de Blodwen estaban los cuerpos de todos los seres queridos de Iorwerth. Elen y Siaun en el suelo, con sus jóvenes brazos entrelazados. La pequeña Branwen muerta en la cama. Blodwen estaba sentada en una silla con la cabeza inclinada hacia atrás mientras Yago, de apenas un año, reposaba inmóvil sobre su regazo. El vestido de la mujer estaba desgarrado, y sobre su pecho izquierdo se veía la marca de dos pequeños cortes.

A su lado estaba Brochwel, con la cabeza girada en un ángulo imposible. A pesar de la carnicería no se veía una sola gota de sangre ni en el suelo, ni en las ropas, ni, y de eso Morgan estaba seguro, en los cuerpos.

Muy bien, pues. Esa es una decisión que debes tomar tú.

No quería esto, pero tampoco había sabido lo que ocurriría.

¿Había sido su ambición la responsable? ¿Había creído realmente que podría escudar a Blodwen y a la inocente Branwen de la furia desatada por su espada desnuda? Quiso tirar su arma ensangrentada para escapar corriendo de las pruebas de su crimen.

–¿Ha sido obra vuestra? –dijo Cynwrig a su espalda, horrorizado ante la idea y anhelante por recibir una negativa.

Morgan no se giró, ni lloró.

–Sí –dijo–. Es obra mía. –*Tanto como si les hubiera abierto personalmente las gargantas*–. Soy el rey.

* * *

Owain había estado vagamente inquieto las cuatro noches posteriores a la muerte de su hermano. No se había sentido así desde las primeras semanas tras su Abrazo. *Cuarenta años ansiando la venganza, y ahora la he consumido toda.* Pero aún quería más.

Había intentado apagar su rabia asesinando a Blodwen y a los niños. *Era necesario. Morgan lo comprenderá con el tiempo. Envía a esos patéticos nobles un mensaje que no olviden fácilmente y no surgirán rivales por el trono.* Sin embargo, de todas las vidas tomadas solo la de Brochwel le había producido alguna satisfacción.

Mientras la lluvia caía desde los cielos oscuros de Gales Owain, imbuido con la sangre de la familia que corría por sus venas, voló sobre el campo más rápido que un águila y más silencioso que una sombra. Buscaba el último lazo que aún le unía con el pasado.

El calor robado inundaba su cuerpo mientras observaba desde la colina la abadía de Holywell. Se detuvo durante unos instantes, un mero latido para los humanos. La muralla exterior era baja, ya que no había sido pensada con propósitos defensivos. En el interior el poder de la fe resonaba alrededor de la fuente, de modo que la esquivó dando un largo rodeo. No quería tener nada que ver con Dios.

Localizó a la mujer por su olor. Estaba arrodillada, rezando en su celda. A pesar del silencio con el que Owain entró, pudo oírle. Miró en su dirección.

–Angharad –susurró el vampiro, apenas capaz de hablar.

La mujer inclinó levemente la cabeza, mostrando una pálida sonrisa.

–Durante todos estos años me dijeron que estabas muerto. –Su voz seguía siendo musical, aunque era más grave, más rica. Igual que su hermano, también ella había envejecido. Debía tener casi sesenta años. La piel, antaño suave, era ahora apergaminada. Los ojos brillantes estaban oscurecidos por las cataratas. Era ciega–. Debo terminar mis plegarias –dijo.

Owain esperó paciente mientras rezaba.

Al final la mujer se puso en pie y se sentó en la cama.

–Tienes buen aspecto –dijo el vampiro en voz baja.

–Puede parecerlo –dijo sonriéndole–, pero ya no veo muy bien. Me alegra escuchar tu voz, Owain. –No podía ver su piel aún tersa y su cabello oscuro, igual que el último día.

Quedaron en silencio durante varios minutos. Quizá por primera vez en su vida y en su no-vida, Owain no tenía palabras. Había pensado en apagar aquel último rescoldo del pasado, pero ya no

estaba seguro de poder hacerlo. Al final consiguió reunir fuerzas para hablar.

–No quería que Rhys te expulsara.

–Lo sé –dijo asintiendo con suavidad–. Necesitaba hijos.

De nuevo silencio.

–Yo siempre... siempre me preocupé por ti, Angharad. –Owain comprendió mientras decía aquellas palabras que, aunque los recuerdos seguían presentes, la pasión había muerto hacía muchísimo tiempo–. Pero era leal a mi hermano. Los años me han cambiado mucho. –Con la lealtad muerta y el amor muerto, no era más que una cáscara vacía consumida por un odio insaciable.

–¿Owain?

Durante un breve instante se había engañado y había creído que la redención podría encontrarse en aquella mujer y en su infinita capacidad para la ternura. *Redención*, pensó mientras observaba al Cristo crucificado en la pared. *Humanidad*.

La dejó en la cama y desapareció de la oscura celda, perdiéndose en la noche infinita.

_____ 1 _____

Los rascacielos se alzaban por todas partes a su alrededor como las gigantescas paredes de una celda (o de un ataúd) del que Grimsdale podría no salir nunca. Se volvió rápidamente por enésima vez aquella hora, mirando por encima del hombro.

Nada.

Pero tenían que estar cerca. Podía *sentir* sus miradas voraces atravesándolo como una estaca. No se hacía ilusiones. Si le cazaban no habría juicio, ni apelación ante el arzobispo.

¡Ahí!

Se giró como un rayo al oír una tos profunda y rasposa calle abajo. ¿Un viandante o un asesino? No había modo de saberlo. *Sigue moviéndote*, se dijo. Cruzó la calle y se metió rápidamente en un callejón lateral. *Sigue moviéndote*. No había llegado hasta tan lejos para morir ahora.

El centro de Atlanta estaba prácticamente desierto a aquella hora

de la noche; no había multitudes en las que ocultarse, pero los asesinos siempre tenían muchísimas sombras en las que desaparecer. El oído de Grimsdale era muy agudo, pero, ¿le bastaría para salir de la ciudad y llegar a Chicago? Había evitado Nueva York, Washington y Detroit, pero incluso aquí le habían encontrado. ¿Durante cuánto tiempo podría seguir eludiéndoles? ¿Cuántas horas le quedaban antes de que su suerte se agotara?

Faros en la calzada viniendo hacia él. Se ocultó en una callejuela hasta que el coche patrulla pasó. Era probable que las autoridades locales estuvieran bajo el control de la Camarilla, pero eso también podía ser un problema. Podrían frenarle lo suficiente como para que sus antiguos camaradas le dieran alcance. Era todo lo que necesitaban.

¡Pasos! O... no, estaba equivocado. Pero estaba seguro de haberlos oído. Casi seguro.

Grimsdale sintió cómo el pánico se adueñaba de él y trató de combatirlo. *Cálmate. Piensa con claridad. Sigue moviéndote.* Tenía que perder a sus perseguidores y regresar al aeropuerto. *El hangar Giovanni. Terreno neutral.*

Tras pasar un minuto totalmente quieto sin oír señal alguna de persecución, regresó a la calle. Toses a lo lejos. Tuvo que aplacar sus nervios para no salir corriendo como un poseso.

* * *

Los sabuesos lucharon al sentir el tirón en las correas. Aquello era todo lo que Mike podía hacer para refrenarlos cuando captaban un olor como aquel. Saltó sobre un árbol caído al fondo de un pequeño barranco y permitió que los perros le arrastraran hacia el otro lado. Cuando salió de nuevo a la superficie vio el objetivo de su búsqueda y se cubrió el auricular de los cascos para protegerse del aullido de los perros.

–Arden, lo he encontrado... G-7.

El sensor de movimiento estaba aplastado en el suelo, cerca de una rama muerta demasiado pequeña como para haber caído sobre el equipo y romperlo. Los perros olfatearon la rama y comenzaron de nuevo a ladrar como locos, tratando de seguir la cacería. Mike, escudriñando los alrededores en busca de algún intruso con la luz montada en su Ingram Mac-10 y tratando de contener a los sabuesos, no oyó la contestación recibida por radio.

–Repita.

–*Informe. Cambio* –dijo Arden con una voz ligeramente electrónica.

–G-7 –repitió Mike–. Destruído. Intruso encontrado. Los perros tienen el olor. Cambio.

–*Persiga. Informe de cualquier novedad a las 02:45. Cambio.*

Mike apuntó su reloj con la linterna. 02:40. Cinco minutos.

–Recibido. Cambio. –Dejó que los perros eligieran su propio camino y corrió tras ellos a través de los árboles, avanzando hacia el perímetro de la propiedad.

Los ladridos se hacían más lejanos, pero no se perdían. Por lo demás, la luz de la luna se abría paso de forma pacífica a través de las ramas desnudas del invierno, arrojando sombras sobre la fronda caída. Las hojas alrededor de la zona con el sensor destrozado comenzaron a agitarse y a volar, igual que la tierra bajo ellas. A los pocos segundos el terreno comenzó a abrirse, mientras una figura surgía del suelo del que hasta hacía un segundo había formado parte.

Nicholas se inclinó con cuidado. Los perros aún ladraban a lo lejos (había dejado un rastro falso para mantenerlos ocupados), pero estaba más preocupado por los monitores electrónicos. Sostuvo el dispositivo aplastado en la mano.

–Hmp... –Ahora que sabía lo que estaba buscando no tendría muchos problemas para olerlos y evitar sus áreas de efecto.

Se abrió camino rápidamente a través de la zona boscosa hasta llegar al espacio claro que rodeaba la casa principal. No había duda de que los últimos diez metros estarían cuajados de sensores de detección, probablemente bajo el césped cuidado. Podía saltar por encima y hundir sus garras en la fachada, pero, ¿por qué molestarse?

Surgió de su escondite y se dirigió hacia el camino principal. Mientras se acercaba, la puerta se abrió. Un hombre pelirrojo y bien vestido dio un paso adelante para recibirle.

–Buenas noches, señor. El Sr. Evans le ha estado esperando.

–Todo en aquel sirviente parecía formal: su modo de hablar, el traje negro, la camisa blanca, los zapatos brillantes... Lo contrario que Nicholas, con sus vaqueros destrozados, la cazadora de cuero, la camisa abierta, las botas y la melena–. Por favor, sígame.

El criado condujo a Nicholas por el vestíbulo hasta un immaculado salón de entrada. El nogal, la araña de cristal que colgaba del techo, los delicados tapices de terciopelo y los brillantes adornos de bronce hablaban de un lujo sereno, pero incluso entre aquella espaciosa

elegancia Nicholas sentía que la casa se cerraba a su alrededor. Afloraba los bosques cercanos o, mejor aún, las montañas del norte de Georgia. Prefería incluso las llanuras del Medio Oeste, cualquier lugar donde pudiera correr con la luz de la luna a su espalda. *Pronto*, pensó.

Siguió al hombre a través de lujosos comedores y salas de estar hasta llegar a una gran puerta de madera. El criado llamó con suavidad.

–Sí, Randal –llegó una voz desde el interior.

Éste abrió la puerta e indicó con deferencia a Nicholas que entrara. Un hombre muy joven le observaba desde detrás de un elaborado escritorio. *De aspecto joven, al menos*, pensó Nicholas cuando la puerta se cerró a su espalda.

–Hola, amigo mío –dijo Owain Evans–. ¿Qué te trae a mi hogar? En estos días no recibo muchas visitas... al menos inesperadas.

No parecía preocupado por que la seguridad de su mansión hubiera sido rota, ni por que un intruso hubiera entrado por la puerta principal en mitad de la noche. Parecía atento, pero relajado. Nicholas estaba impresionado, pero antes de que pudiera responder Evans le detuvo con un gesto.

–Oh, discúlpame un momento, por favor. –Apretó el botón de un comunicador sobre el escritorio–. Randal.

–Sí, señor –respondió el sirviente.

–Dile a Arden que nuestro invitado ya está aquí. Puede traer de vuelta a los perros.

–Sí, señor.

Evans devolvió la atención a Nicholas.

–Perdona. ¿Me estabas diciendo...?

Nicholas sonrió ante los juegos de aquellos seres urbanos, encerrados en sus bonitas casas, aislados de los instintos que les conectaban con la noche. Llevó la mano hacia la cazadora y sacó un delgado cilindro de marfil que situó sobre el escritorio: Notó que Evans parecía interesado, pero no preocupado por que se llevara la mano al bolsillo. Ahí había un hombre que, por pura confianza o por insensatez, no tenía muchos motivos para temer de un extraño. Sospechaba que se trataba de lo primero.

Evans observó la caja de marfil, pero no hizo movimiento alguno por cogerla. En vez de ello se levantó y se acercó a una botella que tenía dentro de un cubo de plata. Llenó una delicada copa con un líquido oscuro.

–¿Puedo ofrecerte algo de beber, amigo mío? –preguntó entregándole la copa–. Una cosecha excelente, diría yo. La mejor vitae de la alta sociedad de Atlanta.

–Muchas gracias, pero no. –Nicholas ya había cumplido con su obligación al entregar el paquete. No tenía muchas ganas de cumplir con todas las normas apropiadas de una supuesta "alta sociedad" de vampiros urbanos.

Evans se sentó sobre el borde del escritorio y saboreó un sorbo de su copa.

–Eres de Europa del Este... No de los Balcanes... del norte. –Dio otro trago, concentrado–. ¿Minsk?

Una sonrisa cruzó el rostro de Nicholas. Había infravalorado a aquel antiguo.

–Kiev.

–Kiev –asintió Evans–. Por supuesto. Los acentos son cosas traicioneras, y el tuyo es muy débil. Apostaría a que hace mucho que no ves tu hogar.

Nicholas lanzó un gruñido de buen humor. Cuatro palabras y aquel vampiro de aspecto joven había adivinado su ciudad natal con unos solo cientos de kilómetros de error. Sus instintos depredadores estaban tan alerta como habían estado en el bosque. No volvería a bajar la guardia, no cerca de aquel astuto Vástago con sus modales irresistibles y su mente afilada. No sabía mucho de Owain Evans, salvo que era un miembro importante pero discreto de la comunidad vampírica de Atlanta. Parecía evidente que el dinero no le faltaba, y era posible que Nicholas tuviera que vigilarle de cerca mientras estuviera en la ciudad.

Sin embargo, prefería vigilar desde la distancia. Se agitó en su silla. El ambiente de la habitación era pesado, quizá tan espeso como la sangre en la copa de Evans, y las alfombras y los grandes muebles parecía arrastrarse poco a poco hacia él, devorando todo el espacio. Quería salir de aquella casa *inmediatamente*, pero se obligó a prestar atención a su anfitrión, a la mano que alzaba la copa, al largo cabello oscuro echado hacia atrás y perfectamente arreglado, la nariz recta y fuerte, los inquisitivos ojos negros.

Evans charlaba educadamente sobre algo mientras Nicholas maldecía interiormente su propia debilidad. Había completado su trabajo. ¿Durante cuánto tiempo tendría que soportar aquellas enloquecedoras formalidades? No creía seguro ofender a aquel antiguo saliendo a la carrera de su casa.

–Muy bien, mi hablador amigo –siguió Evans–. Déjame hacerte una última pregunta.

Última pregunta. La frase atravesó la angustia de Nicholas y capturó su atención.

–Siento curiosidad –dijo Evans sentándose de nuevo tras su escritorio y señalando la caja de marfil–. No has traído este mensaje desde Berlín solo por buena voluntad. ¿Qué has recibido a cambio?

La pregunta fue como un cubo de agua fría sobre el rostro de Nicholas. Aunque Evans debía saber que el mensaje llegaría, y de dónde procedía, ¿cómo se atrevía aquel maldito a preguntar precisamente aquello que Nicholas no podía divulgar?

–Un favor del amigo de un amigo –murmuró.

Sentía aquellos ojos negros perforándole y no estaba seguro de poder mirarlos sin perder el control, sin entrar en frenesí. De repente, la necesidad de destrozar aquellos caros tapices, de rasgar con las garras el suelo de madera perfectamente terminado, se hizo demasiado fuerte. La idea de aquel caótico desenfreno en una estancia tan delicada se hizo tan atractiva que no pudo evitar reír.

Aquello pareció coger desprevenido a Evans. Por primera vez en la noche el Ventrue parecía perplejo, y su evidente asombro hizo que Nicholas riera aún más fuerte. La violenta naturaleza de sus pensamientos se hizo cada vez más intensa, lo que a su vez le parecía aún más hilarante. Al final Evans se unió a la risa, casi nervioso al principio y algo forzado después. No comprendía el motivo pero no le importaba. La risa, como el odio, era contagiosa.

–¿De qué te ríes exactamente? –se obligó a preguntar entre las convulsiones.

–Estaba pensando... ejem... pensaba en arrancarte la garganta –explicó Nicholas riendo.

La expresión de Evans se tornó súbitamente seria. Al poco, Nicholas siguió su ejemplo y recuperó la compostura. Los dos se miraron con un cierto azoramiento, ya que no estaban seguros de lo que había sucedido.

Nicholas decidió que la prudencia aconsejaba abandonar la habitación, antes de que volviera a cerrarse sobre él.

–Con el debido respeto, señor Evans, debo marcharme.

Owain hizo que Randal acompañara al visitante.

–Por la puerta principal, quizá –sugirió Evans–. No hay necesidad de volver a molestar a los perros.

Qué extraño correo, pensó Owain mientras se sentaba con la

mirada perdida y terminaba la vitae de su copa. La depositó sobre la mesa y desvió la su atención hacia el cilindro de marfil, el mensaje casi olvidado entre la extrañeza de la visita. Tomó el tubo e inspeccionó el sello intacto de su centenario oponente. Casi era una pena abrirlo. Muy a menudo la anticipación era más satisfactoria que la revelación, especialmente en momentos como aquel, en los que creía conocer el contenido del mensaje.

Se dirigió hacia el pequeño nicho del estudio en el que guardaba su ajedrez de la Batalla de Hastings. Había sido labrado por un ebanista que había visto con sus propios ojos a Harold Godwin y a Guillermo el Bastardo en el campo de batalla, aquel día negro de 1066. Owain, como siempre, jugaba con los oscuros defensores anglosajones, de modo que pudiera reescribir la historia y disculpar a su tierra natal la indignidad y el horror del dominio normando.

¡Y aquella vez el Bastardo estaba llevándose su merecido!

Aquella partida en particular llevaba casi tres siglos celebrándose, y los movimientos se enviaban por correo cada década o dos. La partida anterior se había atascado un poco, ya que Owain había pasado casi todo el Renacimiento en letargo. Sin embargo, aquella vez no sucedería. Se felicitó mientras observaba el tablero. El fin de partida estaba prácticamente cerrado, y sus fuerzas oscuras se dirigían implacables al ataque. El rey blanco estaba encerrado en una esquina, junto a un alfil muy mal situado. Una torre solitaria, un caballo con demasiado trabajo y un conjunto de peones ineficaces ocupaban el centro del tablero.

Las piezas de Owain estaban mucho mejor situadas, aun faltándole ambos caballos. Por lo demás, un alfil y una torre eran las dos únicas bajas de importancia. Su dama recorría el tablero aplastando sin piedad cualquier rastro de resistencia de los malditos normandos. *Quizá Harold debiera haber llevado a su mujer a la batalla*, pensó.

No había duda de que el fin estaba cerca. Aquel mensaje podía contener perfectamente una rendición como movimiento. *Improbable*. Sabía que su oponente lucharía hasta el fin. *Fútil, y no especialmente elegante*. Sonrió ante la idea de expulsar a los normandos, aplastados y ensangrentados, de vuelta al Canal de la Mancha.

Sería una verdadera pena terminar aquella partida. Era una de las pocas diversiones que para él seguían teniendo algún interés. Estaba bastante aislado de la sociedad vampírica, y su imperio financiero se manejaba prácticamente solo. En ocasiones se necesitaba un

pequeño chantaje, el espionaje corporativo o un asesinato, pero nada esencialmente agotador. Por lo general, todas las noches eran iguales. Todas.

Ese miedo, la anticipación de la rendición al aburrimiento, refrenaba su mano y le impedía abrir el cilindro. Incluso el mensajero, aquel extraño Gangrel, había demostrado ser entretenido. ¿Cuándo podía esperar otra ruptura tan intrigante de la rutina? La oscuridad se adueñaba de él, más negra que la noche tras la ventana. *Quizá esté oyendo de nuevo la llamada del letargo.*

Los golpes en la puerta interrumpieron sus sombríos pensamientos.

–Sí, Randal.

Su ghoul de mayor confianza entró en la sala.

–Señor, nuestro... ah... invitado se ha marchado, y el señor Jackson ha traído el coche.

–¿El coche? ¿Para...? –Aún estaba concentrado en el tablero de ajedrez.

–La exposición de arte –terminó el sirviente.

–Oh, sí. Eso –dijo Owain ausente, examinando de nuevo la caja de marfil–. ¿Es esta noche? ¿Estás seguro?

–Sí, señor.

–Por supuesto. Sabía que era hoy. Supongo que se puede permitir a un hombre un fallo de memoria cada cien o doscientos años.

–Por supuesto, señor.

–Y nuestro querido Príncipe Benison no se sentiría contento si le ignoráramos, ¿no es así? –Suspiró y depositó el cilindro en la mesa junto al tablero. Ahora que le requerían en otra parte volvió a sentir una gran curiosidad por conocer el contenido–. Oh, al infierno.

Se levantó frustrado y cruzó el estudio. Necesitaba otro traje, pero primero tenía que afeitarse la barba que le surgía cada noche hasta alcanzar la longitud de dos días.

A mitad de camino se detuvo y se giró.

–No sería adecuado mostrarnos groseramente pronto, ¿no es así? –Era extraño el día en el que la impaciencia no le vencía. Se acomodó en la silla frente a la mesa de ajedrez–. Bien, Randal, veamos la patética defensa que mi estimado adversario ha preparado.

Una súbita garra rompió fácilmente el sello y sacó un pergamino amarillento del tubo. Como siempre, no había preámbulo ni saludo; las letras negras fluían suaves, formando cinco palabras:

Torre a Caballo Cinco Rey

Y después una sexta:

Jaque

Ni siquiera un milenio de no-vida le había preparado para aquel instante, pero se recuperó rápidamente; solo por un momento la boca se le abrió antes de asumir una respuesta más directa.

–Debe haber un error. –Las palabras surgieron de su boca y de su garganta, pero no había error alguno.

Owain había clavado al molesto caballo blanco restante, y lo más probable era que en dos o tres movimientos hubiera llegado al jaque mate, ¡pero ahora aquello! No solo la torre ponía a su rey en jaque, sino que el movimiento había revelado un ataque descubierto del alfil blanco, que también provocaba un jaque.

–Pero... ¿cómo? –susurró débilmente. *Había un peón bloqueando esa diagonal. Un peón blanco, pero no recuerdo haberlo movido...* Bajó el rostro hasta su mano. Su oponente no había movido aquel peón. La omnipotente dama de Harold Godwin lo había enviado al infierno normando. *Fue hace varios turnos. Probablemente... 1930.*

La inquietud en su estómago se agravó cuando estudió el tablero con mayor atención. No solo su rey estaba en doble jaque, sino que además estaba atrapado. Podía escapar durante un turno, pero entonces la torre a caballo ocho rey, protegida por el alfil... y con sus propias piezas alejadas... *jaque mate.*

–¡Aaaaaaah! –Los colmillos le surgieron de las encías mientras las garras tomaban forma en un gesto instintivo que denotaba su furia.

–¿Señor? –Randal, que se había acercado lentamente para mirar por encima del hombro de su maestro, dio un salto hacia atrás, casi tirando el busto de Oliver Cromwell de su pedestal de mármol. Mientras le observaba desde una distancia prudencial vio la mano temblorosa de Owain mover la torre blanca a su nueva posición con un golpe que amenazó con derribar las demás piezas. Randal, que también era un gran jugador, observó el tablero durante unos instantes—. Oh.

Owain reprimió la necesidad de coger cada trebejo y arrancarle la cabeza del cuerpo, convirtiéndolo en virutas tan pequeñas que nadie pudiera reconocerlas. Con un supremo acto de voluntad, se levantó lentamente de la silla y abandonó la habitación.

–Creo que tenía que estar en algún sitio --murmuró con los dientes apretados. Randal le siguió en silencio.

* * *

Grimsdale creyó haberlos perdido al girar hacia el este y después bajar hacia el sur. Tenía que llegar al aeropuerto, al terreno neutral del hangar de los Giovanni, y volar desde ahí a Chicago para negociar con Ballard o con Capone. Con aquel que ofreciera el mejor trato.

Sin embargo, cada vez parecía más evidente que, si había conseguido perderles en algún punto, no sería por mucho tiempo. Ahora estaban jugando con él, como un gato con un pájaro herido. El hombre que tosía había aparecido demasiadas veces como para ser una coincidencia. Además, en una ocasión en la que se había agazapado en las sombras, una espesa neblina, más fría y densa que la noche más cerrada, apareció reptando hacia él. No había sido capaz de controlar su terror y había gritado, huyendo a la carrera.

Mientras se apoyaba contra la pared negra de una sucursal bancaria se alisó la camisa, más para tratar de controlar el temblor de sus manos que para eliminar cualquier arruga. Necesitaba alimentarse, y de forma urgente. Aquella noche se estaba alargando cada vez más, como un horrible sueño surrealista que no terminaba jamás y que no le dejaba descansar.

Ya estaba bastante lejos del centro. Los inmensos edificios de oficinas y los rascacielos habían dado paso a tiendas menores, restaurantes y comercios de todo tipo con escaparates protegidos por verjas. En aquella zona había más gente, pero Grimsdale no era capaz de concentrarse en cazar cuando era él el que estaba siendo perseguido. Cerró los ojos por un momento y rió en silencio, presa de la desesperación. Anteriormente había tratado de convencerse de que lo estaba imaginando todo, de que no había nadie tras él. Casi lo había creído, hasta que la familiar tos raspada rompió en pedazos su patética fantasía.

Dio una fuerte bocanada de aire para calmarse, aunque su cuerpo ya no necesitaba oxígeno. Solo sangre. *Daré toda la vuelta*, decidió. *Oeste, luego norte, este y termino con una carrera hacia el sur. Si es necesario encontraré un refugio y pasaré el día. Puedo llegar mañana por la noche al aeropuerto.* No podía rendirse al pánico, no cuando aún tenía una oportunidad. *Lo único que necesito es llegar a Chicago. Después seré rico por toda la eternidad.* Sonrió, a pesar del frío que

sentía cada vez que necesitaba sangre de forma urgente.

Sin embargo, aquella vez era algo más.

Trató de abandonar su escondite, pero descubrió que sus piernas no obedecían sus deseos. Vio demasiado tarde la oscuridad, la sombra sobrenatural que se enroscaba por sus piernas y que ascendía lentamente por su cuerpo. Gritó aterrorizado.

–No armes tanto escándalo, cariño. –Una mujer afroamericana le sonreía a menos de tres metros de distancia, acucillada en las sombras.

Grimsdale luchó frenético, pero la negrura no le soltaba, apretándole los brazos contra el cuerpo y constriñendo su pecho. De la esquina surgió otra figura con una voluminosa gabardina y un sombrero de ala ancha que le ocultaba el rostro.

–Los gritos no te valdrán de nada –dijo la mujer mientras el recién llegado se acercaba a Grimsdale. La mente de éste volaba a toda prisa. *Chicago. ¡Tengo que llegar a Chicago! ¡Esto no puede estar pasando!*

Una voz con un fuerte acento extranjero siseó desde debajo del sombrero.

–No soporto gritos –dijo mientras aferraba la garganta de su presa.

Grimsdale no pudo hacer absolutamente nada mientras sentía como su laringe no era aplastada, sino reformada, moldeada en una masa de carne y cartílago inútil que surgía de su cuello. El dolor era tan intenso que nunca había sentido nada parecido, ni antes ni después de morir. Jadeaba, pero solo un leve silbido surgía de lo que quedaba de su garganta. No habría más gritos.

La mujer rió entre dientes y la segunda figura se quitó el sombrero, revelando un semblante monstruoso: pinchos de carne y hueso expuesto surgían del centro del cráneo; el mentón, largo y afilado como una lanza, se doblaba hacia la izquierda; los colmillos inferiores surgían hacia arriba, perforando la piel.

A pesar de tener la cabeza inmovilizada por la sombra gélida, Grimsdale logró cerrar los ojos y deseó que todo aquel horror fuera imaginario, pero ni siquiera se le concedió aquel lujo. Sintió la presión sobre sus ojos y vio cómo los párpados se fundían como la cera ante el toque del monstruo.

Sus pulmones estuvieron a punto de estallar cuando trató de gritar, pero lo único que oyó fue un enfermizo gorgoteo... y risas, tanto el cruel cacareo de la mujer como el sonido raspado del monstruo, que

podía confundirse con una tos.

Grimsdale tensó al máximo los músculos, pero era incapaz de moverse dentro de los confines de su prisión oscura.

Estaba completamente indefenso, lo que aprovechó el monstruo para trabajar en su cara, como un alfarero demente trabajando arcilla viva. En los momentos de lucidez que la agonía le permitía, Grimsdale deseó que llegara el fin. Casi se sintió agradecido cuando la mujer saltó sobre él, mordiéndole profundamente en el cuello. El monstruo también se alimentó, hundiendo los colmillos grotescos en su rostro y arrancándole trozos de carne deforme.

Había una nueva voz, pero Grimsdale no pudo oírla.

* * *

–Deja algo para tu amante, Dietrich. –Las palabras de Francesca surgían como música de sus labios, y el sonido de aquella voz bastó para distraer al horrendo vampiro. Se alejó de su última obra maestra y apartó también a Liza. La mujer negra siseó mientras de su boca caían algunas gotas de la sangre de Grimsdale, que se derrumbó en el suelo.

–No creo que vaya a ir muy lejos –observó Francesca.

Dietrich rió ante aquellas palabras, incapaz de contenerse, y empezó a saltar. Liza se lamió los labios y se limpió con la manga, observando envidiosa cómo Francesca levantaba a su presa y vaciaba el resto de la sangre. Incluso ella tenía que admitir que aquella mujer hispana tenía un cierto estilo, una sensualidad innata. Verla lamer aquel cuerpo deforme le puso la piel de gallina y le hizo fantasear.

–Tu sombra le sujetó bien –dijo Dietrich.

–Por supuesto –respondió Francesca. El monstruo se acercó un poco y se carcajeó de forma estúpida ante el reconocimiento de su cumplido.

Liza ya había tenido suficiente.

–Me encantaría quedarme para que todos nos besáramos el culo, pero tengo cosas que hacer.

Francesca asintió.

–Tu ayuda ha sido inestimable. Te aseguro que no pasará desapercibida.

–¿Sí? –Liza tenía dificultades para hacerle comentarios sarcásticos a aquella mujer—. Vale. –Mientras se giraba para marcharse, vio la lengua de reptil de Dietrich extenderse y enroscarse

alrededor del antebrazo de Francesca. Se alejó y trató de ignorar la risa maníaca que llegaba desde el callejón.

_____ 2 _____

La canción le llamaba.

Antwuan se excusó y dejó a sus amigos; no iban a marcharse a ninguna parte. Nadie al que Antwuan conociera iba a ninguna parte. Nadie salvo él. Sus amigos Siempre se reían. Excepto el Pequeño Johnnie, él era el único que no se había metido en líos, que "tenía limpia la nariz", como decía su madre. Muy pronto tendría edad suficiente para trabajar para su tío Maurice conduciendo el taxi. Iba a ahorrar algo de dinero, a comprarse una casa... A las chicas les gustaba eso. No tenía intención de pasar toda su vida en Reynoldstown. *He visto a demasiados tipos morir a tiros o volverse locos con las drogas.* De todos modos, ninguno de sus amigos creía que fuera a sobrevivir hasta los treinta. Ninguno excepto el Pequeño Johnnie, que tenía demasiado miedo a morir. A Antwuan le gustaba quedar con ellos, pero no les necesitaba a todas horas.

Además, no todas las noches le llamaba *la canción*.

La primera vez que había respondido había sido por otros motivos. Taquanna le había sugerido que debía hacerlo, y pensó que si jugaba bien sus cartas podía llegar a acostarse con ella. Merecía la pena. Sin embargo, desde entonces no había duda alguna. Si la canción le llamaba, él acudía.

Para Antwuan, la vieja iglesia siempre había formado parte del paisaje. Estaba allí, pero él no tenía nada que ver con ella. Nadie se acercaba. Le rodeaba ese aire extraño que hacía que todos se mantuvieran alejados. Ni siquiera las bandas se reunían allí. *Qué demonios, pensaba, hay muchísimos otros edificios abandonados que destruir.*

Mientras se dirigía hacia la iglesia por cuarta vez en su vida, notó que el lugar no estaba tan mal conservado si se miraba con buenos ojos. La poca pintura blanca que quedaba se estaba cayendo de las planchas de madera gris, y el campanario, en su mayoría derruido, se elevaba precario sobre unas vidrieras parcialmente intactas y cubiertas de polvo que asomaban entre los tablones que las cubrían. Podía ser

peor.

Al acercarse *sintió* las notas que flotaban en la noche y que le llamaban sugerentes. Nunca había oído aquella canción antes de acudir por primera vez a la iglesia, pero desde entonces la escuchaba por todas partes, estuviera donde estuviera. El verano pasado se encontraba en un partido de los Braves, y a pesar de los kilómetros, del tráfico y de la multitud la había percibido claramente. Saltó al MARTA {***} y regresó lo mas rápido que pudo.

{*** N.d.T: *Metro Atlanta Rapid Transit Authority, el sistema público de autobús y suburbano de Atlanta*}

No vio a nadie en la acera cuarteada que rodeaba el templo, pero sabía que habría otros esperando. La canción llegaba hasta todos aquellos capaces de oírla, y eran muchos los que acudían. Antwuan se alegró de vivir tan cerca y de poder responder casi siempre. Se acercó a la puerta mientras las notas le arrastraban cada vez con más fuerza. Aquello era un prelude, como le decía su madre cuando le hacía ir a su iglesia, solo que aquella música era mucho más cautivadora que nada que pudiera imaginar. Además, el servicio no era lo que uno esperaría del Predicador Rutherford. Rió al pensar en aquella imagen, pero entró y guardó silencio.

La mujer estaba en la parte frontal, delante de un pulpito elevado cubierto de grafiti: el ángel pálido. Su piel era blanca como el marfil, lo que contrastaba aún más con el cabello negro que rodeaba su rostro delgado, alzado ahora hacia los cielos con los ojos cerrados y los labios ligeramente separados para poder entonar el sonido más cautivador que un hombre hubiera oído jamás.

Antwuan caminó lentamente entre los bancos rotos, pero cada paso sobre la alfombra vieja y raída le acercaba un poco más al paraíso. Ya había otros: dos hombres negros mayores, una mujer coreana de mediana edad y una joven blanca que vestía demasiado bien para vivir cerca. Antwuan se arrodilló junto a los otros a los pies desnudos del ángel, cuyo vestido blanco se derramaba sobre el suelo.

Aquella voz los atraía y los retenía, aunque no tenían intención alguna de marcharse. Antwuan cerró los ojos y dejó que la música aliviara su mente, alejando todos los pensamientos turbulentos: su madre insistiéndole en conseguir un trabajo en vez de esperar a tener edad para trabajar con su tío, los días eternos desde que abandonara la escuela, la duda de si los disparos en la noche habían acabado con un familiar o con alguno de sus amigos... Las preocupaciones diarias desaparecieron y dieron paso a la música apaciguadora, lo más

cercano a la verdadera felicidad que nunca había experimentado.

Sin embargo, su dicha no era completa. En su corazón persistía un pequeño dolor, la semilla del deseo, una necesidad creciente. La música no era capaz de borrar esta sensación y tampoco la alejaba, sino que la acariciaba y cuidaba de ella.

La canción cambió, se alteró de modo indescriptible. Antwuan sabía que si abría los ojos vería a los demás a su alrededor, diez o quince personas. Sintió la presencia familiar de Taquanna a su lado, a meros centímetros de su hombro. El ángel seguía cantando sobre ellos; la música le recordaba a una tonada que su abuela le cantaba de pequeño, pero no era capaz de recordar la melodía. Además, no quería distraerse de aquel placer.

Lentamente, la música empezó a cobrar intensidad. El timbre calmado se hizo más fuerte, al tiempo que se introducía un leve tono de urgencia. El dolor dentro del corazón de Antwuan también aumentó, y sintió cómo la semilla echaba raíces, crecía y florecía. El deseo aumentó con la armonía, combinando todas las necesidades (amor, aceptación, seguridad) en una exigencia irresistible que debía ser obedecida sin falta.

Ángel misericordioso del Señor. Las lágrimas corrían por sus mejillas, un llanto feliz por una revelación que no podía hallar en ningún otro lugar. Estaba bailando. Todos bailaban, girando embriagados por la euforia, absorbiendo la salvación. Compañero con compañero, hombre, mujer, blanco, negro, joven, viejo. Tocó amistoso a aquellos a los que no habría saludado en la calle en su vida normal.

La música siguió aumentando en fuerza, tono y volumen. La urgencia le atravesaba el pecho como una añoranza a la que no podía resistirse. El ritmo se adueñó de él y le arrastró para ver su yo más interior, desnudo y vulnerable. El dulce vibrato del ángel le pedía que fuera fiel a sí mismo, a sus deseos, a sus necesidades.

El retumbar en sus oídos era ensordecedor. El corazón le latía desbocado para igualar el ritmo de la canción. Siempre estaba la canción, eternamente presente, llamando, golpeando, girando.

El pecho de Taquanna se frotó contra su hombro. La necesidad de Antwuan encontró dirección en la desnudez de ella, en su deliciosa piel marrón. Se tocaron, se acariciaron, entrelazaron las armonías de una canción que les acercaba cada vez más.

Se tumbaron sobre la hierba mientras el aroma embriagador de la muchacha le rodeaba. Manos. Amor. Necesidad. Deseo. Enterró el rostro entre sus pechos, la bebió, sintió su cuerpo tenso y arqueado

deseándole. Taquanna empezó a tocarle por todas partes. El sol les acariciaba, casi quemándoles, pero el dolor no hacía más que acrecentar su deseo, reforzar su necesidad.

La sintió bajo su propio cuerpo. Sobre él. Brazos y manos surgieron de la tierra por todas partes para rozar, acariciar. La muchacha gritó... ¿o era él?

La música.

Canción.

Éxtasis arrebatado.

Crescendo.

Gozo devorador.

* * *

Cálido, al borde de las lágrimas de felicidad, Antwuan salió trastabillando de la vieja iglesia casi al amanecer. Las piernas apenas le sostenían mientras se alejaba por la acera. Cuando llegó a casa se derrumbó sobre la cama y durmió hasta muy avanzado el día.

3

Liza tomó un atajo por el parque Piedmont. Le encantaba la libertad de pasear sola por la ciudad de noche, algo que no podía hacer siendo mortal. No solo disfrutaba de sus nuevos poderes, sino que siempre buscaba la oportunidad de exhibirlos, aunque lo hacía más para convencerse de que eran reales que para impresionar a nadie. *Liza no necesita a nadie más*, se decía a menudo. Esperaba que alguien le diera problemas, deseaba que cualquier gilipollas que se creyera muy duro tratara de acosarla, o mejor aún, de violarla. Le metería la polla en la garganta.

Seguro que el viejo Dietrich la tiene enorme, como le gustan a Francesco, pensó. *Probablemente la tenga llena de pinchos, como la cabeza*. Extrañamente, era Francesca la que de verdad le intrigaba. *El modo en el que arrastra las errres*. Aquel mero pensamiento le produjo escalofríos. Puede que las dos se volvieran a encontrar, pero esta vez sin Dietrich. *El monstruo*. ¿Quién sabía cuándo les volvería a

reunir otra misión del Sabbat? El equipo había funcionado bastante bien: Lisa, natural de Atlanta, como guía; Dietrich ayudando a dirigir a la presa y Francesca dando las órdenes e inmovilizando a como-se-llamara al final.

Para su decepción, la noche en el parque parecía bastante tranquila. Después de cuarenta y cinco minutos sin que nadie le molestara y sin nada que llevarse a la boca, se dirigió hacia el High Museum, ala exposición del Príncipe Benison.

Los ghouls de éste, Byron y Vermeil, uno blanco y otro negro, ambos silenciosos como una tumba, protegían la puerta al final de una larga rampa. Se trataba evidentemente de una exposición privada a la que los mortales no eran bienvenidos. La Camarilla, la secta vampírica que controlaba Atlanta, reclamaba a todos los Vástagos como miembros, de modo que Liza estaba automáticamente invitada aunque Benison no la quisiera allí. Técnicamente era una anarquista, una rebelde que no reconocía las estructuras de la Camarilla, al menos no todas ellas. Sin embargo, como la secta la incluía siempre existía una gran zona gris en la que moverse. A Liza le encantaba la zona gris. Significaba libertad. Sin embargo, si Benison o cualquiera de los otros vampiros de Atlanta descubría sus contactos con el Sabbat, se terminaría la libertad... por no decir la vida. Sería empalada o decapitada, o dejada a la luz del sol, o las tres cosas a la vez.

Pasó junto a los dos ghouls, que le sostenían la puerta.

—Ey, Vermeil —dijo—. ¿Te gusta ser un chico de Benison? ¿Te trata bien? —Los ghouls la ignoraron, cerrando la puerta y siguiendo con su trabajo—. Chavales, hacedme saber si os cansáis de toda esta mierda. Os enseñaré lo que es pasárselo bien.

Otra mujer, probablemente también un ghoul, acompañó a Liza por el vestíbulo, un espacio abierto de increíble altura rodeado por una rampa descendente, hasta el ascensor. *Como si no pudiera encontrarlo sola.*

La cabina se detuvo y las puertas se abrieron para mostrarle a Lisa un mundo que despreciaba: la corte del príncipe, llena de pompa y ceremonia, de Vástagos actuando de forma sofisticada, bebiendo vitae en copa e intentando hacer comentarios interesantes y profundos sobre arte. El único motivo para venir era recordarse lo mucho que les odiaba, reírse de ellos y de su arrogancia hueca.

En ocasiones Benison celebraba misas de medianoche en Rhodes Hall, su mansión en Peachtree Street. Liza las evitaba como la peste. No tenía la menor intención de escuchar a un loco Malkavian

escupiendo las escrituras y pretendiendo que Dios aún se preocupaba por los Condenados. Liza la anarquista disfrutaba de esa libertad, ya que podía saltarse cualquier acontecimiento que deseara. Los demás Vástagos no podían decir lo mismo. *Estúpidos hijos de puta*. Al Príncipe Benison no le hacía ninguna gracia que sus súbditos faltaran a los acontecimientos de su corte, otro motivo para atender a aquella exposición relativamente inofensiva: restregar a los demás por la cara que ella no tenía *por qué* estar allí.

Liza pudo ver que estaban todos: Eleanor, la puta snob casada con el príncipe, vistiendo ese horrible traje sacado de *Lo que el Viento se Llevó*; Benjamín y Thelonus, abogado residente y Sr. Derechos Civiles, hermanos que trabajaban en el mundo de los blancos; Owain Evans, el joven, atractivo y aburridísimo empresario; Hannah, la Tremere local, gran hechicera, o como fuera; Marlene, aspirante a artista, más bien reina del porno.

Había otros, pero Liza se distrajo al ver a Alex Horndiller, el ghoul mano derecha de Benison, conduciendo a dos jóvenes varones mortales hacia el centro de la galería. Se acercó a ellos mientras su ropa negra ajustada atraía algunas miradas entre los trajes formales que todos llevaban. Golpeó al ghoul tan fuerte en el hombro que casi lo derribó.

—Ey, pollita mía, ¿qué es lo que me has reservado? —Sin más palabras, tomó el antebrazo del primer hombre, alto, rubio, puede que de unos veintipocos años, y le hundió los colmillos.

El mortal apenas se resistió, y fueron los demás invitados los que expresaron su asombroso. Liza trataba de no reír (odiaba que la sangre se le saliera por la nariz), pero era tan... tan de los Vástagos escandalizarse como habían hecho... Los dos hombres eran el aperitivo de la velada, recipientes comunes, pero todos sabían que el primer sorbo le correspondía al príncipe.

Liza no estaba hambrienta, especialmente después de beberse a aquel vampiro junto a Francesca y al Hombre Elefante, pero aquello era casi tan divertido como destripar ladrones en el parque. Dejó al hombre y sonrió al iracundo Horndiller, que tenía la cara enrojecida.

—No está mal —dijo mientras le guiñaba un ojo al recipiente y le pellizcaba el trasero—. Me gusta el toque *Dixie*.

Antes de que Horndiller pudiera convertir su indignación en palabras, Liza hundió los colmillos en el segundo hombre, más fornido y de piel más oscura que el primero. Solo había bebido un poco cuando sintió una mano en el hombro. *Pollita tiene más pelotas de lo*

que... Sin embargo, antes de que pudiera terminar el pensamiento alguien la giró, y para su sorpresa no era Horndiller, sino J. Benison Hodge, Príncipe de Atlanta.

Dio un paso atrás sorprendida, pero la férrea presa del vampiro la retuvo. Era mucho más alto que ella, y tenía su enorme barba rojiza a meros centímetros de su cara. Los ojos verdes mostraban una furia que Liza no había visto jamás. Trató de hablar, pero solo consiguió lanzar un gemido lastimero por el dolor en el hombro.

El príncipe habló con voz grave y lenta.

–Te ofrezco hospitalidad y te burlos de ella. –Las palabras iban dirigidas a Liza, pero la voz de barítono de Hodge llegaba claramente a todos los invitados, de los que la Sabbat se había olvidado.

El príncipe la soltó y preparó la mano rápidamente para darle una fuerte bofetada en la cara... pero se detuvo, con el brazo temblando por la rabia. Su mandíbula cerrada hizo que la barba se extendiera hacia delante.

–No toleraré esto.

Liza no podía hacer nada ante aquella increíble demostración de ferocidad apenas contenida. Un golpe de aquel puño enguantado bastaba para romperle todos los huesos de la cara. De repente se sintió muy joven, débil y pequeña, enfrentada a una fuerza de la naturaleza como aquel vampiro.

Benison aspiró profundamente y exhaló de forma pausada. Ni por un momento dejó de mirar con severidad a Liza.

–No quiero volver a verte durante un año y una noche, no quiero ni siquiera oír tu nombre –dijo mientras un brillo demente cruzaba su mirada, como si quisiera destruirla en aquel mismo momento, como si lo único que deseara fuera aplastar aquella afrenta a su honor. Sin embargo, el momento de duda pasó y el príncipe consiguió contener su ira, aunque no aplacarla–. En caso contrario conocerás la muerte definitiva. Vete –dijo antes de darle la espalda.

Liza tardó un instante en comprender que no había sido golpeada, que el príncipe no le había partido el cuello como ella esperaba. Se tragó su orgullo herido y desapareció.

* * *

Era probable que Owain no hubiera estado nunca en una función social con un humor peor. *Trescientos años de estrategia y planificación abruptamente catapultados al infierno*, no dejaba de

decirse. No se trataba de una desgracia que pudiera ignorar y olvidar fácilmente. *¿Cómo? ¿Cómo ha podido suceder? ¿Exceso de confianza? ¿Descuido?*

La exposición artística apenas era una distracción suficiente. *Al menos no es una de esas condenadas misas.* Gracias a sus contactos con la dirección del High Museum el príncipe Benison había conseguido que la galería mostrara la obra de uno de los Vástagos de Atlanta, Marlene. La mujer se consideraba una escultora, y aunque se trataba de una Toreador, Owain no creía que el término "arte" describiera adecuadamente sus "hazañas". Al parecer, la cerámica y la arcilla eran materiales demasiado sutiles; Marlene se dedicaba a soldar y a pegar diversas formas de metal de deshecho, poniéndole después nombres grandiosos a las monstruosidades resultantes. Lo que su obra carecía en visión lo suplía con creces en magnitud. En su catálogo no había nada que pudiera ponerse encima de la mesa del comedor.

Como era habitual en aquellas funciones, Owain trató de apartarse de en medio. Se podía aprender mucho más observando y escuchando que tomando la iniciativa, algo que había aprendido a lo largo de los siglos de existencia vampírica, y *algo que esa basura anarquista haría bien en aprender*, pensó cuando Liza apareció por la puerta. Su pequeña demostración había sido entretenida, tenía que admitirlo, aunque se había cuidado de no mostrar reacción alguna ante el espectáculo. *No sobrevivirá mucho tiempo enfrentándose al príncipe de ese modo.* Le sorprendía su temeridad desaforada, su estupidez. *Hay modos más eficaces de socavar la posición de un príncipe, mucho más sutiles, más seguros.* No podía sino preguntarse si el tratamiento del príncipe hubiera sido más "permanentemente perjudicial" si la anarquista hubiera tenido tiempo de hacer algún comentario sobre las esculturas.

Mientras Liza montaba su pequeña escena Owain había estado en un lateral de lámala, junto a la dirigente de la capilla Tremere, la discreta Hannah. Estaba lo suficientemente cerca como para que cualquiera creyera que estaban hablando y pasara de largo, pero no tanto como para tener que hablar con ella. Sospechaba que a Hannah también le venía bien aquel arreglo, ya que no era precisamente uno de los vampiros con mayor ambición social de la ciudad. Por lo general, los únicos que tenían algún interés en hablar de algo interesante con ella eran sus súbditos Tremere. Algunos intentaban intercambiar algunas palabras pero se retiraban rápidamente, ya que

no recibían más que respuestas tan educadas como frías.

Owain se fijó en su reacción ante el enfrentamiento entre el príncipe y la anarquista. Estaba tan callada como él, y una leve inclinación de la nariz era lo único que indicaba su desagrado. El propio Owain no era un fanático de los modales, aunque a lo largo de los años había llegado a comprender su capacidad estabilizadora, tanto en los asuntos mortales como en los vampíricos. No se sintió ofendido por aquella "afrenta al honor del príncipe". Lo que estaba era asqueado con la estupidez de la anarquista.

Sacudió la cabeza, pensando en lo equivocado de aquella exhibición. *Quería avergonzarle para dañar su reputación, pero Hodge ha conseguido parecer más fuerte que nunca y ella esta exiliada durante un año y una noche.* Rió para sí mismo. *Un bonito toque: un año y una noche. Hodge tiene sensibilidad para lo dramático.* La duración del castigo era un claro reflejo de la duración de las búsquedas artúricas: un año y un día. Owain estaba especialmente enamorado de las leyendas, ya que muchas de las primeras eran de origen galés. Le parecía evidente que el príncipe se veía como una especie de caballero andante, protector de la moral. Concordaba perfectamente con sus demás trastornos mentales.

No, Owain no estaba ofendido por aquella pequeña demostración, al contrario que muchos de los Vástagos reunidos, que se habían sumergido completamente en el aura de gentileza sureña que Hodge, su esposa Eleanor y el sire de él, Tía Bedelia, habían creado de forma tan convincente. Para Owain la etiqueta no era más que un medio, no un fin en sí misma. En ocasiones era lo único que mantenía el civismo entre dos enemigos, y lo que era más importante, era un velo tras el que obrar el engaño.

Aquellos pensamientos le recordaron que aquella noche tenía asuntos que resolver. Básicamente estaba haciendo tiempo, asegurándose de permanecer lo suficiente como para no insultar al príncipe, pero no tanto como para que pareciera que quería congraciarse con él. Creía que prácticamente ninguno de aquellos vampiros merecía el tiempo de una reunión social, y menos aún los humanos o los ghouls. Sin embargo, si tenía que acudir, bien podía conseguir algo al mismo tiempo. Buscó por la sala hasta dar con Benjamín, un camarada Ventrue, aunque no precisamente un amigo. Mientras se preparaba para abandonar el refugio seguro cerca de Hannah se topó con Tía Bedelia, que recorría la galería sentada en su vieja silla de ruedas empujada por su chiquillo, el príncipe.

–Vaya, J. Benison, alguien ha chocado conmigo –dijo con su voz aguda–. ¿Quién es? –Miraba con sus gafas de media luna en la dirección de Owain. Estaba envuelta con un pesado vestido de lana.

–Mis disculpas, Madre –musitó el príncipe, amable y educado ahora que el civismo había vuelto a la reunión–. Es Owain Evans.

Éste sonrió educadamente.

–Nunca había oído hablar de él.

–Claro que sí, Madre –le recordó paciente Benison–. Llegó de Europa durante la Gran Guerra. Es de Gales. Ha...

–Nunca había oído hablar de él –saltó Bedelia, más molesta esta vez.

El príncipe agachó la cabeza y susurró.

–Claro que no, Madre, tienes razón. Madre, te presento a Owain Evans, Ventrue de King Road, Atlanta. Señor Evans, mi sire, Tía Bedelia.

La anciana extendió la mano frente a ella mientras Owain, a su derecha, vio que el príncipe le miraba expectante. La rodeó, tomó delicadamente su mano y la besó.

–El placer es totalmente mío, Tía Bedelia.

–Encantador –sonrió la vieja vampira dulcemente, feliz ahora que se la había mostrado el debido respeto; estaba tan contenta que parecía haber quedado instantáneamente dormida. Tenía los ojos cerrados y comenzaba a roncar de forma discreta.

Benison mostró una gran sonrisa.

–Siempre me alegra verte, Owain. Mi madre y yo estamos contentos de que hayas podido venir esta noche. ¿Te gusta la exposición? –Antes de que Owain pudiera contestar, el príncipe miró a su izquierda–. No, no creo que tengamos que mandar a nadie detrás de ella –dijo respondiendo una pregunta inexistente. Después, sin perder un instante, se volvió de nuevo hacia Owain y le sonrió.

El Ventrue no sabía cómo reaccionar. Aquel comportamiento peculiar no era nuevo en Benison.

El príncipe esperó un instante.

–¿La exposición...?

–Oh, sí –respondió Owain–. Nunca había visto nada parecido. Benison le dio una palmada en el hombro y rió de buen grado.

–Bien, bien, estoy seguro de ello. Nuestra pequeña Marlene es toda una artista.

–Tiene... algo, sí –asintió el Ventrue. Se preguntó qué relación tendría Marlene con el príncipe para merecer su mecenazgo. Sabía

con certeza que su mujer no era ningún ejemplo de fidelidad. Quizá la indiscreción fuera recíproca. Aunque muy pocos vampiros conservaban algún tipo de deseo sexual, siempre había otras... muestras de afecto que una esposa podía conservar celosamente.

–Bien, Madre y yo debemos atender a los demás invitados --dijo Benison--. Me alegro de verte, Owain. Disfruta de la exposición. --Al oír esto Bedelia se despertó. El ronquido cesó abruptamente mientras parpadeaba. Estaba mirando a Owain como si le acabara de hacer una pregunta y estuviera esperando respuesta.

Owain, asintiendo respetuoso al príncipe, vio que Bedelia seguía observándole expectante.

–Ha sido un placer conocerla, madame --dijo.

Ella le miraba como si no hubiera oído su comentario.

–¿Nos conocemos, joven?

Benison la interrumpió rápidamente.

–Mira, Madre, ahí está tu compañera favorita de bridge, Hannah --dijo mientras empujaba la silla de ruedas.

–J. Benison, ¿por qué no nos has presentado? --preguntaba la anciana mientras el príncipe avanzaba, saludando con gran entusiasmo mientras parecía ignorar las quejas de su sire.

Owain se alejó agradecido. Siempre se había llevado bastante bien con el príncipe. Los dos eran guerreros, y aunque sus luchas pertenecían a épocas diferentes eso siempre creaba una cierta camaradería. La Tía Bedelia era un asunto diferente. Estaba convencido de que su "amnesia" no era más que un truco, un juego con el que pretendía rebajarle de algún modo. Olvidó el encuentro. *Que la vieja bruja pretenda que no me conoce. Prefiero seguir aconsejando al príncipe que lograr su aprobación. ¿Dónde se ha metido Benjamín? Se habrá perdido en alguna galería lateral.*

Se dirigió al centro de la sala y saludó educadamente a los Vástagos más jóvenes, de cuyas acciones trataba de estar enterado mediante una red de espías pero a los que no se dignaba a hablar en acontecimientos sociales. Pasó también de largo la principal obra de la exposición, una mole consistente en tres grandes trozos de metal doblado y retorcido con numerosos adornos, menores, suspendida del techo por gruesas cadenas. Era una obra que Marlene había creado hacía algunos años y que se titulaba "La Cabalgata de Benison", en honor de la purga que el príncipe había hecho en la zona de Atlanta entre los anarquistas y Caitiff que no le mostraban el debido respeto anunciando su presencia en la corte. Benison parecía estar

encariñado con aquella obra, por lo que la presentaba de forma periódica para disfrute de los Vástagos de sus dominios.

Un Brujah vociferante había dicho que la escultura era en realidad la representación, de una ballena escupiendo un Volkswagen, pero el príncipe tenía otra opinión al respecto. Aquel Brujah ya no residía en Atlanta. Había otras opiniones más coloristas (y discretas) sobre el significado de la obra: una cabeza desfigurada con un sombrero con hélice, tres halcones fornicando o un bailarín de ballet vomitando. El día de la presentación oficial Owain se había limitado a aplaudir de forma educada.

El que Benison no tolerara que los visitantes se olvidaran de presentarse ante la corte le recordó al invitado que había tenido aquella misma noche. Recordaba vagamente que aquel Gangrel ya había estado antes en la ciudad, y si era así no había duda de que conocería las ideas del príncipe al respecto.

Por desgracia, al pensar en el mensajero volvió el dolor del mensaje. Extendió involuntariamente las garras y las hundió en sus palmas. Cuando terminara con los negocios podía regresar a casa y estudiar el tablero con mayor profundidad. *Quizá aún no esté todo perdido*, se dijo, aunque no lo creyera del todo.

La galería estaba bastante atestada, ya que los invitados más rezagados comenzaban a llegar. Se dirigió a una de las galerías laterales y se encontró con el hombre con el que tenía que hablar. Benjamín, un dandy de color con un impecable traje de Brooks Brothers, pelo muy corto y gafas de alambre, era relativamente joven como vampiro, aunque su sangre era poderosa. Aparte de Eleanor, la mujer del príncipe, era probablemente el Ventrue más influyente de Atlanta. Owain trataba de mantener las distancias con la política del clan, ya que la había padecido en numerosas ocasiones. Cuantos menos problemas tuviera, mejor. Sin embargo, tanto Benjamín como Eleanor sospechaban de este alejamiento y le miraban con suspicacia. Si fueran conscientes de lo viejo y poderoso que era comparado con ellos, también le tendrían bastante miedo.

—Benjamín, debemos hablar —dijo mientras se acercaba. Una joven, cuyo nombre no recordaba en aquel momento, se alejó de Benjamín lanzando a Owain una simple mirada, una muestra de deferencia forzada hacia el antiguo.

Benjamín frunció el ceño, una expresión que hizo que las gafas le cayeran por la nariz.

—Dime, Owain, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó con un tono

frío y formal. Aquel acento inglés, leve pero presente, siempre divertía al galés. Sí, el joven abogado había estudiado varios años en Oxford, pero después de más de quince años en los Estados Unidos un acento adquirido desaparecía totalmente. Salvo, por supuesto, que se deseara mantenerlo conscientemente como una muestra de vanidad. Owain había vivido en Gales, Londres, Francia, España y ahora Atlanta, y había estudiado todo lo posible para conseguir un inglés sin acento que no despertara la curiosidad. El modo de hablar podía decir muchísimo sobre una persona. Incluso su nombre actual, "Owain Evans", era una concesión a la necesidad de pasar desapercibido, y parecía picado y duro comparado con el verdadero, "Owain ap Ieuan"-. ¿Owain? -La voz de Benjamín sacó al Ventrue de su ensimismamiento, un mal hábito al que sucumbía cada vez con mayor frecuencia-. ¿Cómo puedo ayudarte?

Owain se acercó a su enmarada de clan y habló con un tono bajo que no pudiera ser oído por los demás Vástagos.

-Necesito un favor, algo muy sencillo. -Benjamín le miró escéptico, pero no dijo nada-. Hay un caso determinado -siguió-, que será visto esta semana por el Chambelán de Justicia de la Corte Suprema. ¿Lo conoces?

Benjamín se encogió de hombros evasivo mientras se subía las gafas.

-De pasada.

-Ah, qué suerte. Mira, este caso en particular es una disputa urbanística. Mercator Manufacturing ha comprado un solar cerca del centro con la intención de construir un núcleo de distribución nacional. Por desgracia algunos reaccionarios, especialmente el Sindicato Ciudadano, ha tomado como bandera que este proyecto no es un objetivo deseable para la zona. Les da igual los puestos de trabajo que se puedan crear, o las inversiones que se atraigan hacia los barrios vecinos...

-No importa -le interrumpió Benjamín, incapaz de seguir callado-, que los empleos vayan a tener salarios mínimos, o que la gente vaya a trabajar para una corporación internacional famosa por cerrar cuando el nivel de vida aumenta lo suficiente como para que los trabajadores exijan aumentos, largándose a centros con mano de obra extranjera barata.

-A pesar de todo... -dijo Owain ignorando las protestas de Benjamín-, no he venido para discutir de filosofía empresarial. Cuando la virtuosa Comisión del Condado Fulton aprobó el proyecto

de recalificación para permitir la construcción a Mercator, el Sindicato Ciudadano presentó un recurso para invalidar los cambios.

¿Recuerdas a tu *conocido*, el Chambelán de Justicia? Cuando esta semana se presente el caso debe aprobar la recalificación. ¿No es sencillo?

Benjamín le observaba incrédulo.

–Debes estar bromeando –rió–. Mercator son unos esclavistas. Lo único que les preocupa de esos barrios es su margen de beneficios. –Bajó su bebida mientras marcaba sus palabras con gestos exagerados–. Lo que la gente del suroeste de Atlanta necesita es financiación para sus propios negocios. Necesitan propiedad, no servidumbre. Hemos llegado demasiado lejos como para regresar a la esclavitud, económica o de cualquier otro tipo.

Los dos hombres se observaron en silencio durante un momento. A su alrededor la concurrencia empezaba a descender, pero aún había Vástagos entrando, presentando sus respetos al príncipe y tomando un trago de los dos recipientes que Alex Morndiller escoltaba mientras iban perdiendo fuerzas para caminar por su propio pie.

Owain sonrió despectivo. Le aburrían aquellos juegos.

–No te estoy pidiendo tu opinión al respecto, Benjamín.

El Ventrue pareció sorprendido ante aquellas palabras, entre ofendido y divertido.

–¿Y por qué demonios iba a tener que ayudarte?

Owain se acercó aún más a él, hasta que prácticamente estuvo susurrándole al oído.

–Porque sé lo que hay entre tú y Eleanor, y los dos sabemos cómo respondería el príncipe si descubriera algo. Quiere a Eleanor demasiado como para hacerle daño, ¿pero a ti...? No creo que tuviera tantos reparos en mostrarte su desagrado. –Una sonrisa educada enmascaraba el veneno de sus palabras a cualquiera que pudiera estar observando.

Dio un paso atrás y comprobó que Benjamín no podía ocultar su desmayo, su asombro y su miedo. Estaba totalmente tenso y las gafas se le habían vuelto a caer.

–Ahora que lo pienso –siguió Owain–, no solo será el Chambelán el que apruebe la recalificación, sino que la Corte Suprema de Georgia se negará a atender cualquier apelación –dijo guiñándole un ojo a Benjamín, que estaba sin habla–. Estaremos en contacto.

Se giró y se marchó riendo para sus adentros ante la expresión del joven vampiro. *Eso debería enseñarle a tener más respeto a sus*

mayores. En cuanto entró en la galería principal estalló una cacofonía de sofocos, exclamaciones y risas. Vio inmediatamente el motivo.

Sobre "La Cabalgata de Benison" se encontraba Albert, un escuálido y barbudo Malkavian conocido por todos los Vástagos de Atlanta. Estaba totalmente desnudo. "¡A por ellos! ¡Arre, caballo!" gritaba mientras se agitaba de un lado a otro, reviviendo a su modo la heroica cabalgata del príncipe mientras la inmensa escultura se balanceaba precaria.

Marlene, autoproclamada artista, había sufrido un sofoco. El príncipe, junto a Tía Bedelia al otro lado de la galería y de espaldas al espectáculo, parecía ignorar lo que estaba sucediendo.

Aquello era demasiado para Owain. Se dirigió rápidamente en dirección opuesta al príncipe, hacia los ascensores. Había varios vampiros ordenándole a Albert que bajara, pero no estaban dispuestos a arriesgarse a que la escultura se derrumbara.

Mientras las puertas del ascensor se cerraban tras él, Owain pudo oír al Malkavian cantando a todo pulmón ("*Rollin', rollin', rollin', keep them dogs a-rollin'*") mientras la representación escultórica del príncipe se elevaba bajo sus piernas hirsutas como un gigantesco falo de metal de deshecho.

Entonces se produjo un silencio mortal. Owain podía imaginar al príncipe volviéndose.

—¡ALBERT!

4

Nicholas se reclinó sobre el árbol, cerrando fuertemente los ojos para tratar de aclarar su visión. Alga iba mal.

Hacía un momento había perdido la noción del tiempo. Se había sentido tan aliviado por abandonar la mansión de Evans que se había rendido a sus instintos para vagar y explorar. Atlanta era una ciudad muy verde, y a pesar de la concentración de ganado se había salvado gran parte de la vegetación, y no solo las praderas obscenamente cuidadas que hedían a fertilizante. Había numerosas zonas llenas de arbustos, matojos, zarzales y los ubicuos *kudzu*. Libre de los espacios cerrados había corrido por todas partes, absorbiendo el aroma y la gloria de la libertad. Al poco tiempo había comenzado a sentirse mejor,

más relajado, pero incluso en aquella ciudad, con su abundancia de árboles, no comprendía cómo los Vástagos podían resistir, cómo podían vivir encerrados con los mortales, los coches, los edificios, los aviones, el hormigón, el asfalto, los cables...

Al final recordó que tenía que presentarse ante Benison. No era la primera vez que viajaba a Atlanta, y sabía que el príncipe era muy celoso de tales formalidades. Había ido a primera hora de la madrugada a Rhodes Hall, su residencia principal, donde le dijeron que debía dirigirse al museo.

Al menos aquel era un lugar abierto y espacioso. Había optado por subir por la rampa para no encerrarse en el diminuto ascensor, pero llegó en el peor momento posible. Un Malkavian que se había dejado la ropa y el sentido común en alguna otra parte estaba siendo sacado a rastras. El Príncipe Benison no estaba de muy buen humor y apenas había reparado en Nicholas antes de salir como un trueno, empujando la silla de ruedas de su sire, que no dejaba de protestar.

Al menos no había tenido que quedarse mucho tiempo. Tomó un trago, cumplió con las formalidades adecuadas y se marchó. Sin embargo, justo cuando había terminado y estaba preparado para empezar a explorar adecuadamente, comenzó su actual problema.

Un repentino ataque de vértigo le había dejado desorientado y vagando ciego por la ciudad. Dos veces había evitado a duras penas ser arrollado por el ganado con sus automóviles, siempre con prisa para llegar a ninguna parte.

El aturdimiento no solo seguía, sino que cada vez se hacía más fuerte. Por primera vez en su no-vida sintió náuseas, aunque si vomitaba sería sangre lo que esparciera por el suelo. Había conseguido llegar hasta uno de los parques de la ciudad, pero no podía seguir. El árbol contra el que estaba apoyado (sus dedos le indicaban que se trataba de un roble rojo, aunque tuviera los ojos cerrados) no le proporcionaba mucho alivio. Sentía la sangre arder en su interior; la vitae, el único fluido que podía sudar, caía por su frente.

El tronco del árbol desapareció. Estaba observando el cielo y las estrellas a través de las ramas más altas. No recordaba haber abierto los ojos, ni haber caído al suelo.

Más vértigo.

Desorientación.

Nicholas ya no estaba en su cuerpo. Ni siquiera era él mismo. Era Jebediah Roney, chiquillo de Pierre Beauvais. *Sire* de Nicholas.

Las estrellas brillaban con fuerza, y podía ver zonas nevadas en

las rocas grises de las montañas nocturnas. Se encontraba muy por encima de las copas de los abetos.

La desorientación fue pasando y Jebediah la olvidó prácticamente de inmediato. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Estaba en forma lupina y tenía a la vista al león de las montañas que había estado rastreando. No se trataba de una presa normal para un lobo, pero le encantaban los retos.

Con el viento en contra, comenzó a avanzar lenta y silenciosamente. Estaba a punto de asumir una forma más humana y mejor adaptada para saltar sobre su presa (los lobos solo eran eficaces como cazadores de manada), cuando el león giró la cabeza. Había oído u olido algo, algo que no era Jebediah. Los leones de las montañas no se asustaban fácilmente, pero éste desapareció en un instante, sorteando rocas y simas. Se había desvanecido.

El vampiro no le persiguió, ya que se sentía más intrigado por aquello que había asustado al animal. Sin embargo, cuando oyó el primer aullido la curiosidad se congeló en su pecho.

Lupinos.

A continuación respondieron otros aullidos: cuatro, cinco, puede que más. A veces los cambiaformas Garou estaban más dispuestos a hablar que a matar, pero no pensaba jugarse la vida de aquella manera. Siguió rápidamente la misma ruta que el león.

Pronto comprendió que los lupinos no estaban interesados en el animal. Los aullidos estaban más cerca, y ahora estaba seguro de que eran un mínimo de cinco. Había oído historias sobre Gangrel en forma de lobo que se mezclaban con los lupinos pasando desapercibidos, pero no quería arriesgarse a ser descubierto. El grito de batalla de los Garou era demasiado insistente. Aquella no era una caza normal.

Ya los tenía prácticamente encima. Los gruñidos y rugidos se mezclaban con los aullidos. Se ocultó en una cueva. Hubiera preferido algo más pequeño, pero no tenía tiempo para pararse a elegir.

Mientras se fundía con la tierra, convirtiéndose en uno con el suelo de la caverna, grandes formas aparecieron en la entrada ocultando la luz de la luna. Los aullidos le rodeaban por todas partes.

Nicholas ardía. No estaba seguro de lo que le estaba ocurriendo, pero el dolor era real. Estaba medio fundido con la tierra con un gran roble sobre él, *y el sol asomaba por el horizonte*. Estaba cubierto por una delgada película de sangre que surgía de cada uno de sus poros y que se evaporaba con la luz de la mañana.

Se hundió lo antes posible por completo en la tierra, y mientras el

confort salvador le rodeaba imaginó aullidos de rabia sobre él.

* * *

Las tristes humaredas fabriles en el distrito Pankow siempre sacaban el lado metafórico de Gisela. Aquel humo espeso y malsano que no dejaba de surgir de las chimeneas, así como la capa grasienta de suciedad que lo cubría todo sin prejuicios en kilómetros a la redonda, le hicieron sonreír. *Ella* misma también era una fuerza omnipresente, un factor que afectaba a todos cuantos había a su alcance; al menos, así sería dentro de poco. Eso era lo que le había prometido Himmler.

La caza se le había dado bien. Se había topado con un hombre gordo e inmenso que le había sonreído al ver su enorme pecho y su cabello rubio. Con un beso brutal le había arrancado la sonrisa de la cara y había escupido sus labios al suelo. *Seboso estúpido.*

Ni siquiera después de vaciarle y de tirar su cadáver a la alcantarilla había saciado su hambre. Era una chica saludable, no una de esas delicadas flores occidentales a la que podía romper como... Extendió la mano y partió sin esfuerzo la antena de un coche aparcado.

Su compañero durante la última parte de la velada, Franz Litzpar, no necesitaba muchas motivaciones para unirse a sus actos de vandalismo aparentemente aleatorios.

–¡Ja! –dijo mientras comenzaba a patear el parachoques con las botas. Cuando quedó satisfecho comenzó a arrancar el capó.

Gisela lanzó un suspiro. Su pequeño *übermensch* estaba en buena forma, en contraste con el aspecto grotesco que tenía cuando decidía no ocultarlo. Frank se había encontrado con ella poco después de acabar con el gordo, y se habían relajado cazando a un patético anarquista que no había mostrado demasiado entusiasmo ante los intentos de Frank por que se uniera al Sabbat. Los dos se lo habían bebido al mismo tiempo después girarle la cabeza casi 180 grados.

Frank arrancó el tercer capó y lo empleó para destrozar el parabrisas.

–Tsk, tsk, tsk –chasqueó Gisela–. Espero que haya pagado el seguro.

Frank se giró hacia el edificio más cercano. Algunos habitantes estaban asomados por la ventana, pero la mayoría sabía que era mejor no intervenir.

–¡Deja que esos hijos de puta llamen a la policía! –rugió–.
¡Déjales que me digan que no les gusta lo que hago! ¡Me gustaría ver a un cerdo paquistaní enfrentarse a un verdadero alemán!

Gisela aspiró profundamente con desprecio y recibió el olor de los humos de las fábricas. *Que los occidentales traten de limpiar Pankow*, pensó. *Tardarán generaciones, y para entonces yo ya me habré cansado de todo esto*. O puede que tuviera que detenerlos... Herr Himmler le había dicho que tenía un potencial ilimitado. Una chica con talento podía llegar muy lejos en el Sabbat.

Pero eso quedaba para otro día, aunque desde luego no paca uno muy lejano. Ahora había asuntos más importantes.

–Frank, cariño, tienes que acompañarme a conocer a mi invitado.

–¿Quién es? –preguntó Frank alejándose del coche; no quedaba suficiente como para llamarle la atención–. No me digas que tienes a otro favorito. ¿Lo haces para volverme loco?

Gisela sonrió ante aquella adulación.

–Claro que no tengo otro favorito. Además, si lo tuviera no te lo diría.

Regresaron por la contaminada noche berlinesa hasta el sótano de Gisela, bajo un edificio de apartamentos cerrado después de un incendio. Su invitado se encontraba acucillado en una esquina, esperando en las sombras. No había electricidad. *Qué extraño es*, pensó. Cierto, no podía vagar por las calles como Frank o como ella si no iba disfrazado, pero no había abandonado aquel cuarto ni una vez desde su llegada, hacía dos noches. Gisela había sido lo bastante amable, como para traerle un niño pequeño que había robado a una madre descuidada.

–¿Cómo estamos esta noche, Dietrich? –preguntó mientras prendía la lámpara de aceite que había sobre la mesa. Como siempre, encender la cerilla de madera y tocar con ella la mecha le produjo una extraña sensación que le recorrió toda la columna. Aquella sencilla manipulación del fuego, el elemento más letal para los suyos, nunca dejaba de reforzar su sensación de invulnerabilidad.

La pregunta, sorprendió a Dietrich, que volvió de cualquier pensamiento retorcido que tuviera en aquel momento. Mientras la llama de la lámpara cobraba vida, la vampira no pudo evitar fijarse en los cambios que su invitado se había provocado en su ausencia de unas pocas horas. Tenía la cabeza inclinada en un ángulo extraño y un gran hueso surgía del lado derecho del cuello. Los dedos eran más largos, y estaban fundidos juntos. Como clan, los Tzimisce se

enorgullecían de su capacidad para mantener un control completo sobre su entorno, sobre los demás e incluso sobre sus propios cuerpos. Sin embargo, a Gisela aquello le parecía simple locura. Aplastar a aquellos que eran más débiles que uno era una demostración de control, así como oír sus Huesos partirse y sus gritos patéticos morir poco a poco. Retorcer el propio cuerpo como en un cuento de hadas enfermizo no era... nada.

Dietrich aún no parecía consciente de dónde se encontraba, y tardó unos instantes en reparar en Gisela y Frank. Tenía las rodillas recogidas contra el pecho y se mecía lentamente hacia delante y hacia atrás.

Gisela trató de ignorar su comportamiento, peculiar incluso para él.

–Dietrich, éste es Frank. Es mi amigo, nuestro amigo... nuestro cantarada. –Evidentemente, no traería a nadie que no fuera del Sabbat a ver a Dietrich, ya que no era alguien que pudiera pasar por otra cosa que lo que era: un Tzimisce, y por extensión en la mayoría de los casos, un miembro del Sabbat.

Fuera cual fuese el problema, parecía ir superándolo.

–Gisela. Frank –asintió, reconociendo por fin su presencia. El movimiento hizo que una gota de sudor sangriento le cayera por la frente. La limpió.

–Dietrich –pregunto Gisela–. ¿Puedes proporcionarnos un cáliz?

No respondió. Miraba a la vampira, pero no la veía ni la oía claramente.

–*Dietrich*. –Gisela se sentía cada vez más molesta con aquel comportamiento distraído. Luchó contra el impulso de golpearle la cara, de sacudirle Violentamente por los hombros–. Te he preguntado si puedes proporcionarnos un cáliz.

Frank observaba precavido toda la escena. No sabía qué pensar de la monstruosidad que tenía delante, aunque la deformidad física no le era nueva. *Menos mal*, pensó Gisela, *que Dietrich es alemán, y no un Tzimisce de la Europa del Este*. En caso contrario, Frank y sus ideas del Reich Definitivo le hubieran hecho montar en cólera, y ella hubiera tenido que intervenir. No podía permitir que patéticos prejuicios étnicos se interpusieran en la unidad del Sabbat, como Herr Himmler le había señalado, aunque dudaba de que éste compartiera sangre con un judío. Todo formaba parte de los sacrificios que tenía que hacer por aquellos con un gran destino, como ella.

Tras unos momentos de incompreensión, Dietrich levantó un brazo

deforme y comenzó a fundirse la mano. Mientras los otros dos observaban, el Tzimisce esculpió la carne y reformó los huesos. El centro de su palma se convirtió en un cuenco, mientras los dedos y el resto de la mano se fundían a su alrededor. Practicar su arte pareció sacarle de su inexplicable estupor. Sonriendo demente, giró las manos completamente tres veces para formar una espiral decorativa en la muñeca y el antebrazo, que se convirtieron en la base de la copa. Terminó tras añadir algunos pequeños detalles estilísticos.

Aquella demostración no ayudó a tranquilizar a Frank, pero una mirada severa de Gisela bastó para que se callara. Mientras colocaba las manos sobre la copa, Dietrich tembló de placer.

–Desde nuestros primeros días --entonó la mujer--, la sangre ha asegurado nuestra libertad; nos ha mantenido fuertes. De este modo juramos nuestra mutua sangre. --Con un golpe brutal se cortó el antebrazo y la vitae comenzó a manar, formando una pequeña corriente que caía dentro de la copa--. Por la libertad.

Frank, con algo menos de entusiasmo, se abrió la mano y añadió su sangre.

–Por la lealtad.

Dietrich alzó su mano libre. El dedo índice se había convertido en una larga garra con la que cortó el borde interior del cáliz, uniendo su sangre a la mezcla.

–Por la muerte eterna.

Terminada la ceremonia, todos bebieron y completaron el *Vaulderie*.

* * *

Liza, hambrienta y haciendo lo posible por no pensar en su desafortunado encontronazo con el príncipe hacía dos noches, no estaba del mejor de los humores. Acababa de beberse a un drogadicto tras el Majestic Diner y ahora estaba aturdida e, increíblemente, hambrienta de nuevo. *Deben ser las putas drogas*, pensó.

Probablemente necesitara beber algo para tratar de olvidar los agentes químicos que recorrían su cuerpo, más que para saciar su hambre. Sin embargo, ¿por qué no resolver los dos problemas a la vez? No le había llevado demasiado tiempo convencer a algunos de sus amigos para que se unieran a la diversión. Casi había sido demasiado fácil. Se encontraba a un par de manzanas de la Avenida Ponce de León, cerca de Clermont Lounge. Los coches conducían

lentamente: jóvenes que se asomaban por las ventanas y gritaban, ejecutivos de mediana edad que trataban de pasar desapercibidos, perdedores cansados de las mismas revistas... No importaba. Todos estaban interesados en lo mismo. Aspiró profundamente y bajó aún más el escote de su top. *¿Me moriría de hambre si no fuera una hermana con un buen par de tetas?* En menos de veinte minutos un Lincoln sé detuvo frente a ella.

–Ey, cariño –dijo Liza–. Parece que ahí dentro se está muy calentito.

El tipo, un hombre algo grueso de unos treinta y cinco, estaba inclinado para mirar por la ventanilla del pasajero. Se lamió nervioso los dientes y se atusó el pelo, peinado sobre la coronilla para tratar de ocultar la calva.

–Parece que tú estás *muy* caliente ahí fuera.

Liza sonrió burlona. No había necesidad de ocultar su desprecio hacia aquel tipo. Les gustaba que abusaran de ellos.

–Estaría más caliente contigo. ¿O te van más lo niños pequeños? El hombre sonrió.

–No. Me gustan las chicas... las mujeres.

Liza se pasó la lengua seductora por los labios.

–Tengo hambre de tío, pequeño –dijo sin mentir. Estaba famélica–. ¿Me vas a tener esperando toda la noche?

La sonrisa del hombre desapareció un instante en el momento de tomar la decisión, pero al final se acercó al manillar y abrió la puerta.

–Entra.

Liza se deslizó en el asiento. Además del sudor olía la sangre, casi podía sentirla recorriendo todo su cuerpo.

–Hola, grandullón –dijo mientras se inclinaba y le agarraba la entrepierna, dando un pequeño apretón–. Parece que ya estás preparado.

–Hay un hotel en esa esquina –dijo el hombre con la boca seca. Tuvo que obligarse a tragar saliva.

Liza le tomó el mentón firmemente y le hizo mirarla.

–Escúchame, señor-blanco-que-quiere-un-culo-negro. –No tardó más de un segundo en aferrar su mente más fuerte aún que la entrepierna. El tipo la miraba, pero carecía del control suficiente como para extrañarse o asustarse–. No vamos a ir a ningún hotel. Vas a llevar tu culo gordo una manzana y media por ahí y vas a girar cuando te lo diga.

Se dirigieron hacia un callejón, y antes de que el coche se

detuviera dos personas más estaban en el asiento de atrás y había una cuarta junto al asiento del conductor.

--No has tardado mucho --dijo Aaron desde atrás. Tenía pinta de hippie, modesto y taimado. Liza le estaba valorando para su posible pertenencia al Sabbat. Junto a él estaba Emigesh, un vampiro de Oriente Medio que no hablaba muy bien el inglés y que se limitaba a sonreír.

Desde fuera, Jolanda metió la cabeza dentro del coche y examinó al conductor lo más cerca que pudo. El hombre no se retiró, ni siquiera parpadeó.

--Siempre que queramos a un blanco feo te pediremos consejo --protestó. Vestía de un modo similar a Liza, pero mostraba aún más piel (si ello era posible).

Liza no estaba dispuesta a soportar los sarcasmos. Habían sido más o menos amigas desde sus días mortales, pero había ocasiones en las que le apetecía aplastarle la cabeza. Jolanda nunca serviría para el Sabbat, ya que la matarían en cuanto abriera su enorme boca. Sin más preámbulos, apartó la mano del hombre del volante y le hundió los colmillos en la muñeca.

--¡Ey! --dijo Aaron, que no quería perderse la diversión. Se inclinó y mordió el cuello. Emigesh, aún sonriendo, hizo lo mismo por el otro lado.

--Vamos, cabrones --dijo Jolanda. No podía hacer mucho más que tomar el otro brazo, arrancarle la camisa y tratar de morder la arteria a través de la grasa--. Joder, este tío necesita un baño...

Bebiendo a la vez no tardaron mucho en dejar totalmente seca a su víctima. Liza fue la última en abandonar, tratando de conseguir las últimas gotas. Era la segunda vez que comía aquella noche, pero se sentía totalmente vacía.

--Que alguien vaya al Majestic y que le traiga una pajita a la hermana --dijo Jolanda--. Aún sigue chupando.

Liza, lamiéndose los labios para no dejarse nada, dirigió una mirada asesina a su compañera, que decidió que era mejor estarse callada.

--Aún no es tarde --dijo--. Seguro que podemos encontrar otro.

Aaron se encogió de hombros. Siempre estaba dispuesto y preparado. Emigesh se limitó a sonreír.

--Tenemos tiempo --dijo Jolanda con las manos en las caderas--, pero esta vez soy yo la que busca. No voy a comerme a ningún blanco feo y apestoso más.

Liza no tenía problemas al respecto, así que la diversión continuó.

5

Torre a Caballo Cinco Rey

Owain contemplaba el tablero como había estado haciendo desde hacía una hora, como había hecho la noche pasada sin moverse desde el anochecer hasta el amanecer. Reconstruyó en su mente los movimientos del último siglo, pensando en todas las estrategias que sin duda hubieran dejado a su oponente vencido más allá de toda esperanza. Sin embargo, siempre terminaba siendo asaltado por la implacable realidad del tablero y de las piezas que había frente a él.

Estoy doblemente maldito, se lamentó. Burlado por los fallos del pasado y por la futilidad del futuro. No había modo de salvar la situación, ningún golpe dramático que le permitiera recuperar la ventaja. Dos movimientos eran todo lo que le quedaba.

Torre a Caballo Cinco Rey

Se sentó y dejó escapar el aire entre los dientes mientras volvía la negrura de su alma, la amarga oquedad que le había estado devorando todos aquellos años. *¡Carcoma y hiél!* De vez en cuando sus estudios de la Biblia regresaban a él, siempre en los momentos más dolorosos, siempre con la voz de un arcángel burlón, siempre como sal sobre las heridas.

¡La idea de mi aflicción y mi desarraigo es carcoma y hiél! Mi alma no deja de pensar en ello y se inclina en mi interior. Las palabras parecían haber sido escritas para él. Su *aflicción* era el factor determinante de su existencia, pero la vacuidad, la ira y el odio siempre habían estado allí, incluso antes de unirse a las legiones de los muertos. Respecto a su *desarraigo*... ¿Cuántos hogares había abandonado por uno u otro motivo, huyendo de situaciones insostenibles o de la simple destrucción?

Pero ni siquiera en el lamento de Jeremías hallaba solaz, no si no conseguía olvidarse de las siguientes líneas. *Mas esto recuerdo, y por tanto albergo esperanza: el amor del Señor es eterno y su misericordia*

no tiene fin; son nuevos cada mañana; grande es tu devoción.

Owain se clavó las uñas en las palmas hasta cortarse. ¿Cómo podían las escrituras burlarse directamente de él? En vida, el Señor le había abandonado. Y después... *después*, le había negado la huida de la muerte, había permitido que le Abrazaran y le llevaran a este mundo de los no-muertos, para que pudiera recorrer los siglos sin llegar nunca a saciar su sed de sangre y venganza.

El amor del Señor... rió en voz alta. *Quizá su amor sea una broma cruel.* Qué ironía. Qué cruel y burlona ironía. *Esperanza. Misericordia.* En el fondo eran palabras sin significado. Además, lo único que le traía *cada mañana* era la necesidad de esconderse del sol.

Esperanza y misericordia. Dio la espalda al tablero de ajedrez lo suficiente como para escupir el mal sabor de boca. Dios no era nada para él. *Carcoma y hiél. Fuego y azufre. Infierno y condena.*

–¿Señor?

No se volvió para observar a Randal.

–¿Sí?

El sirviente estaba muy nervioso. Podía notarlo por el tono de su voz, y se debía a que el ghoul estaba familiarizado con su mal humor.

–Señor, la señora Rodríguez ha terminado de preparar la sala para la visita de los caballeros. Deberían llegar en un cuarto de hora. ¿Cuál es el menú para la velada?

Owain sonrió a pesar de todo. La profesionalidad absoluta de Randal enfrentado a un jefe temperamental que podía terminar con su vida en un suspiro le divertía. Era un hombre astuto y eficiente, aunque no el amigo que había sido Gwilym.

La verdad es que había olvidado aquella cita, la reunión del Club de King Road, como se denominaban a sí mismos.

–Prepara la sala de trofeos. Creo que nos reuniremos allí.

--Randal no hizo gesto alguno ante el cambio de planes. A Owain le traía sin cuidado la sala de trofeos, pero se sentía contrariado y decidió descargarse sobre el criado y la señora Rodríguez--. Cualquier cosa que haya en la cocina bastará. Además...

Owain quería que sus invitados bebieran algo, pero no era capaz de recordar qué. *Maldita memoria.* Se puso en pie y se dirigió a la estantería tras el escritorio. Tomó el libro que buscaba sin siquiera mirar. La cubierta de cuero, suave y agradable al tacto, había reemplazado a la original, que aunque había sido bien conservada terminó sucumbiendo al peso del tiempo. Como los ojos cerrados, acarició el libro unos instantes antes de abrirlo.

No había índice. Era una colección manuscrita de diferentes ideas, consejos e información variada que normalmente pasaba de generación en generación, como las Biblias familiares. Había pasajes de las escrituras, contratos legales, oscuras profecías sin sentido (*Un dragón con una rosa roja de gran fama / Un bastardo será nacido del pecado del ayuntamiento*), dichos, recetas, hojas prensadas, cualquier cosa que pudiera ser guardada con utilidad práctica, por sentimentalismo o por otros motivos olvidados.

Aquel libro era a veces su único alivio, ya que le había sido entregado por su verdadero amor hacía muchos cientos de años.

Era difícil no perderse en las ensoñaciones mientras pasaba las páginas escritas con aquella caligrafía elegante y curva que había contemplado durante horas interminables, memorizando cada golpe ascendente, cada línea tendida. Leyó con más atención y menos nostalgia cuando llegó a la sección en la que había notas escritas de forma más grosera de su propio puño. Ni siquiera los siglos de práctica habían reportado grandes beneficios a su caligrafía.

Encontró rápidamente aquello que había estado buscando: "*Para un toque de lo más dulce entre las amarguras de la vida: absenta*".

—¡Ah! —Ahí estaba la conexión. Ahora todo cobraba sentido.

—Absenta, Randal. ¿Tenemos en la casa?

El criado pensó unos instantes. No era una petición normal.

—Así lo creo, señor.

—Bien. Eso es lo que mis invitados beberán esta noche.

Encárgate de todo.

—Desde luego, señor —dijo retirándose para cumplir sus órdenes.

Absenta. Aquello era lo que había estado dando vueltas por su memoria. Aquel licor compuesto por vino y carcoma. Owain volvió a revisar sus anotaciones. *Dulce entre las amarguras*. No había duda de que había padecido una buena ración de amarguras. No recordaba haber escrito aquel consejo. Lo había hecho algún tiempo después de su Abrazo, por supuesto, pues no iba dirigido al paladar mortal, sino a sus gustos más refinados.

Mientras sentía el cuero suave en sus manos y olía el pergamino mustio y amarillento, se sorprendió ante la mera presencia física del libro. Aunque se sentía en parte aliviado por la frustración contra la partida de ajedrez y contra el mundo, le preocupaba que aquel volumen se convirtiera en una muleta emocional. Era mejor no depender de nada ni de nadie. Aquella falta continua de recuerdos le empezaba a preocupar. A veces le sucedía a los inmortales:

demasiados días y noches, demasiados conocidos, amigos y amantes convertidos en polvo... tanta pérdida... Era más fácil bloquearlo todo o dejarlo desaparecer.

No estaba seguro de si aquello era lo que le estaba sucediendo, pero sí era consciente de que su falta de pasión, el letargo espiritual que se había adueñado de él durante las últimas décadas, le estaba haciendo cometer errores descuidados que podían conducir a su destrucción.

Hacía dos noches en la exposición, por ejemplo, había amenazado abiertamente a Benjamín. Ni siquiera en su juventud más insensata había actuado de un modo tan torpe y descarado. La disputa por la recalificación no era tan importante como para obrar de aquel modo, aumentando aún más la desconfianza que sentían los dos Ventrue. Sí, Owain tenía intereses financieros en Mercator Manufacturing, y había comprado mediante terceras personas propiedades en la zona en cuestión, terrenos que aumentarían espectacularmente su valor con la construcción de un centro de distribución; pero podía haber conseguido alguna prueba incriminatoria contra el Chambelán de Justicia, o haber desacreditado al Sindicato Ciudadano, o haber intervenido en cualquier otra fase del proceso de apelación. Había incontables alternativas más sutiles que amenazar y alienar a un rival influyente. Por supuesto, esas alternativas no hubieran sido tan satisfactorias como ver el asombro y el miedo en la cara de Benjamín...

Ah, qué más da, suspiró. *Agua bajo el río.* Devolvió el libro a su lugar en el estante, pasando el dedo por el lomo del regalo entregado por una mujer muerta hacía mucho tiempo.

—¿Soy un idiota sentimental, Randal?

El sirviente, que esperaba en el umbral, ya no se sorprendía ante la increíble habilidad de su señor para detectar su presencia a pesar de no estar prestando la menor atención.

—Sus invitados están llegando, señor. Y hay otro visitante. El señor Giovanni.

Owain enarcó las cejas.

—¿De veras? No recuerdo la última vez que tuve tantos invitados inesperados en una semana. Primero el Gangrel, y ahora un Giovanni.

—Randal, que se encargaba de la agenda de Owain, tenía un gesto preocupado—. No pasa nada, Randal —le aseguró—. Sé el motivo de su visita. Haz pasar al señor Giovanni y ocúpate de los demás invitados mientras hablo con él. No me llevará mucho tiempo.

–Sí, señor.

–Oh, y asegúrate de que los caballeros tengan cigarros mientras esperan... algunos habanos.

Owain se reclinó sobre el sillón. Había esperado a Lorenzo Giovanni hacía una semana o dos. Como el resto de su familia y de su clan (para ellos eran lo mismo), Lorenzo era extremadamente profesional y eficaz en casi todos los aspectos. Sin embargo, tenía la costumbre de no atenerse a agendas cerradas; eso hacía demasiado fácil que los asesinos, o peor aún, los espías financieros, dieran con él. Owain suponía que el problema se agravaba por el hecho de que Atlanta no era el territorio más amistoso para los Giovanni. Aunque el clan mantenía importantes intereses empresariales en la ciudad desde hacía más de veinte años, el Príncipe Benison no solía permitir que los representantes directos de la familia se quedaran mucho tiempo.

Owain oyó a Randal levantar la mano, pero decidió esperar a que sonara la puerta. No era necesario presumir de las capacidades propias delante de un rival, y aunque Lorenzo Giovanni no era un enemigo, *todos* eran rivales.

El sirviente le hizo entrar en el estudio. Su rostro anguloso estaba dominado por una nariz prominente, mientras que sus cejas pobladas y su bigote fino, oscuro y atusado en las puntas, acentuaban sus rasgos. Le acompañaba su guardaespaldas, un enorme hombre calvo llamado Alfonzo, también de tez oscura y ascendencia italiana. Los dos vestían trajes a medida de corte imaculado.

–Lorenzo, me alegro de verte --dijo, aunque no se levantó para recibirlos. Irónicamente, aunque Lorenzo era la única persona en Atlanta de la que Owain supiera que rivalizaba con él en edad, el representante del clan Giovanni no era un vampiro. Era un ghoul, alimentado con la sangre maldita de su familia pero aún humano... más o menos. Estaba en una especie de periodo de pruebas. Si servía a la familia con la suficiente fidelidad, podría ser Abrazado para lograr la auténtica inmortalidad. Según sus fuentes, Lorenzo ya llevaba unos ochocientos años como ghoul. Una paciencia increíble, aunque era posible que no tuviera voz alguna en aquel asunto. Si debía convertirse en vampiro o no lo decidirían sus mayores en el momento adecuado.

–Espero que todo te vaya bien, Owain --respondió el italiano con una sonrisa sorprendentemente cálida y sincera.

Parte de su trabajo, se recordó el Ventrue. Como ghoul, Lorenzo era un experto en congraciarse con los vampiros, tanto con sus

maestros como con aquellos a los que trataba en nombre de éstos.

–Siéntate.

El italiano, flanqueado como siempre por Alfonzo, se acercó al escritorio pero se quedó de pie.

–Me temo que he llegado en mal momento. He visto otros coches en el jardín.

–Nada que no pueda esperar –le aseguró Owain.

Lorenzo asintió agradecido. Su pelo Oscuro brilló mientras tomaba asiento, con Alfonzo de pie cerca de él.

–Eres muy amable –sonrió como un hombre que no podía ser sorprendido. Exudaba una confianza serena, una profesionalidad de la que carecían casi todos los vampiros de Atlanta.

Owain esperaba que Lorenzo supiera de él al menos tanto como él sabía del italiano. La mayor parte del pasado del galés no era un oscuro secreto, pero quedaba protegido por el propio tiempo. Sí sabía, igual que sin duda hacía Lorenzo, que alguien decidido y con el dinero suficiente podía descubrir prácticamente cualquier cosa. Aquella era una lección que probablemente no supiera ningún otro Vástago de la ciudad. Eran demasiado jóvenes e inexpertos en las maquinaciones del verdadero poder, como Benjamín, o simplemente demasiado arrogantes como para tomarse la molestia, como Eleanor y Benison. Quizá era de esta complacencia nacida del exceso de confianza, pensó, de la que él era ahora prisionero. ¿Qué le ocurría a los vampiros de aquella ciudad sureña?

–¿Owain?

El vampiro comprendió que Lorenzo le había hecho una pregunta, probablemente algún comentario educado. Se maldijo por haber dejado vagar su mente en presencia de un aliado potencial, uno que también podía volverse fácilmente contra él como una bestia rabiosa si denotaba debilidad.

Lorenzo le observaba extrañado pero con discreción, sin querer hacer comentario alguno sobre el lapsus de su anfitrión. Owain volvió a apreciar la profesionalidad de aquel hombre; para él era más importante una buena relación de trabajo que la explotación mezquina de una situación potencialmente embarazosa. Era alguien de quien, en circunstancias diferentes, podría haber sido amigo... si es que fuera capaz de tener amigos después de tantos años de emociones atrofiadas, y si Lorenzo no fuera más que un feroz servidor de su clan oculto tras un velo de amistad.

Como si no hubiera habido interrupción alguna en la

conversación, como si no hubiera sido cogido en un lapsus completo, Owain abrió un cajón del escritorio y sacó un sobre que depositó delante de Lorenzo.

–Podía haber enviado a Randal...

El ghoul abrió el sobre, pero no sacó el cheque con una considerable suma a cuenta de una gran compañía controlada por Owain.

–En absoluto. Mi familia prefiere mantener relaciones personales, aunque discretas, con sus amigos.

Era una suma considerable, pero no tenía importancia alguna para el Ventrue. No estaba comprando nada en particular; el cheque era un regalo, una garantía de relaciones cordiales. Aunque Owain era consejero *de facto* del príncipe, que apenas toleraba a los Giovanni, no dolía tener un pie en cada campo. Además, mientras los italianos no hicieran movimientos abiertos hacia Benison, Owain no se enfrentaba a ningún molesto conflicto de intereses (aunque el príncipe no opinara lo mismo si descubriera aquellos contactos). Era un riesgo que estaba dispuesto a correr. Hacía siglos había intentado gobernar directamente, pero ahora prefería ocultarse en las sombras y estar preparado para reaccionar a cualquier circunstancia. Como decía la máxima de los Nosferatu, *el conocimiento es poder*.

–Apreciamos enormemente tu gesto de buena voluntad --siguió Lorenzo--, y me gustaría extenderte los mejores deseos de mi familia...

--Con esto, el italiano deslizó lentamente el sobre hacia Owain. Los dos hombres se observaron durante un instante. Alfonzo había estado quieto como una piedra desde el comienzo de la conversación, tras su maestro. Owain sabía lo que venía a continuación antes de oír las palabras--. Acepto el honor que nos confieres a mí y a mi clan --dijo señalando el sobre--, pero te lo devuelvo. --Se detuvo un instante, como si quisiera dar el mayor efecto a la solemnidad del momento, aunque no era realmente necesario. Owain era consciente de que el clan Giovanni no acostumbraba a devolver ofrendas monetarias--. No hay necesidad de regalos tales entre amigos.

Amigos. Owain, reconociendo el eufemismo por lo que era, contuvo una sonrisa sombría. *Querrás decir aliados, Lorenzo. Aliados, quizá. Amigos, nunca*.

--Por supuesto --dijo Owain, sin dar voz a sus conclusiones y sin insultar la inteligencia de Lorenzo fingiendo ignorancia por lo que el ghoul iba a sugerirle. Los dos hombres estaban pisando cuidadosamente, conscientes de que un aspecto inevitable de la firma

de una alianza era la exposición gradual de las vulnerabilidades. Ninguno de los dos estaba dispuesto a moverse demasiado rápido, ya que la traición podía atraer la ira del príncipe sobre ellos. Volvieron a mirarse.

Al final, Lorenzo habló. Su tono era casual, pero elegía las palabras cuidadosamente.

–No hay duda de que estás más cerca del príncipe que yo –dijo–. Eleanor es oficialmente la Ventrue primogénita, pero Benison pide a menudo tu consejo.

Owain asintió, dejando que Lorenzo diera unos pasos por la zona resbaladiza.

Ni siquiera el tono ligero del ghoul podía empequeñecer el peso de sus palabras.

–En ocasiones podrían surgir, para bien o para mal, temas sobre los Giovanni... –siguió el italiano, dejando colgado su pensamiento por unos instantes–... Temas que un amigo podría mencionar a otro.

Owain asintió pensativo. No había duda de que Lorenzo procedía con toda la precaución adecuada, sin actuar contra Benison y sin pedirle abiertamente que espicara o que traicionara ninguna confianza. Meramente le pedía que *comentara a un amigo cualquier asunto de interés*.

–¿Qué amigo no haría como mínimo eso? –preguntó.

Un nuevo silencio se levantó entre el vampiro y el ghoul. Lorenzo sonrió, una muestra reservada de alivio. Owain esperó la educada excusa para marcharse que vendría a continuación.

–Bien –dijo el italiano, más relajado–. Te he mantenido demasiado tiempo alejado de tus invitados. –Rápida pero elegantemente se dirigió hacia la puerta, con Alfonso siempre a su lado–. Como siempre, Owain, ha sido un placer.

–Lo mismo digo.

El ghoul Giovanni y su guardaespaldas se marcharon.

Resuelto aquel asunto por el momento, el Ventrue sintió la tentación de volver a su estudio y al tablero de ajedrez, pero se impusieron sus responsabilidades como anfitrión. Sin embargo, la mera idea de la partida bastó para encender su ira. Aquello era lo único aquellos días que parecía provocar en él alguna respuesta emocional de cualquier tipo. No lo conseguía con la política, desde luego tampoco con las reuniones sociales, ni siquiera con la caza. Todas sus hambres y deseos habían desaparecido a lo largo de los años.

Se reunió con sus invitados, cinco hombres de entre sesenta y setenta años de viejas familias ricas de Atlanta establecidas en la ciudad al menos desde la Guerra Civil. Cuando entró en la sala de trofeos sintió cómo los pensamientos se volvían hacia él. Con la menor sugestión de sus poderes mentales, cambió sus mentes lo suficiente como para que no notaran que parecía al menos cuarenta años más joven que ellos. Llevaba tanto tiempo asociándose con aquellos mortales que ya estaban condicionados ante aquel tipo de manipulación.

Sus facciones jóvenes eran uno de los motivos por los que solo se relacionaba con humanos en pequeños grupos. Un Brujah arengando a rebeldes callejeros o un Toreador bailando con los góticos podían permitirse un aspecto juvenil, pero entre la *crème de la crème* de Atlanta era una desventaja inexplicable. Owain se limitaba a ayudar a sus amigos mortales a ignorar cualquier aspecto de su apariencia que pudiera separarle de ellos.

—Aquí estás, Owain. Estábamos empezando a preocuparnos —dijo Manny Gormann con un tono en absoluto preocupado. Como los demás, estaba saboreando un puro habano—. ¿Cómo consigues pasarlos por la aduana?

Owain se encogió de hombros.

—Conociendo a la gente adecuada.

—¿Y esto? —dijo Price Haynes, un banquero inversor retirado, señalando su vaso de absenta—. Franklin nos comentaba que no es legal en los EE.UU.

—La misma respuesta —explicó modesto el Ventrue.

—¿Y por qué demonios es ilegal, Franklin? —preguntó Manny.

El aludido se acercaba a los ochenta y era el más viejo de los mortales presentes. Aspiraba profundamente su puro.

—No lo sé exactamente. Tiene algo que ver con el proceso de fabricación.

—Carcoma —explicó Owain—. Le dan sabor con carcoma, como el vermouth, solo que con mayor intensidad. Actúa como un narcótico.

—Hmm.

Aparte de Owain, Manny, Price y Franklin West, el Club de King Road estaba compuesto por Parker Goodwin y James Kirkwood. Owain, Manny y Franklin vivían en King Road, y por tanto aquella reunión semi-regular había adoptado aquel nombre. El gobernador, un vecino cercano, aparecía en ocasiones.

—¿Cuántas de estas bestias mataste tú, Owain? —preguntó James

observando los diferentes trofeos en las paredes, entre otros osos grizzly y polares, leones, rinocerontes y caribús.

–Debo confesar que venían con la casa y que no he tenido tiempo de redecorarla –dijo levantando risas entre todos los presentes.

La atención del vampiro se desviaba mientras la conversación pasaba desde la decoración de la ciudad y la política estatal a los días dorados de los presidentes Eisenhower y Kennedy, todo ello titulares pasados pero en absoluto historia antigua para él. Todo aquel ritual empezaba a aburrirle. Escuchaba sin interés la conversación, concentrándose en el aroma de los cigarros, un olor que con los años había llegado a asociar con la alimentación. No había duda de que allí se discutía información financiera que podía serle de utilidad, pero, ¿cuánto dinero necesitaba nadie? Owain nunca podría aspirar a rivalizar con la influencia económica mundial de los Giovanni, y hacía mucho que había amasado una fortuna mayor de la que podía esperar gastar en el más descabellado soborno, simplemente esperando y observando.

De modo que se sentaba, observaba y escuchaba. Se preguntó por qué todos aquellos hombres vestían una pajarita en una reunión informal. Conocía la respuesta: ninguna reunión estaba exenta de significado social. Incluso aquella asamblea cumplía las funciones de ver y ser visto. Estando allí, esos hombres se situaban por encima de los demás.

Owain ya sabía todo aquello, y también que una vez él había estado esclavizado por los mismos tristes juegos del poder. En su tiempo había presumido de estar sentado en la mesa adecuada y había ansiado la posición de su hermano. Sin embargo, saberlo no respondía la pregunta fundamental: ¿por qué?

Su concentración se rompió cuando notó que James Kirkwood, el banquero obeso, había tomado una espada de la pared donde estaba expuesta.

Nadie se percató, pero de repente Owain apareció junto a James.

–Te agradecería que la dejaras en su sitio.

–¡Jesús! –saltó el anciano, sorprendido al oír llegar la voz del vampiro tras él. Dejó la espada cuidadosamente en su lugar mientras recuperaba el aliento y rió ante su propia incomodidad–. ¿También la compraste con la casa?

–No –respondió el vampiro sin humor–. Esa espada lleva en mi familia desde hace novecientos cincuenta años.

–Oh... ya veo.

Owain no mencionó que la espada había sido *suya* desde hacía novecientos cincuenta años. No le asustaba que alguien pudiera romperla (el acero era tan fuerte y flexible como el día de su forja), pero aún hoy no podía tolerar que un invitado estuviera armado en su casa cuando él no lo estaba. Demasiados tíos galeses habían sido asesinados por sobrinos sin escrúpulos. No es que Owain tuviera algo contra la falta de escrúpulos. Él mismo había matado a muchos parientes. Tampoco temía nada de James Kirkwood. Aquel chupatintas hinchado probablemente no fuera capaz de blandiría, mucho menos presentar una amenaza real. Sin embargo, los instintos de supervivencia, incluso los de la edad oscura, debían ser obedecidos. Lo consideraba un modo de evitar que su mente se atrofiara por completo. Mucho después de la desaparición de las emociones, los instintos aún sobrevivían.

Tras aguantar todo cuanto pudo, Owain miró fijamente a Franklin.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —preguntó dirigiendo al anciano hacia el estudio y cerrando la puerta tras ellos—. ¿Juegas al ajedrez, Franklin?

—Así es.

—Mira esto —dijo mientras le llevaba hacia el tablero—. ¿Qué dirías de esta partida? —Sabía que no había escapatoria, pero no podía dejar de pensar en la idea de que un mero mortal viera algo que él pasaba por alto.

Franklin estudió el tablero durante un minuto.

—¿Qué diría? —dijo observando más detenidamente—. Diría que las blancas van a vencer.

Owain sonrió sin muchas ganas.

—Así es —respondió, tratando sin éxito de apartar la partida de la cabeza mientras retiraba una silla para que Franklin se sentara—.

Quítate la chaqueta y siéntate —dijo con una voz que ningún mortal podría resistir.

El anciano obedeció, con los ojos perdidos mientras su voluntad y su pensamiento independiente eran desplazados por la mente del vampiro.

—*Levántate la manga.* —Owain observó mientras el otro obedecía. No sentía emoción, ni hambre. Se alimentaba porque sabía que debía hacerlo. Se preguntó cuándo había comenzado todo aquello. Recordaba sus primeros años como vampiro, la euforia embriagadora que acompañaba a la alimentación, la época en la que la idea del sexo no había perdido todavía su encanto y en la que acabar con la bella

hija de un noble tenía una enorme carga erótica. En algún punto del camino había perdido todo aquello.

Franklin estaba sentado mirando fijamente con la manga levantada por encima del codo. Las venas se marcaban claramente en su brazo viejo y esquelético. Owain se arrodilló lentamente junto a él y tomó la muñeca con la mano. No sentía remordimiento alguno por lo que iba a hacer. *La semilla del diablo*. Tenía dos opiniones sobre su alimentación, pero ninguna le producía sentimientos de culpa alguno por sus necesidades. Primero, como Darwin hubiera dicho, los vampiros habían alcanzado la cúspide de la cadena alimenticia. Los mortales, que estaban situados más abajo, no eran más que ganado del que aprovecharse. Owain trataba de adherirse a aquella idea racionalista, pero no creía completamente en ella.

Después estaba la opinión a la que sé había suscrito durante casi todos los años de su vida: había heredado la maldición de Caín, y por tanto también él estaba maldito. Dios le había vuelto la espalda, de modo que se había convertido en un instrumento de venganza. ¿Qué había hecho él para ser triturado de aquel modo? ¿Qué mortal estaba libre de pecado, de modo que no mereciera sufrir? Se llevó el brazo de Franklin a la boca. ¿Había sido intachable la vida de aquel hombre? ¿No había transgredido nunca la voluntad de Dios? *Lo dudo*, fue el veredicto.

Un gemido de dolor y éxtasis escapó de los labios del anciano cuando Owain le clavó los colmillos y bebió profundamente. Dios había tenido su agente en la tierra, de modo que Satanás no merecía menos. Era ese espíritu de furia y venganza el que satisfacía a Owain más que la propia sangre, aunque nunca le saciaba por completo. Aunque en realidad no sentía la necesidad de consumir vitae (ya no recordaba la última vez que se había visto motivado por esos dolores), su vacuidad espiritual nunca había llegado a desaparecer del todo.

La sangre de los viejos solía perder parte de su riqueza. Owain pensaba en ella como algo aguado. Sin embargo, parte de la absenta ya había penetrado en el torrente sanguíneo, y la mezcla de dulzor y amargura aumentó el sabor hasta hacerlo muy agradable.

El viejo corazón de Franklin se puso a latir desbocado, animado por la adrenalina y la necesidad de recuperar la sangre perdida. Owain pudo sentir el martilleo y se aseguró de no tomar tanta que el hombre pudiera sufrir un ataque cardíaco. En ese caso tendría que encargarse del tratamiento médico, o quizá de disponer del cuerpo y cubrir sus huellas. Con toda probabilidad habría más gente que sabía dónde

estaban Franklin y los demás aquella noche de la que podía olvidarlo de forma convincente. La no-vida era mucho más sencilla antes de la Camarilla, antes de la Mascarada.

Tras terminar, y sin querer forzar demasiado el corazón de su recipiente, Owain lamió la herida en el antebrazo. La piel apergaminada se cerró sin dejar marca o cicatriz alguna de los colmillos. Se puso en pie y pasó lentamente una mano frente a los ojos vacíos del hombre.

–Franklin.

El mortal parpadeó durante varios segundos para luego mirar a Owain algo desorientado.

–No, estoy bien... Solo me he mareado unos instantes --respondió sin que nadie hubiera formulado preguntado alguna.

–Déjame ayudarte a volver con los demás --ofreció generoso el vampiro. Mientras regresaban a la sala de trofeos, el tembloroso anciano se apoyó en Owain. Estaba en buena forma para su edad (jugaba al tenis dos veces a la semana y tomaba medicamentos para la tensión), pero el vampiro sabía que no viviría mucho más. Diez, puede que quince años, y se apagaría como el resto de los mortales. Franklin era uno de los pocos de cuya compañía disfrutaba, al contrario que el aburrido James o el insoportable Manny. Tendría que reemplazarle pronto.

De vuelta con los demás, Owain ayudó al viejo a sentarse en uno de los sillones. Ante los demás aseguró que había tomado demasiada absenta, y que quizá el puro no había ayudado mucho.

–Caballeros --dijo el vampiro atrayendo su atención--. *Siéntense*.

Los otros cuatro hombres obedecieron inmediatamente con la misma mirada vidriosa y perdida que Franklin acababa de recuperar.

–Randal --dijo Owain. El sirviente entró en la habitación con un carrito lleno de ordenados compartimentos con tubos de plástico, bolsas, agujas y algunos contenedores refrigerados abajo--. Estaré en el estudio. Llámame cuando hayas acabado.

Almacenar la sangre era mucho más fácil que la caza frecuente. Como Owain solo podía tolerar determinados tipos de vitae (la de patricios, nobles, gentiles, la élite, según el título que se le diera en cada época), y como la distinción de clases estaba muy difuminada en la sociedad moderna, prefería alimentarse de un rebaño establecido que arriesgarse a equivocarse y enfermar tras probar una vitae inadecuada.

En menos de una hora les lamería las marcas de las agujas y los

enviaría a casa llenos de recuerdos de una velada agradable y una conversación estimulante. Mientras tanto, regresó al tablero de ajedrez.

* * *

Vive y aprende.

Sonríe y asiente.

La sire de Emigesh, María, no dejaba de soltar aquel tipo de homilías. Sin embargo, si era tan lista, ¿por qué seguía vivo él mientras ella se había cruzado con la gente equivocada y había visto su último amanecer?

El conocimiento es la mitad de la batalla.

¿De qué batalla se trataba?, se preguntaba. Si lo hubiera sabido seguiría viva.

Emigesh creía que se había librado de ella, pero en las últimas noches le había estado acosando desde más allá de la Muerte Definitiva. No era que su espíritu le estuviera visitando, sino que era él el que la buscaba, recreando los acontecimientos de la vida de su sire y viendo a través de sus ojos. En ocasiones sentía que se había convertido en ella, experimentando una versión retorcida de su realidad desde la perspectiva de María y trayéndose el arsenal completo de sabiduría para amargarse la no-existencia.

Un gramo de prevención...

Sin embargo, aquella noche, mientras caminaba por las calles junto a Aaron, Liza y Jolanda, la sensación era diferente. María había desaparecido, pasando piadosa a su descanso eterno. Sin embargo, su mente seguía sin pertenecerle por completo. Ahora era el sire de María, Antony, el que dejaba sentir su presencia; Antony el silencioso, que había abandonado su estupor lo suficiente como para Abrazar a María y a su compañera de cuarto, Paula, rindiéndose después, a la desesperación para ser saludado por el sol.

Emigesh recorría la ciudad viéndola como nunca antes lo había hecho, a través de unos ojos fríos y cínicos. En ocasiones tenía que obligarse a recordar que las dos mujeres que no dejaban de molestarle eran Liza y Jolanda, no María y Paula. Los insultos constantes hacían que la idea del sol pareciera cada vez más atractiva. Sentía la tentación de partirlas por la mitad, de deshacer el error de su progenie... pero no. Aquellas no eran sus chiquillas.

A medida que la noche se alargaba, Emigesh observaba y

escuchaba, siempre comprendiendo más de lo que los demás creían, sonriendo en su beneficio. Debajo de todo estaba el hambre, siempre creciente.

Siempre creciente.

* * *

Los dos matones fueron perfectos caballeros. No le abrieron la puerta del coche ni dijeron "por favor", pero tampoco le amenazaron, ni le miraron lascivos ni le maldijeron; para alguien como ellos, eso era toda una novedad. Francesca les sonrió sorprendida. Desde que aquel motorista le tocó el trasero y ella lo estranguló con sus propios intestinos, todos habían sido perfectos caballeros.

Rico y Johnny le habían recogido en el Aeropuerto Internacional de Los Angeles. No le hablaron, sino que se limitaron a asentir y la llevaron hasta el coche. Ella se sentó atrás y ellos delante, conduciendo en silencio. Incluso las vulgaridades de la cadena de rap en la radio estaban a un volumen tolerable.

A aquellas horas de la madrugada el tráfico no era un problema, por lo que el trío no tardó en llegar al corazón de Watts. Coches desguazados y edificios en ruinas decoraban prácticamente todas las manzanas, e incluso siendo las cuatro y media de la mañana había numerosos jóvenes en las esquinas, protegiendo su territorio, vendiendo drogas y chuleando prostitutas. Había tanta actividad como en otras partes de la ciudad a mediodía.

Se detuvieron frente a una pequeña casa estucada en cuyo porche y jardín había más de diez jóvenes con vaqueros y camisetas sin mangas desgarradas, todos con pañuelos azules atados en las piernas, los brazos o el cuello. Cuando Nico y Johnny salían del coche todos comenzaron a gritar... hasta que vieron quién era su pasajera. Callaron mientras Francesca se dirigía por la acera hasta la puerta principal.

Mohammed al-Mutlim estaba hablando con dos lugartenientes humanos, pero levantó la cabeza brevemente al verla entrar.

—Estoy contigo ahora mismo. —Los dos mortales se aseguraron de no mirarla demasiado tiempo. Tras unos minutos, Mohammed terminó de darles instrucciones sobre cierta casa en Inglewood que necesitaba "limpia" y los despidió. Sé volvió hacia la mujer—. Bienvenida, hermana. ¿Algún problema?

—No.

El rostro negro y ancho de Mohammed era uno de los más atractivos que Francesca había visto nunca. Al observarlo de nuevo quiso sentirlo contra ella; quería su sangre. Aparte de la atracción natural que sentía por su sire, había pasado hambrienta las últimas noches, a pesar de haberse alimentado varias veces. Se acercó.

–Estupendo –dijo él–. Me alegro de que te haya ido bien. Mi amigo en España me debe un favor. –Algún día Mohammed gobernaría Los Ángeles, en cuanto el Sabbat terminara con su idealista experimento vampírico conocido como los Estados Libres Anarquistas. De momento, mientras interpretaba el papel de un poderoso señor de las bandas, Francesca era su vínculo con el mundo exterior. Sus habilidades como asesina estaban muy bien consideradas en Norteamérica y Europa, y cada encargo se traducía en un nuevo favor debido a Mohammed por miembros del Sabbat que podían ser aliados o rivales potenciales–. ¿Te han tratado bien los chicos? –dijo sonriendo a Francesca, que estaba frotando su muslo contra el de él.

La vampira pensó en Nico y en Johnny y rió.

–Siempre lo hacen –dijo inclinándose sobre el hombre, con los pechos duros apretados contra su brazo a través de la seda. El aroma de la sangre era enloquecedor. Un hambre voraz, intensa incluso para una mujer con sus insaciables apetitos, la desgarraba desde dentro. Le rodeó la cintura con las manos y le mordió el hombro izquierdo a través de la camisa. Chupó ávidamente, deseando poder beber hasta la última gota de sangre. Un espasmo extático sacudió todo su cuerpo.

Mohammed desgarró la seda del hombro izquierdo de Francesca y los botones saltaron por todo el cuarto. La mujer gruñó ante el dolor que recorrió su columna y chupó con más fuerza la sangre que surgía de su sire.

Cuando recuperó el control se encontraba tendida en el suelo, rodeada por los restos de su blusa. Mohammed le acunaba la cabeza contra su pecho. Incluso estando tumbada la cabeza le daba vueltas, como había sucedido después de cada alimentación durante las últimas noches.

–*Por la libertad* –susurró Mohammed.

–*Por la lealtad* –respondió ella.

Mohammed se acercó aún más y la sangre de sus lenguas se mezcló.

Normalmente, a finales de otoño y en invierno Liza llevaba al menos una camisa gruesa o una chaqueta ligera, de modo que no destacara entre la multitud. Cuando los dientes mortales castañeteaban de frío, un vampiro caminando por la calle de noche en manga corta llamaba innecesariamente la atención. Sin embargo, aquel día se tapaba por otro motivo. Cada pocos minutos notaba un sudor sangriento surgirle de las costillas o de la parte baja de la espalda. La camiseta negra ya estaba empapada, y ahora era la chaqueta la que comenzaba a calarse. Liza no había sudado desde la conversión en vampira, y ahora llevaba varias noches sin dejar de hacerlo. Estaba muy enfadada. Al principio se había sentido extrañada y después preocupada, pero todo había dado paso a la irritación y a la furia constantes. No estaba de humor para la compañía humana ni Cainita, lo que nunca eran buenas noticias para sus amigos.

Aaron y Emigesh estaban en el asiento trasero del coche sin mucho que decir. No parecía preocuparles una noche de vez en cuando sin demasiada actividad. Jolanda, por su parte, estaba aburrida como una ostra. Estaba sentada en el asiento del pasajero con la puerta abierta y las piernas despatarradas, en una postura de lo menos adecuada para la minifalda que vestía. De vez en cuando encendía el mechero del coche y lo apretaba contra el salpicadero del BMW, llenando el habitáculo de humo y del desagradable olor del plástico fundido.

El estacionamiento en el centro estaba vacío salvo por un puñado de vehículos, incluyendo el BMW blanco que alguien había "dejado olvidado" en la calle y del que Liza y sus amigos se habían adueñado. Ninguno parecía demasiado motivado para hacer nada en especial, de modo que tras dar vueltas sin dirección fija por varios barrios durante un par de horas entraron en el estacionamiento, donde esperaban ociosos.

Liza estaba muerta de hambre, como le había sucedido durante toda la semana. Se había alimentado por última vez de un camello que le servía frecuentemente como cena, pero aquella vez el ansia se había apoderado de ella y no había sido capaz de apartarse a tiempo. En vez de lamer la herida y reservar al mortal para una noche posterior, había bebido desesperada hasta que no quedó ni una gota de sangre. En su hambre insaciable y su frustración había dejado el cuerpo tirado en la calle para luego huir a la carrera. No tenía problemas con matar humanos, pero igual que había sucedido con la

humillación frente al Príncipe Benison, el recuerdo de perder el control no era nada agradable. No había duda de que muchas veces Liza se rendía a sus instintos primarios, y eso había sido lo más satisfactorio de su entrada en el Sabbat: el poder de la Bestia desencadenada y su dominio sobre los meros mortales. Sin embargo, desde hacía un tiempo no se rendía a los instintos depredadores mientras trataba de saciar su hambre infinita: era totalmente arrollada por ellos, quedando indefensa ante su necesidad.

Todas aquellas ideas daban vueltas alrededor de su cabeza, en ocasiones afirmándose y a menudo sublimándose por la sed que no dejaba de corroerla. La única distracción era el sonido del plástico ardiendo mientras Jolanda presionaba el encendedor. Odiaba aquel olor. Lo odiaba con pasión, lo que unido a la agonía incesante de su hambre le hacía sentir náuseas, otra molestia de la vida que últimamente le había estado acosando, especialmente después de comer. La noche pasada, después de matar al camello y huir, había sentido un mareo tan intenso que se había derrumbado sobre la acera y había vomitado parte de la sangre. Todo era tan extraño, tan desagradable, tan enfurecedor...

Jolanda, siempre afectada por su falta de creatividad, estaba dibujando una gran sonrisa con las marcas en el salpicadero. Puso sin mucho interés el último círculo que cerraba la boca. El humo y el hedor llegaron hasta Liza, que estaba esforzándose por no abofetearla. En ese momento, un golpe en la parte trasera del coche las distrajo a las dos. Los cuatro vampiros miraron por encima del hombro. En el asiento trasero, Aaron dejó escapar un suspiro de resignación. Emigesh se limitó a sonreír.

—Tu turno, Aaron —dijo Liza.

El vampiro volvió a suspirar, abrió la puerta y salió del coche. Su coleta negra se movía de un lado a otro mientras se acercaba al maletero y lo abría, apoyándose en la cerradura destrozada. Dentro estaba el guardia del estacionamiento, atado, amordazado y aterrorizado.

Aaron lo levantó del cuello.

—¿Qué? —preguntó.

Los ojos del guardia estaban totalmente abiertos. Tras unos momentos tragó con fuerza e intentó sin éxito hablar a través de la mordaza. El vampiro le quitó el pañuelo con impaciencia de la boca.

El hombre dio rápidas bocanadas frenéticas mientras Aaron le observaba expectante, esperando una respuesta. Por último,

consiguió hablar.

–N-no puedo respirar ahí dentro.

–Vale –dijo el anarquista–. Ya has respirado. –Volvió a ponerle la mordaza y lo arrojó con fuerza al maletero, cerrando a pesar de la ausencia de pestillo. Se inclinó un poco–. Y ahora calla la puta boca o no necesitarás respirar más. –Entró en el coche y cerró de un portazo–. Vaya gente hay suelta por ahí.

Aquello parecía que iba a ser toda la diversión de la velada, hasta que Jolanda comenzó a encender de nuevo el mechero. Lo apretó para formar el ojo derecho, pero sin previo aviso Liza le golpeó fuertemente en la mano. El encendedor voló y aterrizó sobre la pierna de Jolanda, que saltó gritando, apartándolo de un golpe y arrojándolo por la puerta abierta. Olvidando su falta de imaginación, soltó una descriptiva y extensa cadena de insultos dirigidos hacia Liza y hacia varios miembros de su familia.

Ésta le apuntó al rostro con una larga garra.

–¡No quiero oírte, puta! ¡Una palabra más y te mato aquí mismo!

Aquello pareció bastar para aplacar las ansias literarias de Jolanda, que reflexionó sobre los peligros de pasarse de la raya. Ninguna de las dos se movió, aunque sus caras estaban muy cerca. Liza, que ansiaba liberar sus frustraciones con algo más resistente que un mortal, esperaba que Jolanda tuviera las agallas de decir algo más.

La atención de las dos mujeres estaba fija en la otra cuando Emigesh saltó hacia delante desde el asiento de atrás con un cacareo demente. Antes de que ninguna pudiera reaccionar, aferró a Jolanda por la cabeza y le dio un furioso tirón. Liza se golpeó contra el volante, pero el claxon no consiguió ahogar el fuerte crujido.

Emigesh trataba de alcanzar a Liza, que logró ver aquellos ojos inyectados en sangre contra la piel oscura. El vampiro tenía los colmillos extendidos y seguía riendo loco, desesperado.

Le apartó aplastándose contra la puerta, pero su rodilla quedó atrapada debajo del volante. No era capaz de conseguir palanca para quitarse de encima a Emigesh, que trataba de arañarle los ojos. La risa maníaca del vampiro se convirtió en un gruñido frenético. Fuera lo que fuese lo que le había poseído, pretendía arrancarle la garganta.

Liza pudo por fin hundir el codo en la nariz del vampiro, con un crujido satisfactorio y una lluvia de sangre. Mientras su atacante aullaba, la mujer aprovechó el breve respiro para abrir la puerta y salir rodando. Se puso en pie y su rabia tomó el control. Se acercó al coche ignorando los ataques renovados de Emigesh y lo sacó arrastrándole

por el pelo. Éste trataba de golpear con las garras, pero Liza bloqueó la acometida. Dejó libre su furia y le atacó a los ojos, clavando un dedo en uno de ellos. La brutalidad del impacto hizo estallar el globo ocular, que salió de la cuenca con un sonido repulsivo.

Emigesh trastabilló hacia atrás aullando, cubriéndose la cara con las manos y sosteniendo su ojo colgante.

La anarquista se preparó para saltar y terminar el trabajo. Aaron, aturdido, estaba saliendo del coche por su puerta. Liza le observó cuidadosamente y dobló los dedos ansiosa, con los instintos reflejos a flor de piel.

Aquella breve distracción dio a Emigesh el tiempo que necesitaba, pero no tenía estómago para seguir luchando. Se deslizó hacia la parte delantera del coche y corrió por el estacionamiento. Liza quería ir tras él, derribarlo y terminar de destrozarle la cara hasta que no quedaran más que jirones, pero no estaba dispuesta a volverle la espalda al otro vampiro. ¿Dónde estaba?

Mientras los pasos de Emigesh se perdían en la noche, Aaron miraba atónito a Liza levantando la manos.

—¡A mí no me mires! —gritó alarmado.

Se quedaron observándose durante lo que debió ser un minuto mientras Liza se calmaba poco a poco. El vampiro bajó las manos.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó.

La mujer no respondió. Aún estaba controlándose para no despedazar a Aaron, tuviera o no algo que ver con el ataque de Emigesh. Entonces, a la vez, los dos se acordaron de Jolanda.

Estaba recostada contra la puerta, con la cabeza colgando muerta fuera del coche. Tenía los ojos abiertos, y aunque era evidente que tenía el cuello roto estaba consciente. Aquello era el infierno para cualquier vampiro. Hizo un espantoso sonido mientras intentaba tragar la sangre en su boca; el brazo izquierdo sufría espasmos.

Se recuperaría, pero para eso necesitaría tiempo y sangre. Montones de sangre. Liza observó el garaje, que después del ruido de la pelea no era el lugar más adecuado para ello. Como Sabbath disfrutaba de las peleas sangrientas y a los anarquistas no les importaba forzar la Mascarada al límite, pero no tenía sentido atraer demasiada atención mortal; si la policía terminaba involucrándose la cosa podía ponerse fea.

Entró en el coche. Ya había arrancado la carcasa de la columna de dirección, y solo necesitaba un minuto para hacer un puente.

—¿Vienes? —preguntó a Aaron mientras trasteaba con los cables.

El vampiro entró como respuesta.

Durante un momento Liza dio gracias, pues su hambre parecía haberse aplacado. El coche arrancó, pero estaba demasiado ocupada planificando el siguiente movimiento como para sentirse aliviada.

Llevaría a Jolanda a un lugar seguro. Tenían varias casas abandonadas en las que se refugiaban de vez en cuando y había sangre en el maletero, el guardia de seguridad, que volvía a dar golpes alarmado al oír encenderse el motor.

Mientras se alejaban con la cabeza de Jolanda rebotando a través de la ventana, la cara quemada en el salpicadero le sonreía. Liza esperaba encontrarse con Emigesh, para el que ya estaba pensando todo tipo de cosas desagradables. Aaron se sentaba detrás, preguntándose qué estaba ocurriendo y tratando de no ponerse en medio.

6

Nada había cambiado.

No importaba cuántas horas, cuántas noches Owain observara el tablero, ninguna inspiración mesiánica llegaba para iluminarle. No había movimiento espectacular alguno que resucitara aquella partida. No había esperanza.

Aquella noche había despertado maldiciendo a Harold Godwin y a su reina. Al menos, pensó, después de tantos años había alguien nuevo al que maldecir. Pensó en cómo su oponente estaría disfrutando y trató de prepararse para rendirse y no prolongar la humillación. Podía tardar décadas en ejecutar el siguiente movimiento, por supuesto, ¿pero para qué? Podía terminarlo todo con una breve nota y un nuevo comienzo. Sin embargo, la idea de la rendición le resultaba tan atractiva como la de que le pegaran una paliza. Ya le habían golpeado muchas veces a lo largo de los siglos (en el amor y en la política), pero siempre había sobrevivido, algo que no podían decir aquellos a los que había derrotado. *¿Merece la supervivencia la derrota?* No estaba seguro de la respuesta, considerando aquello en lo que se había convertido su existencia nocturna.

Se sentía atrapado en su propio hogar, pero no podía reunir la energía suficiente para dejarla, para cazar, para planear. *¿De qué vale*

un Vástago incapaz de cazar o de maquinar? Debería haber obtenido una cierta satisfacción ante las noticias de que el Chambelán de Justicia había aprobado la recalificación sobre la que había hablado con Benjamín, pero no sentía nada. Pensó en el Ventrue derrotado y se hizo la pregunta desde el punto de vista del vencedor. *¿Merece la supervivencia la derrota?* ¿Qué tendría Benjamín que decir a eso? ¿Cómo respondería él a un insulto y una herida así, a la amenaza que Owain le había lanzado tan descuidadamente? ¿Se guardaría su odio el joven vampiro o iría a por él? Los neonatos solían actuar de forma impulsiva; no había más que ver la demostración anarquista en el museo de la semana anterior. *Por eso no sobreviven hasta llegar a viejos*, pensó. De nuevo, se trataba del orgullo enfrentado a la supervivencia.

El sonido de un coche entrando en su finca atrajo su atención. No había necesidad de llamar a Randal, ya que Arden le habría alertado. Su mirada regresó al tablero de ajedrez. Se sentía enfermo ante aquella imagen. No era aburrimiento; sabía que podía repetir aquel ritual una noche tras otra durante los siguientes años, pero estaba embriagado por una fascinación masoquista. Era como rascarse una herida abierta una y otra vez, impidiendo que se cerrara por su cuenta.

Owain se castigó hasta que Randal llamó a la puerta del estudio.

–Señor, el señor Bowman quiere verle.

El señor Bowman, pensó con un suspiro. Albert Bowman, conocido desde hacía muchos años. Loco. Aún se preguntaba qué podía haber llevado a aquel Malkavian a subirse desnudo a la escultura del príncipe, nada menos. Era como preguntar a los pájaros por qué cantaban, o a los amantes por qué pensaban en el otro. Sin embargo, Albert iba de una demostración catastrófica a la siguiente. Owain notó que aquello era una muestra de poder e influencia por derecho propio. El príncipe estaba dispuesto a tolerar a aquel bufón.

Randal abrió la puerta y cedió el paso a Albert. Una ingente cantidad de cadenas colgaba de su chaqueta de cuero entrechocando, un interesante contraste con los pantalones rojos, blancos y azules. La barba desmañada, lo bastante larga como para metérsela bajo los pantalones si así lo deseaba, estaba enredada en las cadenas, aunque no parecía molestarle. Estaba más preocupado por el paquete que sostenía debajo del brazo mientras entraba con las piernas dobladas, observando suspicaz a Randal hasta que el sirviente cerró la puerta.

–Buenas noches, Albert.

Lenta y cuidadosamente, el Malkavian comenzó a recorrer la estancia, mirando detrás de cada mueble y cada tapiz, siempre sin soltar el paquete, del tamaño aproximado de un guante de béisbol y envuelto en una bolsa de la compra con cinta aislante alrededor. Sin una sola palabra recorrió todo el estudio buscando... lo que estuviera buscando. El Ventrue esperó pacientemente hasta que pareció satisfecho y se volvió hacia él.

—Owain.

Albert era el vampiro de Atlanta al que conocía desde hacía más tiempo. Se habían encontrado por primera vez en el siglo XVIII en España, y desde entonces habían pasado algún tiempo juntos. De hecho, a sugerencia de Owain habían mantenido en secreto la llegada de Albert a los Estados Unidos en los años cuarenta. En aquel periodo de unos trescientos años el Ventrue se había acostumbrado a su extraño comportamiento, pero aún había cosas (como la "cabalgata" en el museo y la propia supervivencia del Malkavian) que nunca dejaban de sorprenderle.

Albert siguió revisando cuidadosamente el estudio, como si esperara descubrir algún peligro oculto que fuera a saltar sobre él a la menor ocasión.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó el Ventrue.

El otro ignoró la pregunta y, girando la cabeza para mirar por todas partes, se acercó rápidamente a Owain.

—*No puedo quedarme mucho* —susurró con urgencia.

—*¿Tienes algún lugar seguro en el que guardar...* —comenzó, deteniéndose para volver a mirar alrededor— *...esto?* —Terminó dando unas palmadas al paquete que llevaba bajo el brazo.

El tamaño del objeto y su envoltorio apresurado no daban muchas pistas sobre lo que podría ser, y Owain sabía por experiencia que, con Albert, las posibilidades se extendían mucho más allá de lo probable y lo racional.

—¿Qué es? —preguntó como un amo podría hacerlo con una mascota que le hubiera traído una pequeña criatura destrozada entre las fauces.

La pregunta pareció sorprender al Malkavian.

—Es... es... *secreto* —respondió, tratando de dar con la palabra adecuada. Era evidente que no se lo podía decir, pues de otro modo dejaría de ser secreto...

—Ah, ya veo —dijo con la mano en el mentón—. ¿Es... peligroso?

Albert volvió a ignorar la pregunta.

–¿Puedes guardarlo? ¿Puedes ponerlo a salvo? –siseó.

Owain deseaba conocer el contenido del paquete, aquello que parecía tan importante para Albert. Probablemente se tratara de algo totalmente inocente, pero aquel loco tenía la costumbre de perpetrar todo tipo de actos que nunca le afectaban a él, pero que enredaban a todos los desgraciados que quedaban atrapados en su estela. Recordaba una ocasión en España en la que Albert se había enamorado de un joven pastor, y para lograr sus atenciones se había disfrazado de...

–Owain, ¿lo guardarás? –El Malkavian hablaba con tono solemne, como un niño pequeño que necesitara desesperado ir al cuarto de baño.

El Ventrue se cubrió los ojos.

–Sí, Albert. –No podía creer lo que estaba diciendo—. Me lo quedaré.

Solo supo que Albert estaba sonriendo debajo de su inmensa barba al notar que las profundas arrugas de su frente habían cambiado de dirección. Por primera vez desde su llegada, habló con un tono de voz normal.

–Muy bien. Desde luego, es un alivio quitarme este peso de encima. –Parecía alegre y despreocupado, y guiñó un ojo a Owain mientras le entregaba el paquete. El Ventrue lo aceptó rápidamente, casi como defensa. Tenía la sensación de que debía hacer alguna pregunta, pero el Malkavian ya se encaminaba hacia la puerta y se despedía por encima del hombro—. Debo irme. Debo irme. Lugares que ver. Gente que ser. –Se detuvo un instante, inclinó la cabeza y se rascó la barba, comprendiendo que algo de lo que acababa de decir no terminaba de cuadrar, pero al final siguió adelante.

Aunque la estancia estaba perfectamente ordenada, Owain, sentado en su escritorio sosteniendo el misterioso paquete, no podía evitar la sensación de que un tornado acabara de pasar destrozándolo todo. Observó el objeto envuelto y se preguntó, no por primera vez, si merecía la pena mantener el contacto con Albert. El Malkavian se relacionaba con el chiquillo del príncipe, Roger, y el propio Benison parecía tener una extraña tolerancia hacia él, su compañero de clan. Quizá tener a otro Malkavian alrededor, especialmente uno tan evidentemente loco, diera al príncipe un mayor aire de estabilidad. Sin embargo, Owain sabía que no era más que una pátina. El temperamento de Benison siempre estaba dispuesto a saltar, y eso por no hablar de sus conversaciones con compañeros inexistentes

que, sabiamente, los demás Vástagos de Atlanta no parecían notar.

En cualquier caso, debido a su proximidad con Roger y Benison, Albert era una buena fuente de informaciones que el príncipe nunca hubiera revelado, ni siquiera a un consejero de confianza.

Volvió a mirar el paquete. No había dicho que no pudiera desenvolverlo, de modo que abrirlo no sería en modo alguno una violación de su acuerdo. Solo había dicho que se lo quedaría, con la implicación de que lo protegería. Además, saber de qué se trataba podía ayudarle a mantenerlo a salvo. *Qué demonios, pensó. Es posible que tenga que estar en el refrigerador.* Comprobó el peso. *No pesa mucho para su tamaño. Hmmm. Demasiado grande para una cabeza humana, salvo que tenga mucha protección.*

Comenzó a quitar cuidadosamente la cinta adhesiva y el envoltorio de papel marrón. Pensó por un momento en llamar a Randal para que lo abriera él, pero no tenía sentido arriesgar así a un ghoul de confianza. *Poca cosa para perder a otro.*

Cuando retiró el papel se encontró con una segunda capa de envoltorio, ésta consistente en trozos de harapos, jirones de camisetas y lo que parecían al menos tres rollos de cinta aislante. Ni Owain ni nadie podría quitar todo eso y devolverlo exactamente al mismo estado. Quizá en la locura de Albert hubiera motivaciones, aunque lo dudaba.

Por fin, el último trozo de tela cayó y el objeto reposó sobre el escritorio. El vampiro dio un paso atrás, dudando en un primer momento si sus ojos le engañaban. No era nada que hubiera imaginado ni remotamente. Contra su buen juicio, extendió lentamente la mano y tocó el armadillo de cerámica blanca. Probablemente fuera de tamaño natural, y por lo que sabía, el parecido era notable: morro puntiagudo, orejas pequeñas, caparazón con crestas. Sacudió la cabeza y lo tocó. Un sonido hueco. Lo agitó. Nada.

Volvió a retirarse y se frotó el puente de la nariz.

—Randal —llamó.

El obediente criado apareció en menos de un minuto.

—¿Señor?

Owain levantó un dedo para señalar la pieza.

—¿Cabe eso en la caja fuerte?

Randal lo observó y después miró a su señor.

—¿Eso, señor?

—Sí, eso.

Volvió a mirarlo, y de nuevo levantó la vista hacia Owain.

–¿En la caja fuerte?

–Sí, en la caja fuerte.

Volvió a echarle un largo vistazo.

–C-creo que sí...

–Bien –dijo el vampiro volviendo al tablero de ajedrez–.

Encárgate de ello.

Randal se quedó en pie un tiempo observando el armadillo, pero al final se rindió y obedeció las instrucciones.

–Sí, señor. En la caja fuerte. –Cogió la escultura y la inspeccionó, manteniéndola alejada del cuerpo. De este modo se la llevó del estudio.

* * *

–¿Tienes que dar esos portazos? –preguntó Roger irritado. Albert nunca cerraba las puertas sin dar golpes, y a ese paso el Pacer no le duraría mucho. En cualquier caso, siempre podía robar otro. Albert aún no había hecho nada, pero Roger no dudaba de que lo haría en cuanto saliera de casa de Evans. *Su mansión terrorífica*. Estaba practicando. Quería mostrar el grado de indignación apropiado sin demostrar enfado. Albert tenía que saber que no le gustaba que diera portazos con su coche. Tenía que aprender a respetar la propiedad de los demás. Que fuera un vampiro no significaba que pudiera ir por ahí rompiendo las cosas de la gente, o cerrando a golpes las puertas de los coches si le apetecía.

Pero estaba preocupado. ¿Cuánto enfado era necesario? ¿Qué ocurría si Albert también se enfadaba y le decía que se callara? ¿Qué ocurriría si se volvía violento y cerraba la puerta aún más fuerte, o si rompía la antena y le daba patadas a los faros? ¿Qué pasaría si no volvía a hablarle? Podía ocurrir.

Sintió cómo le llegaba otro ataque de pánico y su corazón comenzó a latir con fuerza. Se suponía que eso no tenía que pasar. Nunca había oído latir el corazón de ningún otro vampiro, pero no tenía el valor de preguntarle a nadie al respecto. Le asustaba demasiado que creyeran que no estaba bien, aunque quizá eso fuera lo que ocurría. No había médicos vampiros a los que acudir para preguntarles por qué le latía el corazón. Inspiró profundamente y se concentró para detener los latidos. Un pensamiento alarmante recorrió su mente. *¿Y si no soy realmente un vampiro? ¿Y si no soy más que un mortal y simplemente creo ser un vampiro?* Por supuesto, eso no

explicaba el hecho de que su corazón *no* latiera la mayor parte del tiempo, y que durante los últimos veinticinco años no hubiera ingerido más que sangre humana.

Desprevenido, Roger saltó y chilló cuando Albert abrió la puerta del pasajero, aplastándose el dedo entre la rodilla y la columna de la dirección del pequeño Pacer. Albert se derrumbó tan pesadamente en el asiento que todo el coche se movió arriba y abajo. Después tomó el manillar y cerró la puerta con tal fuerza que todas las ventanas temblaron. El retrovisor delantero cayó sobre el salpicadero.

El corazón de Roger comenzó a latir aún con más fuerza. Su mano temblaba de rabia mientras recogía el espejo.

Albert lo miró.

–Mierda. Otros siete años tirados a la basura.

Roger quería gritar, quería soltarle todo lo que había estado practicando hacía unos instantes, pero no era capaz. ¿Y si le ofendía?

El otro se metió las manos bajo la barba y comenzó a rascarse el mentón.

–Uno menos, queda otro. ¡Dale caña!

Roger encendió el contacto y apretó los dientes al oír el horrible chillido del motor. En su agitación había olvidado que el coche ya estaba en marcha. Solo se le caló una vez mientras se dirigían al exterior de la finca.

–Este maldito embrague está estropeado.

Mientras el coche avanzaba a trompicones, Albert trataba de sacar el mapa que guardaba en el bolsillo. Se trataba de una colección de papeles arrugados y rotos.

–¡Gira a la izquierda! –gritó repentinamente cuando llegaron a la calle. Roger estaba tan sorprendido que obedeció inmediatamente, atravesando directamente el tráfico que venía en dirección contraria. Los cláxones comenzaron a pitar, acompañados por chirridos de freno y maldiciones—. ¡A la izquierda otra vez! –volvió a gritar Albert, provocando un nuevo caos circulatorio.

–¡Para ya, loco hijo de puta! –respondió Roger, tan sorprendido que estuvo a punto de saltarse la mediana y provocar una colisión frontal.

Albert pareció entristecerse de repente.

–Me has llamado... loco.

Roger no tenía palabras. Le había llamado loco, y aunque era cierto, los Malkavian eran muy sensibles a ese tipo de cosas.

–Yo... yo...

Albert hundió la cara en el mapa y gimió, unos sonidos agudos y espasmódicos que le provocaron convulsiones en todo el cuerpo.

Roger estaba desolado. Por fin lo había conseguido. Su temperamento le había hecho cruzar aquella delgada línea y había enojado a su único amigo de verdad. Albert era el único solaz en su vida como chiquillo del príncipe, pero todo eso había terminado. No dejaba de mirar a su compañero, que probablemente sufriera desde entonces un profundo trauma emocional. *Un alma tan frágil bajo una barba tan espesa*, pensó.

—Albert... Albert, no sé qué decir.

Éste, con los ojos rojos, levantó la cabeza del mapa mientras un moco sangriento le caía de la nariz.

—¿Decir? ¡Decir! —rugió. Entonces, instantáneamente, su expresión se hizo neutra y habló con suavidad—. Di, "¿Sabes que tres de cada cuatro dentistas entrevistados piensan que el cuarto es un estúpido hijo de puta?"

Roger le observaba confundido, mezclando furia y culpa en una extraña mezcla emocional.

Albert extendió la mano y dio un fuerte tirón al volante, evitando otro posible choque.

—¿Estás seguro de que has conducido antes uno de éstos? —preguntó.

Roger no sentía nada. Había agotado su capacidad de enfado en la última media hora, y no hacía más que mirar adelante y conducir. En aquel momento no podía seguir tratando con él. Tenían cosas que hacer.

—¿Estamos cerca?

—Oh, sí —respondió Albert, observando los restos de su mapa destrozado. Encontró el punto que necesitaban—. Estamos a unos cuarenta y cinco minutos.

—¿Qué? ¿Cuarenta y cinco minutos? —Creyó haber oído mal—. En casa de Evans estábamos a solo quince minutos. ¿Cómo pueden ser cuarenta y cinco?

—Atajos —sonrió Albert—. En cuarenta y cinco minutos estaremos en Salisbury.

—¿Qué? —Roger le arrancó el mapa de las manos y trató de encontrar algún sentido de todo aquello sin volver a meterse en el carril contrario—. ¡Es un mapa de Inglaterra!

—Nadie más podría llegar a Salisbury en cuarenta y cinco minutos. Puedes apostar, si quieres.

Roger inspiró profundamente.

–¿Albert?

–¿Aja?

–¿Sientes alguna vez que el corazón te empieza a latir?

Albert inclinó la cabeza y le observó atentamente.

–Olvídalo –dijo Roger girando el coche para rehacer el camino.

Se fustigó por pensar que Albert sabía dónde quería llegar. Pasaron la carretera que conducía a casa de Evans y siguieron hacia el centro. Trataba de ignorar a su compañero, que jugaba con la radio cambiando emisoras y tratando de unir los trozos de todas las canciones para formar algo coherente. No tardaron mucho en ver ante ellos el horizonte de edificios. Atlanta no era el inmenso conglomerado constructivo de otras ciudades, pero a Roger le parecía inmensa. Casi todos los rascacielos se habían construido en los últimos diez o quince años, pero mientras no hiciera caso de Albert aún sabía moverse entre sus calles.

No tuvieron problemas para aparcar en la calle de Peachtree Gardens. Casi todos los que visitaban la clínica de reposo lo hacían durante el día. Se volvió hacia su compañero.

–Vale. Dame una hora. –Estuvo a punto de añadir *y no te metas en líos*, pero no serviría de nada.

Situó su tarjeta en la placa metálica y las puertas frontales del edificio se abrieron. Ser el chiquillo del príncipe solía ser un dolor de cabeza, pero también allanaba el camino. No se admitían visitantes a aquellas horas de la noche, pero Benison tenía influencia en el mundo mortal, y había dispuesto algunas comodidades para su chiquillo.

Pasó junto al conserje nocturno, que tenía instrucciones de no comentar nunca aquellas visitas. No tenía ni idea de la explicación que se les daba (quizá que se trataba de un miembro del programa federal de protección de testigos), pero no había duda de que era falsa. Roger trataba de apartarse de la vista de los demás empleados, ya que no servía de nada despertar la curiosidad de la gente. Llegó a la habitación 256 y se detuvo frente a la puerta. Aquella podría ser la noche. Abrió.

Tabatha Greene descansaba plácidamente, como siempre. Todas las noches Roger la visitaba, esperando que por fin recuperara la consciencia, pero siempre se la encontraba igual. La piel le colgaba del cuerpo, y el único movimiento era el ritmo constante de la respiración. Acercó una silla a la cama y tomó la mano delgada y pequeña entre las suyas.

–Hola, mamá. –Debería haberse acostumbrado a verla de aquel modo, se decía constantemente. Después de casi veinticinco años no debería sentir aquel nudo en la garganta, no debería haberse esforzado para decir aquellas palabras—. Espero que te encuentres bien esta noche. Yo no tengo mucho que contarte. El Príncipe Benison aún está enfadado con mi amigo Albert, de modo que tratamos de no meternos en líos. Bueno, al menos yo trato de no meterme en líos.

Se quedó un tiempo acariciando la mano, diciéndose que podría abrir los ojos en cualquier momento, que había oído cada palabra que le había dicho a lo largo de los años, que estaba orgullosa de él. Lo último era lo más difícil de creer. Nunca había sido capaz de ocultarle nada a su madre. Había regresado de Vietnam como un héroe, al menos todo lo que podía serlo alguien que hubiera participado en aquel conflicto, y había sido su capacidad militar la que había atraído a Benison. Su Abrazo y transformación en vampiro era otro secreto que no había podido ocultarle, pero fue demasiado para ella. Aunque solo tenía cuarenta años, el comprender aquello en lo que se había convertido su hijo le provocó un ataque. Roger estaba decidido a compensarla. La determinación que le había convertido en un héroe estaba ahora dirigida hacia la recuperación de su madre, a que recobrara la vida que había perdido por su culpa.

Solo es cuestión de tiempo, se decía, bajando la cabeza hacia las sábanas y tratando de contener las lágrimas de sangre.

–Te compensaré, mamá. –No podía imaginar la existencia sin ella. Si recuperaba la conciencia... *cuando* recuperara la conciencia, aunque solo fuera por un segundo, tomaría el cuerpo frágil en sus manos y la abrazaría, y de ese modo estarían juntos para siempre. Nada se interpondría en su plan, ni la Tercera Tradición que prohibía la creación de progenie sin permiso, ni el vínculo de sangre que le ataba a la voluntad de Benison. Roger sabía que aquella era una necesidad demasiado poderosa. No había duda de que precisamente él, debido a su relación con Tía Bedelia, comprendería y aceptaría su decisión. Estaba dispuesto a asumir, el riesgo. Estaba dispuesto a hacerlo por su madre.

Sin embargo, de momento no estaba consciente. La situación de veinticinco años no había cambiado, pero él se aseguraría de que al menos no cambiara para peor. Como había hecho otras tantas noches, se clavó el índice derecho en el pulgar hasta hacer brotar la sangre. Lenta, cuidadosamente para no manchar las sábanas de escarlata, llevó el dedo a la boca de su madre. La sangre vampírica

cayó entre los labios secos y cuarteados y la mujer tragó.

–Te recompensaré, mamá –susurró. Acarició suavemente su cabeza y se limpió las lágrimas rojas antes de reunirse con Albert.

* * *

El matón de la puerta saludó a Liza, que acudía con regularidad al Nine Tails. No tenía que mostrar su carné, ni pagar la entrada. El portero estaba tan acostumbrado a verla que no notó el tono ceniciento de su piel, ni el paño ensangrentado que llevaba y que utilizaba para limpiarse el sudor. Entró a trompicones, incapaz de evitar tropezar con varios clientes y tirar sus bebidas. Le gustaba aquel local, con la música tecno a todo volumen y el olor de la sangre en el ambiente. Los mortales sadomaso eran patéticos, con sus cadenas, *piercings* y aspecto duro. A lo largo de los últimos años le había mostrado a muchos de ellos lo que era el verdadero sadismo, y al final ninguno había sido capaz de resistirlo. Ninguno vivía para el dolor como ella. No eran más que imitadores que habían suplicado misericordia... sin recibirla.

También estaba la gente guapa, los *grunge* y las niñas de papá que venían a ver a sus contrapartidas retorcidas y que, si eran realmente osadas, pagaban cinco dólares para ser azotadas por una de las amas del Nine Tails.

Para Liza no eran más que ruido de fondo. Ruido de fondo y carne. Acudía a aquel local porque era uno de los principales puntos anarquistas, territorio de los vampiros que no aceptaban órdenes de nadie, que reconocían la influencia, pero no la autoridad de la Camarilla. La Camarilla, el Príncipe Benison y toda su calaña ignoraban su insolencia porque hacía siglos se había producido una guerra contra ellos, y ahora no había otra opción: una población de jóvenes rebeldes llena de animosidad hacia la Camarilla era un criadero del Sabbat. Liza ya había reclutado a un par a lo largo del último año.

Sin embargo, aquella noche había ido al Nine Tails porque necesitaba ayuda. No tenía ningún otro lugar al que acudir. La multitud se apartaba a su paso, pues era evidente que tenía problemas para mantenerse en pie. Pasó dando tumbos frente a la barra y entró en la pista de baile, parpadeando para intentar aclarar la visión. A su alrededor bailaban los mortales borrachos. Sus cuerpos giraban al ritmo de la música atronadora, y podía sentir la sangre recorrer sus

venas vibrantes. El hambre la consumía por dentro. Se aferró a un joven musculoso que se había quitado la camisa y dejó de luchar mientras su cara bajaba hacia las venas del antebrazo. La Bestia estaba despertando, el hambre insoportable. No podía hacer más que reunir fuerza para abrir la boca. Los colmillos se extendieron...

Alguien le apartó de las venas lascivas, negándole el alimento que necesitaba desesperadamente. No podía levantar la cabeza, no tenía la energía necesaria para maldecir al responsable.

Sintió una puerta abrirse y cerrarse. Aire fresco. La música sonaba ahora más lejana, aunque aún podía sentir el retumbar del bajo a través del muro. El muro. Estaba apoyada contra él. Se encontraba fuera del local y su visión se aclaró un tanto, lo suficiente como para ver a Aaron sobre ella, ayudándole a incorporarse.

—¿Estás bien, Liza? —El vampiro era más bajo que ella y le observaba con la larga coleta sobre el hombro derecho—. ¿Liza?

Su mente comenzaba a despejarse. Se encontraban en el callejón detrás del local. El olor de toda aquella sangre mortal era muy lejano, pero no podía sacárselo de la cabeza. Concentró su mirada en Aaron. La vitae vampírica era más potente, más satisfactoria que la sangre de los humanos. Seguro que podía prestarle un poco. Si supiera el hambre que tenía...

—¿Has sabido algo de Emigesh? —preguntó el vampiro, ignorante del peligro en el que se encontraba—. Apareció el miércoles por la noche por Little Five Points. ¡Atacó a un grupo de mortales! —Se detuvo para que Liza comprendiera la importancia de lo que le estaba diciendo, pero ésta apenas escuchaba. Estaba demasiado ocupada luchando contra el hambre, tratando de mantener a la Bestia a raya—. Por supuesto, el príncipe estaba furioso —siguió—. Llamó a Xavier Kline. Anoche empalaron a Emigesh y lo dejaron a la luz del sol.

Lentamente, Liza comenzó a comprender. Emigesh había sido destruido. No tenía energías para sentir satisfacción o furia, o tristeza. Nada. Le hubiera matado personalmente de haberlo encontrado, pero el asesino del príncipe se había encargado de ello. Luego estaba Jolanda. Normalmente los vampiros se recuperaban de casi todas las heridas, pero a pesar de haber consumido a cinco mortales a lo largo de tres noches, Jolanda había muerto. El cuello no se curaba y gemía de forma horrible por el hambre, lo que hacía que Liza sintiera más ansia aún, si eso era posible. Al final los gemidos se detuvieron.

No había hecho nada con el cuerpo. En las cinco noches y días que habían pasado desde entonces ya se habría deteriorado lo

suficiente como para ser irreconocible. No estaba segura. Había tenido que marcharse. Su hambre se había hecho tan atroz que de no hacerlo hubiera caído sobre la sangre marchita que surgía del cuerpo roto de su compañera. Aquel apetito era ahora más intenso y doloroso; sentía cómo sus entrañas ardían por dentro.

–¿Puedes creerlo? –preguntó Aaron–. Emigesh se acabó.

Liza encontró en la creciente desesperación y en la voracidad las fuerzas que había ido perdiendo en las últimas semanas. Con un movimiento repentino, acercó a Aaron hacia ella y le inclinó la cabeza hacia un lado. El vampiro gritó por la sorpresa y el dolor, pero Liza ya le estaba abriendo el cuello expuesto.

Los músculos y los tendones se rasgaron. La sangre fluía hacia su boca y chupó ávidamente, cada vez más fuerte. Necesitaba más. Su ansiedad le hacía invencible, por lo que Aaron no pudo soltar sus brazos, sujetos a los costados. Poco a poco, el vampiro olvidó el dolor y la sorpresa y se perdió en la calidez del beso. Sus gemidos acompañados tenían el ritmo de los tragos de sangre.

Liza no podía parar. Mientras la sangre fluía y la sentía recorriendo sus venas ansiaba más. Más. Se desprendió del cuello y mordió el hombro. La vitae comenzó a salpicarle y en su frenesí tragó trozos de carne.

Los gemidos de Aaron se detuvieron. Estaba afectado por espasmos musculares, pero éstos también terminaron por desaparecer. El cuerpo colgaba inerte en brazos de Liza, que era incapaz de detenerse. Mordió otras zonas (los brazos, las piernas, el pecho) buscando cualquier rastro de sangre que pudiera habersele pasado. Le arrancó frenética las ropas, clavando los colmillos una y otra vez.

No había más vitae, pero la voracidad no había disminuido. Inclineda ante el cadáver y consumida por la frustración, alzó su rostro al cielo y gritó. El hambre nunca le había afectado de aquel modo. Volvió a cobrar consciencia de la música machacona al otro lado del muro. Nine Tails. Podía seguir comiendo dentro. ¡A la mierda la Mascarada! La Mascarada no hablaba de un dolor así.

Sin embargo, tan rápida como había llegado, la fuerza del frenesí desapareció. Estaba indefensa, incapaz de ponerse en pie. Frenética, pero demasiado débil como para evitarlo, se derrumbó sobre el cuerpo destrozado de Aaron.

Gimió. Trató de llevarse una mano a la cara. La nariz le sangraba, igual que sus ojos. Solo veía una oscuridad rojiza mientras la sangre

surgía por todo su cuerpo. La última sensación que conoció fue el hambre.

* * *

Eleanor siempre se sentía frustrada tratando de preparar adecuadamente la partida semanal de bridge. No tenía tiempo para preparar más mermeladas de sangre, pralinés de sangre y té de sangre, pero como correspondía a una anfitriona, hacía todo lo posible. A pesar de la falta de creatividad de aquellos tentempiés; Rhodes Hall siempre estaba immaculado. No se veía ni una telaraña en las esquinas ni una sola mota de polvo en los tapices o en los alféizares. Ni Bedelia, ni Marlene ni Hannah se hubieran quejado... aunque tampoco se ofrecían para traer nunca la "comida". Ni una sola vez.

–Apuesto cuatro picas –croó Tía Bedelia.

Eleanor sonrió para ocultar un suspiro. Para hacer de la velada una pérdida de tiempo completa, le tocaba ser compañera de la anciana. Aquella vieja arpía era una jugadora tan errática, y se dormía con tanta frecuencia, que muchas veces las partidas no tenían sentido. Al menos Hannah se sabía sus cartas, aunque fuera tan insociable y callada que llegara a la catatonía. Sin embargo, era preferible a Marlene, la idiota, que solo sabía hablar de estupideces que nadie entendía y que a nadie le importaban. Y era mejor conversadora que jugadora de bridge.

A pesar de todo, Marlene y Hannah solo necesitaron unos minutos para llevarse la baza. Bedelia no había llegado a jugar ni una pica. Eleanor desesperaba al ver en lo que se había convertido la alta sociedad vampírica. Hubiera preferido pasar la noche con Benison hablando de política; cualquier cosa salvo aquello. Pero había que mantener las apariencias, y como esposa del príncipe tenía la desgracia de ser una de las encargadas de ello.

Marlene detuvo un momento su incesante cháchara para apostar.

–Dos diamantes. Bedelia, cariño, ¿estás con nosotras? –La decrepita sire del príncipe estaba roncando suavemente. Eleanor volvió a ocultar otro suspiro. Sería maleducado despertarle, de modo que no quedaba más que escuchar el cotorreo de Marlene—. Y ya veis –siguió–, a pesar de todos los esfuerzos del príncipe por exponer mi arte en el museo, hay algunos que ni siquiera se dignan en venir. ¿Podéis creerlo?

Eleanor casi envidió a Bedelia su edad y su excentricidad, que le permitían dormirse donde la placiera e ignorar completamente a la Toreador.

–No recuerdo haber visto a Xavier Kline, o a Owain Evans –dijo Marlene molesta mientras contaba con los dedos.

–Evans estaba –dijo escueta Hannah.

–Sí, es verdad –aceptó Eleanor–. No me sorprende que Xavier no tenga tiempo para apreciar... el arte. –Consiguió sonreír dulcemente a Marlene al llamar *Arte* a aquellas monstruosidades metálicas–. Probablemente tenga algún niño que aterrorizar, o gatos que descuartizar. –Era perfectamente consciente de que Owain Evans había estado allí, siempre agazapado al fondo, observándolo todo como un buitre sobre el campo de batalla. Además, Benjamín le había contado lo de las amenazas. Su rostro enrojeció con solo recordarlo. No había duda de que Owain sabía que algo así la enfurecería. Quizá ese arribista Ventrue necesitaba que alguien le pusiera en su sitio, fuera o no consejero de Benison. Era la *mujer* del príncipe–. Estaba allí.

–Oh. –Marlene parecía confundida, algo no demasiado infrecuente, notó Eleanor.

–Probablemente te distrajera la actuación de Bowman sobre tu escultura –añadió Hannah con su tono serio habitual.

Ante la mención del incidente las mejillas de la Toreador se sonrosaron visiblemente, a pesar del abundante maquillaje que solía utilizar. Trató de hablar, pero estaba tan avergonzada que apenas tartamudeaba.

Tía Bedelia eligió aquel momento para recuperar la lucidez e intervenir.

–¿Albert Bowman? ¿El pequeño Albert con la gran barba? Es un chico muy agradable, y es un buen amigo de Roger.

Marlene no sabía qué decir. Ya se sentía molesta con que el incidente fuera el tema de discusión, y ahora no podía criticar a Albert, que había causado tantas desgracias. Todas aquellas mujeres, las arpías de la sociedad de Atlanta, sabían que aunque Bedelia era un espíritu libre, por decirlo delicadamente, era la sire del príncipe, y la voz que atendía con mayor celo. Nadie le contradecía directamente, de modo que si ella decía que Albert Bowman era un buen chico, en los confines de aquella partida de bridge era el mejor de todos.

Marlene se excusó rápidamente para no llorar delante de las demás. Bedelia parecía haber vuelto a dormirse tan rápidamente como

había despertado. Eleanor miraba a la aburrida Hannah, la dirigente de la capilla Tremere, que no hablaba prácticamente nunca. Sin embargo, cuando lo hacía, sus palabras golpeaban el corazón como una daga envenenada. Por primera vez en aquella velada, la sonrisa de Eleanor fue genuina.

--He oído que Xavier Kline ha estado bastante ocupado estos últimos días --comentó Hannah, extrañamente habladora. Eleanor enarcó las cejas dubitativa, aunque sabía exactamente de lo que la Tremere estaba hablando--. Ha habido un notable aumento en el... --Se detuvo un instante como si estuviera buscando las palabras correctas, pero Eleanor estaba convencida de que aquella conversación había sido cuidadosamente preparada--... en la *ingobernabilidad* de los Vástagos de la ciudad en las últimas semanas.

La Ventrue se encogió de hombros y dio un sorbo de su té.

--Anarquistas y neonatos --dijo con desprecio--. No dan más que problemas.

Hannah sonrió educadamente. Parecía que aquella era la noche de las sorpresas.

--Hemos llegado incluso a tener problemas dentro de la capilla --añadió la Tremere--. Varios neonatos tuvieron que ser... disciplinados. --Aquel era el turno de Eleanor para sonreír comprensiva. Hannah parecía vacilar, molesta con aquel intercambio tan prolongado--. Quizá deba ir a ver cómo se encuentra Marlene --dijo la alta y delgada vampira, terminando la conversación con la escasa gracia de la que estaba dotada.

Eleanor, sola con Bedelia, rió para sus adentros. Había oído hablar más a Hannah que en todo el mes precedente. ¿Qué llevaba a la regente a una demostración así? Además, informar de problemas dentro de la capilla a un extraño... eso no era típico de *ningún* Tremere, ni siquiera de los más habladores, entre los que Hannah no se encontraba.

Había habido más que un aumento en *la ingobernabilidad*, como había dicho Hannah, entre los Cainitas durante las últimas semanas. Vampiros enloquecidos, mortales atacados en público, luchas sin provocación previa, todo ello rupturas de la Mascarada que no habían dejado a Benison más remedio que intervenir. Por eso había mandado a Xavier Kline tras los anarquistas maníacos. Los neonatos habían sido *disciplinados*, como había dicho Hannah. *Destruídos*, más bien, creía ella. Era una coincidencia demasiado extraña... Debía haber algo que lo conectara todo. ¿Un plan del Sabbat? ¿Se estaría preparando

una invasión?

Se preguntó si todo aquello no sería más que una traición Tremere. Ese sería el motivo por el que Hannah había sacado el tema. Sabía que ella, y por tanto Benison, sospecharía de los Tremere, por lo que había sugerido que ellos también estaban sufriendo... lo que fuera que hacía que los vampiros violaran la más sagrada de las Tradiciones. Por supuesto, detrás de los comentarios aparentemente extraños de Hannah había un motivo. Después de todo, era una Tremere.

Se reclinó en la silla y bebió un poco de té. Benison había estado un poco extraño desde el comienzo de los problemas. No era propio de él. Mientras oía a Bedelia roncar a su lado decidió hablar con su marido el príncipe sobre el asunto.

7

Owain podía ver el castillo frente a él a través de las ramas. Los muros encalados brillaban bajo la luz de la luna. El príncipe estaría agradecido por haber respondido con tanta premura a su llamada. Trató de recordar cuándo había sido la última vez que había visto al príncipe... al Príncipe Benison.

El viento cambió ligeramente. Owain se detuvo y miró a su alrededor. *¿Qué esta pasando?* Estaba en Atlanta, en el parque Grant, no en las colinas de Francia. La estructura circular que tenía frente a él era el Cyclorama, no un castillo medieval. Sacudió la cabeza para tratar de aclarar sus pensamientos. *¿Qué le estaba ocurriendo?* Hacía más de setenta y cinco años que no había puesto el pie en Europa. *¿Qué hacía en el parque?*

La llamada había sido real. La paloma mensajera había llegado a su casa hacía apenas unas horas. Casi todo el mundo las creía extintas, lo que era cierto de las variedades que los mortales conocían. Sin embargo, el príncipe había conservado y criado las suyas desde la Guerra Civil Americana, o la "Guerra entre Estados", como la llamaba si estaba de buen humor. Sin embargo, cuando su disposición no era la más alegre se trataba de la "Guerra de la Agresión del Norte" o "La Segunda Revolución Americana". En cualquier caso, alimentaba a las palomas con su vitae, criando una raza fiable de ghouls mensajeras.

Solía presumir de que nunca fallaban a la hora de entregar sus mensajes, y al menos aquella noche había sido cierto. El pájaro le había traído la llamada del príncipe, por lo que Owain había salido de su apatía y había acudido tras unos rápidos preparativos.

Con la cabeza aclarada, comprobó los alrededores mientras subía por la escalera de la entrada. No había señal de nadie más en el parque. Fue recibido en la puerta por Vermeil, uno de los ghouls del príncipe. Como Benison, Owain prefería como servidores a los ghouls, no la creación de vampiros menores. Mientras que un chiquillo Abrazado terminaba ganando poder y rivalizando con su sire, un ghoul permanecía siempre dependiente y servil. Buscó a Byron, el compañero de Vermeil, pero no lo vio por ninguna parte. Vermeil solo era como ver a Epi sin Blas.

–El príncipe espera dentro –informó el guardaespaldas con su voz grave y retumbante. Owain asintió. Al parecer, igual que había logrado utilizar el High Museum, Benison también tenía un modo de acceder al Cyclorama. No le sorprendía. Su propia red de espías y contactos podía ser más sutil que la del príncipe, pero no más extensa.

Atravesó la galería principal para llegar a la estructura en sí. Entró en la plataforma de butacas, que giraba lentamente alrededor de la cámara circular. El sonido había sido apagado, pero la iluminación cambiante de la escena estaba en marcha. Cuadros de la altura del techo aparecían junto a figuras de yeso de soldados, vagones, cuerpos y otros elementos. Los diversos medios se combinaban tan hábilmente que en ocasiones era difícil discernir dónde terminaba la pintura y dónde comenzaba el diorama tridimensional. Los asientos del auditorio, montados sobre una gran plataforma hidráulica, rotaban mostrando una secuencia de diferentes escenas que recreaba la Batalla de Atlanta, la caída de la ciudad y el incendio posterior de 1864.

Sentado en el centro de la hilera de butacas estaba el Príncipe Benison, con los codos apoyados en el asiento que tenía delante y con el mentón y la barba descansando sobre las manos entrelazadas. No desviaba la atención de la escena. No vio señal alguna del secretario del príncipe, Horndiller. Se acercó con cuidado, lo suficientemente lento como para mostrar respeto pero haciendo algo de ruido para no sorprenderle, absorto como estaba en la carnicería que tenía frente a él. Benison era el vampiro más intimidatorio físicamente de la ciudad, con la posible excepción de Xavier Kline. Aunque Owain era más viejo

y no carecía de poder, no deseaba sorprender al príncipe o poner a prueba sus reflejos.

Se acercó a cuatro butacas de él y se detuvo. Benison, aún mirando hacia delante, habló.

—¿Piensas alguna vez en las batallas del pasado lejano, Owain? No en las victorias, ni en la gloria, sino en las derrotas. ¿Te preguntas si hiciste todo lo posible? ¿Te preguntas cuántos hombres murieron por culpa de tus errores?

Owain asintió, confiado en que el príncipe sentiría su respuesta.

Al final Benison se volvió hacia él. Tenía un aire extraño, un gran peso que el Ventrue no había visto nunca con anterioridad.

—¿Oyes las voces, Owain? ¿Lloran y te gritan durante el sueño diurno, acusándote, exigiéndote que respondas por tus fallos?

Owain volvió a asentir.

—A veces. —El príncipe nunca le había permitido ver aquella faceta, la duda y la angustia. Owain no era tan ingenuo como para interpretarlo como debilidad, como muchos vampiros harían. Conocía aquellas dudas, pero había logrado sobrevivir con ellas durante cientos de años. Quizá el príncipe le respetara lo suficiente como para saber que no cometería ese error.

—John Hood era un buen hombre —dijo Benison señalando el cuadro—. Para el 64 ya le faltaba un brazo y una pierna, pero nunca abandonó su deber, ni siquiera enfrentado a la adversidad. No había hombre vivo, ni siquiera Bobby Lee, que hubiera podido salvar la ciudad, no después de que Joe Johnston cediera toda la línea desde Chattanooga. —Owain escuchaba pacientemente de pie, ya que el príncipe no le había invitado a tomar asiento—. Al menos Hood sabía a lo que se enfrentaba.

En los ojos esmeralda de Benison, Owain pudo ver cómo la desesperación desaparecía, reemplazada por una enorme furia. Aquello era más propio del vampiro que el Ventrue conocía, cargando impasible, atravesando cualquier obstáculo, aplastando el peligro bajo sus pies. Aquella vez no era tan sencillo.

—Hay algo que está devorando mi ciudad —dijo prácticamente con un gruñido—. Al principio creí que no se trataba más que de inquietud. He tenido que lidiar con cosas así cada década o dos. Los Vástagos olvidan de qué lado se unta su mantequilla y es necesario mostrarles quién está al mando, especialmente a los más jóvenes, y entre ellos a los anarquistas. Si no fuera por los Justicar y el consejo ya me hubiera desecho de toda la escoria. Hasta cierto punto tengo las manos

atadas, pero hago lo que puedo. --La locura comenzaba a asomar a su mirada. Owain se inclinó hacia atrás de forma imperceptible. Ya había visto al príncipe estallar en furias tan mortales como imprevisibles--. No estoy seguro de saber a qué me enfrento, Owain. Estoy convencido de que has oído lo que está ocurriendo.

--Algo sé --dijo. Había oído que estaba habiendo problemas, estallidos de violencia vampírica de los que los periódicos informaban como guerras de bandas o crímenes tan salvajes como espantosos. Las bandas nunca habían sido un problema en la relativamente tranquila Atlanta, y para asustar a la población era necesaria una buena bomba. Sin embargo, aquel comportamiento era inaceptable dentro de los principios de la Mascarada. Owain recordó los días anteriores a las Tradiciones, anteriores a la Camarilla y al Sabbat, cuando en muchos lugares los señores vampíricos gobernaban todopoderosas tierras y campesinos. Él había sido uno de ellos.

--Al principio no parecían más que problemas con los anarquistas --siguió Benison--, de modo que miré hacia otro lado. Hubo algunas peleas, pero nada fuera de las zonas donde las permito: el sur, Little Five Points, Reynoldstown... ¡Entonces llegaron los ataques abiertos contra los mortales y la violencia contra Vástagos y ganado fuera de los territorios anarquistas! --Su furia crecía rápidamente, terminando con un puñetazo a la butaca sobre la que se había reclinado. El plástico se rajó de arriba abajo.

Owain se retiró un poco más.

--Así que mandé a Xavier a por los responsables, pero no son solo anarquistas. ¡Mis súbditos más respetables también están saltando! --Benison arrancó la butaca del suelo y comenzó a aplastarla con las manos.

Owain se sentía cada vez más inquieto sobre el desenlace de todo aquello. Cuando se ponía nervioso, el príncipe no era conocido por tratar los asuntos del modo... más racional.

--¡Langley, el chiquillo de Ebenezer, mató a un oficial de policía mortal! --decía mientras convertía el asiento en fragmentos minúsculos. Arrojó los restos al suelo con desagrado y después alzó las manos exasperado--. ¡Le arrancó un brazo y después lo aplastó con su propio coche patrulla! Dime cómo explico eso. Afortunadamente, los periódicos lo tomaron como un extraño atropello con fuga en el que perdió el brazo. --Destrozar la silla parecía haber disipado parte de la furia del príncipe, pero Owain seguía vigilante--. Otros cuatro Vástagos han aparecido destruidos, arrugados como si

hubieran muerto de hambre, aunque sus cuerpos estaban llenos de sangre; al menos *habían* estado llenos de sangre, hasta que ésta salió por todos sitios: ojos, oídos, boca, nariz, ano... Sangre por todas partes. Hasta mis ghouls, Horndiller y Byron, se volvieron locos. ¡Byron trató de *atacarme*, por el amor de Dios!

Owain no quería pensar en lo que le había sucedido al ghoul. El príncipe no era una persona cruel, pero al defenderse se habría encargado de él de modo... explícito. *Además, notó, un ghoul que muerde la mano que le alimenta debe ser destruido, como un perro que se vuelve contra su amo.*

El príncipe parecía haberse calmado lo suficiente como para que Owain se sintiera cómodo dirigiéndose a él.

–Yo no había oído tanto. ¿Tienes algunas sospechas?

Benison lanzó una risotada.

–Sospechas no me faltan. Lo que necesito son respuestas --dijo mientras se limpiaba los últimos restos de plástico de las manos--. ¿El Sabbat? ¿Algún plan diabólico?

Owain pensó en ello durante un momento. Sus fuentes no le habían revelado nada al respecto, pero pensándolo bien no parecía plausible.

–Siempre es una posibilidad, pero con los problemas que sigue habiendo en Miami parece extraño que el Sabbat divida su atención.

–Es cierto --concedió sombrío el príncipe. Al menos el Sabbat era algo contra lo que podía enfrentarse. Estaba compuesto de vampiros a los que descubrir, combatir y desmembrar poco a poco.

Owain trató de pensar en una explicación. ¿Cómo podía aquella locura haberse adueñado de vampiros en todas las capas de la sociedad de los Vástagos?

–¿Magia Tremere?

Benison negó con la cabeza y comenzó a mordisquearse el labio inferior.

–La otra noche Hannah le comentó a Eleanor que también ella tenía problemas con algunos neonatos. No fue muy específica, de modo que hice algunas averiguaciones. Dos miembros menores de la capilla han desaparecido. Estoy convencido de que Hannah tuvo que sacrificarlos.

Sacrificar. Aquella misma palabra había cruzado por su mente hacía un momento. Por algún motivo misterioso, los Vástagos estaban enloqueciendo como perros salvajes. La Bestia estaba tomando el control. En el mundo de la Camarilla, de la Mascarada, donde los

vampiros se enorgullecían de conservar parte de su humanidad (fuera cierto o no), aquel dominio de los instintos primarios no era tolerable. *Quizá, pensó, sí que haya algo del Sabbat en todo esto.* Aquella extraña incongruencia le resultó chocante.

–¿Cómo lo supo Eleanor?

–Un comentario de pasada de Hannah en la partida de bridge, aunque sospecha que había más intención detrás. Cree que quería que todos supieran que los Tremere tenían sus propios problemas para que no les culpáramos de lo que estaba sucediendo.

Owain asintió aprobatorio.

–Probablemente sea cierto.

El príncipe, que pareció notar que el Ventrue estaba aún de pie, señaló una silla junto a él.

–Siéntate, por favor.

Owain obedeció, pero dejando una butaca entre los dos. Esperaba que no se diera cuenta.

–Hannah no es amiga de conversaciones insustanciales.

–Mientras pensaba en las noticias sobre Eleanor, algo le preocupaba sobre aquella suposición–. No hay duda de que no se trató de un comentario accidental. El de Hannah, quiero decir. Quería que supieras que los Tremere también tienen problemas. –Owain trataba de ordenar sus ideas–. Puede que no haya nada más al respecto. Puede que intente evitar sospechas pues, como Eleanor sugirió, sabe que todos los vampiros sospechan siempre de los Tremere.

–Y con buen motivo –añadió Benison.

–Y con buen motivo, sí. –Había pasado mucho tiempo desde que Owain se había interesado activamente en la política local, ya que sus pensamientos habían estado ocupados con su sentimiento de pérdida y su propio aburrimiento–. Puede que no haya nada más al respecto.

–Benison deseaba saber dónde quería llegar–. Pero... ¿por qué no te lo dijo Hannah a ti formalmente, como regente de la capilla Tremere, de modo que no hubiera margen alguno para el equívoco? ¿Por qué arriesgarse a que Eleanor no llegara a esa conclusión y no te entregara el mensaje?

Benison pensó en ello durante unos instantes.

–Sospecho que no tenía dudas sobre la astucia de Eleanor para notar el comentario e informarme.

–¿Pero por qué no te lo dijo a ti directamente?

–Sería una admisión pública de que los Tremere no tienen más idea que el resto de nosotros sobre lo que está sucediendo –dijo el

príncipe—. Hubiera sido embarazoso.

—Sí —admitió Owain—, y si los Tremere supieran lo que pasa, se guardarían la información y la emplearían contra todos los demás. —El príncipe asintió—. Oficialmente —añadió Owain.

La luz de la comprensión comenzó a llegar a la mirada de Benison.

—Así que, públicamente, los Tremere no han hecho comentario alguno sobre la crisis...

—Pero en privado han apaciguado tus sospechas —terminó el Ventrue.

—¿Y qué ocurre con los neonatos reprendidos?

—Ocultos, o destruidos —dijo Owain encogiéndose de hombros—, o con algún castigo menor. No creo que importe. Probablemente Hannah haya sido vaga de forma intencionada para hacerte llegar a la conclusión equivocada. Como Eleanor.

Benison le dirigió una mirada severa ante el comentario. Había que tener cuidado a la hora de criticar a la mujer del príncipe. Era posible que uno de los motivos por los que buscaba la opinión de Owain era que, hasta cierto punto, se trataba de un rival de Eleanor (aunque ella, como antigua arconte, ocupara el sillón Ventrue en la primogenitura y fuera la figura principal en asuntos políticos). Él era más neutral, o eso pensaba sin duda alguna el príncipe. En cualquier caso, Owain sabía que no debía tensar demasiado esa cuerda.

—Así —concluyó el Malkavian—, que lo más probable es que los Tremere se oculten detrás de mis problemas. —La familiar luz de la venganza brilló en sus ojos.

—Es posible, pero no necesariamente probable —aconsejó Owain.

Benison le miró con curiosidad.

—Hannah podría no estar haciendo más que mitigar tus preocupaciones, como has sugerido —señaló el Ventrue.

El ceño del príncipe se arrugó y cerró los puños. Con un rugido de furia, arrancó otra butaca del suelo y la arrojó al otro lado de la cámara. Sin embargo, a pesar del enfado tuvo cuidado de no golpear las pinturas o las figuras, dañando el tributo a los días que habían definido su existencia mortal.

—¡Maldición! —gritó con un lenguaje que nunca hubiera usado de haber señoritas presentes—. Quiero actuar, y no me das más que "quizás" y "posibilidades".

Owain permaneció en un respetuoso silencio mientras Benison se calmaba poco a poco.

–Una cosa es cierta –siguió al fin–. Hannah no hubiera revelado los problemas internos de su capilla sin haber recibido instrucciones superiores. Su comentario puede ser una pista falsa para aliviar tus sospechas, o una orden de sus superiores, posiblemente de su señor o su pontífice, para divulgar la información.

El príncipe, que de momento parecía controlarse, seguía frustrado.

–Entonces no tenemos absolutamente nada.

–No tenemos respuestas, pero sí algo en lo que trabajar –respondió educadamente Owain–. Vigila de cerca a los Tremere. Quizá debas preguntar discretamente a los demás príncipes si están experimentando dificultades similares. Esta locura parece un arma demasiado imprecisa como para que actúe solo en Atlanta.

–Hay incluso comentarios sobre los Tiempos Oscuros, sobre la llegada de la Gehena y la maldición de todos los Cainitas –gruñó Benison.

–Toda época tiene sus fanáticos religiosos –aseguró Owain–. Con el nuevo milenio y las catástrofes se hacen más activos, pero no por ello más precisos.

–Y no olvidemos a la Mano Negra –recordó el Malkavian–. Creo que ha llegado el momento de llamar a algunos jóvenes de los que he oído que tienen simpatías con el Sabbat para interrogarles... vigorosamente. –Pareció satisfecho ante aquella perspectiva–. Eso servirá para mantener a raya a los anarquistas.

Owain esperó deferente. Aunque no sabían con qué se enfrentaban, habían decidido a quién era necesario vigilar. El haber logrado al menos establecer un vago plan de acción parecía reconfortar a Benison.

–Ven –dijo el príncipe levantándose mientras Owain le seguía por el auditorio. Vermeil, sin Byron a su lado, esperaba en la puerta–. Limpia, cierra y reúnete conmigo en el coche –le ordenó Benison.

–Sí, señor.

El Rolls de Owain estaba en el estacionamiento, junto a la limosina del príncipe. Era extraño, pensó el Ventrue, que hubiera sentido aquella desorientación hacía menos de una hora sobre el coche y el Cyclorama. ¿Podía estar relacionado con sus otros males, con la pérdida de atención y el hastío que había sentido últimamente? Entonces le llegó otro pensamiento: el pobre Byron se había vuelto loco. Por toda la ciudad, a los vampiros les ocurría lo mismo. ¿Se trataba de una maldición? ¿Le estaba afectando a él?

Sacudió la cabeza y se fustigó por pensar en aquellas tonterías, pero al mismo tiempo un cansancio familiar se apoderó de él. ¿Le preocupaba de verdad cuál era el problema de Atlanta, el suyo propio? Sería mucho más fácil regresar a casa, a su estudio y a su tablero de ajedrez, dejando los problemas al príncipe, a Eleanor y a Hannah. Mientras descendía las escaleras junto a Benison, la idéale sonaba cada vez más atractiva.

Sus pensamientos fueron repentinamente interrumpidos por el ruido de disparos. Las primeras balas se desviaron hacia arriba, zumbando sobre sus cabezas. Armas automáticas de algún tipo. Owain lo sabía por el sonido, aunque nunca se había preocupado por aprender mucho sobre las armas modernas. Mientras se arrodillaba para presentar un blanco menor, comprendió que Benison estaba cargando hacia su izquierda, la dirección de la que provenían los disparos. Instintivamente, Owain miró a la derecha. Dos figuras corrían hacia ellos desde allí, levantando las armas para disparar. Moviéndose más rápido que su propio pensamiento, se quitó el abrigo y lo arrojó al aire. Con un mero roce psíquico, los dos atacantes abrieron fuego contra la prenda, que cayó al suelo. En aquel breve instante de contacto mental supo que los atacantes eran vampiros, pero jóvenes y desconocedores de las artes antiguas.

Los dos, armados con ametralladoras automáticas, se detuvieron para observar el abrigo inerte. Perplejos, le dieron una patada. A su espalda, Owain avanzaba desde las sombras donde se había ocultado con facilidad. De nuevo instintivamente bajó la mano a la empuñadura de la espada, el arma que hacía siglos que no llevaba a la batalla y que se encontraba colgada en la pared de su sala de trofeos. Comprendió al instante su error y desenvainó el estilete que ocultaba en el antebrazo. Sin embargo, el retraso le pasó factura.

Los dos vampiros se volvieron mientras él se lanzaba al ataque. El primero trastabilló disparando al aire, con la garganta abierta ante el ataque eléctrico del Ventrue. Sin embargo, el segundo disparó una ráfaga que le alcanzó en el hombro izquierdo.

Recibió toda la fuerza del impacto y cayó hacia atrás rodando. La siguiente ráfaga mordió el lugar en el que debería haber estado, pero ya se había levantado y saltaba sobre su atacante. Una puñalada que atravesó el ojo y el cerebro decidió el enfrentamiento.

Owain comprobó rápidamente a la primera víctima. El corte en la garganta era lo bastante grave como para que ningún vampiro pudiera recuperarse a tiempo de ayudar a sus camaradas. Retardado por las

balas en el hombro, corrió para socorrer al príncipe.

Benison estaba en medio de una carnicería. Tres cuerpos, al parecer de vampiros, se encontraban rotos y sangrantes en el suelo. El príncipe, que perdía vitae por decenas de heridas de bala, peleaba en el suelo con otros dos atacantes. Había dos más muy cerca, con las armas preparadas, esperando el momento de tener un disparo claro.

Owain, con siglos de práctica a sus espaldas, dejó volar el estilete y atravesó la garganta de uno de los vampiros en pie, que cayó sin emitir un solo sonido.

El segundo se giró y abrió fuego.

En aquel momento un cañonazo resonó en el oído del Ventrue, a al menos eso le pareció a él. En realidad era un Magnum .45 disparado justo a su espalda por su conductora, Kendall Jackson. El proyectil acertó a su objetivo en la frente y se llevó por delante la parte trasera de la cabeza.

Un fuerte y terrorífico chasquido indicó que Benison había terminado su parte de la pelea. Arrojó los dos cadáveres más recientes al suelo y se acercó a Owain dando tumbos. Su traje estaba ensangrentado y cosido a balazos. A una distancia tan corta debería haber recibido incontables impactos, y sangraba profusamente por las heridas en el pecho, los brazos, el estómago y la cabeza.

—Jackson —dijo Owain secamente—. Empala a uno, trae un hacha contra incendios de dentro y decapita al resto.

La mujer transmitió las instrucciones a Vermeil, que alertado por los disparos había salido corriendo del edificio. El ghoul volvió a buscar un hacha.

—Un bonito espectáculo —dijo el príncipe—. No tenían caballería. Infantería sin apoyo. ¿En qué estaban pensando?

Owain ignoró el anacrónico análisis táctico. Benison, de algún modo incomprensible, seguía funcionando. ¿Cómo podía caminar con tantas heridas? Owain sentía una ligera debilidad por la pérdida de sangre, y había recibido muchos menos daños que él.

—Jackson, deja que Vermeil se encargue del hacha. Ayuda al príncipe a subir al Rolls y llévale a Rhodes Hall. —El Ventrue vio que la mujer había sido alcanzada en la pierna por la última ráfaga de ametralladora, pero no dudó a la hora de cumplir las órdenes. Sorprendentemente, el príncipe se apoyó sobre su hombro y permitió que le ayudara.

—¡Tras ellos, Owain! ¡Llevaremos la guerra hasta ellos! —Gritó

Benison por encima de su hombro. Unos momentos después, Jackson se alejaba a toda prisa.

Tras ocuparse del príncipe, Owain recuperó su estilete y empaló al vampiro al que se lo había clavado en el cuello. Después tomó el hacha de manos de Vermeil, que acababa de regresar, y con golpes certeros decapitó a los demás mientras el ghoul arrastraba al prisionero hasta el coche del príncipe.

No había tiempo para disponer adecuadamente de los cadáveres: la policía llegaría de un momento a otro alertada por los disparos. No había duda de que alguien en las casas que rodeaban el parque Grant les habría llamado. Benison debería confiar en sus peones en la policía y en la oficina forense para salvaguardar la Mascarada.

Aquellos pistoleros no eran vampiros locos o malditos, y tampoco eran de la ciudad. Pertenecían al Sabbat, y aquello no era ninguna coincidencia.

Mientras se unía a Vermeil en la limosina, el Ventrue herido oyó algo bajo el sonido de las sirenas que se acercaban. Se trataba de una débil melodía que flotaba en la brisa nocturna, pero que de algún modo se dejaba oír a pesar del estruendo. La música capturó su atención y no le dejó escapar, ni siquiera cuando Vermeil le urgió a entrar en el coche. El caos que le rodeaba era inmaterial. De repente la canción era lo único que le importaba, lo único que era real, mucho más que la carnicería sobre la hierba, más que las punzadas de dolor en su hombro.

—Vete sin mí —dijo. El ghoul no se lo pensó dos veces. Las ruedas rechinaron mientras abandonaba el estacionamiento, ansioso por no ser detenido con un vampiro empalado en el asiento de atrás.

La canción prosiguió. Le resultaba familiar, similar a una melodía que era incapaz de situar.

Las luces de la policía se hicieron visibles acercándose a toda velocidad desde Boulevard. Otro vehículo llegaba en dirección contraria con la sirena encendida, y todos convergían en el estacionamiento del Cyclorama. Los focos revisaban la zona y los oficiales, con las pistolas y las linternas desenfundadas, se movían entre los cuerpos sin vida.

Owain había desaparecido hacía tiempo.

* * *

El terror aferró a Gisela por el hombro. La muerte le observaba a

meros centímetros de su cara sonriendo, riéndose de ella, burlándose con su mueca esquelética. Quería destrozar aquel rostro huesudo, aplastar su cráneo infernal con los dedos. ¡Quería hacerle *pagar!*

Pero el hambre no se lo permitía. Mantenía sus brazos alrededor de su estómago, tratando de alejar el dolor. Le obligaba a doblarse por la agonía. La aplastaría de algún modo. Trituraría aquellos huesos hasta convertirlos en polvo y escupiría sobre los restos. Su grito iracundo atravesó la noche. No moriría como Dietrich, gimiendo, llorando como un bebé. ¡Un día gobernaría Berlín! Herr Himmler se lo había prometido. No moriría como una patética gatita, ¡No era posible!

–¡AAAARRR!

–¿Gisela? ¡Gisela! ¿Qué te pasa? ¿Dónde está Dietrich?

La muerte le estaba hablando, de modo que debajo de aquellos dientes blancos debía haber una lengua. Muy bien, entonces; solo tendría que arrancársela después de aplastarle la dentadura de una patada.

–¡Gisela, cálmate!

¿Cómo se atrevía la muerte a consolarla, a tratar de suavizar su proximidad? No sentía alivio alguno. No se marcharía sin lucha.

Entonces la máscara de la muerte desapareció y ante ella vio a Frank. Estaban en su guarida en el sótano, el lugar que hedía a descomposición, el lugar donde Dietrich, *leprous scheisskopf*, se había consumido en su locura hasta estallar literalmente. La piel se había roto y había inundado el lugar de sangre, como las tuberías de las fábricas escupiendo su muerte química al río.

La sangre. Gisela aún podía oler los litros que aquel demente había soltado mientras aseguraba estar muerto de hambre. No sabía nada del hambre que ahora sufría ella.

–Gisela, cálmate –dijo de nuevo la voz de la muerte, más gentil y cercana.

Sí, acércate. ¿Quién más había allí? Trató de recordarlo, pero otra oleada de voracidad se adueñó de ella, la consumió, la destrozó. Muerte. Solo Muerte. Lentamente se puso en pie, elevando las manos temblorosas. Temblorosas por la rabia. Rabia y hambre. Podía sentir su rostro, su boca, su nariz, sus orejas.

–Gisela, estoy aquí.

Sí. Has venido a por mí, ¡pero no pienso ir!

–¡AAAARRR!

–¡No, déjame!

Eres blanda, Muerte. ¡Te aplastaré!

–¡Ah! ¡No, Gisela!

Pero la Muerte no solo era blanda, sino también resbaladiza, y logró escapar. Gisela se perdía bajo las oleadas de hambre. ¿Qué tenía en sus manos? ¿Una... una oreja? *Pero si la cabeza de la Muerte es una calavera*, pensó perpleja. Entonces olió más sangre. La sangre de la Muerte, que huía aterrorizada. Gisela lamió su trofeo. Sangre dulce. El regalo de la Muerte. No sirvió para aliviar su dolor.

La Bestia se alzó en su interior y devoró la carne cartilaginosa. Empezó con la oreja, pero no encontró alivio alguno. Siguió con un dedo, con otro. La palma. Los músculos. Tendones. Los nudillos crujieron. Arrancaba su propia carne y lloraba lágrimas de sangre.

Al final, otra oleada de hambre se elevó sobre ella y se la llevó.

8

–¿Por qué? –Roger debía saber que no tenía que haber hecho esa pregunta. Como era habitual, la súplica de Albert era apasionada, no racional.

–¿No lo oyes? Escucha –Albert volvió la cara hacia el cielo y cerró los ojos con expresión arrebatada.

–Oigo tráfico.

Albert frunció el ceño y le miró.

–Por eso te llevo. Una vez lo oigas... –Sus palabras fueron interrumpidas por lo que podían ser disparos en la lejanía.

–No puedo dejar aquí el coche –protestó Roger mientras su amigo se lo llevaba a rastras.

–Nadie va a llevarse tu coche.

Lo dudaba. No había crecido en Reynoldstown, pero sí en un barrio similar. Sin embargo, Albert insistía y accedió a sus demandas a regañadientes.

Le llevó por la zona residencial de clase baja. Cada vez que veían a alguien, normalmente jóvenes negros, cambiaban de dirección para no atraer un interés inadecuado. Albert tenía prisa, y por una vez no quería que ninguna distracción le detuviera.

Al poco tiempo llegaron a una vieja iglesia Baptista, abandonada hacía mucho tiempo a las depravaciones de la miseria urbana. La poca pintura que quedaba se estaba cayendo de los tablones

combados. Las ventanas estaban rotas y el campanario parcialmente en ruinas.

–*¿Por qué me traes aquí?* –susurró Roger, preguntándose después por qué hablaba así. Su compañero le ordenó que se callara.

Esperaron en las sombras mientras un joven negro entraba en el edificio. Roger notó por primera vez que del interior llegaba una pálida luz parpadeante. Albert volvía a estar perdido en su ensoñación, con los ojos cerrados y la mirada elevada hacia arriba, hasta que le golpeó en el brazo.

–*¿Qué pasa?* –preguntó.

–*¿Aún no lo oyes?*

¿El qué? ¿Las voces en tu cabeza?, quiso decir, aunque sabía que eso heriría los sentimientos de su amigo.

–*¿Oír qué?* –Preguntó en voz baja.

Albert lanzó un suspiro y alzó las manos hacia el cielo.

–Muy bien. Como quieras. –Tomó a Roger de la manga y lo empujó hacia la puerta principal.

El chiquillo del príncipe se resistió.

–Pero... ahí dentro hay alguien.

–Exacto. –La repentina sonrisa de Albert le puso nervioso, pero a pesar de todo le siguió.

Mientras la puerta se abría con un crujido y cruzaban el umbral, Roger oyó por fin; se sintió estúpido por haber dudado de su amigo. Sin quererlo, se detuvo y esperó en la puerta abierta. Hasta sus oídos llegaba el sonido más dulce que había oído jamás. Era una canción, una melodía que casi podía reconocer, y que al atravesarle alejaba las preocupaciones diarias que le apesadumbraban.

En el ojo de su mente pudo ver al príncipe sonriendo orgulloso a su chiquillo, sin vergüenza por la timidez que se había apoderado de Roger desde su Abrazo. En aquella visión era osado. Era el héroe alto y poderoso que había sido durante la guerra, un afroamericano luchando por un país que le despreciaba, pero combatiendo valeroso a pesar de todo porque era lo correcto.

Y vio a su madre. Tenía los ojos abiertos y se estaba levantando de la cama en la que había estado tumbada durante tantos años. Le sonrió. Quería a su hijo. No le odiaba por lo que era ahora. Paso los brazos alrededor de su pequeño y le tiró de la camiseta.

No. Era Albert, arrastrándole para que entrara hacia la parte frontal del santuario derruido. Hacia la mujer pálida y delgada que cantaba, hacia aquella canción que Roger había querido oír durante

todas las noches de su no-vida. Se dejó llevar.

Había algunos mortales presentes (negros, blancos, coreanos, jóvenes, viejos, hombres, mujeres), a los que se unió mientras Albert se arrodillaba. Había sentido hambre durante toda la noche, pero en aquel momento los pensamientos sobre la sangre mortal estaban tan lejos de su mente que cerró los ojos y dejó que la canción le transportara a otro lugar.

Su madre sonrió...

* * *

Owain eludió fácilmente a la policía. No había humano que pudiera verle si él no lo deseaba. Un coche patrulla tras otro llegaba a toda velocidad al Cyclorama para peinar la zona, pero él se había escabullido hacia las casas que rodeaban el parque Grant. Para sus sentidos agudizados, algunos de los edificios aún olían a pintura fresca, los frutos del aburguesamiento. Muchos de los otros habían visto tiempos mejores. Las sombras surgían de todos lados para rodearle, ocultándole de ojos indeseados mientras seguía la música que había captado su interés de forma tan repentina como intensa.

En el fondo de su mente aún se sentía preocupado por los cuerpos que habían quedado atrás. No había duda de que algunos se convertirían en polvo antes de que la policía supiera lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, los vampiros del Sabbat, debido a su increíble tasa de bajas, solían ser relativamente jóvenes, de modo que muchos de los cadáveres decapitados quedarían intactos. *Bueno*, pensó. *Ya no puedo hacer nada al respecto*. El príncipe tendría que encargarse de aquella pequeña dificultad. Sabía de qué hilos había que tirar.

Aquellos pensamientos desaparecieron instantáneamente cuando Owain fue cautivado de nuevo por la melodía, que le llamaba a través de la noche. No se trataba más que de unas notas aisladas, pero su simplicidad y su elegancia le recordaban... Pero entonces la música volvía a cambiar, enturbiando la asociación y alejándola de su alcance. La canción era al mismo tiempo enloquecedoramente familiar y engañosamente vaga. El poderoso enamoramiento que inducía superaba cualquier otra preocupación: su hombro dolorido, los cuerpos, la salud del príncipe...

Se preguntaba de dónde provenía. Siguiendo el sonido viajó hacia el norte, cruzando la conexión interestatal del centro. Las grandes

casas de la zona del parque Grant dieron paso a edificios menores, necesitados de una reparación urgente. Árboles flacos cubiertos de *kudzu* compartían los patios con arbustos, matojos y coches desguazados. Las casas de ladrillo eran oscuras, y las puertas y ventanas estaban aseguradas contra la noche.

Meros mortales vagaban aquí y allá vendiendo todo tipo de artículos, desde drogas hasta sus propios cuerpos. *No lo oyen*, comprendió. En caso contrario, todos estarían yendo en su misma dirección. *Hay magia en esa canción*. En todos sus días y noches Owain había experimentado cosas de las que los hombres modernos se hubieran reído antes que creer en su existencia. Incluso algunos Cainitas, a pesar de la evidencia de su propia no-vida, se negaban a creer en otros poderes sobrenaturales. Owain no era tan ingenuo.

Mientras seguía avanzando no reveló su presencia a ninguno de aquellos mortales ignorantes; ignorantes de la magia que se producía entre ellos, del depredador que caminaba a su lado y que no tenía más que desearlo para que sus vidas se apagaran como una vela en una tormenta.

Vermeil tampoco lo oyó, recordó. ¿Eran los ghouls incapaces de percibir la canción, como parecían serlo también los mortales? *No hay modo de saberlo*. ¿Y qué había de los demás vampiros? ¿Iba a encontrarse a todos los Vástagos de Atlanta convergiendo en la fuente de aquella música misteriosa?

La canción seguía atrayéndole. Ya había caminado varios kilómetros, saltando vallas con facilidad, pasando junto a perros encadenados antes siquiera de que notaran su olor y avanzando rápida y silenciosamente en la noche. A pesar de todo, la música no parecía aumentar su volumen. La melodía y el tono cambiaban constantemente, frustrando sus esfuerzos por localizar lo que creía reconocer, pero manteniéndose siempre a un volumen constante. No podía decir si se estaba acercando, o si quizá se había alejado inadvertidamente y se dirigía en la dirección equivocada. Las notas mantenían su delicadeza, como si se trataran de un tierno susurro cantado solo para él, justo a su lado.

Sin embargo, mientras aquel pensamiento cruzaba por su mente, dobló una esquina y supo que había llegado.

Se detuvo. La basura rodaba por la calle mientras el viento se convertía en una fuerte ráfaga. Grandes gotas de lluvia comenzaban a caer pesadas contra el suelo, llenando la acera cuarteada de puntos oscuros. A pesar de todo la música seguía llamándole, invitándole a

entrar en la vieja iglesia que tenía frente a él, castigada por el azote del tiempo y los elementos contra su fachada deteriorada y su cubierta parcialmente derruida. No estaba seguro de cómo sabía que el sonido procedía del interior, pero no tenía la menor duda al respecto.

Lenta, deliberadamente, sus pasos medidos le llevaron hasta el centro de la calle, y de ahí al objetivo de su búsqueda. Los moradores mortales de la noche habían corrido para ocultarse de la tormenta, pero Owain no era consciente de la fuerte lluvia y del viento frío que azotaban su cabello y su abrigo.

La iglesia parecía claramente abandonada, al menos por los fieles mortales del Dios que se había estado burlando con crueldad de él a lo largo de los siglos. Por mucho que lo hubiera intentado en varias ocasiones, nunca había sido capaz de alcanzar el reconfortante desapego del ateísmo. No podía aceptar que una fuerza impersonal o el puro azar fueran los que habían descargado sobre él tantas injusticias, desde ver a su insensato hermano ascender al trono de su amado Rhufoniog hacía casi mil años, hasta el más reciente e inexplicable colapso de su estrategia sobre el tablero de ajedrez. Owain era perfectamente consciente de la existencia de Dios y de sus burlas e insultos.

Por ese motivo se acercó con sentimientos encontrados hacia la iglesia. Fue aquel cinismo nacido de los siglos de experiencia el que le permitió oír la canción más claramente. Aún le llamaba, pero ya no se sentía atrapado por su fascinación. Su belleza no dejaba de atraerle, pero ahora lo hacía con suavidad; era dueño de su voluntad.

La furia despertó en su interior ante la idea de haber sido hechizado, de haber recorrido media ciudad como un mortal en celo babeando detrás de un escote. Era furia, aunque no exenta de curiosidad. Desde sus días entre los desdichados Templarios en Francia no había sentido tan claramente un poder sobrenatural. Quizá hubiera en Atlanta maravillas ocultas capaces de rivalizar con las prácticas místicas olvidadas de los Caballeros del Temple.

Roto el hechizo de la música por su terrenal cinismo, Owain se encontró de pie en medio de la calle, con el rostro empapado y el cabello aplastado contra el cuello y los hombros por una lluvia que se había convertido rápidamente en todo un aguacero torrencial. La sangre que aún surgía de sus heridas se mezclaba con el agua. Se acercó a la acera y entró en las sombras de la vegetación alta que cubría el patio.

Hacía años que nadie reparaba el edificio, y sospechaba que

tanto los Vástagos como el ganado pasarían junto a él sin prestarle mayor atención. No creía haber estado nunca antes en esa calle, pero de no ser por la música era consciente de que no hubiera reparado dos veces en el edificio. Sin embargo, aquella noche él no era el único consciente de la iglesia. Pudo oír latidos en el interior; siete, puede que ocho mortales. Eso significaba que no hacían falta los sentidos especiales de los vampiros para oír la canción, pero entonces, ¿por qué no había muchos más acercándose al lugar? También se preguntaba por qué no había oído nunca antes la música. ¿Era aquella la primera vez que se cantaba? Tenía muchas preguntas y aún podía oír la dulce melodía, aunque ahora lo hacía de forma más objetiva, no como una víctima hechizada por su belleza. Había mucho que descubrir, y se sentía extrañamente intrigado.

Avanzó por los matorrales mientras convertía sus dedos en garras. Luchando contra la creciente rigidez de su hombro, comenzó a escalar por la fachada del edificio. Se acercó en silencio hacia el campanario parcialmente derrumbado, buscando asidero con cada garra para que ninguno de los maderos podridos cediera. La caída no heriría más que su orgullo, pero hasta conseguir algunas respuestas no quería que nadie descubriera su presencia.

El piso era mucho más traicionero en la cumbrera, pero encontró una abertura por la que se deslizó fácilmente sin mover ninguno de los precarios tablones. No sabía cómo había sido el campanario en sus tiempos de esplendor, pero ahora la campana o campanas habían desaparecido. Frente a él el techo se había derrumbado, y lo poco que quedaba tenía un aspecto peligroso. Había tenido que retorcerse en la pequeña cámara bajo la cubierta para llegar a la trampilla del suelo. Con la paciencia de un orfebre, tiró de la argolla.

La suave voz, que había mantenido el mismo volumen desde que iniciara la marcha en el parque Grant, se derramó a su alrededor. No era tanto que hubiera aumentado el volumen, como que ese mismo sonido (ahora era consciente de que se trataba de la voz de una mujer) parecía adoptar una sustancia casi tangible. La música le envolvió, acariciándole y llamándole amablemente para que se acercara. Comenzó a descender por la trampilla, pero recuperó el control y se detuvo. Luchó contra el impulso de bajar a la cámara inferior y seguir hasta la nave con los demás, algo que parecía tan natural como razonable.

Tras un instante recuperándose, Owain volvió a controlarse. Aquel conflicto momentáneo, una lucha de voluntades, era algo que no

experimentaba desde hacía décadas. Escudar su mente de los Vástagos de Atlanta apenas era un problema, pero quienquiera que estuviera cantando ahí abajo... era algo totalmente diferente. Sus heridas hacían la lucha aún más difícil. No solo el dolor distraía su concentración, sino que en la última hora gran parte de su energía estaba depositada en el proceso curativo de su vitae vampírica.

La sala que estaba mirando era poco más que un armario con una puerta negra bloqueada por los escombros, restos de la escalera que en el pasado conducía hasta el campanario. Cerca de él parte del suelo había desaparecido, lo que le permitía ver una esquina del santuario y una luz trémula procedente de una llama que no alcanzaba a distinguir. El delicado vibrato de la canción penetraba por aquel orificio y llegaba hasta él, pero no consiguió ningún ángulo desde el que poder observar a los reunidos.

Con elegante facilidad, se descolgó de la trampilla hasta la antecámara del campanario. No tenía modo alguno de saber si el suelo le soportaría. Se quedó en el borde del agujero, acucillado y tratando de extender su peso lo máximo posible, moviéndose para conseguir un lugar adecuado. Esperaba que la lluvia y el viento enmascararan lo ligeros ruidos de los tablones.

Los mortales estaban arrodillados en un pequeño grupo cerca de la parte frontal, con la cabeza inclinada como si estuvieran rezando. Tras ellos podía ver bancos rotos empujados sin orden contra las paredes. Estiró el cuello cuanto pudo para ver un poco más y quedó sorprendido. Arrodilladas muy cerca de los mortales había dos figuras a las que reconoció inmediatamente: Albert y Roger, el chiquillo del príncipe. Roger encajaba bien con los demás; aparte de dos mujeres, una coreana y otra caucasiana, los otros cinco mortales eran afroamericanos. Albert, como siempre, destacaba allá donde estuviera. Su figura delgada y su inmensa barba, aun arrodillado como estaba, parecían separarle de cualquier multitud en la que se encontrara.

Así que no soy el único Vástago en oír la canción, pensó. Pero, ¿por qué esos dos y ninguno más? ¿Vienen otros en camino? Suponía que estaba bien escondido en caso de que llegara alguien más. Prefería quedarse apartado y aprender más sobre lo que estaba sucediendo a que supieran que se encontraba allí.

Desde que había abierto la trampilla y se había sentido momentáneamente superado había estado bloqueando la música, negándose a darle asidero alguno con el que controlarle. Cuanto más

la mantenía alejada menos concentración necesitaba para conseguirlo. Sospechaba que Albert era capaz de ejercer el mismo gobierno, pero Roger, un vampiro mucho más joven (puede que llevara unos cincuenta años muerto), parecía tan hechizado como los mortales. No sabía de qué magia se trataba, pero era lo bastante poderosa como para atrapar a un Vástago desprevenido, por muy viejo que fuera. Owain no olvidaba la sensación que le había llevado hasta allí antes de recuperar la voluntad.

Aún quedaba la pregunta más importante: ¿quién estaba cantando? Desde su posición no podía ver la parte frontal del santuario, la dirección hacia la que los mortales y los vampiros miraban y parecían mostrar reverencia. Cuidadosamente, con el máximo silencio, comenzó a rodear el boquete para conseguir un mejor ángulo. En el exterior la tormenta aumentaba su intensidad, azotando el viejo templo con la lluvia y el viento. Tratando de ver toda la nave sin caerse por el suelo podrido, Owain estaba estirado sobre el estómago, todo lo extendido que le permitía el poco espacio pero sin acercarse tanto que pudieran verle.

Puede que no fuera más que su imaginación, o quizá se tratara de un truco acústico, pero a medida que se acercaba al lugar donde podía ver a la figura frente al pulpito, la canción, que ya era de una belleza increíble, se hizo aún más fresca, la voz más clara y definida.

Un escalofrío le recorrió la columna y le obligó a clavarse las garras en las palmas para no rendirse a la magia del sonido, para no dejarse llevar por la melodía apaciguadora que le llamaba. Por fortuna, ni en la vida ni en la muerte Owain se había permitido el lujo del consuelo, ya fuera de fuentes humanas o divinas, y aquel caso no era una excepción.

Mantuvo la firmeza de su voluntad mientras observaba la figura de pálida belleza en pie frente a la congregación. El rostro delgado estaba inclinado hacia arriba con los ojos cerrados, y los labios apenas separados se movían con una elegancia y una facilidad que no parecían corresponderse con las consecuencias demoledoras de la canción. Escuchó más atentamente para tratar de determinar dónde se encontraba el poder de la música, de modo que pudiera defenderse contra ella. Comprendió que, aunque el canto no estaba compuesto por palabras, evocaba determinadas imágenes. La melodía era algo vivo en sí mismo, algo que crecía y que respiraba para alejarse dulcemente, dejando solo serenidad y paz. Owain observó cómo el traje blanco de la mujer se mecía al tocar el suelo, recordándole la

espuma salada del frío Mar de Irlanda. Pudo oír las olas contra la costa rocosa, barridas por los vientos. Rodeado por aquel frío, el calor melodioso y confortable le envolvía con amor. El frío era rechazado y el trueno se oía en la distancia. Había barcos en la mar que se destrozarían contra las rocas en la inminente tormenta, marineros que serían arrastrados al fondo como tantos otros, pero Owain estaría a salvo y cálido en la costa. El fuego trémulo le llamaba...

Sacudió la cabeza, regresando a la iglesia. Los truenos rugían en la distancia, pero el viento soplaba a través de los agujeros del campanario, no desde el mar, y el fuego que le llamaba no procedía de las chozas de los pescadores, sino de las velas del santuario. El poder de la canción era más poderoso de lo que había sospechado. Quizá fuera mejor, al menos de momento, no concentrarse demasiado en la propia música.

Justo al tiempo que pensaba aquello, el tempo de la canción varió sutilmente. La bella y pálida sirena aún era una estampa del sosiego, pero su canción cobraba intensidad poco a poco. En los límites de su conciencia Owain pudo sentir la fuerza que trataba de bloquear, el deseo de unirse a los demás, de hacerse uno con el grupo. Mientras la canción se desarrollaba, una urgencia se añadió a aquel deseo. El Ventrue oyó cómo esa urgencia echaba raíces y seguía aumentando, enroscándose alrededor de cada hebra de música.

Él mantenía el control, pero al observar a los mortales, incluso a Albert y a Roger, vio que sus expresiones habían cambiado de felicidad a anhelo. Probablemente, imaginó, la música no evocara para ellos imágenes de la costa galesa y del Mar de Irlanda. En cualquier caso, lo que fuera que experimentaran ya no les bastaba, pues la canción se aferraba a sus necesidades y las convertía en algo más importante que cualquier otra cosa. Igual que años antes Owain había visto la seguridad que los demás encontraban en Dios o en la familia, y que a él se le negaba, ahora veía dónde llevaba la música a aquellas personas mientras él se resistía a acompañarles.

Sus pensamientos empezaban a divagar, pero un movimiento atrajo su atención. La sirena y su congregación aún estaban en su sitio, pero habían llegado nuevos jugadores. Primero una mujer, después otra y más tarde una tercera entraron en el lugar desde algún punto que era incapaz de ver desde su posición. Parecían flotar prácticamente sobre las notas de la canción, ya que sus pies apenas tocaban la alfombra raída. Dos de ellas eran pálidas como la sirena, mientras la tercera era de un rico color marrón. Todas eran bellas y

jóvenes, pues no tendrían más que unos diecisiete años. Owain no había reparado hasta ahora en la juventud de la cantante, atrapado como había estado por la textura de la música.

Al contrario que la sirena, que tenía el pelo corto y liso, las recién llegadas mostraban melenas salvajes con ramitas de hiedra y madreselva. Bailaban al son de la música, y en sus movimientos se apreciaba una ferocidad apenas contenida. A Owain le recordaron a las ménades salvajes de la mitología griega. Mientras la sirena cantaba con una voz que parecía surgida de un pozo de dolor, pérdida y necesidad, las recién llegadas rodeaban a la temblorosa congregación. A medida que aumentaba la intensidad de la música, lo hacía la de la danza, que cada vez exponía más claramente el deseo primordial.

Owain apretó los puños para defenderse de aquella magia; el poder de su sangre, la fuerza de su maldición, le permitió mantener el control, observar y escuchar sin verse atrapado como los otros.

Lentamente, la sirena alzó las manos por encima de su cabeza y la música cobró nuevos bríos. Las ménades giraban y saltaban, azuzadas hasta el frenesí por la energía de su deseo. Unas agitaban la cabeza de un lado a otro con los ojos cerrados, atrapadas por la necesidad y el éxtasis. Roger gimió mientras lágrimas de sangre caían por sus mejillas. De todos los congregados, solo Albert seguía arrodillado y escuchaba plácidamente.

La danza de las mujeres se hizo cada vez más furiosa y violenta. Sus vestidos blancos flotaban o se pegaban a sus cuerpos esbeltos mientras giraban enloquecidas. Durante un breve instante, el tejido se apartó para revelar la curva de la cadera, el muslo, el pecho. Una detrás de otra echaron atrás la cabeza, azotando con su cabello a los presentes como crueles látigos. Los colmillos brillaron a la luz de las velas.

La llamada del hambre era insoportable. Hasta Owain podía sentirla.

Las vampiras desgarraron sus vestidos, abriendo heridas sangrantes en sus pechos firmes. Todas al tiempo aullaron salvajes hacia el cielo mientras caían sobre los mortales.

El cuerpo de la mujer coreana tembló ante el golpe de una de las ménades, que la mordió como si se tratara de una cobra atacando a su víctima. Algunos eran derribados mientras las celebrantes saltaban y bebían breve pero profundamente. Incluso Albert y Roger fueron asaltados, aunque ninguno de ellos despertó de su trance. Cada

ataque parecía la culminación de la visión extática de la víctima. El dolor y la pasión culminada se entremezclaban como uno solo.

Owain podía sentir el poder de la canción, pero no tenía modo de saber lo que cada uno experimentaba; estaba demasiado ocupado manteniendo el control. En caso contrario hubiera saltado para alimentarse.

El climax de la canción y de la sangre duró menos de un minuto. Con un abrupto cambio de cadencia, la música adoptó un nivel más calmado. El esfuerzo del deseo y la urgencia que un momento antes había parecido toda su existencia comenzó a desvanecerse. Los tonos tranquilizadores se reafirmaban.

Las mujeres reaccionaron como si hubieran sido golpeadas por un puño. Se retiraron a regañadientes de sus últimas víctimas, deseosas de poder seguir bebiendo. Sin embargo, obedecieron a la canción. Sus cuerpos temblaron por unos instantes mientras el frenesí se rendía a la nueva música.

Por primera vez la sirena habló, tejiendo una palabra en la canción moribunda: "*Adref*".

La boca de Owain se abrió involuntariamente, y su corazón estuvo a punto de partirse ante aquel sonido.

Las ménades también respondieron. Se retiraron lentamente de los cuerpos arrodillados y tumbados y desaparecieron del campo de visión del Ventrue.

Mientras tanto, la sirena, de belleza regia, avanzaba lentamente. Su canción moría como un débil susurro que llegaba claramente a todos los rincones de la iglesia. Se acercó a un joven inconsciente, se inclinó ante él y lamió las heridas que le habían infligido. Ni siquiera con su lengua sobre el cuello cesó la música, que parecía tener vida propia.

Uno detrás de otro, lamió las heridas de la congregación, sanando la carne y provocando sonrisas soñolientas.

Owain se retiró del agujero y se recostó contra el muro, dominado por un profundo cansancio. La melodía mortecina aún llegaba hasta él, pero era la palabra que la sirena había pronunciado, que resonaba en sus oídos.

Adref.

Una palabra en el galés nativo que hacía tanto que no escuchaba.

Adref. Regreso a casa.

Durante un instante creyó poder oler de nuevo el aire del mar, y aquello fue más de lo que pudo soportar. Luchando contra la rigidez

de sus heridas olvidadas, salió por la trampilla y se dirigió hacia la fachada de la iglesia.

Adref. Regreso a casa.

Abandonó el lugar, corriendo en la noche silencioso como una sombra. Mucho más que el tiempo y la distancia le separaba de su verdadero hogar, y como no había modo de regresar a él se escabulló hacia la oscuridad nocturna, que lo aceptó en su abrazo.

* * *

No era frecuente que el Príncipe Benison visitara a Hannah en su capilla. Afortunadamente, sus neonatos siempre mantenían las instalaciones adecuadamente, de modo que no necesitó preparativos especiales antes de recibirle. Aunque ahora solo tenía dos aprendices en vez de cuatro, les exigió que se esforzaran al máximo para que cumplieran con todas las obligaciones. Nadie había dicho que las noches de un aprendiz Tremere tuvieran que ser agradables.

Esperó personalmente al príncipe en la puerta de la gran mansión, en su mayor parte dedicada a las necesidades de la capilla.

–Buenas noches, Hannah –dijo Benison con elegancia, como era habitual si no estaba especialmente enfadado. Parecía haberse recuperado totalmente de las heridas sufridas hacía dos noches–. ¿Qué noticias tienes?

Hannah frunció el ceño. Tenía menos que informar de lo que le hubiera gustado, y aunque el príncipe se encontraba físicamente bien, la tensión recorría todo su cuerpo y era evidente en su mirada. No había tenido tiempo, a pesar de haber detenido sus estudios habituales... pero al príncipe no le importaban las excusas.

–El prisionero que trajeron Eleanor y Vermeil...

–¿Sí? –Benison estaba ansioso por recibir cualquier información.

–No hay duda de que pertenece al Sabbat. O al menos *pertenecía*.

Benison golpeó la palma con el puño.

–Justo lo que sospechaba. ¿Y...?

Hannah volvió a fruncir el ceño. Se agitó un poco, comprendiendo que no había hecho entrar al príncipe y que no le había ofrecido un asiento. No tenía cabeza para los convencionalismos sociales, y el Malkavian parecía estar preocupado por cosas más urgentes. Ahí estaba el problema.

–El acondicionamiento del Sabbat es tan completo, y la

naturaleza de su mente tan bestial...

–¿Qué has descubierto? –le interrumpió.

Hannah soltó la elaborada explicación que había estado preparando.

–Solo que su manada tenía instrucciones de esperar en el exterior del Cyclorama y atacar a cualquiera que saliera de él. No descubrí la identidad del superior que había dado la orden, si es que la conocía. Mi impresión es que no sabían que vosotros erais los blancos del ataque.

Ahora fue Benison el que torció el gesto.

–¿Tu *impresión*? –No había duda de que aquellas no eran las noticias que esperaba–. ¿Eleanor te confía este interrogatorio en mi nombre mientras convalezco y eso es todo lo que me dices? –El tono severo traicionaba la presión a la que estaba sometido–. Espero poder hacerlo mejor. Tráemelo.

–Fue interrogado... a fondo, te lo aseguro.

–Me da igual –insistió Benison–. Ya veremos si... –En aquel momento comprendió–. ¿Interrogado "a fondo", dices? ¿No ha sobrevivido?

–Las magias necesarias para superar el acondicionamiento del Sabbat no son agradables –señaló Hannah.

Durante un instante el príncipe apretó los dientes y tensó todos los músculos de su cuerpo. Después, sorprendentemente, logró calmarse, cerró los ojos e inspiró con calma.

–Ya veo.

Se quedaron un momento en pie, pero la Tremere no podía soportar el deprecio que emanaba de Benison. Comenzó a hablar de forma torpe.

–¿Quieres pasar... pasar y sentarte... o...?

–No tengo tiempo para charlar –respondió. Hannah pensó que quizá había querido señalar que podía haber empleado el tiempo de forma más eficiente–. ¿Qué puedes decirme de... de *esta aflicción* que está destruyendo mi ciudad? –escupió tratando de medir las palabras. Su amargura y su frustración eran claramente evidentes.

–Prácticamente no ha habido tiempo, Príncipe Benison. –Podía verle a punto de estallar, así que se apresuró a seguir–. Estoy realizando experimentos. He determinado que está operando algún tipo de magia, aunque de un tipo con el que no estoy familiarizada. He comenzado a consultar con mis superiores, tanto en el país como en Viena. Como sabes, esta "aflicción" no es un asunto localizado.

–Aunque dejó fuera algunos detalles técnicos, no ocultó nada al príncipe. Sabía que no aceptaría la menor duplicidad en aquel asunto, y no estaba dispuesta a ser blanco de su ira.

»La aflicción –explicó algo más cómoda al adoptar un discurso profesional–, parece estar relacionada con la sangre. La magia está disparando una transformación de algún tipo en la propia vitae, pero como he dicho no estoy familiarizada con las fuerzas particulares involucradas.

Benison había escuchado en silencio, sin apartar la mirada de la regente hasta que ésta terminó.

–Una maldición –susurró casi para sí mismo–. *Ha sido invocada sobre nosotros y ahora estamos dos veces malditos, una vez por los pecados de Caín y otra por los nuestros.* –El príncipe parecía haber olvidado a Hannah por el momento, pero recuperó su atención–. Tiempo es lo que no tenemos –recordó–. Te sugiero que *consigas* familiarizarte con las fuerzas que están operando.

Sin más palabras, se volvió y abandonó la capilla mientras Hannah le observaba. No había disfrutado con el reproche evidente y el soterrado, así que decidió que no podía hacer otra cosa que trabajar aún más... si eso era posible. Tenía que conseguirlo.

* * *

Aquello era todo lo que Benison podía hacer para no aplastar el puño contra la ventana de la limosina. Quería, *necesitaba* machacar a alguien. Mientras Vermeil conducía por la Avenida Ponce de León, alejándose de la capilla Tremere, se enfureció ante la idea de que no hubiera nada que pudiera hacer. *¡Tiene que haber algo! Pero... ¿el qué?* Si Hannah y sus hechiceros no podían actuar contra la maldición, ¿cómo conseguiría salvar la ciudad?

Y había más complicaciones. El ataque del Sabbat podía indicar que aquellos hijos de Satanás le creían lo suficientemente débil como para pasarle por encima. Tendría que estar atento a las señales de un ataque. Casi esperaba la oportunidad de poder liberar su furia en la batalla.

Sin embargo, no podía permitirse ninguna distracción: la maldición. Ese debía ser su principal objetivo. Si los Cainitas de su ciudad y del resto del mundo habían hecho caer sobre ellos la ira divina, tendría que responder de algún modo.

Su ciudad no sería destruida. No lo permitiría.

* * *

El paseo de Mohammed fue interrumpido por la llamada a la puerta. No quería interrupciones.

–¿Qué? –gritó.

–Ey, tío --dijo Marvin desde el otro lado--. Pancho se va a acercar a la tienda. ¿Quieres algo?

No podía creer lo que estaba oyendo. Abrió la puerta con violencia.

–¿Me molestas para ver si quiero algo de la tienda? –gritó.

Marvin dio un paso atrás, pero no dijo nada.

–¿Qué te he dicho antes?

Marvin siguió callado.

–¿Qué te he dicho? --volvió a preguntar lleno de veneno.

Marvin se encogió. Se miraba los zapatos y no se atrevía a levantar la vista.

–Que no te molestara salvo que fuera algo importante de la hostia --murmuró.

–¿Ir a la tienda es importante de la hostia?

–N-no creo --dijo levantando un segundo la mirada y bajándola de nuevo hacia los zapatos--. Lo siento, tío.

–Vas a sentirlo de verdad si no te sacas la cabeza del culo --dijo dando un portazo. No podía creer que alguna vez hubiera visto algo en aquel imbécil. El líder vampírico de los Hijos de la Cripta, posiblemente la banda más poderosa de L.A., volvió a recorrer la habitación. Seguía pensando en Marvin; tenía que admitir que, aunque el mortal no era muy brillante (*¿muy brillante? Qué coño, es totalmente gilipollas*), era estupendo en una pelea, y eso era importante.

Además, al contrario que sus vampiros lugartenientes, estaba allí.

Las dos últimas semanas habían sido un infierno. Siempre existía una estrecha línea entre la identidad pública de Mohammed en L.A., barón y anarquista, y su papel como líder del Sabbat. Controlaba a decenas de vampiros y cientos de mortales mediante la banda, y a un grupo menor de Vástagos que a veces se solapaba mediante su círculo del Sabbat. Lo último que esperaba o que necesitaba era que sus subordinados no-muertos comenzaran a enloquecer y a atacarse sin razón aparente.

Uno o dos casos era algo raro, pero tolerable. Sin embargo, todos parecían haberse vuelto locos. Sus principales líderes vampíricos se

atacaban, pero no por celos, furia o cualquier cosa que él hubiera podido solventar. Parecía más un problema de *hambre*. Los tipos se volvían tarados. Si se hubiera tratado de mortales lo habría achacado al crack.

Por si todo eso no bastara, después de enloquecer los vampiros se derrumbaban. *Primero se vuelven tarados y se dedican a beber como locos y después se desploman muertos, sangrando por todas partes como si no pudieran contener su propia sangre.*

A pesar de todos sus esfuerzos, la violencia y el caos se habían extendido por ambas organizaciones. Los líderes de los Hijos de la Cripta estaban fritos, muertos u ocultos. Algunos de los peces menores, principalmente mortales, habían decidido que era el momento de ascender y habían empezado a resolver algunas disputas personales dentro de la banda. Mohammed había puesto fin rápidamente a aquello, pero a pesar de todo seguía sin lugartenientes, desaparecidos o directamente fuera de juego. No podía hacer mucho más por su cuenta. Sin la guía apropiada, los Hijos de la Cripta eran como un centenar de pirañas solitarias nadando en direcciones diferentes.

Peor aún era la situación en su círculo del Sabbat. De los diez miembros, sin incluirse él, seis habían sucumbido y habían muerto, a uno le habían arrancado la cabeza y otros dos llevaban varias noches sin aparecer. Eso solo dejaba uno.

Oyó gemidos procedentes de la habitación contigua. Se volvió para caminar en esa dirección y asomó la cabeza para observar a Francesca.

Había tenido que utilizar cadenas y correas para atarla. Las dos veces anteriores había conseguido soltarse y había vaciado a un total de tres mortales de la banda. En ambas ocasiones la había reducido. Por algún motivo, a pesar de la desesperación de su frenesí o la gravedad de sus delirios, no había sido capaz o no había querido volver toda la fuerza de su furia contra su sire. Parecía que las nuevas ataduras servían para contenerla.

La cama en la que estaba tumbada estaba empapada de rojo, ya que un sudor sangriento cubría todo su cuerpo. Mohammed había retirado las ropas manchadas y le había cubierto con una sábana, pero ahora también ésta estaba saturada. Se acercó y se inclinó junto a su chiquilla.

—Tanta hambre... tanta hambre... —no dejaba de murmurar cuando conseguía articular palabras. En ocasiones se lamía alrededor

de los labios para conseguir la sangre que le caía de la nariz. Por mucho que se alimentara en los últimos días, no conseguía superarlo. De hecho, el dolor y el delirio parecían empeorar después de probar la sangre.

Le secó la frente con una toalla ensangrentada que había sido blanca. Al contrario que con los demás, al ver así a Francesca sentía algo más que la tristeza del general privado de los servicios de un valioso guerrero. Era mucho más que una de sus mejores asesinas y una diversión seductora, pues de otro modo no se preocuparía tanto por ella; un asesino y un buen culo eran cosas fáciles de superar. Francesca había comenzado como botín de guerra, arrebatado a Salvador delante de sus narices, pero para Mohammed había llegado a significar mucho más.

Salvador.

Era algo en lo que tenía que pensar.

Antes de que todo saltara por los aires estaba casi listo para lanzarse contra la Hermandad. Ahora los Hijos de la Cripta estaban diezmados, e incluso corrían rumores de que Salvador había regresado de Centroamérica, de África o de donde hubiera estado alimentando su ego con revoluciones entre los desfavorecidos. Si era cierto, el ataque tendría que esperar. Por supuesto, en aquel momento el retraso era totalmente imprescindible.

Francesca arqueó la espalda, gimiendo y retorciéndose violentamente, con el rostro contraído por la agonía. Mohammed la observó impotente mientras la vida se le escapaba por todos los poros de su cuerpo.

Tenía que haber alguien detrás de todo aquello, alguien que iba a por él. La locura y la muerte lenta y dolorosa eran demasiado sutiles para Salvador, maestro de la propaganda y la granada de mano. Sin embargo, los antiguos de la Camarilla eran lo bastante arteros como para haber liberado aquello, fuera lo que fuese. No les importaba cuántos Cainitas cayeran bajo su maldición infernal, y con los Tremere a su lado disponían de los medios necesarios. Si era así, el Sabbat y los anarquistas podían estar viendo sus últimos días. También era posible que algo tan drástico lograra atraer finalmente a los anarquistas a las filas del Sabbat... Si no era así, Mohammed tardaría años en reconstruir su cuadrilla.

Sí, los antiguos de la Camarilla eran asesinos despiadados a los que odiaba con todo su ser. Por supuesto, sabía que si habían liberado una maldición tan terrible sobre sus enemigos, él podía hacer

exactamente lo mismo...

–"¿*Quel fromage?*" –Pierre no podía creer tanta estupidez–. Éste es el único queso que tengo, idiota.

–Está bien –tartamudeó Rene tratando de disculparse.

–Si no te gusta me lo comeré yo todo –amenazó Pierre. Había tenido la precaución de llevar queso extra a la patrulla, y no tenía por qué compartirlo con aquel idiota.

El año era 1758. La patrulla había sido enviada como respuesta al avistamiento de iroqueses, aliados del *cochon* inglés. Una granja había sido quemada y el granjero y su familia habían sido mutilados. Pierre y los demás estañan un tiempo lejos de Montreal, pasando la noche bajo la lluvia y el frío, tumbados en el suelo, en vez de estar con la cálida y suave Danielle. Todo porque un granjero había sido lo bastante imbécil como para dejarse matar.

–No, no –suplicó Rene–. Te dije que estaba bien.

–Muy bien. –Pierre cortó un trozo de queso y se lo entregó a su compañero, Rene el Memo.

–*Merci.*

Los dos masticaron el queso y el pan duro en silencio. La fogata de ramas y hojas producía mucho humo, pero apenas tenían nada para quemar. Todo estaba mojado: la madera, el suelo, los árboles, la ropa, las mantas, la pólvora...

Probablemente no podamos disparar los mosquetes, aunque veamos a los iroqueses, pensó Pierre.

–¿Cómo está el queso? –preguntó con sorna.

–*Tres bien.*

Buena respuesta, pensó. Miró a Rene y lanzó un bufido. *Y para esto dejé París.*

Caminando bajo la lluvia llegó Francois, que tenía que relevar a Yves en la guardia.

–Iraqueses en los bosques –se burló Pierre–, *¿n'est-ce pas?*

–*Je crois que non.*

El sombrío soldado siguió su camino mientras Pierre y Rene daban cuenta de la comida. El primero estaba pensando en tumbarse

sobre su manta para tratar de dormir un poco. *Cuanto antes me duerma, pensó, antes terminará este patético día.* Aquello le arrancó una breve sonrisa. *Ah, pero cuanto antes termine este patético día antes comenzará el siguiente, que será peor aún.* No había modo de vencer.

Sus pensamientos fueron interrumpidos un momento después por un disparo de mosquete a lo lejos, y un grito aterrado en la misma dirección.

Los dos se pusieron en pie de un salto, igual que los demás soldados en las diversas fogatas.

–¡Yves! –gritó Rene.

Pierre cogió su mosquete y corrió, pero tuvo que detenerse para esperar a que Arnaud consiguiera encender una antorcha.

–¡Rápido, idiota! –gritó–. ¡Le cortarán la cabellera por tu culpa!

Corrieron a trompicones entre los árboles, y el cielo encapotado no ofrecía iluminación alguna. El bosque estaba totalmente a oscuras. Los hombres gritaban por todas partes, llamando a Yves y a François. Corrían entre los matorrales, salpicando agua y barro de los charcos por todas partes. Cuando al fin llegaron al puesto de vigía, Pierre deseó haberse quedado atrás. A la luz trémula de la antorcha vio a Yves tendido sobre el barro, con la garganta abierta. A su lado estaba François, y a un metro de distancia gran parte de su cara.

De repente, algo grande cayó desde los árboles sobre Arnaud, que lanzó un grito. La antorcha salió volando por la fuerza del impacto y se apagó con una pequeña humareda.

Más gritos resonaron por el bosque. Pierre se vio atrapado en la confusión y cayó al suelo, aterrizando sobre su mosquete. Trató desesperadamente de apartarse de los cadáveres. ¿Quién era aquel? ¿Rene? ¿Jean-Paul? Todos habían acudido hacia el lugar tras oír los gritos.

Al fin consiguió liberarse. Rodó sobre el barro, alejándose de la lucha. No podía estar seguro en la oscuridad, pero corrió en la dirección en la que creía que estaba el campamento. Se reagruparían allí, pues no podían combatir a los iroqueses en el bosque en la completa oscuridad... si es que eran iroqueses.

El barro, las tinieblas y el terror hicieron la marcha penosa. Tenía la terrible sensación de que lo que había atacado a Yves y a François no era un grupo de guerra de los nativos. Al fin llegó al campamento y trató de calmarse lo suficiente como para cargar el mosquete.

Lo demás volverán en un momento y nos prepararemos para el

ataque.

Sin embargo, cuando terminó de cargar y aplastar la bala, notó que ninguno de los suyos había regresado. De los doce, él era el único que quedaba en la posición. También se percató de que no llegaban más sonidos de lucha desde el bosque: ni gritos, ni disparos, ni la carrera de los hombres en retirada entre los matorrales.

Solo silencio.

Y entonces un gruñido. O... ¿era una risa?

Desde las sombras más profundas surgió una forma dorada con aspecto lupino y dientes desnudos. Caminaba erguida como un hombre... como un hombre enorme.

Sin titubeos, Pierre levantó su mosquete. Echó atrás el martillo, apuntó rápidamente y apretó el gatillo. El martillo descendió... y nada. La pólvora no se encendió. El arma no rugió desafiante para enviar a aquella criatura de vuelta al infierno.

La bestia estaba sobre él, clavándolo contra el suelo. Las garras le destrozaban la cara mientras los colmillos se acercan cada vez más...

* * *

Nicholas despertó de un salto. Se llevó la mano a la garganta, pero nada le atacaba. La oscuridad a su alrededor abría el paso a las luces que pasaban a lo lejos. Antes de que consiguiera situar los paisajes y olores extraños que le rodeaban, otro ataque de desorientación se apoderó de él. Se apoyó contra la pared de metal e intentó resistir la repentina náusea.

Afortunadamente, la sensación pasó. Se obligó a tragar la sangre que le había subido por la garganta y recordó inmediatamente el hambre que le consumía, la ardiente vacuidad que había ido creciendo desde... ¿Cuánto tiempo había pasado? Más semanas de las que podía recordar. Dos lunas llenas habían llegado y desaparecido desde que había entrado en aquella ciudad maldita.

Se tumbó, rindiéndose a la debilidad que le afectaba después de los ataques, y trató de superar la desorientación de las visiones. Estaba tumbado en los restos de un coche quemado, debajo de un puente. Las llanuras canadienses, los disparos, los gritos... no eran reales, al menos no en aquella época y en aquel lugar. Sin embargo, la visión no tenía nada de casual.

Nicholas conocía bien la historia, el modo en que Pierre Beauvais

y su unidad habían partido de patrulla a buscar indios cerca de Montreal, para ser exterminados por un solo hombre. Al menos eso era lo que los canadienses franceses habían pensado, ya que el cuerpo de Pierre nunca fue hallado. Los soldados no se habían encontrado con los iroqueses aquella noche, sino que habían sido asesinados por un antiguo Gangrel, el Dorado. Pierre no se había unido a sus camaradas en la muerte definitiva. Aquella noche, entre el barro frío y hediondo, había sido Abrazado como Vástago. Cincuenta años más tarde había sido él el que había Abrazado a otro, Jebediah Romey, sire de Nicholas.

Aquellas eran las historias que se pasaban los Gangrel de generación en generación, de camarada de clan a camarada, mientras recorrían las llanuras del mundo y se encontraban los unos a los otros. Solo que ahora Nicholas estaba viviendo aquellas leyendas a través de los ojos de sus ancestros, como si estuviera allí, como si el dolor y el terror fueran totalmente nuevos. A veces, cuando llegaban los ataques, Nicholas se perdía en los recuerdos sangrientos. Primero Jebediah, ahora Pierre. ¿Cuándo terminaría? ¿Cuándo le abandonarían el hambre y las visiones?

Toda la ciudad parecía presa de aquella locura. Durante semanas había empeorado, noche tras noche: los anarquistas enloquecían en las calles atacando a grupos de mortales o a sus propios cantaradas, Vástagos de la Camarilla aparentemente respetables saltaban sobre sus sires para robarles el resto de la vitae que les había dado la vida... Lo había visto todo desde lejos, ya que no quería involucrarse en los extraños asuntos de la ciudad. No comprendió hasta más tarde que todo era parte de la enfermedad mortal del cuerpo y el alma, de la maldición que había caído sobre todos ellos.

Lo mortales también se sentían confundidos por la repentina aparición de la violencia y el caos, pero eran demasiado miopes. Nunca veían a los monstruos que acechaban en las sombras.

Ahora la ciudad había caído en una quietud mortal. Los Vástagos aún intactos se ocultaban como cachorros en sus madrigueras. Solo los más valientes o insensatos recorrían las calles. Había intentado varias veces abandonar la ciudad, escapar de aquel aire contaminado y del hedor creciente del ganado, pero siempre quedaba incapacitado por la maldición y recuperaba el sentido tiempo después, sin saber lo que había hecho y dónde había ido. No había duda de que había violado territorios de caza, ya que el hambre que se adueñaba de él en aquellas ocasiones era insoportable. Sin embargo, nadie le había

retado. Los Vástagos de la ciudad estaban muertos u ocultos.

¿Cómo había empezado todo? Se agarró la cabeza, extendió las garras y se las clavó bajo la piel. Trató de controlar el hambre que rugía en sus entrañas, el martilleo que le aplastaba el cráneo. *Aquella primera noche*, pensó. *La primera noche en la ciudad*. El hambre había comenzado entonces. El dolor. Las visiones. ¿Qué había hecho aquella noche? Le resultaba difícil pensar por culpa de la desorientación, y la náusea empeoraba cuando comía. *Evans. La casa de Evans. El paquete*. ¿Tenía algo que ver con todo aquello el paquete que había llevado desde Alemania? ¿Era Owain Evans un hechicero oscuro que había maldecido a todos los que le rodeaban para dejar la ciudad en ruinas?

Se arrastró hacia el coche ennegrecido. Lo descubriría y terminaría con aquella terrible ansia.

* * *

–¿Sale otra vez, señor? ¿Tan pronto? ¿En Nochebuena?

Owain se detuvo en la puerta. Se puso metódicamente el abrigo, ajustó la bufanda e incluso introdujo sus nuevas gafas de sol en el bolsillo del pecho. Solo entonces se giró para responder al comentario de Randal. Dio unas palmaditas al ghoul en la mejilla.

–Randal, ¿sabes por qué el señor y la señora Rodríguez llevan tanto tiempo conmigo?

–¿Por qué, señor? –El criado parecía confuso ante la pregunta.

–Porque se meten en sus asuntos.

Randal detectó el tono ominoso en la voz de Owain y, sabiamente, decidió no responder. El vampiro cerró la puerta tras él y entró en el Rolls que le esperaba.

–Cementerio de Oakland, señorita Jackson.

–Sí, señor.

Kendall Jackson tenía el comportamiento ideal para un servidor ghoul: escuchaba con atención, solo hacía las preguntas necesarias y cumplía las órdenes de forma impecable. A menudo le recordaba a Gwilym. ¿Cuántos años habían pasado desde... desde el desafortunado asunto que le había privado de los servicios de Gwilym? ¿Quinientos? ¿Seiscientos? También había sido cerca de la Navidad. Desde entonces había tenido tantos ghouls como pares de zapatos. Algunos habían parecido prometedores, pero ninguno había reunido la extraña mezcla de conocimiento, prudencia y competencia

que había hecho de aquel algo tan valioso.

Ninguno, excepto quizá la señorita Jackson. Pensó que era posible que fuera demasiado duro con sus sirvientes. El hecho de que Gwilym hubiera sido su primer ghoul y que le hubiera servido más tiempo que ningún otro podía haber afectado a su objetividad. Jackson era mejor conductora que Gwilym jinete, y aunque el pequeño galés era bueno en una pelea, aquella chica era absolutamente letal, como había vuelto a demostrar al ayudar a salvar al príncipe en el Cyclorama hacía varias semanas.

Aquella pelea había sido un error de cálculo por su parte, y tanto él como el príncipe tenían suerte de haber salido con vida. La señorita Jackson había aparecido y se había comportado de forma admirable, y con un poco de sangre adicional su pierna herida se había recuperado de forma satisfactoria. El tiempo y la sangre también le habían servido a él para restañar sus heridas.

Sus pensamientos pasaron de un ghoul a otro. Randal era bastante competente con diversas labores administrativas, pero conservaba una cierta suficiencia que, en los primeros siglos, hubiera aplastado sin dudarle un instante. Sin embargo, en las últimas décadas no había tenido ni la energía ni el interés como para hacerlo. Quizá había llegado el momento de cambiar al personal si algún reemplazo adecuado le llamaba la atención.

El tiempo de Owain había estado ocupado últimamente con algo distinto del ajedrez, aunque su nueva diversión era en cierto modo tan enloquecedora como la anterior. Con el ajedrez podía pasarse horas mirando el tablero, noche tras noche, torturándose para descubrir cómo podía haber actuado, qué podía hacer todavía para salvar una situación claramente sin esperanzas.

Su nueva pasión era la sirena. Ahora que había oído la canción comprendía que siempre la escucharía, aunque se encontrara en cualquier parte de la ciudad. Su mansión estaba a casi media hora de la iglesia abandonada, pero la brisa nocturna no dejaba de llevar las dulces notas hasta su oído. Parecía suceder cada semana o dos, aunque aún no había logrado discernir un patrón evidente. ¿Comenzaban los ritos cuando la sirena y las ménades tenían hambre, tal vez?

Había estado revisando su biblioteca en busca de referencias que recordaran vagamente a vampiros extraños con voces capaces de volver locos a Vástagos y mortales. *Hijas de la Cacofonía*, les llamaban algunos, aunque aquella canción exquisita era lo más

alejado a la cacofonía que Owain había oído jamás.

Dos veces más en el mes que siguió a la primera visita se había ocultado en el diminuto cuarto bajo el campanario para observar la ceremonia, que siempre seguía el mismo patrón. La congregación se reunía mientras la sirena permanecía sola a la cabeza del santuario. Algunos de los mortales parecían acudir siempre, mientras que otros se perdían algunas reuniones. Roger siempre acudía, mientras que Albert no había aparecido desde la primera noche.

Owain no sabía cómo podía el Malkavian mantenerse apartado si era capaz de oír la música. ¿Y qué ocurría con el resto de los vampiros de la ciudad? ¿Elegía de algún modo la sirena a aquellos que oírían su canción? No parecía saber que Owain la espiaba durante las ceremonias.

Por cada pregunta que el Ventrue creía responder surgían cinco nuevas. Se recordaba que ese era el motivo por el que atravesaba la ciudad cada vez que la canción le llamaba en la noche. No se trataba de una compulsión; no iba porque, a pesar de conseguir apartarse de la experiencia de los congregados, lograra visiones de su lejano hogar en la música; no iba porque cada vez que la sirena pronunciaba aquella palabra, *adref*, lo hiciera exclusivamente para él.

Nada de eso.

—Cementerio de Oakland, señor.

Owain miró por la ventana y comprobó que habían llegado a su destino. El viejo camposanto, lleno de cruces y mausoleos de piedra, se extendía al otro lado del muro. Hacía varios años el Príncipe Benison había proclamado un edicto que prohibía a los Vástagos, bajo pena de muerte, entrar en aquel lugar. No ofreció explicación alguna, y los pocos groseros que se atrevieron a pedirla fueron severamente castigados como prueba de la importancia de aquel asunto. Owain siempre había asumido chistoso que el edicto lo habían ordenado las pequeñas voces con las que Benison tenía la costumbre de hablar. Al contrario que algunos vampiros, él no sentía un interés macabro en los asuntos de los muertos. No tenía problema alguno para evitar el cementerio.

Al otro lado de la calle estaba la oscura Fábrica de Bolsas Fulton, el cascarón de ladrillos de una nave abandonada que supuestamente iba a ser reconvertido en lujosos apartamentos. Owain dudaba de que el proyecto llegara nunca a completarse. El edificio estaba demasiado cerca del cementerio que, por cualquier motivo, Benison quería proteger de cualquier molestia. No había duda de que el príncipe

movería los hilos necesarios en el Ayuntamiento para conseguirlo.

No tenía que pedirle a Jackson que esperara. Es lo que había hecho las dos últimas veces que su jefe había tenido ganas de dar un repentino paseo. Si se preguntaba dónde iba tras abandonar el coche, o si le preocupaba pasar la Nochebuena de aquel modo, se guardaba sus opiniones para sí misma, como era su obligación.

La dejó en el cementerio porque un Rolls Royce llamaba menos la atención cerca del centro que estacionado en el depauperado Reynoldstown. Mientras se dirigía hacia el este, siguiendo la canción de la sirena que le llamaba a la iglesia, comprendió que había otro motivo: quería a aquella muchacha solo para él. Rió al encontrarse de frente con aquella verdad. Además de su curiosidad, la cantante ultraterrena había conseguido despertar también sus patéticos celos.

¿Eran de verdad patéticas aquellas emociones humanas que le habían abandonado hacía tantos años?

Sus cavilaciones fueron interrumpidas por un ruido a su izquierda. Más rápidamente de lo que un mortal podría comprender, se giró al tiempo que asumía una postura defensiva agazapada y extraía una daga de la funda bajo el pantalón.

El perro que buscaba entre los cubos de basura no reparó en él, ya que parecía más preocupado en su cena de Nochebuena. Navidad. Owain había olvidado que se acercaba aquella fiesta hasta que Randal se lo había mencionado de aquel modo desafortunado. Normalmente no se hubiera permitido el lujo de olvidarlo. El príncipe y sus malditas lecturas de la Biblia se aseguraban de ello. Sin embargo aquel año, con la "maldición" (como algunos la llamaban) suelta por la ciudad, la mayoría de los Vástagos estaba demasiado asustada como para reunirse. Benison, frustrado, había dejado de insistir.

Owain se relajó y volvió a guardar la daga. Se había acostumbrado a llevarla después de muchos años, igual que el estilete en el antebrazo, casi por nostalgia. Otra onda en el estanque provocada por la sirena. El pomo y la empuñadura estaban recubiertos de oro, y en su tiempo había sido un regalo que le había hecho a su sobrino en honor a su coronación, un gobierno hacia el que había guiado de forma despiadada al muchacho.

Aceleró el paso. La canción hipnótica parecía seguir un patrón. Primero se producía un preludio continuado mientras la congregación se reunía. Se podía describir aquella primera parte más como una introducción, o mejor aún, la llamada a la oración. Los reunidos llegaban desesperados para ver cumplidas sus añoranzas interiores.

¿De qué mejor modo, pensó, se podía definir la devoción? ¿Qué mayor ironía, qué mayor sacrilegio había que transformar una casa de rezo en un templo al cumplimiento de los deseos, aquello que siempre se le había negado a él?

En ninguna de las visitas anteriores se había superado este punto antes de su llegada. ¿Siempre acudía a tiempo, o la sirena le esperaba? *Tonterías*, pensó rechazando aquella posibilidad.

Después la música siempre cobraba intensidad y la melodía serena adoptaba una vida más primaria. Las ménades se unían al ritual mientras la canción y la danza se hacían feroces y tribales. Después llegaba el crescendo del frenesí de la alimentación, mientras las mujeres salvajes se abandonaban a sus bestiales impulsos. Los mortales también alcanzaban algún tipo de liberación física o espiritual. Quizá mediante su victimización lograran la plenitud; la necesidad perpetuaba la necesidad y aseguraba que la sirena y las suyas nunca tuvieran hambre.

A Owain le hubiera gustado revelar su presencia a Albert, o puede que a Roger, para hablar con ellos de lo que experimentaban al dejarse arrastrar en aquel viaje emocional, al permitir que se alimentaran de ellos. ¿Recordarían lo que había pasado? Los mortales no parecían tener recuerdos una vez terminada la ceremonia. No eran ghouls que acudieran a servir a su maestro, sino ganado que marchaba hacia el matadero. Owain sospechaba que lo que ocurriera en sus mentes, la manipulación que sufrieran por la música, debía ser similar a lo que sucedía en el Club de King Road, donde se alimentaba de sus iguales sociales para luego enviarlos a casa con recuerdos de una velada agradable. ¿Qué memorias quedaban en aquellos mortales?

Al llegar a la iglesia se ocultó en las sombras, escalando la fachada y ocupando su puesto, ya familiar. Sintió un repentino ataque de dignidad. Ahí estaba él, un antiguo Ventrue, ocultándose como un *voyeur* avergonzado. Sin embargo, se recordó rápidamente que había preguntas que responder. Se trataba para él de un ejercicio de curiosidad intelectual, al contrario que para los demás, para los que era un asunto de debilidad emocional.

Casi todos los arrodillados en la iglesia eran rostros conocidos: los dos jóvenes negros que podrían ser pareja, la siempre presente coreana con sus gafas gruesas, un hombre negro mayor, una mujer blanca de mediana edad y dos o tres mortales más. Albert y Roger también estaban presentes. Y, por supuesto, la sirena inmóvil frente a

ellos, con su belleza física oculta tras la perfección de su voz.

No pudo evitar preguntarse si Albert o Roger le habían mencionado aquellas excursiones a alguien más. Si no era así, ellos tres podrían ser los únicos Vástagos de Atlanta que supieran de la presencia de la sirena. Owain no había visto a más vampiros presentes en ninguno de los ritos, y no había duda de que si otros hubieran oído la canción habrían acudido. Se preocupaba, porque aquel no era el tipo de asunto que el Príncipe Benison condonara. Dudaba de que supiera de la presencia de la sirena en la ciudad. Normalmente el príncipe convertía la asignación de territorios de caza en un asunto formal. Cuanto más público fuera el anuncio entre los Vástagos, menos probabilidades había de confusiones o conflictos territoriales más adelante. El orden era muy importante para él, y todavía lo era más la observación de los métodos y costumbres apropiados. La maldición parecía estar destruyendo el orden rápidamente, así que no toleraría el insulto de tener un intruso en su ciudad, especialmente en aquel momento. Por tanto, no parecía probable, aparte del hecho de que Albert se siguiera manteniendo alejado de Benison y de que éste apenas soportara la presencia de su chiquillo, que estos dos le hubieran contado la existencia de aquellos ritos.

Mientras la canción cobraba fuerza, el tiempo ganó gradualmente intensidad y énfasis. Owain se recostó contra la pared. Esta vez decidió que se dedicaría más a escuchar que a mirar. Tras los pasados rituales estaba convencido de que se dominaba lo bastante como para sumergirse más completamente en la música sin arriesgarse a unirse de forma involuntaria al grupo, como había pasado la primera vez. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó sus gafas de sol, el primer par que había tenido nunca. Para cuando se habían puesto de moda, Owain ya llevaba varios siglos sin tener que preocuparse del sol. Además, aunque éste fuera un factor, las gafas no habrían ayudado demasiado. Sin embargo, el bloqueo de la débil luz de las velas del santuario le permitía concentrarse en sus propios pensamientos. Desde el primer momento el canto de la sirena había sacado en él recuerdos enterrados más allá de su alcance. Se trataba de una sensación a la que ya se estaba acostumbrado a medida que se desconectaba de los acontecimientos de la vida: la de estar a punto de recordar algo y no conseguir aferrarlo. Su mente le jugaba malas pasadas a menudo, oscureciendo cosas que le deberían haber resultado evidentes.

Una tensión particular en la música, variaciones que la sirena repetía a lo largo del ritual, llamaban especialmente su atención. Había necesitado la segunda y la tercera citas para poder identificarlas. La fuerza de su sangre le permitía mantener un mayor control mental que los demás oyentes, pero ahora, mientras intentaba separar la canción para hallar aquel motivo familiar, comprendió que era ese mismo control el que iba a tener que rendir, al menos en parte, si quería indagar en las profundidades de la música. De ese modo se aferró a ese motivo, y contra el sentido común permitió que le llevara donde quisiera.

La melodía era la de la brisa del océano, de nuevo el frío Mar de Irlanda. Mirando las aguas desde la costa occidental de Gales comprendió algo sobre aquella palabra, *adref*: aunque la sirena la pronunciaba con el galés prácticamente perfecto de sus días de juventud, la lengua impartía el más leve acento al sonido, una discreta imperfección musical que hubiera reconocido incluso en vida.

Aquel acento delator, las olas solapadas del Mar de Irlanda... La sirena procedía, o al menos había vivido, en la Isla Esmeralda. Con este pensamiento, incontables detalles de la canción mágica se desplegaron ante él como un rico tapiz expuesto a la luz. Ahora veía que cada oyente oiría aquellas palabras, *regreso a casa*, en su lengua natal. De aquel modo la canción se completaba con cada alma perdida a la que llegaba. Se convertía en realmente propia, aunque sin perder la historia de la sirena. Con esta comprensión, las demás tramas de la música acudieron a él, inundándole con una versión más cálida y calmada de aquella mar picada.

Pero Owain se mantuvo firme. No rindió la melodía que *era* la sirena, el ímpetu de la canción que le había atraído en un principio. Su tonada era un lamento, un derramamiento de pesar por un amor perdido, por un hogar que le había sido robado. Suplicaba a los dioses antiguos que habían recorrido su tierra en los primeros días. *Llevadme de vuelta*, pedía. *Llevadme de vuelta al significado y al amor. Tomad de mí estos años sin sentido, el peso del tiempo, el peso del fracaso.*

Las notas le golpearon brutales, y no pudo encontrar en ellas el menor rastro de orgullo u odio. Solo pérdida y sufrimiento. No podía imaginar tal dolor sin amargura, tal tragedia sin recriminación. Era el esquivo toque de la pureza lo que le fascinaba, aquello que estaba a un tiempo tan cerca y tan lejos de lo que él mismo conocía.

La verdadera emoción de la canción se apoderó de él. Nunca había sentido una catarsis como aquella, ni mediante la venganza ni

mediante la victoria o el odio. Incluso en la pérdida, Owain nunca había encontrado más que amargura, jamás nobleza.

Barrido por la desoladora verdad de la canción, fue incapaz de contener las demás melodías. De nuevo acudían a él como un torrente, como el mar que no podía ser rechazado. Le transportaron lejos de la costa para intentar llevarle en direcciones diferentes. Cada melodía deseaba impartirle su visión de la pérdida y la necesidad, del descubrimiento de la calidez.

Una trama le sedujo especialmente y le obligó a seguirla. De algún modo, aquellas notas parecían las más similares a la propia canción de la sirena. La tonada, primero leve y juguetona, después reposada y calmada, transportó a Owain con ella y lo alejó de la costa, lo alejó del pesar de la cantora, sobre Snowdonia y hacia los confines lejanos de las montañas. Rhufoniog, su hogar ancestral, se extendía ante él despojado de las carreteras y puentes modernos. Aquella era la tierra de su niñez. Llenando su visión estaban las murallas de piedra y madera de Dinas Mynyddig, el lugar donde había nacido, las defensas de tierra del trono del poder de su familia. Había conocido aquel escenario como un muchacho, y más tarde como un señor de la noche.

La canción transportó su consciencia hacia las murallas, hacia una ventana abierta. *Adref. Regreso a casa.* Aquel era el hogar para aquella parte de la canción. A través de la ventana podía ver a una mujer embarazada, meciéndose y cantando. Las palabras eran débiles, pero se trataba de una nana que acariciaba al bebé en su útero. El rostro le era familiar. A menudo había visto retratos suyos, pero nunca había recordado el rostro en vida: su madre había muerto poco después de su nacimiento.

Era más adorable de lo que había imaginado. Quería acercarse y tocarle la mejilla, pero su visión no tenía sustancia, solo imágenes y sonidos. Todo, como el agua del mar salpicando su cara, no era más que un truco de su mente. Sin embargo...

Como si tratara de retener agua en las manos, Owain no pudo mantener la visión. La escena se hizo borrosa, confusa, y las notas cobraron fuerza y se hicieron más ricas. Una mujer solitaria se mecía y cantaba en la misma ventana, pero se trataba de una persona diferente. Cosía y no estaba embarazada, una ausencia que daría forma a su vida. La canción era la misma, tan leve que solo la noche la escuchaba. Aquella era la voz por la que Owain, siendo joven, había soportado el frío de la noche. Aquella mujer era su amor. La esposa de

su hermano.

–*Angharad*.

Al pronunciar el nombre la visión desapareció y una corriente lo devolvió al mar. Supo entonces que aquella melodía de la canción que había seguido era la suya. El pesar de la sirena había tocado su alma y había unido su historia a la música. Solo ahora era totalmente capaz de escucharla con una pérdida desprovista de amargura, con un pesar alejado de la ira.

Abrió los ojos. Las gafas de sol estaban cubiertas de lágrimas de sangre.

¡Dios mío! ¿Cuándo fue la última vez que lloré? Acalló sus gemidos, más por vergüenza que por el miedo a ser descubierto, aunque aquello también le preocupaba. ¿Había alertado a los reunidos de su presencia? ¿Había llegado a hablar en alto, o era el nombre parte de la canción, ahora eternamente unida al pesar de la sirena?

Se inclinó hacia delante para ver el santuario a través del agujero. Las ménades acababan de terminar de alimentarse y se estaban retirando de los mortales dispersos. La sirena se movía entre los cuerpos, lamiendo gentil las heridas ensangrentadas, sanando los daños. Se acercó a Albert, que aún seguía arrodillado a pesar del ataque, y al lamer la carne desgarrada del cuello los ojos del Malkavian se abrieron de par en par. Tenía una plácida sonrisa en la cara, lo que era raro en él; normalmente, especialmente cuando sonreía, un brillo demente asomaba a sus ojos. Sin embargo, aquella vez era un retrato de la perfecta felicidad: la cabeza inclinada hacia atrás en los brazos de la sirena, los ojos mirando perezosos *a... a Owain*.

El Ventrue se retiró rápidamente del borde del agujero. Se había vuelto descuidado debido al extraño trauma de las visiones. ¿Le habría detectado Albert en las sombras? No había modo de estar seguro. No todos los Vástagos tenían una visión tan aguda como la suya, pero no podía asumir que aquel no fuera el caso del Malkavian. Desde luego, no acudiría al príncipe. Él y Roger estaban violando los deseos de Benison tanto como el propio Owain. Por supuesto, Roger era el chiquillo del príncipe, aunque no su persona favorita; Albert era un compañero de clan, aunque en aquel momento no estuvieran exactamente congraciados. Owain había descubierto una cosa a lo largo de los años: era imposible predecir a un Malkavian. Benison le había sorprendido en más de una ocasión, y Albert no había dejado de hacerlo desde que le conocía.

Había demasiadas posibilidades, demasiadas cosas en que pensar, y se sentía confuso después de la experiencia. Trató de limpiar sus gafas, pero las manos le temblaban. ¡*Maldición!* Las metió en el bolsillo.

Las otras noches que había estado allí se había marchado corriendo antes de que los congregados despertaran de los ritos, pero aquella también él sentía la necesidad de recuperarse. No confiaba en que su cuerpo le permitiera abandonar en silencio la iglesia, de modo que inspiró para calmarse y esperar. Había mucho en que pensar, pero de momento no quería más que dejar la mente en blanco.

* * *

La noche en la que se había encontrado en el coche quemado, Nicholas había hecho una visita a la finca de Owain Evans. Había saltado el muro exterior, y al saber lo que tenía que buscar había evitado ser detectado. No había alertado a humanos, a perros ni a ghouls. Estaba sobre las ramas de un árbol, fuera de la casa, aguardando. El sol comenzaba a aparecer en el horizonte oriental pero Evans no había salido ni entrado, de modo que el Gangrel se hundió en la tierra para esperar el fin del día.

La noche siguiente había despertado dispuesto a ejercitar la paciencia nacida de generaciones y generaciones de caza. No tuvo que esperar mucho. Evans se marchó con su coche y Nicholas le siguió.

Perseguir un automóvil en medio de la ciudad no era algo en lo que tuviera mucha práctica. Manteniéndose en la medida de lo posible fuera de la vista, había corrido como un Vástago poseído por los demonios, o como uno que intentara correr más que el amanecer. No había duda de que le habrían visto varios mortales sorprendidos, pero para su visión defectuosa no habría sido más que un borrón en la noche. El mayor reto había llegado cuando el coche de Evans había girado para entrar en una carretera que atravesaba el corazón de la ciudad. Una forma parcialmente lupina corriendo por una autopista estiraba la Mascarada más allá de su punto de ruptura, pero a Nicholas no le preocupaba. Había mantenido la pista tomando otras carreteras y atravesando barrios que bordeaban la autopista, adelantándose en algunos puntos y esperando para asegurarse de no haber perdido a su presa. Había saltado por árboles y tejados, cambiando de forma constantemente para conseguir la máxima

velocidad por la ruta más rápida.

Afortunadamente, el coche había abandonado la carretera y se había detenido cerca de un gran cementerio. Cuando Evans salió y siguió a pie, Nicholas se vio obligado a combatir sus instintos, que le obligaban a saltar sobre él. El Ventrue tenía que saber algo sobre la maldición. A pesar de la fiebre estaba convencido de ello, pero había decidido que arrancarle la garganta no era el modo más productivo de descubrir nada. Así que tuvo que seguir tras su pista.

Evans le había llevado hasta una iglesia parcialmente derrumbada, por cuyo campanario había entrado. Era extraño, ya que dentro había otras personas. Decidió esperar.

Había sido entonces cuando el sonido suave de la música le había hecho agudizar los oídos. Era una única voz, tan clara y diáfana como la brisa de la llanura abierta. Ningún pájaro había cantado nunca tan dulcemente. El mismo sonido alivió su hambre, pues después de la larga carrera volvía a sentirse débil y dolorido.

De repente, los edificios a su alrededor parecieron cerrarse sobre él. ¿Por qué se había quedado tanto tiempo en aquella maldita ciudad? Añoraba las zonas amplias y abiertas que la música le sugería. Ni siquiera los parques tenían espacio suficiente en aquel loco y atestado hervidero humano. Ansiaba oír el aullido del coyote, el gruñido del león de las montañas.

Se volvió y huyó de la ciudad. Olvidando su hambre, corrió y corrió hasta que los edificios dieron paso a las colinas, y las colinas a las montañas. Hasta que el sol de Navidad no comenzó a quemar su carne no se rindió al agotamiento y volvió a hundirse bajo la tierra.

* * *

Cuando Roger despertó en la iglesia los demás se habían marchado: los mortales, la bella y pálida cantora, Albert... todos. Aún quedaban dos o tres horas de oscuridad, de modo que no tenía que preocuparse por eso. Se puso lentamente en pie y sus pasos resonaron en el edificio vacío.

No sabía cómo agradecer a Albert que le hubiera llevado allí para descubrir aquel milagro, aquel bálsamo que aliviaba la miseria de su no-vida. Cada noche que acudían y Roger se rendía a la música tenía las visiones más maravillosas. Podía verse fuerte y gallardo. Veía al príncipe saludarle con orgullo, en ocasiones inclinándose ante él. Sin embargo, lo que más le electrizaba era ver a su madre levantarse de

la cama. Le abrazaba y le besaba, y él estrechaba su pequeño cuerpo entre sus brazos.

Mientras la música duraba las visiones eran reales. Roger no quería más que permanecer allí con su madre, abrazándola. La bella cantante pálida le mostraba el paraíso, la vida que llegaría cuando su madre despertara y la Abrazara por toda la eternidad. Sabiendo que aquello podía suceder, que *iba* a suceder, Roger cobraba fuerzas para enfrentarse a los retos de la realidad mundana.

Se acercó hasta el coche para encontrárselo sobre ladrillos. Las ruedas, la batería, hasta la radio había desaparecido.

Le inundó una oleada de rabia. ¿Cómo podían mostrar tan poco respeto por la propiedad de los demás? Olvidó su comentario en aquel mismo instante, ya que un súbito dolor le atravesó el estómago y le obligó a doblarse agónico. Volvieron los temblores, y pudo sentir el sudor sangriento por todo su cuerpo. Deseaba regresar a la iglesia y escuchar la música, pasar más tiempo con su madre en el más perfecto de los mundos.

Se acercó dando tumbos hasta otro coche, un Escort bastante ajado, y arrancó la puerta. A pesar del dolor, tardó menos de un minuto en hacer un puente. Era Nochebuena. Tenía que ver a su madre, y estaba demasiado lejos como para ir andando.

Trató de limpiarse toda la sangre de la cara antes de entrar en Peachtree Gardens. Si el vigilante nocturno notaba algo extraño no le dejaría pasar. Dos veces más antes de llegar a la habitación estuvo a punto de caer de rodillas por el dolor. Le ardían las entrañas. Quería alimentarse, pero en los últimos días eso no había hecho más que empeorar las cosas.

Habitación 256. Entró y se acercó a su madre.

Tenía un aspecto más débil y frágil de lo habitual. Se preguntó si debería llevarla a la iglesia. Era posible que la magia funcionara con ella. Sin embargo, si la movía y ocurría algo nunca podría perdonárselo.

—Hola, mamá --dijo suavemente—. Acabo de volver de la iglesia, aquella de la que te hablé y a la que vamos Albert y yo. --Le gustaría oír que estaba yendo a "misa"--. Voy a hacer que te pongas mejor, mamá. Allí hay una sanadora, y vamos a hacer que te pongas mejor.

Tabatha Greene seguía tumbada, apenas respirando, mientras Roger le hablaba de la música maravillosa (sabía que siempre le había encantado la música), sobre corrió iba a ponerse mejor, sobre todo lo que había visto.

Roger descubrió que con solo hablar de aquella melodía su dolor y su hambre disminuían. Podía sentir la curación de la fe. La próxima vez que oyera la canción correría hasta aquí y se llevaría a su madre a la iglesia. Habían esperado demasiado, habían soportado demasiadas cosas. La música podía traer el cielo a la tierra. Roger le habló de sus planes.

–Pero de momento –dijo sonriendo–, vamos a mantenerte fuerte. –Como hacía en todas sus visitas, se perforó el dedo y dejó caer cuidadosamente una gota o dos de vitae vampírica en su boca. Esperó a que la tragara como siempre hacía, pero cuando tardó más de lo habitual se inclinó sobre ella y la observó.

Su madre le tosió en la cara. Roger estaba lo suficientemente cerca como para sentir el esputo, pero cuando se limpió vio su mano manchada de rojo. Observó a la mujer, confuso.

Tabatha volvió a toser con más fuerza, de nuevo cubriéndole de sangre. Comenzó a sufrir convulsiones y de la garganta le surgió un sonido ahogado. Antes de que Roger pudiera levantarla para aliviar la respiración, el gemido y los temblores desaparecieron.

La mujer liberó una profunda exhalación, expulsando el último aliento de su cuerpo. Mientras Roger la observaba, paralizado por el horror, la sangre empezó a manar de la nariz, las orejas y los ojos.

Por último se quedó totalmente quieta. El vampiro estaba desolado. Abrió la boca, pero no alcanzó a decir nada. Todos sus sueños, todos sus planes para el futuro, para el cielo en la tierra...

Hundió la cara en la bata de su madre y lloró.

_____ 10 _____

Frank levantó una mano para rascarse la oreja, que aún estaba muy blanda. Después de cuatro semanas había conseguido regenerarla, aunque sufría grandes picores. A medida que crecía el cartílago lo hacía su hambre, molesta al principio e imposible de saciar por completo; después se había hecho más fuerte, punzando constantemente su mente y su cuerpo. Ahora era un tormento continuo. La noche pasada se había bebido a toda una familia

paquistaní, pero no le había ayudado en absoluto. De hecho, al terminar se había puesto tan enfermo que había vomitado prácticamente toda la sangre en la alcantarilla. *¡Los paquis ya no valen ni para comida!*, pensó disgustado y escupiendo al recordarlo.

Que hubiera abandonado la noche pasada los túneles subterráneos era raro. Desde la muerte de Gisela se había mantenido oculto, esperando y observando desde las alcantarillas. Volvió a rascarse la oreja.

Su compañera había intentado matarle, arrancarle la cabeza, y lo hubiera conseguido de no haber escapado. Dos noches después, cuando se había atrevido a volver, el sótano era un charco de sangre coagulada con lo que quedaba de Gisela en medio.

Había escupido al cadáver. *Intenta arrancarme ahora la cabeza, puta.*

Sin embargo, toda la ciudad estaba igual, ya que los vampiros no dejaban de atacarse para matarse los unos a los otros. *¡Qué locura!* Una cosa era la diablerie, y otra aquel frenesí bestial sin control alguno...

Había muchos otros aparte de Gisela que habían caído presa de la maldición. El Fin de los Tiempos, las tinieblas anteriores a la última noche... la Gehena. Los antediluvianos se alzarían y reclamarían a sus chiquillos. Pero Frank estaba preparado. Él y sus hermanos del Sabbat aguantarían el terreno... los hermanos del Sabbat que no hubieran caído presa de la maldición, claro.

Debía ser una treta de la Camarilla para debilitar a la secta antes de la batalla final. ¡Era tan evidente!

Por eso Frank estaba esperando allí esa noche. Había expresado sus sospechas a Herr Himmler, y el Fuehrer había estado impresionado.

–Descubre lo que puedas –le había dicho.

Así que Frank había hecho algunas preguntas y había dejado caer algunos comentarios para ver las reacciones. *¡Ellison y esos Nosferatu de la Camarilla no son los únicos con contactos en la ciudad!* Sus indagaciones le habían reportado más dividendos de los esperados, de modo que aguardaba.

Pasos. Lejanos. Deliberados.

Se apretó todo lo que pudo contra las sombras. Aquella reunión no estaba exenta de riesgos.

El eco de las pisadas se iba acercando lenta, metódicamente, con total confianza. No oía titubeo alguno en ellas, ni pausas. Una figura

comenzó a cobrar forma en la oscuridad.

Frank no pudo evitar un sofoco de asombro.

–*Wilhelm.*

Era el Príncipe de Berlín el que se acercaba a él. Al menos era el más aceptado de los dos aspirantes rivales, aunque aquellos asuntos parecían mucho menos importantes al enfrentarse a tal grandeza.

Los ojos azules de Wilhelm casi brillaban en la penumbra. Su rostro prusiano ligeramente redondeado parecía relajado, y cuando Frank salió de las sombras mostró una sonrisa cálida. El príncipe le ofreció una mano en señal de amistad.

–¿Frank?

Éste se quedó atónito un instante antes de aceptar el saludo. El príncipe aferró con fuerza la mano y la sacudió. Frank volvió a tardar en responder, y al hacerlo lo hizo con demasiado vigor. Wilhelm no parecía notar su piel gruesa y azul. El Nosferatu *antitribu* habían sido incapaz de mantener su aspecto... menos peculiar mientras el hambre le devoraba y le robaba las fuerzas.

–Eres Frank –aclaró el príncipe.

–Yo... sí, sí... –¿Cómo salir de aquella absurda situación?– Claro que soy yo –dijo demasiado abruptamente.

El príncipe no pareció notarlo, ya que seguía sonriendo. Su traje a medida hubiera parecido fuera de lugar en las alcantarillas, pero el hombre se mostraba totalmente cómodo.

Era Frank, el que vivía y recorría todas las noches aquellos túneles, el que se sentía inquieto.

–Y-yo... esperaba a Kleist –tartamudeó– ... o a algún otro. No...

–Cuanto más confundía las palabras más nervioso se ponía.

–¿No a mí? –sugirió Wilhelm.

–Sí. Quiero decir, no. No a ti.

–He oído que tienes noticias importantes –dijo el príncipe, todo encanto y elegancia–, así que decidí venir en persona. Son malos tiempos, y le debo a los Vástagos de Berlín hacer todo lo que esté en mi mano por ellos.

Frank frotó sus manos escamosas. *Ofrécele algo de información y después averigua lo que sabe, se dijo. ¡Herr Himmler me recompensará bien por acabar con la maldición!*

El príncipe esperaba paciente.

–He oído –dijo Frank en voz baja–, que hay una maldición sobre la ciudad. –Se detuvo unos instantes, esperando a que el príncipe presentara su visión de los acontecimientos, aunque seguía sonriendo

expectante--. He oído --siguió--, que no es más que la primera de las grandes plagas enviadas contra los Vástagos antes de... --Se detuvo de nuevo para ver si el príncipe quería contribuir, pero no había nada que hacer-- ...antes del fin de los tiempos, los días oscuros en los que los antiguos entre los antiguos se alzarán para consumir a los jóvenes. --Wilhelm seguía aguardando--. Antes de la Gehena --terminó Frank con una significativa mirada alrededor.

El príncipe aún le observaba, y comenzó a asentir con gravedad.

--Yo también he oído sobre esta maldición.

El Nosferatu esperaba algo más como respuesta, pero eso había sido todo. Expuso sus opiniones.

--Es por nuestra propia culpa --señaló--. Mezclar razas, permitir a los extranjeros que recorran nuestras tierras... No hay duda de que nuestros antepasados estarán revolviéndose en sus tumbas.

--No hay duda --repitió Wilhelm mientras observaba imperceptiblemente el reloj y cambiaba el peso de una pierna a otra.

Un fuerte dolor golpeó el estómago del Nosferatu, aunque no estaba seguro de si se trataba de hambre o de ansiedad.

--La maldición... sé cómo empezó.

El príncipe enarcó las cejas.

Frank se alegró de ver aquel interés, pero el problema era que no tenía ni idea de cómo había comenzado todo.

--Hablé con una vampira... una Tremere muy elevada, muy, muy elevada. No puedo decir su nombre...

--Lo comprendo --concedió elegante Wilhelm.

--Dijo que un antiguo Tremere había invocado una maldición sobre todos nosotros --siguió--. Sobre nuestra ciudad... para acabar contigo y lograr el poder para ellos.

--Ya veo.

--Esta mujer... mi amiga, ayudó a elaborar el ritual. --El príncipe seguía observando atento--. Yo podría encontrar un modo de eliminar la maldición.

Wilhelm parecía claramente impresionado.

--Ése sería un gran servicio para todos los Vástagos leales. No hay duda de que esta mujer... tu amiga, no acepta tales traiciones.

--No, es cierto. Tienes toda la razón --aceptó Frank--. Por eso me lo dijo.

--Por supuesto --asintió el príncipe--. ¿Hay problemas también en la ciudad oriental?

--Oh, sí --respondió Frank--. Los Vástagos enferman, se vuelven

locos, se atacan los unos a los otros –decía mientras se rascaba la oreja—. Algunos mortales también han sido abatidos por la maldición. Los hay que temen que pueda llamar demasiado la atención de los humanos, si es que llegan a verse afectados en grandes cantidades.

–Ya veo. –El príncipe observó directamente a Frank por un instante y después levantó el brazo para poder ver el reloj bajo la manga—. Me temo que debo marcharme, Frank –dijo extendiendo de nuevo la mano—. Has sido una gran ayuda. Si descubres algo más no tendrás problemas en contactar con Kleist, mi hombre. De nuevo, muchas gracias. –Con esto, se volvió y se alejó en la oscuridad, dejando a Frank solo, decidiendo qué había aprendido de su interrogatorio al príncipe.

* * *

¡Idiota! Wilhelm no podía creer que hubiera perdido el tiempo con aquel cretino. Kleist había tenido razón. Otro callejón sin salida. Otro loco con maldiciones y planes Tremere. *¿Se cree ese idiota que no he hablado ya con Etrius en Viena, el más importante de todos los Brujos? Claro que todo el mundo ha sospechado de los Tremere.* Por supuesto, eso no significaba que no fueran la causa de la locura. Por ese motivo había convocado a Maxwell Ldescu, regente de la capilla de Berlín. Le sorprendió que llegara acompañado por Karl Schrekt, el Justicar Tremere.

El problema, aquella maldición, no se limitaba en absoluto a Berlín. Ataques similares de locura y violencia se habían producido por toda Europa, y también en América. Ldescu y Schrekt no habían tenido más remedio que reconocer su ignorancia sobre aquel asunto.

Sus subordinados Tremere por todo el mundo no habían logrado averiguar la causa del mal, o el modo exacto de contagio. No parecía haber un patrón discernible que permitiera determinar a las posibles víctimas. En pruebas con "voluntarios" que eran expuestos a sujetos enfermos, uno podía resultar contagiado mientras otro no. Era posible que los vampiros más antiguos fueran más resistentes, pero ni siquiera eso era totalmente seguro.

Los Tremere solo habían descubierto una cosa cierta al respecto: no se trataba de un mero contagio o de la mutación vampírica de una enfermedad mortal. Adherida a cada víctima, viva o muerta, había un aura de magia malvada; una vil manipulación de la naturaleza con la que los Tremere no estaban familiarizados, una contaminación

sobrenatural de la sangre que devoraba la mente y el cuerpo. Toda la raza de los Vástagos estaba maldita.

Ldescu y Schrekt no habían dicho mucho, pero Wilhelm podía ver que estaban preocupados. No, más que preocupados. Asustados. Por eso les había creído.

El príncipe podía ver la luz de la luna y oler el aire fresco mientras se acercaba a la escalerilla por la que había bajado a las alcantarillas. Frank Litzpar había sido una completa pérdida de tiempo, pero no podía dejar pasar ninguna posibilidad, por improbable que fuera, en una crisis de tales proporciones.

Cuando comenzaron los extraños ataques había sospechado de algún truco de Gustav. El viejo hijo de puta no se detendría ante nada para reclamar lo que erróneamente consideraba "su ciudad". Los Vástagos se pudrían inexplicablemente, muriendo de inanición aunque sus cuerpos estuvieran llenos de sangre fresca. Tenía informes que aseguraban que la maldición había golpeado más fuerte aún al Sabbat. No, aquello era demasiado indirecto para Gustav. El muy imbécil no comprendía más sutileza que la *blitzkrieg*. Demasiado indirecto. Demasiado grande.

Los vampiros de todo el mundo estaban viéndose afectados. Hasta ahora, casi uno de cada cinco Vástagos de Berlín estaban contaminados, y aquellos solo eran los casos de los que tenía constancia. Por lo que había dicho el idiota de Litzpar, la antigua Berlín Oriental donde Gustav aún tenía cierto poder estaba igual, si no peor. Al menos eso mantendría al viejo Ventrue alejado por un tiempo.

* * *

El día de Navidad, mientras las familias de toda Atlanta despertaban para abrir los regalos bajo los árboles, mientras rezaban a los patrones de la fiesta, Jesucristo y San Nicolás, mientras trataban de tratarse bien los unos a los otros a pesar del resto del año, Owain cayó agotado en su sueño.

En aquellos días de iluminación eléctrica interior, ahora que las habitaciones sin ventanas ya no eran un problema, muchos Vástagos preferían dormir en camas, igual que habían hecho en sus días mortales. Otros se aferraban a las viejas costumbres, ya fuera por hábito o por la creencia equivocada de que debían hacerlo, siguiendo las leyendas y las películas.

Owain se encontraba entre ambos extremos del espectro. Su

lugar de reposo era demasiado pequeño como para ser confundido con una cama. Siglos atrás había sido seguro utilizar un ataúd durante el día. Eran relativamente fáciles de esconder, hasta cierto punto móviles si los manejaban criados de confianza y tenían la ventaja de alejar a los mortales supersticiosos, que no querían molestar a un cadáver, especialmente si la muerte se había producido como resultado de la peste o de alguna enfermedad contagiosa. Todos aquellos detalles habían sido para él más importantes que cualquier tradición de los no-muertos.

Sin embargo, tampoco descansaba dentro de una caja de pino. Su "cama", a falta de una expresión mejor, estaba rodeada para proporcionar la sensación de seguridad a la que estaba acostumbrado, pero tenía al menos tres veces la anchura de un ataúd lujoso, con espacio para la cabeza e interior satinado. Owain reposaba en aquella cama con la satisfacción que muchos mortales reservaban para el automóvil. Sabía que había engañado a la muerte. Aquel era el otro lado de la moneda de la maldición vampírica de Caín. No tenía interés en seguir todas las tradiciones de la Parca. Dejaba eso para los hijos de la ciudad moderna, tan desesperadamente necesitados de fabricar tragedias que proporcionaran un asomo de significado a sus patéticas vidas aisladas.

Él no necesitaba buscar la tragedia. Ella le había encontrado una y otra vez a lo largo de los años.

El descanso diurno de un vampiro no era completamente similar al verdadero sueño. En cierto modo, las horas pasaban en reposo. El cuerpo podía sanarse físicamente. Por lo demás, no había exigencias o funciones que emplearan la preciosa sangre. Sin embargo, para Owain no había rejuvenecimiento espiritual, ni sensación de renovación diaria, ni restauración de la energía emocional. Desde hacía siglos, aquel flujo descompensado de vigor le dejaba agotado y apático. A pesar de todo, había llegado a encontrar un cierto consuelo nihilista en las horas de reposo. Si Dios quería exasperarle cada noche de su existencia, al menos pasaría las horas diurnas libre de agravios, aunque no fuera de modo agradable.

Y a veces tenía las visiones.

No eran sueños, puesto que éstos implicaban esperanzas y miedos por el futuro. Pesadillas, quizá. Sueños, nunca. Owain había abandonado hacía mucho la añoranza activa. Se había acostumbrado al dolor sordo de ver que aquello que quería le era arrebatado. Incluso su éxito, pues no había duda de que había logrado riqueza, influencia

y longevidad, ésta última sinónimo de poder para los vampiros, le parecía hueco.

Ahora, hasta sus horas de dulce negación eran interrumpidas.

Primero solo vio una bruma, una niebla fría, estancada, quieta. Poseía una cualidad intemporal, como podía haber tenido la niebla de la nada anterior de la creación, o la que abrazaba una roca yerma mucho después de que el hombre y sus maestros ocultos hubieran destruido su único mundo.

Lentamente vio movimiento, un destello en la penumbra que revelaba una colina por encima de las nubes. En la ladera había un cayado de madera, alto y recto, tallado de modo que una mano humana pudiera aferrarlo y apoyarse en él. Estaba rodeado por una sensación de estabilidad, y se encontraba embebido en la tierra tan profundamente como sin duda había estado la espada en la piedra.

Alrededor del cayado comenzaron a arremolinarse las brumas. Uniéndose a la danza primordial, el bastón giró y se dobló lentamente. En su coronación las hebras de madera se apartaron las unas de las otras, extendiéndose en distintas direcciones. Mientras las ramas ascendían en meandros hacia el cielo, apartando aún más la bruma, brotes tiernos comenzaron a surgir por todas partes, formando pequeñas hojas redondeadas.

Siguiendo la línea de las ramas la niebla no dejaba de dispersarse, hasta que los rayos brillantes del sol bañaron al árbol sobre la colina. Mientras las hojas diminutas se extendían ante la luz, surgieron flores delicadas que se abrieron para mostrar sus colores blancos y rosados.

Owain lo contemplaba todo como si se encontrara sobre la colina, pero el sol no cegaba sus ojos ni quemaba su piel.

Entonces una sombra cayó sobre él. Un elevado montículo surgió de las brumas circundantes y engulló la luz del sol. Sus faldas eran verdes y formaban viejas terrazas, oscuras y siniestras. La sombra se hacía cada vez más tenebrosa, hasta que el árbol no fue más que un recuerdo.

Sobre el montículo se erigía una torre de piedra, una capilla sobrevolada por los cuervos. Las nubes se congregaban espesas sobre ella, y los rayos eran claramente visibles atravesando el vapor. Los truenos hacían temblar la tierra.

Owain se encontraba dentro de la torre, aunque no había dado un solo paso. La cruz de piedra sobre el altar comenzó a agitarse en su base, y desde lo más alto de la estructura no dejaba de caer polvo.

Varias palomas escaparon volando.

Otro trueno volvió a sacudir la tierra, que se movía por cuenta propia, rugiendo y temblando. La cruz se derrumbó con un gran estrépito, haciéndose pedazos contra el suelo de piedra. La roca y el mortero comenzaron a rajarse y a caer desde lo alto, pero Owain se quedó inmóvil, incapaz de moverse o de escapar.

Desde abajo el mundo también se cerraba mientras el suelo no dejaba de agitarse y de crecer, derribando al vampiro. Las losas de granito se partieron ante el empuje de la tierra. Arriba, la torre se agitó una última vez y se derrumbó sobre sí misma.

* * *

No había sido la Navidad más agradable que Eleanor recordara. No se había producido absolutamente ninguna reunión de vampiros. Había mencionado varias veces a Benison la ausencia de celebraciones, pero no había conseguido más que hacer que se marchara refunfuñando. Que aquellos problemas se produjeran en esta época era toda una contrariedad.

Eleanor ya había superado numerosas dificultades. Antes de casarse con Benison, mientras servía como arconte para el Justicar Baylor, su sire, había resuelto disputas entre clanes, había aplastado insurrecciones civiles entre Vástagos y ganado e incluso había perseguido a un mago renegado y al demonio que lo había poseído. Sin embargo aquello, la maldición, era con mucho lo peor que recordaba.

Había recibido un mensaje de Baylor, que estaba en Chicago tratando de aclarar el laberinto político de la ciudad. Cuando parecía que ya se había alcanzado un delicado equilibrio de poder entre los aspirantes a convertirse en príncipe, todas las facciones se habían visto afectadas por repentinas vacantes al sucumbir los vampiros a la maldición o al esconderse de ella. La estabilidad se desmoronó como un castillo de naipes. Reinaba la anarquía, y los lupinos y el Sabbat no dejaban de acechar desde las tinieblas.

Baylor le había confirmado que los problemas no se producían solo en Atlanta, ni en Chicago. Había habido conflictos en el nordeste del Sabbat y en Miami. Las guerras de bandas estaba enconándose en Los Ángeles, ya que los barones anarquistas trataban de alcanzar una posición de poder. Incluso en Europa, normalmente más tranquila, las bajas eran terribles.

Pero no había motivo para cancelar las celebraciones.

Eleanor había dicho que en tiempos de crisis el cumplimiento de los rituales y ceremonias era aún más importante, pero no había logrado convencer a Benison.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando el príncipe atravesó el salón, observó las magnolias y acebos sobre el mantel y los aplastó.

–¡Creo haber dicho que no quiero nada de esto en mi casa!

–Nuestra casa, cariño –respondió calmada Eleanor. Estaba claro que su querido Benison estaba mortalmente preocupado. Veía la ciudad que había construido hacerse pedazos a su alrededor, y no parecía haber nada que pudiera hacer para evitarlo. Un ataque del Sabbat o una revuelta anarquista que aplastar, lupinos a los que combatir hasta la muerte, un usurpador de su título al que descuartizar poco a poco... Sin embargo, aquella misteriosa maldición podía golpear a cualquiera, podía... podía distraer al príncipe. Sin embargo, se recordó, no era culpa suya que Benison no hubiera visto aquel acebo antes de sentarse; no iba a permitir que le robaran el resto de las fiestas, o lo que pudiera salvar de ellas–. Quitaré los adornos de Navidad en Año Nuevo, como todos los años, y ni un día antes.

El príncipe se encendió. Levantó un dedo, pero al final lo bajó y salió dando un portazo de la habitación. Eleanor comprobó que el matrimonio no le había venido tan mal. Ningún mueble roto, ninguna ventana destrozada. A veces se preguntaba cómo había podido dirigir aquella ciudad antes de que ella llegara.

Desde la puerta principal de Rhodes Hall llegó un golpe fuerte, y pasaron unos momentos antes de que recordara que los tres criados ghouls habían muerto de forma espantosa, por no mencionar al pobre Alex Horndiller. Era muy difícil encontrar servicio de confianza. No había duda de que Benison no estaba de humor para recibir visitas aquella noche, de modo que solo quedaba ella para encargarse del asunto.

Mientras giraba el picaporte la puerta se abrió de golpe. Se apartó ágilmente de un salto, pero apenas logró evitar ser alcanzada. En el vestíbulo apareció Roger llevando algo en sus brazos... *¡Dios mío!*, un cuerpo.

–Eleanor, estás aquí –dijo el joven con su voz de barítono–. Bien. –Su rostro estaba marcado por los rastros secos de unas lágrimas de sangre. Tenía un lado de la cabeza también cubierto de sangre, pero ésta era fresca. ¿Le salía de la oreja? No estaba segura. A pesar de

su aspecto desastrado, Roger hablaba con una fuerza y una confianza que no había visto nunca en él—. Cierra las puertas y tráeme el rifle. Los yankees han entrado y no tardarán en llegar aquí. --La Ventrue no tuvo oportunidad de detenerle antes de que la atravesara con el cuerpo muerto en los brazos y se dirigiera hacia el salón—. Este pobre muchacho ha recibido un disparo en el estómago. Trae algunas toallas. Y whisky. Igual le hace sentirse mejor.

Eleanor no tenía idea de lo que Roger estaba haciendo, pero lo peor es que le había llenado el salón de sangre y de barro, y que había dejado el cuerpo del "pobre muchacho" sobre el sofá de color crema.

Roger se volvió y vio a Eleanor atónita en el umbral.

--¡Mujer! --gritó—. ¿Estás sorda? ¡Tráeme mi rifle, las toallas y el whisky!

Aquel fulgor violento en sus ojos le era totalmente ajeno.

--Enseñaré a esos malditos yankees a entrar en mi ciudad --exclamó—. ¡No lo toleraré! ¡Ni por un instante! --A falta de toallas, comenzó a rasgar el tapizado para limpiarle la frente al cuerpo—. ¿De qué vale una esposa si no sabe recibir órdenes? --preguntó en voz alta.

¿Una esposa?

Las palabras sorprendieron a Eleanor casi tanto como ver el tapizado francés empleado como vendaje. Roger tenía algún problema. No parecía delirar exactamente, pero su actitud y su comportamiento con ella, la indignación que ardía en sus ojos... Era casi como ver...

En ese momento Benison apareció como un ciclón por las escaleras, haciendo temblar la lámpara del salón con sus pisadas.

--¿Qué es lo que ocurre aquí, en nombre de Mateo, de Marcos y de Lucas? ¿Qué es todo este ruido en mi casa? --La melodramática llegada de Roger no había hecho mucho por mejorar su humor--.

¿Roger? ¿Has perdido el juicio? --El príncipe no solía ocuparse de su chiquillo ni en la más favorable de las circunstancias, y aquella desde luego no lo era. Benison había abrazado a un héroe de guerra mortal, a un combatiente temerario, y había conseguido un vampiro cobarde y contemplativo.

Roger se dio la vuelta para volver a gritar a Eleanor y se detuvo, ligeramente confuso, al ver a Benison avanzar como una locomotora.

Eleanor trató de contener a su marido.

--Benison, yo no... --El príncipe ya le había apartado a un lado.

–¿Qué significa esto? –exigió encarándose con Roger.

El chiquillo observó el cuerpo a su espalda tendido sobre el sofá; no era un "muchacho", sino una mujer pequeña de cabello canoso y piel negra como la suya. Se sorprendió aún más, perplejo.

Benison pareció reparar entonces en el caos, el barro, la sangre, y por fin en la mujer. Aunque el cuerpo estaba limpio, vestía una bata de dormir llena de sangre seca. El hedor de la muerte rodeaba su forma inerte. El príncipe perdió la poca paciencia que le quedaba.

Empujó a Roger a un lado y se acercó al cadáver.

–¿Cómo te has atrevido a traer...?

En el instante en que Benison puso la mano sobre el cuerpo, la rabia pura retorció el rostro de Roger. Eleanor vio el cambio y trató de prevenir a su marido, pero el joven golpeó demasiado rápido. Conectó un poderoso puñetazo contra la mandíbula del príncipe, haciéndole caer de rodillas.

–¿*Qué cómo me atrevo?* –rugió—. ¿Cómo te atreves *tu?* ¡Invadir mi hogar!

El príncipe se quedó arrodillado un instante, más confuso que aturdido. Se puso en pie lentamente y se estiró hasta alcanzar toda su altura.

–Benison –dijo Eleanor con urgencia–, cree que eres tú.

El príncipe pudo o no haber oído a su mujer. Con un movimiento veloz como el rayo, dio un revés a Roger que lo mandó volando sobre la mesa del salón. La lámpara que había sobre ella cayó al suelo mientras el Malkavian se estrellaba contra la pared, abriendo un boquete a través del yeso y la roca. Dos cuadros cayeron de las paredes, explotando los marcos y el cristal en cientos de fragmentos.

Benison avanzó hacia su chiquillo. Necesitaba una pelea, y estaba dispuesto a terminar aquella.

Roger se apoyó contra el muro, aturdido y parpadeando. Tras unos instantes de confusión, miró alrededor de la estancia lentamente, como si la observara por primera vez.

–¿Príncipe Benison? –preguntó con voz dubitativa—. ¿Sire?

Eleanor se dirigió hacia su marido y le puso una mano en el hombro.

–Benison...

Su presencia, su toque, tuvieron un efecto calmante. El príncipe se quedó quieto, pero no abrió los puños ni apartó la vista de Roger.

Éste, de repente, gritó y se dobló por el dolor. Cayó de rodillas para terminar derrumbándose sobre el suelo, llorando agónico.

Eleanor quiso acercarse, pero Benison la detuvo.

–Puede ser un truco.

La Ventrue observó mientras su marido se acercaba, preparado para atacar si aquello no era más que una trampa.

–¡Haz que pare! ¡Haz que pare! –gritó el chiquillo–. ¡Sálvala, sire! ¡No es demasiado tarde! ¡Sálvala!

Benison se inclinó sobre él. Había visto demasiadas veces aquello en las últimas semanas como para no reconocerlo. La agonía podía terminar de un momento a otro, o prolongarse durante días. Trataba de mantenerse calmado, algo muy difícil después de un estallido de temperamento.

–Roger. Chiquillo. ¿Puedes oírme?

–*Sálvala* –suplicaba éste. Sus ojos, cerrados hacía un momento, estaban abiertos y llenos de dolor y urgencia–. Sálvala.

Benison miró hacia atrás y vio a Eleanor observando el cuerpo. Conocía muy bien la muerte, y esa mujer había fallecido hacía varios días. No había modo de salvarla.

–¿Quién es? –preguntó, incómodo ante una pregunta personal.

–Mi madre –murmuró Roger, apenas sin habla–. Sálvala. Llévala a la iglesia. Que escuche la música.

Durante la siguiente media hora, Eleanor y Benison observaron cómo Roger, entre debilitantes oleadas de dolor, divagaba sobre su madre y sobre la curación de la fe, sobre la joven pálida y la vieja iglesia en Reynoldstown, sobre la canción más bella que curaría todos los males.

Eleanor se sintió conmovida por aquella demostración emocional. Hasta cuando abandonó todo rastro de lucidez no dejaba de asegurarse de que alguien cuidara de su madre. A pesar de estar poseído por la locura de la maldición, trataba de salvarla. Pero ya era demasiado tarde. Tarde para ella y para Roger. No había nada que hacer.

Como tantos otros, el joven Malkavian terminó sucumbiendo. La cabeza se inclinó hacia atrás y la sangre empezó a manar por todo su cuerpo. Mientras era tomado por la muerte definitiva y su cadáver empezaba a descomponerse, Eleanor vio el rostro de Benison endurecerse y formar profundas arrugas en la frente. Se acercó a su marido y le puso la mano en el hombro. Él respondió volviéndose para mirarla.

–Era débil –dijo con gravedad–. Era débil y su sangre es reclamada por la tierra. Dios nos libre de la maldición. –Se puso en pie

y abandonó la estancia sin decir nada más.

Mohammed estaba preparado para cualquier problema. En realidad, casi los ansiaba. Hacía menos de una hora había oído que una pareja de la Hermandad estaba en el museo, en el Museo Afroamericano de California en el que tanto había trabajado hasta verlo en pie. No pensaba tolerarlo. Bravo, el Hijo de la Cripta que había llamado, dijo que los miembros de la banda rival estaban acosando a la gente alrededor del edificio, y que habían llegado a romper algunas cosas. No parecían tener prisa por marcharse, y la policía no se había molestado en aparecer.

No podía dejar de comprobarlo. Los policías de su baronía sabían que ciertas zonas, decididas por él, eran de alta prioridad: el museo, el Parque de Exposiciones en general y el campus de la USC al otro lado de la calle. Iba a pedir explicaciones y alguien iba a pagar por aquello.

Bravo era un mortal, pero conocía la existencia de los Vástagos y estaba en línea para convertirse en ghoul. También había dicho que los dos vándalos eran vampiros, y que se quedaría escondido vigilándolo todo hasta que llegara ayuda.

Y ahí estaba. Mohammed había decidido que sería bueno para la moral de los Hijos de la Cripta que en medio de la paranoia y la histeria apareciera en público y se encargara personalmente del problema. La Hermandad debía saber que no podía darle por muerto. Junto con otros dos vampiros, dos ghouls y ocho pandilleros mortales habían saltado a cuatro coches y conducían por la Autopista del Puerto. Estacionaron en doble fila (*como si la poli fuera a arrestarnos*) y atravesaron rápidamente el parque hacia el museo. No tenía a su lado a sus mejores hombres, pero lo que le faltaba en calidad lo suplía con cantidad.

Organización, pensó. No se puede mantener el orden sin organización. Tampoco podía mantener la organización con la mitad de sus vampiros y sus ghouls muertos o escondidos de la llamada maldición.

Quizá sí sea una maldición.

Al principio había sospechado de alguna enfermedad, por el modo

de extenderse y porque muchos de sus subordinados habían mostrado una progresión de síntomas similar. En los cincuenta, cuando aún no había sido Abrazado, dos misteriosas plagas barrieron al Sabbat y acabaron con un tercio de sus efectivos.

Las organizaciones de Mohammed superaban esas bajas. Entre sus seguidores clandestinos del Sabbat, las pérdidas rondaban el ochenta por ciento, peor que en algunas manadas de guerra suicidas. Sus bandas de ghouls y vampiros rondaban solo el cincuenta por ciento, lo que seguía siendo devastador.

Había intentado tomar precauciones. Tenía amigos en la escuela de medicina de la USC, y había hecho examinar una de las víctimas disecadas. Una prueba tras otra no habían arrojado resultado alguno. Además, si se trataba de una enfermedad, el doctor había señalado que los mortales también deberían verse afectados. Seguía sin tener ni idea de lo que pasaba.

Después de que Francesca perdiera su larga batalla contra la maldición, Mohammed había quemado la casa de Watts. Nadie se extrañaría por un edificio incendiado más en un barrio lleno de conflictos. *Fuera lo que fuese esa maldición, que muera con Francesca.* Él había vuelto a su cripta en el cementerio del parque Inglewood, el motivo del nombre de su banda, abreviado para la mayoría de los mortales. Hasta cierto punto había estado ocultándose, intentando reagruparse, conferenciando con sus lugartenientes recién ascendidos, como Kenny y Marqués, que estaban con él aquella noche. Aquel era otro motivo por el que era necesaria aquella demostración, para que todos supieran que Mohammed al-Muthlim era aún el dueño de su baronía. Los dos intrusos iban a desear no haber oído nunca su nombre.

Mientras el grupo descendía a la enorme plataforma hundida del Parque de Exposiciones, Mohammed apretó con la mano la pechera del chaleco. Hacía calor más que suficiente en L.A. para las mangas cortas (a pesar de faltar solo tres días para Año Nuevo), pero las camisetas no podían ocultar las dos estacas de madera que sentía ahora contra su pecho. Aquella noche no habría piedad. Los hombres de Salvador iban a conocer el verdadero infierno.

A pesar de ser medianoche, el jardín de rosas no estaba vacío. Frente a ellos un grupo de ejecutivos hispanos reía en alto, probablemente volviendo a casa después de un partido de los Clippers. Cerca, una joven pareja daba un paseo romántico, mientras que en una calle paralela, a la derecha, un grupo de estudiantes con

mochilas se dirigía a... ¿a clase? No a aquellas horas. El vello de la nuca se le erizó.

—¡Al suelo! —gritó mientras se ponía cuerpo a tierra.

Algunos de sus hombres obedecieron sin titubeos, y aquellos que no lo hicieron fueron destrozados por la lluvia de balas que llegó desde su flanco derecho. Los "estudiantes" habían tirado las mochilas y habían abierto fuego con armas automáticas hasta entonces ocultas.

De momento, los rosales proporcionaban una cierta cobertura. Sin embargo, no les ocultarían de los ejecutivos que tenían frente a ellos, y que en aquel momento se llevaban la mano a la chaqueta.

Al menos cuatro de los mortales de Mohammed habían sucumbido al asalto inicial. Los que quedaban estaban tratando de devolver el fuego, pero apenas podían asomar la cabeza.

Mohammed, que no quería verse atrapado por los hispanos, saltó a la izquierda para ocuparse de la "joven pareja", que sin duda estaría sacando las armas para freír a los Hijos de la Cripta. A mitad del salto recibió un balazo en la espalda, pero logró aterrizar junto a la pareja.

Los dos, meros adolescentes, parecían aterrorizados por los disparos. Dudó de que se tratara de miembros de la Hermandad, pero no había modo de estar seguro. Golpeó al chico con un puñetazo ascendente que le separó el cráneo de la columna vertebral. Aterrizó entre los rosales, a varios metros de distancia.

A la chica la atrapó al tiempo que varias balas se hundían en su pequeño cuerpo. La fuerza de los impactos le alejaron de Mohammed. Puede que sobreviviera, pero de momento no causaría problemas.

Los disparos habían procedido de los ejecutivos y sus pistolas semiautomáticas. Sus otros dos vampiros, Kenny y Marqués, dirigían un ataque contra los estudiantes, algunos de los cuales estaban ocupados recargando. Decidió encargarse de los trajeados.

Se lanzó de nuevo al aire, retando a los hispanos a dispararle. Aceptaron. Una bala tras otra atravesó su cuerpo, pero peor aún fue la escopeta de cañones recortados que uno de ellos había sacado de debajo de la chaqueta. El arma disparó, pero no con la habitual explosión de plomo.

La estaca de madera de treinta centímetros disparada a bocajarro se hundió en su pecho.

El vuelo del vampiro le hizo caer sobre los cuatro pistoleros, derribando a dos de ellos. Durante un segundo creyó estar paralizado por la estaca, pero el matón había fallado y no había atravesado el corazón.

Sin embargo, cuando trató de ponerse en pie le falló el brazo izquierdo, con algún músculo o tendón vital destrozado. Solo consiguió girarse torpemente. Los dos trajeados que aún quedaban en pie titubearon, pues no conseguían un disparo claro. Tiempo suficiente para que el vampiro le arrancara la pistola a uno de los atacantes derribados y disparara contra los otros. Los dos matones trastabillaron y cayeron de espaldas.

Uno de los dos caídos en el ataque inicial aferró la estaca que sobresalía del pecho del vampiro y la movió a un lado. Una terrible agonía desgarradora recorrió todo su costado izquierdo mientras sus ojos se llenaban de manchas de colores.

Perdiendo una enorme cantidad de sangre por sus numerosas heridas, disparó a ciegas hasta vaciar el cargador. Las manchas del caleidoscopio se hicieron mayores, más brillantes, hasta que sus bordes se unieron...

Se encontraba observando las estrellas en el cielo. *¿Estrellas? Estamos en L.A.* Las únicas estrellas que se podían ver en aquella ciudad eran las de Sunset Boulevard. Parpadeó con fuerza y las estrellas comenzaron a temblar y a bailar a su alrededor. Tardó un momento en comprender que había quedado inconsciente. *La emboscada...*

Se llevó la mano a la estaca en el pecho y todo volvió a él inmediatamente, incluso de forma demasiado vivida. ¿Cuánto tiempo llevaba fuera de combate? El tiroteo parecía haber terminado.

Entonces oyó un disparo aislado, no muy lejos. Otro.

Si la Hermandad había vencido le estarían buscando y darían con él de un momento a otro. Trató de encontrar en silencio alguna pistola cercana. Si tenía suerte era posible que aún le quedaran algunas balas.

Cada centímetro que se arrastraba provocaba horribles temblores en su costado izquierdo. La acera de ladrillo estaba cubierta de sangre, suya y de los mafiosos.

Los círculos volvieron a bailar de nuevo. Tuvo que pararse, pero la pistola parecía tan lejana...

—¡Mohammed!

Le habían detectado. Otro disparo cercano.

Intentó ignorar el dolor e hizo un último esfuerzo por alcanzar el arma, pero se derrumbó nada más empezar. Había perdido demasiada vitae. Demasiado débil. Lamió desesperado la acera. Si pudiera conseguir suficiente sangre...

Unas manos le aferraron y le dieron la vuelta.

–¡Mohammed! –Marvin, ahora un ghoul debido a la falta de personal, pareció aliviado y levantó a su *domitor* hasta ponerlo en pie–. Ya estás.

Cada movimiento era pura agonía, y estuvo a punto de volver a perder el conocimiento. Después de apoyarse revisó rápidamente la escena. Muy pocos de los suyos seguían en pie.

–¿Y los otros? –dijo con los dientes apretados.

–Rodney está muy mal, igual que Kenny y Marqués, aunque viven, como tú. Todos los demás, salvo Johnny y Pancho, están muertos. Rico ha palmado. Cosquillas igual. Ey, ¿sabes por qué le llamaban Cosquillas? –dijo riendo, aunque calló inmediatamente al ver la mirada furibunda de Mohammed.

Se giró para comprobar la espalda de su jefe y dio un golpe en la punta de la estaca que sobresalía. Mohammed gimió y maldijo.

–Marvin –susurró, demasiado débil para enfurecerse–, ¿ves la estaca?

–Sí. ¿Quieres que te la saque? –dijo extendiendo el brazo.

–Tócala otra vez y eres hombre muerto.

El ghoul detuvo la mano y decidió usarla para rascarse la barbilla.

Mohammed se apartó de aquel estúpido, un doloroso acto de voluntad, y logró mantenerse en pie por su cuenta.

–Busca a Bravo –le dijo–. Tráele como sea a la casa en Comrie Road, en Inglewood. ¿Sabes cuál te digo? –Marvin asintió–. Quiero saber si me la ha jugado o si le han engañado.

El ghoul volvió a asentir y se marchó para cumplir las órdenes. Mohammed se reunió con los demás. Sabía que aquellas heridas iban a tardar en curarse. Había perdido mucha sangre.

Pancho y Johnny estaban intentando ayudar a Rodney, Kenny y Marqués. El suelo estaba cubierto de cuerpos y casquillos vacíos. Los rosales y arbustos atrapados en la pelea no hubieran estado peor después de una plaga de langostas. Las flores y las hojas se pegaban a los cadáveres ensangrentados y en algunas partes los arbustos estaban totalmente desnudos, o directamente arrancados del suelo.

–Mira esto, boss –dijo Pancho señalando uno de los cuerpos. Mohammed lo reconoció inmediatamente. Jorge Ramírez, primo y ghoul de Jesús Ramírez, mano derecha de Salvador y líder de hecho de la Hermandad mientras éste estaba en cualquier otra parte. Justo como había sospechado. Ahí estaba la prueba que necesitaba.

Sin más dilaciones, los supervivientes se dirigieron hacia los

coches. Después de un tiroteo como aquel la gente se quedaría bastante tiempo alejada, pero Mohammed no quería estar por la zona. Apenas eran capaces de llegar hasta los coches. Mohammed, con Rodney gimieando y casi inconsciente en el asiento de atrás, estaba furioso. Había sido llevado de la mano hacia una trampa. Ya hubiera sido una traición de Bravo o un engaño, debería haberlo visto venir. Sin embargo, el estacionamiento ni siquiera era territorio en disputa. Estaba firmemente en manos de los Hijos de la Cripta, lejos de los terrenos de caza de la Hermandad. ¿Qué mejor lugar para tender una emboscada? Habían estado a punto de tener éxito. *A punto*, pensó Mohammed. *Y ahora pagarán por ello.*

¿Pero cómo preparar un ataque tan osado y elaborado con solo diez mortales y ghouls, y sin un solo vampiro?

¿Por qué? Salvo que... ¿Estaría desesperada la Hermandad? *Aquello no fue obra de Salvador, decidió. Nunca hubiera enviado a otros a enfrentarse directamente a su rival No es lo bastante melodramático. No, Salvador debe estar fuera del país o... ¡O muerto!* Saltó ante aquella idea.

En cualquier caso, Ramírez estaba desesperado. Era probable que sus hombres también estuvieran cayendo como moscas. Mohammed no había tenido tiempo de contar los cuerpos. Si los polis estaban pagados (y debía tratarse de una suma inmensa para hacerles superar su miedo por Mohammed) no quería enfrentarse a ellos gravemente herido y sin apoyo real. Sin embargo, aquella noche sería considerada una gran pérdida de efectivos para la Hermandad, probablemente más que para los Hijos de la Cripta, pues la banda de Salvador era mucho más pequeña.

Hicieron una apuesta desesperada y fallaron, comprendió Mohammed, olvidando por un instante las decenas de balas dentro de su cuerpo. *Ahora debo hacerles pagar, por mucho que duela.*

¡Esto es la guerra!

* * *

Owain abrió rápidamente la tapa de su lujoso ataúd la noche de Año Nuevo. A veces se quedaba allí tumbado durante horas, incluso después de despertar, carente de energía o de ánimo para levantarse y afrontar una noche más. No aquel día. Las primeras notas de la canción de la sirena le habían sacado de su descanso.

¿Cómo es posible, se preguntó, *que incluso en mi lugar de reposo*

pueda oírlo? ¿Cómo lo hace? Debo averiguarlo.

Ni siquiera su increíble sentido del oído podía explicarlo. Sin embargo, las probabilidades de que lo descubriera aquella noche no eran muchas. Sus investigaciones objetivas sobre la sirena habían dado paso hacia mucho a la inmersión total en la música. No había duda de que conservaba una cierta curiosidad intelectual sobre aquellos sucesos, como había ocurrido la primera vez que descubrió el rito hacía un mes, pero cuando la canción se apoderaba de él no podía negar las emociones viscerales despertadas. Eran emociones que Owain no había sentido en décadas y que ahora regresaban a él. De repente Atlanta, la misma no-muerte, ya no eran lugares tan horribles.

No había tiempo para afeitarse. Aquella noche tendría que aguantarse con la barba. Cogió una camisa, un chaleco y unos pantalones del armario.

Le sorprendía la energía que sentía. No había conocido aquel vigor desde... no recordaba la última vez. Los hábitos de los vampiros se formaban a lo largo de decenas, de cientos de años. Calcetín izquierdo, zapato izquierdo. Calcetín derecho, zapato derecho. Ni siquiera los menores cambios en la rutina se producían de un día para otro, pero Owain se sentía diferente desde hacía unas semanas. La noche pasada había creído sentir una punzada de hambre. Eso no había sucedido desde... Tampoco se acordaba. Por supuesto, siempre se alimentaba con regularidad porque sabía que lo necesitaba, y ese era el tipo de cosas de las que se encargaba un ghoul como Randal, que actuaba como una madre sobreprotectora. Hacía años que Owain no se veía impelido por el apetito de la sangre. La sensación de la noche pasada le había cogido tan de improviso que incluso había salido a cazar, agazapándose en las sombras en el exterior de una fiesta de puesta de largo hasta que un lustrero aperitivo de la alta sociedad se había marchado a su casa.

Se dirigió rápidamente hacia la planta baja.

–¡Randal! –gritó–. ¡Dile a la señorita Jackson que traiga el coche!

–Buenas noches, señor –respondió el sirviente, siempre preparado cuando Owain bajaba. Siempre estaba arreglado, con el pelo pelirrojo en orden, la camisa blanca planchada e impoluta, la corbata y el vestido negros inmaculados–. Noticias de la Corte Suprema Estatal, señor. Han rechazado atender la apelación del Sindicato Ciudadano respecto a la recalificación. –Se detuvo un momento con expresión preocupada–. ¿Se ha olvidado de afeitarse,

señor?

–No. No lo he olvidado.

–Pero señor...

–Randal, no me provoque esta noche. Ni nunca. ¿Entendido?

El sirviente volvió a detenerse. Sabía que debía alejarse de Owain cuando estaba de mal humor, pero aquello era diferente.

–Sí, señor.

–¿Has llamado a la señorita Jackson?

–¿Perdón, señor? –Seguía una frase más atrás.

–¿Has llamado a la señorita Jackson como te he pedido?

–Aún no, señor.

–¿Y por qué no, exactamente?

–Sí, señor, ahora mismo. –Randal se giró sin más comentarios y abandonó la habitación.

Decididamente, ha llegado el momento de cambiar, decidió. Sin duda.

Había algunos detalles que resolver. Lorenzo Giovanni le había solicitado información sobre algunos Vástagos de Atlanta, y suponía que tenía que agradecer a Benjamín que se hubiera encargado de que el Chambelán de Justicia y la Corte Suprema Estatal hubieran tomado decisiones tan sabias. Un poco de vino dulce para aplacar la quemadura de la carcoma de Benjamín nunca estaba de más. Pero ya habría tiempo para eso más tarde. Los asuntos legales tenían el hábito de alargarse tanto que Owain daba gracias a que su inmortalidad le permitiera verlos concluidos. Además, el Giovanni no parecía tener una prisa excesiva.

Volvió a captar las notas del canto de la sirena. Ansiaba el momento de ver aquellas tierras familiares. *Adref.* Sus pensamientos regresaron a su hogar, pero se recordó que, al contrario que los mortales, y quizá también que Albert y Roger, él no tenía la obligación de atender los ritos de aquella iglesia. Podía ignorar la canción siempre que lo deseara... pero de momento no le apetecía hacerlo.

Necesitaba una noche tranquila y relajada, se dijo. Los últimos días su descanso se había visto asaltado por las visiones de la niebla, el árbol amenazador tomando forma del cayado y todo lo demás.

¿Qué mejor modo de relajarse que satisfacer su curiosidad intelectual?

–Señor –Randal apareció en el estudio con un pequeño trozo de papel–. Acaba de llegar este mensaje de parte del Príncipe Benison. Solicita su presencia en una reunión de emergencia del consejo de la

primogenitura esta misma noche.

La primera reacción de Owain fue pensar en que no le había dado a Randal permiso para abrir la correspondencia oficial. Entonces comprendió el contenido del mensaje.

–Esta noche –dijo con disgusto. El príncipe llevaba varias semanas cada vez más turbado, y aunque estaba escrito que se trataba de una *solicitud*, en realidad era una orden.

Las notas de la canción de la sirena se hicieron más fuertes, como las primeras gotas de una lluvia primaveral que anunciaran la magnitud de la tormenta que se avecinaba.

¡Maldición! Ni siquiera podía alegar que no había recibido el mensaje, ya que las palomas mensajeras de Benison eran tan fiables como el amanecer. Aunque la nota la había recibido Randal, y no él directamente...

Tenía que haber algún modo, pensó. Aquel conflicto entre el deseo y la obligación le había acosado como mortal y durante los primeros años tras su Abrazo. Sin embargo, poco después había decidido que su deber era cumplir sus propios deseos. Desde entonces había hecho prácticamente lo que había querido, aunque últimamente había habido pocas ocasiones en las que hubiese querido *algo*. Aquella era la diferencia con este Año Nuevo.

Técnicamente no pertenecía a la primogenitura. Eleanor representaba a los Ventrue, y estaría más que contenta de no verle. Aún le sorprendía que aquel modelo de propiedad perdiera el tiempo con Benjamín. ¿Cómo lograba excitarla el joven Ventrue? ¿Leyéndole casos de sus libros de Derecho?

Aquello decantó la balanza. Le debía un favor a Benjamín, así que decidió poner a Eleanor de mejor humor no asistiendo a la reunión. Puede que se inspirara para aquello que Owain siempre había creído que necesitaba en realidad, fuera vampira o no: una buena orgía a la antigua usanza.

–¿No debería afeitarse antes de acudir a la reunión, señor?
–preguntó Randal.

Owain le entregó el papel.

–No voy a ir.

Randal no podía creer lo que estaba oyendo.

–Pero señor, el príncipe...

Aquello casi le sacó de sus casillas.

–¿Le gustaría aprobar mi itinerario para esta noche, Randal?
¿Debo enviarle mi agenda semanal para que dé usted su visto bueno?

El sirviente sabía cuándo se había extralimitado.

–No, señor –dijo con absoluta deferencia.

–Eso creía –respondió el vampiro tomando su daga y ocultándola en la vaina del cinturón. El estilete ya estaba en su lugar–. No me esperes levantado. –El Rolls esperaba fuera, y unos momentos después Owain y la señorita Jackson partieron a toda prisa hacia el cementerio de Oakland.

_____ 12 _____

Benison no dejaba de dar vueltas por el recibidor. *¿Dónde demonios se había metido Evans?* Toda la primogenitura estaba presente y esperando en la sala de conferencias. Owain ni siquiera forma parte de aquella reunión. No tenía privilegio de voto, pero el príncipe quería que estuviera presente mientras él instruía a sus seguidores sobre el modo en que iba a salvar la ciudad de la maldición que estaba a punto de destruirla.

Un pensamiento inquietante cruzó por su mente. Owain podía haber caído víctima de la maldición. ¿Qué otra razón podía haber para su ausencia? Sea como fuere, su paciencia tenía un límite. Ya averiguaría más tarde lo ocurrido.

Mientras se dirigía hacia la sala de conferencias reparó en el sonido de los obreros arreglando el muro del salón. La lámpara, los cuadros, la alfombra oriental, el tapizado del sofá... Todo había sido repuesto. En una hora o dos no quedaría señal alguna de que Roger había pasado por allí. Torció el gesto al pensar en su único chiquillo. Desde el principio no había sido más que un gran error. Si volvía a Abrazar algún día aplastaría a su chiquillo con sus propias manos al menor signo de problemas, en vez de permitir que las vejaciones siguieran durante años.

Guarda la correa y échalo a perder, pensó. Ahí había otro caso de indulgencia que contradecía la voluntad divina. No volvería a suceder.

La primogenitura aguardaba sentada alrededor de la gran mesa de nogal. Benison se unió a los reunidos. Bedelia, sentada cómodamente en su silla de ruedas, representaba al clan Malkavian (pues Benison era el príncipe). Su fiel esposa Eleanor tenía el voto de los Ventrue. Thelonious, con el que había tenido incontables discusiones agitadas, representaba a los Brujah. Marlene y Hannah a

los Toreador y los Tremere, respectivamente. Incluso Aurelius, el diminuto Nosferatu cubierto de ampollas, había venido arrastrándose desde su guarida como respuesta a su llamada. No había ningún Gangrel en la primogenitura de Atlanta, aunque sí varios miembros del clan entre los anarquistas.

Las charlas que estaban teniendo lugar se detuvieron cuando Benison entró en la sala. Se acercó con paso firme alrededor de la mesa hacia su asiento en la cabecera, pero no se sentó. Se inclinó apoyándose sobre los puños y observó serio a todos los presentes.

Comenzó a hablar con calma y en voz baja, sin preámbulo alguno. Todos conocían perfectamente la situación.

–Nosotros, Vástagos de Atlanta, siempre hemos tratado de permanecer fieles a nuestro Creador Todopoderoso. Fue mediante el legado de uno de nuestros primeros pecados, el primer asesinato, que nos convertimos en lo que ahora somos. Nuestra obligación, por tanto, es buscar la redención para volver a reunirnos con los deseos de nuestro Padre celestial.

Hizo una pausa, observando el rostro de los reunidos. Sabía que entre la primogenitura había quienes no compartían su visión sobre el papel y las obligaciones de los Cainitas en el gran esquema del universo, pero estaba convencido de que, aunque no aceptaran la explicación, acatarían sus medidas.

–Al ser más que mortales pero menos que divinos, al poder errar, nos hemos alejado de la senda de la redención. Nuestro Señor está disgustado y los Vástagos de Atlanta sufren.

Eleanor y Marlene le observaban cuidadosamente. Thelonious se miraba las manos entrelazadas, Hannah tenía los ojos clavados en la mesa y ninguno traicionaba reacción alguna ante aquellas palabras. Aquello preocupaba al príncipe. Bedelia roncaba suavemente, mientras que la expresión de Aurelius era indescifrable debido a aquellos ojos llorosos y deformes. La primogenitura de Atlanta era estoica y reservada. Benison no se atrevía a predecir sus reacciones.

–Esta maldición que se nos ha impuesto –siguió–, es un fiel reflejo de nuestras transgresiones. Como los jóvenes de la ciudad ignoran voluntariamente los deseos de nuestro Padre, como se complacen en hacer todo aquello que se les prohíbe, sufren el mayor tormento. No siento pena por ellos.

Se produjeron movimientos entre los reunidos. Thelonious, leído pero Brujah al fin y al cabo, tenía claras simpatías hacia los Vástagos más jóvenes. Era posible que hubiera previsto hacia dónde iban las

reflexiones de Benison. Marlene, a través de los "centros de recreo" que controlaba (locales de *strip* y clubes de alterne), también guardaba mucha relación con aquellos Cainitas rebeldes. Tenía mucho que perder de una clientela descontenta.

¡Deben ver el peligro mayor!, Pensó el príncipe.

–Los Vástagos más jóvenes disfrutaban jugando con los límites de la Mascarada, que nos mantiene a salvo del mundo de los mortales. Ignoran las fronteras de caza y siembran el caos por toda la ciudad, pensando solo en ellos mismos. –Enumerar las indignidades sufridas le enfurecía, y se sentía más animado a medida que la agitación aumentaba. Su voz se hizo atronadora–. ¡Abusan de la libertad que les concedo magnánimo!

Golpeó la mesa con el puño.

–¡Se acabó!

Marlene saltó de su asiento y Bedelia despertó con un parpadeo, chasqueando sonoramente los labios.

–Las tradiciones que ridiculizan --siguió con ira creciente--, son el cemento de la civilización de los Vástagos, lo que nos sitúa por encima de las bestias, el baluarte del orden exigido por nuestro Creador al comienzo del tiempo. Aunque he tratado de otorgar libertad para que cada uno pueda seguir su libre albedrío, no seguiré quedándome al margen para ver cómo el hogar que he construido, la sociedad de la que somos irrevocablemente parte, es despedazada por la diversión egoísta de unos pocos. –Volvió a golpear la mesa, acentuando su idea.

Esperó un momento para calmarse. Ninguno se atrevió a interrumpir ofreciendo su opinión, por lo que siguió hablando.

–Desde hoy en adelante las Tradiciones serán cumplidas. Al pie de la letra. Los llamados anarquistas podrán vivir en mi ciudad, pero no lograrán que reine el caos. Obedecerán las Tradiciones y los pronunciamientos del consejo. En caso contrario se enfrentarán al exilio... o a la muerte definitiva.

Thelonious no podía seguir en silencio, aunque a Benison le sorprendía que hubiera aguantado tanto tiempo.

–Pero nuestra ciudad florece gracias a la libertad, Príncipe Benison. Los Vástagos no se someterán a un estado policial. Tendrás una nueva Revuelta Anarquista en la que dispondrán de muchos simpatizantes.

Benison le lanzó una mirada furibunda. *Aléjate de mí, Satanás*, quiso gritar, pero refrenó el impulso. Thelonious hablaba desde la

convicción, no desde la malicia. Sin embargo, él deseaba un mundo sin las lealtades dudosas del clan Brujah.

–¿Qué nuestra ciudad florece gracias a la libertad? –preguntó burlón–. ¿Un Vástago que se alimenta sin parar pero que no sacia su hambre, por mucha vitae que consuma, es florecimiento? ¿Un Vástago que sigue la senda de la sangre a través de la vida de sus ancestros hasta que la locura se apodera de su mente y de su cuerpo es florecimiento? ¿Un Vástago atacado por su propio chiquillo, loco por el hambre, es florecimiento?

Thelonious apartó la mirada. Todos conocían el destino de Roger, y ninguno quería tocar aquel tema. Los estallidos de rabia de Benison eran tan legendarios como mortales.

–¡Yo... digo... que... no! –Los golpes de los puños contra la mesa marcaron cada palabra–. ¡La Tradiciones y las Leyes serán obedecidas! –En sus ojos bailaba un fuego esmeralda que retaba a cualquiera a contradecirle. El silencio cayó sobre la sala y Thelonious volvió a mirarse las manos.

»Éste es el primero de tres decretos –siguió Benison–, y el mero hecho de que tenga que *discutir* que hay que mantener las Tradiciones –dijo lanzando una mirada asesina al Brujah–, nos demuestra lo oscuras que son las noches actuales. –Normalmente el príncipe esperaba, y hasta fomentaba, los debates tensos entre la primogenitura. Muchos amaneceres él, Eleanor y Thelonious habían tenido que interrumpir sus disputas sobre política, finanzas o derechos civiles solo por la aparición del sol. Sin embargo, aquella noche el fervor mesiánico había alcanzado tintes febriles, y solo quedaban justos y pecadores. El príncipe no consideraba aquella reunión un foro de deliberación, sino un modo de exponer ante los líderes de la comunidad las medidas que se habían adoptado y que debían hacer cumplir.

»Mi segundo decreto –siguió Benison–, es éste: que los sin clan entre nosotros, los Caitiff, deberán elegir un clan del que formar parte, pues en caso contrario yo mismo se lo asignaré. A partir de ese momento deberán cumplir todas las responsabilidades y deberes correspondientes. –Se produjo un murmullo de asombro en la reunión. Ni siquiera Eleanor esperaba aquello. Pero había más.

»Si un Vástago rechaza su incorporación a un clan, él o ella será expulsado de la ciudad, y en caso de desafiar el exilio será castigado con la muerte definitiva.

Se produjeron sofocos de asombro.

–Pero Príncipe Benison –dijo Eleanor, siempre cuidadosa de dirigirse adecuadamente a su marido en público–, los anarquistas jamás se someterán a una ley así.

–No busco su consentimiento –respondió, evidentemente irritado por la fuente de la pregunta–. Rechazan nuestros instrumentos de gobierno, y por tanto no solicito su consejo sobre las leyes por las que debemos regirnos.

–Pero eso significará la guerra –insistió Thelonious–. Se rebelarán antes de someterse.

–¡Entonces morirán! –saltó el príncipe.

El Brujah se negaba a claudicar.

–¿Quieres que intervengan los Justicar? Pues eso es lo que sucederá si promulgas edictos arbitrarios como ese. ¿Quieres que vengan a gobernar al considerarte incapaz?

El rostro de Benison estaba enrojeciendo. Thelonious le estaba empujando al borde de un ataque de furia, y todos eran conscientes de ello. Tanto Marlene como Aurelius retiraron un poco sus sillas de la mesa. El Brujah, que vio aproximarse el precipicio, decidió guardar silencio.

Los dedos de Benison se estaban clavando en la mesa. Un temblor furioso se adueñó de él durante un instante, pero trató de mantener el control.

–Estos edictos son cualquier cosa menos arbitrarios, Thelonious –dijo obligándose a sonreír mientras pronunciaba el nombre, aunque no consiguiera más que una mueca de desprecio–. Durante semanas he visto mi ciudad caerse a pedazos. He visto Vástagos enloquecidos despedazar a sus hermanos. He visto una locura que ha llegado al suicidio. He visto la Mascarada disolverse hasta desaparecer. Solo porque tengo influencia entre la policía y solo porque tú, Thelonious, controlas los periódicos y otros medios de comunicación, nuestra sociedad vampírica no ha sido totalmente destruida.

Nadie podía negar la catástrofe que había caído sobre la ciudad, ya que todos habían presenciado el deterioro y la descomposición.

–He visto –siguió Benison–, y mientras apretaba los puños estudiaba, pues ésta no es la primera acción entre los Vástagos o el ganado que ha sido predicha. Aunque actuamos con el libre albedrío con el que nuestro Creador nos obsequió, todas nuestras acciones, todos los desastres que acaecerán, son conocidos.

»"Es el Fin de los Tiempos" –citó–. "Es la Caída de la Sangre. El Día del Juicio".

El silencio volvió a caer sobre la mesa. Todos habían oído al príncipe, en las antiguas plegarias semanales, recitar o leer fragmentos de *El Libro de Nod* que había adquirido. Solo que antes siempre había compartido la Ley, las Tradiciones o los fundamentos de la sociedad de la Camarilla, nunca las oscuras profecías que señalaban el fin de los Vástagos.

–El Tiempo de la Sangre Caída está sobre nosotros –dijo–. Ahí están los más jóvenes Vástagos, cuya sangre es demasiado débil para crear prole. –Hizo una pausa antes de seguir recitando.

»"Y en los últimos días el Maestro tomará una vez más sus Herramientas. El Firmamento temblará y la Tierra misma será partida en dos. Los lugares secretos de la Tierra serán expuestos a los cielos y las criaturas de las tinieblas aullarán a la luz del día. Pues está escrito que Abel era el guardián de la oveja y Caín el que araba la tierra".

»"El Primogénito llega furioso y saca a sus hijos de sus tumbas. Su ira es un martillo, una maza tosca manchada con la sangre del asesino de reyes. Domeña el rayo a su paso".

Hizo una pausa. Las palabras que había pronunciado tenían el peso de las edades, y ninguno de ellos se las tomaba a la ligera, ni siquiera el Brujah.

–No solo hemos ofendido a nuestro Dios –dijo el príncipe gravemente–, sino también a nuestro Padre Tenebroso.

»"Su voz es un viento oscuro que recorre la llanura. Ante su palabra, los cielos se abren y la sangre llueve sobre los surcos que ha preparado. Sus hijos se alzan expectantes con el rostro hacia los Cielos, pero son ahogados por el torrente de la vida. Tal es el precio del hambre".

Ninguno de los presentes buscó la mirada de Benison. Al oír aquellas palabras, las declaraciones atribuidas al escriba de la antigua Primera Ciudad, no parecía tan descabellado que Dios o Caín hubieran considerado adecuado dejar caer su furia vengadora sobre los Vástagos.

–Hemos olvidado los edictos inmemoriales, las costumbres y el orden que definen nuestra existencia –insistía–. Y la misma sangre que debería darnos la vida... –dijo levantando una mano hasta los dientes. Se abrió una herida en la palma y apretó el puño, dejando que la sangre resbalara por su brazo y cayera hasta la mesa– ...es nuestra maldición.

Podía ver que aún había quienes se oponían, algunos que

carecían de su visión y su coraje. Thelonious, momentáneamente intimidado pero firme en sus creencias, observaba la mesa con atención. Aurelius nunca miraba más allá de los deslices del pasado, a pesar de las necesidades de la ciudad. Marlene parecía asustada ante aquellas ideas apocalípticas, mientras que las lealtades de Hannah estaban principalmente con sus maestros Tremere.

¿Cómo pueden ser tan ciegos?, se preguntó. Los miró a todos y lo vio claramente.

–¡Estamos acelerando el Fin de los Tiempos! ¡Estamos invocando la destrucción sobre nuestras cabezas! Estas decisiones no son arbitrarias –volvió a asegurar–. En cualquier caso, están predestinadas. No creo que sea demasiado tarde para regresar a la senda de la justicia. Nosotros abriremos la marcha para todos los Vástagos. Esta ciudad será el faro sobre la colina que los guíe durante los Tiempos Oscuros.

Silencio.

–Los sin clan deben ser sometidos; deben integrarse en los clanes o enfrentarse a las consecuencias. Debemos restaurar el orden natural o enfrentarnos al Fin. *"Entonces Caín quitará el yugo a su buey de ojos rojos, cuyo nombre es Gehena, pues nada podrá contentarle"*.

Eleanor observaba cuidadosamente a su marido, cautivada por la intensidad de sus convicciones. Marlene retiró las manos de la mesa para intentar ocultar su temblor a los demás.

Fue Thelonious el que rompió el silencio, con un tono tranquilo pero desafiante.

–Como primogenitura, debemos votar este asunto.

Benison soltó un bufido. Hinchado por el orgullo y la indignación de la justicia, torció el gesto ante el Brujah.

–Votaremos los decretos *in toto*. Ése es mi derecho.

Miró alrededor de la mesa. Comprendió que se había engañado al esperar el apoyo unánime de la primogenitura. En realidad, ni siquiera tenía asegurados los cuatro votos necesarios para la victoria.

Pero aún quedaba un tercer decreto.

–Un lugar santo de devoción ha sido profanado –dijo, observando lentamente a todos los presentes en busca de cualquier muestra de reconocimiento. No vio nada. Hasta el espantado Aurelius parecía perplejo–. Esto, por supuesto, ha ocurrido sin mi conocimiento, pero hace poco me ha sido comentado. Al este, no lejos de aquí, una vampira desconocida de una línea de sangre poco frecuente ha tomado en secreto refugio en una iglesia abandonada. Allí, en terreno

consagrado, no solo se alimenta sin permiso de los mortales de esta ciudad, sino que lleva a cabo terribles rituales demoníacos. Puede que incluso haya creado progenie sin mi consentimiento, ni el de ningún antiguo. --Seguía observándoles detenidamente--. Os preguntaré esto una sola vez como primogenitura. Una sola vez. --Esperó un momento para que todos comprendieran la gravedad de sus palabras--. ¿Alguien en esta sala conocía esta violación de la Tradición, de la Ley, de la voluntad divina?

No era frecuente que un príncipe pudiera someter a toda la primogenitura de su ciudad a un escrutinio así. Sin embargo, los tiempos eran desesperados y ninguno mostró reacción alguna a la acusación implícita. Objetar ante aquella audacia del príncipe podía ser interpretado como culpabilidad, y en su actual estado mental Benison no parecía dispuesto a perdonar u olvidar ninguna confesión, real o imaginaria.

El silencio se adueñó de la mesa.

--Muy bien --dijo por fin--. Os diré lo que diré a todos los Vástagos de Atlanta mañana por la noche. Tras haber sido concedida la oportunidad de la confesión no habrá misericordia--. El príncipe los observaba atento. --Me encargaré de esta Hija de la Cacofonía. Después de esta noche, su canto de sirena no volverá a maldecir esta ciudad, ni ninguna otra.

Roger no había dado toda aquella información al príncipe. Benison ni siquiera estaba seguro por las últimas divagaciones de su chiquillo muerto de que la pálida cantante fuera una vampira, pero sí le había dado a entender que algo estaba sucediendo, y tenía otras fuentes de información.

Las aparentes conversaciones solitarias de Benison no eran meras excentricidades, sino una poderosa arma en su gobierno de la ciudad: por sus calles y edificios vagaban incontables espíritus. Los muertos sin reposo de la esclavitud, de la Guerra entre los Estados, de la cruzada de los derechos civiles, todos embrujaban Atlanta. De su sire Bedelia había aprendido el arte, o quizá la maldición, de ver y conversar con aquellos espíritus.

Después de la muerte de Roger, Benison había hablado con uno de los Anacreontes, la contrapartida espiritual de la primogenitura de los vampiros. Era a petición de estos fantasmas que Benison había declarado el cementerio de Oakland zona vedada a los Vástagos. El espíritu había hecho averiguaciones entre los suyos y le había informado. Entre lo comentado por Roger y aquellos nuevos datos,

había imaginado el resto. Armado con este conocimiento, estaba dispuesto a rectificar aquella situación.

–¿Canto? ¿Qué hay de malo en el canto? --Todos los ojos se volvieron hacia Tía Bedelia, que repentinamente había cobrado vida y miraba con ojos curiosos--. Me gusta la música, de vez en cuando. Y soy una gran bailarina... --añadió dando golpecitos en el reposapiés de su silla de ruedas.

Benison se sintió confundido por aquella intervención. La palabra de Bedelia era ley para él, e incluso aquel cuestionamiento extraño de su decreto afectó a su seguridad. Quizá la canción de la Hija de la Cacofonía no fuera una maldición para la ciudad. Sintió debilidad en las rodillas. Solo su sire podía haberle producido aquel efecto.

–Quizá, entonces, debemos proceder a votar --sugirió Thelonious, envalentonado con la situación del príncipe--, mientras todos estamos... atentos. --Miró a Bedelia, que tenía una gran sonrisa en la cara.

Benison se lamió los labios resecaos.

–Muy bien --dijo mirando nervioso alrededor de la mesa--. Votaremos los decretos. Los tres al mismo tiempo.

El Brujah se puso en pie.

–Voto en contra --anunció desafiante, aunque inclinando la cabeza en señal de respeto al príncipe--. Aunque admiro los motivos del Príncipe Benison, creo que las medidas no harán más que empeorar la situación, ya difícil, con los anarquistas. Respecto a la intrusa, creo que puede ser tratada con las leyes existentes sobre la violación de las Tradiciones. --Se sentó.

–Yo también voto en contra --murmuró Aurelius con una voz grave que a Benison le recordó al gruñido de un perro salvaje. Al contrario que Thelonious, el Nosferatu no ofreció explicación alguna para su decisión.

Eleanor se puso en pie.

–Apoyo los decretos --dijo con la suficiente incertidumbre como para dejar clara su falta de confianza. Durante un instante pareció que iba a justificar su acción, pero al final no dijo nada y volvió a sentarse.

–Yo voto por lo decretos --dijo Marlene, que aún se sujetaba las manos y sonreía débilmente al príncipe.

Hannah tenía la vista clavada en la mesa y no miró a nadie. De momento guardaba silencio.

Benison miró a Tía Bedelia, que aún parecía muy interesada en todo lo que sucedía a su alrededor.

–¿Madre? –preguntó, expectante.

Dedicó una amplia sonrisa a su chiquillo.

–¿Qué estamos votando?

Benison lanzó un suspiro exasperado. Los demás contuvieron sus murmullos de irritación. El príncipe se frotó la cara para luego empezar a rascarse la barba.

–Estamos votando los decretos --explicó con paciencia--. Los decretos para que los Vástagos respondan por las violaciones de las Tradiciones, para obligar a los ladrones y salvajes Caitiff a que adopten las reglas de los clanes respetables y para destruir al infecto despojo que ha invadido nuestra ciudad para atraer sobre nosotros la ira de Dios.

Bedelia asintió con entusiasmo.

–Sí, es verdad. Sobre lo del canto. Me gusta la música. Voto contra los decretos. –Miró sonriendo a Benison, orgullosa de sí misma.

El príncipe se apoyó contra la mesa y tragó saliva.

–Pero madre, ¿comprendes...?

–Ése es mi voto --saltó poniendo fin a su buen humor--. ¿Ya es de día? --dijo mirando por una ventana inexistente--. Estoy cansada. ¿Puedes peinarme, J. Benison?

El príncipe no oyó a su sire. Se había derrumbado en su sillón. ¿Cómo podía estar ocurriendo aquello? Sus firmes convicciones y sus acciones decididas se estaban perdiendo por el desagüe. La desesperanza se apoderó de él, aplastando su corazón como una presencia física.

–Voto por los decretos.

El príncipe saltó como un resorte.

–¿Perdón?

Hannah, que seguía mirando la mesa incómoda con tantos ojos sobre ella, repitió la frase y guardó silencio.

–Voto por los decretos.

Thelonious, incrédulo, se volvió hacia ella, pero no llegó a articular palabra.

Benison sintió cómo el poder de la convicción regresaba a su cuerpo. Prácticamente saltó de la silla.

–¡Claro que sí! Como yo. La primogenitura de Atlanta aprueba los Tres Decretos de Año Nuevo para que sean cumplidos por mí mismo, J. Benison Hodge, Príncipe de Atlanta, en... --Sacó un reloj de oro que señalaba doce minutos después de medianoche-- ...en el primer día

de enero del año de nuestro Señor de mil novecientos noventa y nueve.

Triunfante, cerró el reloj y comenzó a dirigirse hacia la puerta. Su breve crisis de confianza había sido totalmente exterminada.

—No hay tiempo que perder. Todos tenéis trabajo: informad a cada miembro de vuestro clan, a cada anarquista, a cada Vástago de la ciudad, que mañana por la noche nos reuniremos a las doce en el almacén abandonado que hay frente al cementerio de Oakland. Sin excepciones. *Todos* los vampiros deberán estar presentes. --Se detuvo un instante en la puerta—. Eleanor, cariño, acompaña a los invitados a la salida. Tienes cosas que hacer.

Con esto, desapareció.

* * *

La pequeña aldea, con sus habitantes sin duda dormidos bajo las cubiertas de teja pesada, no podía saber que el barco vikingo de Ragnar Nordstrom se acercaba a la costa. Los nórdicos estaban callados como una tumba mientras el barco se detenía suavemente cerca de la orilla, lanzando ondas concéntricas que distorsionaban el reflejo de la luna llena sobre las aguas.

Los guerreros tenían sus órdenes. En el bote había espacio para doce esclavos que podían ocuparse de los remos, al menos hasta que comenzara a sentir hambre y se los fuera comiendo uno detrás de otro. El cálculo crucial estaba en no secarlos tanto como para que se quedara sin esclavos antes de llegar a la siguiente aldea.

Aquel lugar, La Tierra de Hielo, de nombre extraño debido a sus fuentes de vapor y sus zonas verdes, era el punto más lejano al que Ragnar y sus hombres habían navegado nunca. Las últimas noches habían sido bastante angustiosas, ya que durante muchos días no vieron tierra, y los últimos esclavos irlandeses se estaban acabando. La tripulación, que temía por sus propias vidas, podía amotinarse durante el día, cuando no podía hacer nada por detenerla. Podían haber derrotado a los tres compañeros a los que había convertido en ghouls para protegerle en las horas de sol y haber arrojado al vampiro al fondo del mar.

Posiblemente podría haber buceado hacia abajo hasta alcanzar una profundidad alejada de la luz, acercándose por la noche al barco para cobrarse venganza. Sin embargo, lo más probable es que hubiera perecido en la mar cruel como el pescado en la cazuela.

Aunque la tripulación hubiera logrado destruirle, no tendría oportunidad alguna de regresar. Se habían alejado demasiado de cualquier tierra conocida, y se hubieran enfrentado a aquel vasto mar con suministros menguantes y sin la ayuda de un guerrero formidable como él para ayudarles en la batalla si encontraban civilización.

Seguirían hacia el oeste. Había informaciones sobre una Tierra Verde y sobre una vasta región de ríos y árboles más allá. La sangre vampírica que fluía por sus venas le llevaba siempre hacia delante. Incluso las costas de Irlanda y las montañas de Gales estaban demasiado pobladas para él. *La sangre te cambiará*, le había dicho la bestia que le atacó. Así había sido. El mar era todo lo que había conocido, pero los confines del barco estaban afectando a sus nervios. Puede que simplemente abandonara a su tripulación en aquella Tierra Verde, si era la mitad de exuberante que esta Tierra del Hielo. Si no era así, seguiría hacia el oeste hasta que encontrara una región lo bastante grande para él, y después correría y cazaría bajo la luna, disfrutando de la libertad de los espacios abiertos.

Sin embargo, de momento estaba la aldea.

Parte de sus hombres avanzaron en silencio hasta el otro extremo para cortar la ruta de escape más probable. Todos tenían sus órdenes. Doce esclavos. Todo lo demás era pasto del saqueo.

Ragnar tuvo una extraña revelación y se volvió hacia Sven, el ghoul más cercano.

—Dos esclavos más, Sven —susurró. Se saciaría antes de regresar a la mar, para que los otros doce duraran lo máximo posible. Sven asintió e informó a los demás.

Todo estaba preparado. La aldea dormía pacífica.

Ragnar encendió una antorcha y la levantó: la señal. Con un rugido atronador comenzó el ataque.

Los habitantes de las chozas más cercanas al mar fueron cogidos por sorpresa, durmiendo. En unos pocos minutos, los catorce esclavos estaban atados y había una cabaña en llamas, señal de que ya podían hacer todo lo que quisieran. Un grito victorioso recorrió a los nórdicos.

El aire se llenó de humo y ascuas mientras los tejados de una cabaña tras otras eran prendidos. Los aldeanos que huían no ofrecían resistencia alguna. Los vikingos estaban muy bien armados, y con la ventaja de la sorpresa total estaban aterrorizando y exterminando a la población antes de que ésta pudiera montar una defensa. A los hombres los mataban. A algunas mujeres y niños los detenían para violarlos, pero en ocasiones eran asesinados con la misma brutalidad.

No había muchas riquezas en aquella aldea, así que las viudas y hermanas solían recibir las atenciones de al menos uno de los guerreros antes de ser decapitadas.

Los gritos de las víctimas resonaron en los oídos de Ragnar y le hicieron sonreír. Solo los fuertes y despiadados sobrevivían en aquel mundo, y había descubierto que solo unos pocos elegidos superaban el velo de la muerte, reyes entre los hombres. Cada grito, cada vial de sangre derramada sobre el suelo rocoso, era un tributo a su dominio sobre la vida... y sobre la muerte.

Para su sorpresa, tres aldeanos con espadas habían conseguido reunirse y se encontraban preparados en círculo, protegiéndose las espaldas. Varios vikingos les rodeaban, fintando y acometiendo, aunque aún no habían conseguido romper su defensa.

Ragnar frunció el ceño. *¿Qué esperan conseguir? No pueden salvar a sus mujeres ni sus casas, ni siquiera sus vidas, pero siguen luchando en vez de escapar. Fútil.* Sin embargo, sabía perfectamente que aquello es lo que hubiera hecho él o cualquiera de sus hombres en la misma situación.

No estaba dispuesto a perder a ninguno de sus guerreros antes del viaje que le esperaba por delante, así que se acercó a la pelea, haciendo un gesto a sus hombres para que se retiraran.

Dos de los aldeanos se giraron para encararse con él, mientras el otro miraba hacia atrás, protegiendo sus espaldas.

—Decidle a vuestro amigo que se una a nosotros —dijo el vampiro—. Los otros no atacarán.

Uno de los dos escupió en su dirección y habló con un extraño acento del que solo sabía que era desafiante. Se mantuvieron en su puesto, con las espadas preparadas para defenderse de cualquier ataque.

A su alrededor, los últimos habitantes morían.

Ragnar depositó su escudo en el suelo y dio un paso adelante. Se enfrentaría a ellos solo con la espada. Era más de lo que necesitaba, pero no tenía sentido asumir riesgos innecesarios.

Fintó con su arma, y mientras los dos oponentes reaccionaban se lanzó con cegadora velocidad entre sus hombros, clavando las garras en la parte trasera de la cabeza del que les cubría las espaldas. Tiró de él para apartarlo de sus amigos y le aplastó el cráneo para que todos lo vieran.

Los dos miraban atónitos cómo el cuerpo de su compañero se desplomaba sin vida. Un movimiento de la espada desarmó al

segundo, al que abrió la garganta con las garras.

El tercero bajó el arma, seguro de que no tenía ninguna posibilidad. Ragnar le recompensó con una muerte rápida.

–No está mal –dijo una voz a su espalda–, ¿pero te atreves con un árbol de hoja perenne?

Ragnar se volvió lentamente.

El mundo empezó a girar de forma incontrolable y tuvo que hacer esfuerzos para mantenerse en pie. No estaba rodeado por sus guerreros y el gratificante aroma de las casas ardiendo, sino por las formas borrosas de los árboles y el sonido del agua en la montaña.

–¿Cuál es tu nombre, destructor de árboles? –preguntó la figura.

El suelo seguía girando bajo los pies del vikingo, aunque poco a poco su visión se fue aclarando.

–Mi nombre... mi nombre es Nicholas.

El recién llegado era un Vástago, también Gangrel, por lo que podía ver en sus rasgos lobunos. Además, no tenía el olor fuerte de los hombres lobo.

–Mi nombre es Edward Plumanegra –dijo el otro–. ¿Lo intentarás contra uno que no está enraizado en un mismo sitio?

Nicholas miró tras él. Dos árboles presentaban enormes cortes, mientras otro, uno muy joven, había sido completamente arrancado y estaba tumbado a sus pies.

–¿O solo te gusta hundir tus garras en la savia? –preguntó Plumanegra, acucillado sobre una roca.

Nicholas sonrió y se lanzó contra él.

El vampiro saltó sobre las ramas de un árbol mientras Nicholas volaba a sus pies. Éste aterrizó y se giró, pero no vio señal de su contrincante... hasta que le derribó desde un costado.

Trató de girar y alejarse, pero la presa de Plumanegra era increíblemente fuerte y terminó con él debajo, inmovilizado. A aquella distancia pudo ver que el cuerpo de su rival estaba cubierto de un pelaje oscuro. Las orejas, parcialmente ocultas por la melena negra, eran lobunas, y los colmillos brillaban bajo la luz de la luna. Aparte de arañarle las muñecas, Nicholas no podía hacer nada desde su posición.

–Me rindo –dijo.

–Probablemente sea una buena idea –dijo Plumanegra guiñándole un ojo y permitiéndole levantarse.

Una vez probado su respectivo temple y determinado el prestigio relativo, la reunión entre los Gangrel procedió en términos agradables.

–Pertenezco a la nación Cherokee –dijo Plumanegra–. Las Montañas de la Cordillera Azul son mi provincia, desde Georgia hasta Virginia. Soy amigo de los Garou –proclamó orgulloso para luego encogerse de hombros–, excepto cuando soy enemigo de los Garou. Son bastante imprevisibles.

–Soy un Gangrel de los grandes espacios abiertos –respondió Nicholas–. Huí de Rusia tras la Revolución como mortal, como un Menchevique sin nombre. Estas noches, tanto los bosques de Europa como las llanuras americanas me llaman a su lado.

Normalmente, entre los Gangrel las presentaciones evolucionaban en una historia tras otra, en un intento de superar las heroicidades del otro hasta que los relatos alcanzaban proporciones épicas y mitológicas. Nicholas en particular podría haber narrado muchas de las gestas de sus antepasados (demasiado familiares para él), pero aquella noche tenía otras preocupaciones.

–¿Has oído hablar de la maldición de la sangre que abate a los Vástagos? –preguntó Plumanegra.

Nicholas se puso tenso.

–He oído. –Quiso decir *¡La he sentido! ¡Un hambre eterna! Pasé muchas noches sin saber si era yo mismo, o mi sire, o el sire de mi sire...* Sin embargo, temía alejar de aquel modo la única compañía que había encontrado en varios meses–. Es de esa maldición de la ciudad de la que huyo –dijo.

–¿Has visto entonces la carnicería? –Plumanegra estaba intrigado y quería información de primera mano. Había oído historias de varias fuentes, pero evitaba las ciudades, donde se concentraban los vampiros y donde la maldición había causado la mayor destrucción.

Nicholas le dijo lo que podía recordar de sus semanas de confusión en Atlanta: anarquistas y otros vampiros enloquecidos por el hambre, Cainitas que se negaban a abandonar sus refugios salvo para cazar... No mencionó los delirios, las regresiones ancestrales cada vez más frecuentes. No quería recordarle la batalla contra los árboles que había presenciado.

Por su parte, Plumanegra le dijo que había oído que en una ciudad tras otra estaban estallando guerras entre Cainitas, ya que las estructuras de poder eran devastadas y los más ambiciosos o desequilibrados llenaban los vacíos dejados.

–Otro motivo para mantenerse alejado de las ciudades, digo yo –sugirió.

Nicholas asintió. Se dirigía hacia los espacios abiertos, y sólo había acudido a la ciudad en una misión que, por fortuna, ya estaba terminada.

Los dos Gangrel hablaron hasta el amanecer y se hundieron en la tierra para descasar el resto del día. Por la noche partirían en direcciones diferentes.

_____ 13 _____

Era una noche clara y fresca, y Owain podía ver las estrellas a través de los agujeros en el campanario. Se estaba impacientando. El preludio se estaba haciendo aquella noche mucho más largo de lo habitual. ¿A qué esperaba la sirena? Ya había un buen número de mortales arrodillados en el santuario. ¿Cuántos más necesitaban?

Miró abajo a través del agujero. Aunque utilizaba sus dones vampíricos para ocultar su presencia, se cuidaba de no asomarse demasiado. No le preocupaban los mortales. Tenía cientos de años de experiencia caminando delante de sus ojos sin ser visto, pero sobre los demás Cainitas... nunca se podía estar seguro del alcance de su poder. En el mundo había supuestamente vampiros tan viejos que sus poderes empequeñecían a los de Owain, y a veces eso solo se descubría cuando ya era demasiado tarde.

La sirena, la bella criatura que había devuelto las emociones a su no-vida, no parecía más que una adolescente, pero él mismo no aparentaba más de veinte años. A veces había tenido la sensación de que la mujer sabía que estaba agazapado en las sombras, tomando parte como un mirón del frenesí del ritual, y era posible que así fuera. En ese caso, ¿por qué seguía cantando como si no supiera nada? Puede que no le importara, siempre que ella y las suyas tuvieran la sangre suficiente tras la conclusión de los ritos.

No había modo de averiguarlo, salvo enfrentarse a ella.

Las incertidumbres abundaban. Estaba la noche en la que Albert le había mirado directamente. ¿Le había visito el Malkavian a pesar de sus protecciones? ¿Podía Owain adivinar con certeza lo que cruzaba por la mente de aquel loco? En caso de haberle detectado, probablemente no tuviera mucho que ganar revelando lo que sabía.

Para Owain era mucho más arriesgado tratar de responder a

aquellas preguntas, lo que significaba enfrentarse a los involucrados, que esperar que éstas no llegaran a ser relevantes. Mientras la sirena siguiera cantando no le importaba si sabía o no que estaba allí. Mientras aquellos ritos no fueran de dominio público, daba igual si Albert creía haberle visto una vez en la iglesia.

Comprendió que la incertidumbre era embriagadora. El peligro daba interés a sus noches. ¿Qué emoción había en encerrarse en su casa? ¿Manipular una transacción bancaria para lograr algunos cuantos dólares más? ¿Comprar en secreto otra compañía?

Mientras no actuara de forma *demasiado* descuidada, se recordaba. No tenía sentido tirar casi mil años de supervivencia por un simple viaje emocional. A pesar de todo, valoraba su reencuentro con la exaltación de la vida.

Abajo, la puerta de la iglesia se abrió y apareció Albert. Aquel era el único lugar donde Owain había visto al Malkavian actuar de forma casi respetuosa. Era muy raro verle tratar con reverencia un lugar o a una persona, pero parecía que el canto de la sirena le había afectado como nada que Owain hubiera conocido. También notó que Roger no estaba con él. Se retiró en su escondite. Si la sirena quería retirar su invitación no se podía hacer nada al respecto, y no podía estar todo el tiempo vigilando a Albert. Dejó que la música le inundara sin resistencia.

La joven cantaba con tanta facilidad que parecía que no hubiera más deseo en su corazón. Con los ojos cerrados, el Ventrue podía imaginar su rostro delicado vuelto hacia los cielos con la boca abierta, la mandíbula y la garganta relajadas. Sus fosas nasales apenas se movían cuando inspiraba el aliento necesario para cantar. Reflejando su propia alma, aquellas bocanadas existían únicamente para su música.

Las notas se apoderaron de Owain, alimentando en su interior la necesidad de calidez, de aceptación y confort. Encontró con facilidad la melodía que les pertenecía a ella y a él, y la siguió voluntariamente allá donde quisiera llevarle.

* * *

Antwuan corrió calle abajo. Estaba en el cine con el Pequeño Johnnie cuando había oído la canción del ángel. Al menos no había tenido que salir corriendo estando con una chica. ¿Quién necesitaba una cita cuando iba a volver a estar con Shaquanna en la iglesia? En

otras partes los dos intercambiaban miradas y sonrisas, pero nunca mencionaban aquellas noches increíbles. Sin embargo, una vez comenzaba la música mágica, Shaquanna era insaciable, deseándole una y otra vez, hasta que al final regresaba a casa apenas capaz de caminar. Ya podía sentir su cuerpo cálido contra el suyo, podía oler su aroma, saborear su cuello, sus hombros, sus pechos. El ángel había respondido todas sus plegarias.

Cuando llegó a la iglesia se detuvo en seco, sorprendido por el hombre blanco y grande, de pie en la acera frente al viejo edificio. Tenía el pelo de punta teñido con un rubio casi fluorescente. Prácticamente brillaba en la oscuridad. Frente a él Antwuan era un enano, y eso que no era precisamente pequeño. Nunca le había visto antes, pero nadie reparaba en la iglesia "invisible" una vez iniciada la canción, así que empezó a andar.

Se acercó al hombre dispuesto a saludar con la cabeza y seguir su camino, pero el enorme extraño alzó una mano para detenerle.

–¿Vas ahí dentro, amigo? –preguntó con voz profunda.

–Sí. –Estaba ansioso por entrar.

El muchacho se puso en marcha y el hombre sonrió, le agarró del cuello y se lo partió con la misma emoción con la que espantaría a una mosca.

Xavier Kline se volvió hacia la iglesia abandonada con una enorme hacha atada a la espalda y un cadáver a sus pies.

Así que es esto, pensó. Esto es lo que molesta tanto al príncipe. Quiere que me encargue de algunas coristas. Rió en voz alta. El príncipe siempre tiene lo que quiere.

Hizo un gesto a sus amigos Jacko y Damion, que se unieron a él. Todos sabían que al príncipe no le gustaban mucho los Brujah, pero cuando quería hacer un trabajo sucio no dudaba en pedir ayuda.

–¿Están los demás preparados por si hace falta ayuda? –rió al pensar que podrían necesitar refuerzos. Jacko y Damion asintieron. Se había traído a otros cuatro Brujah, dos de ellos chiquillos suyos, pero el príncipe no tenía por qué enterarse. Kline tenía un chiquillo más, pero la maldición se lo había llevado por delante. *Solo los fuertes sobreviven.*

–Muy bien. Vamos.

Los dos vampiros le flanquearon y se dirigieron hacia la iglesia.

* * *

Aquella noche la canción había tomado un giro extraño, o puede que fuera Owain el que había cambiado, y no la música.

Se había dejado llevar por su melodía, el tema principal que se entremezclaba con las demás notas atándolas, uniendo todas las líneas en una tonada celestial. Por medio de los sonidos podía sentir la profundidad de la privación, la fuerza con la que aún movía a la sirena aquello que había perdido. Se lamentaba por algo que una vez le había completado, algo que había llenado su vida de significado, algo que le había sido arrebatado.

Owain quería descubrir qué era aquello que había perdido de forma tan cruel. ¿Qué podría engendrar una melancolía tan conmovedora como para que persistiera a lo largo de los años? Pues era capaz de sentir la edad de la canción. Podía vislumbrar los años eternos a los que la pérdida había sobrevivido para hacerse más rica, más delicada en su pesar, pero sin perder ni un gramo de su vitalidad desde la primera vez que había sido cantada.

El propio Owain llevaba siglos lamentando su propio pasado, al menos hasta que su capacidad para lamentarse se había marchitado, y siempre escuchando los gimoteos de otros que no podían comprender lo que era el verdadero sufrimiento. Ahora se conmovía por aquella canción, por la profundidad de su angustia, y deseaba conocer ese sufrimiento que rivalizaba con el suyo. Quería conocer la historia de la sirena, ya que podía sentir una unidad en su pesar, un vínculo que, una vez revelado en su totalidad, nunca podría ser roto.

Mientras las notas de la canción abrían su alma oscura, vio en el fondo de su mente una pequeña aldea situada entre las verdes colinas de Irlanda. El sol brillaba con fuerza sobre el paisaje después de la lluvia de la tarde. No muy lejos se encontraban las ruinas de una vieja iglesia de piedra, hacía mucho tiempo abandonada y con el tejado parcialmente derrumbado. Al abrigo parcial de aquel edificio estaba la sirena, delgada y pálida aun entonces, pero llena de vida y amor. No estaba sola. Había tomado refugio en la iglesia junto al joven al que amaba para protegerse de la tormenta. Aquel era un pequeño inconveniente que todos los jóvenes enamorados esperaban. Estaban tendidos y enredados sobre la hierba que, tenaz, se había abierto paso a lo largo de los años por el suelo de piedra. Él besaba sus jóvenes pechos desnudos mientras ella le acariciaba, incendiando aún más su deseo. Su mundo era aquel momento, la plenitud espiritual consumada con una realización apenas apuntada por sus apetitos sexuales.

Estaban tan absortos el uno en el otro que no notaron al hombre en pie sobre ellos. Hasta que le arrancaron a su amante de los brazos la muchacha no vio a su padre, no vio la rabia que ardía en su interior. Mientras ella cubría su desnudez el hombre azotó al muchacho, que cayó al suelo golpeando el suelo de piedra con la cabeza. Quedó totalmente inmóvil. La sirena lloraba y gemía sobre el cuerpo, pero el padre se la llevó a rastras y la envió lejos para no volver jamás a ponerle los ojos encima.

Aunque ella no sentía más que vergüenza, Owain sentía furia. El odio creció en su interior y deseó poder coger a aquel sucio granjero, estrangularlo y ver cómo los ojos se le salían de las órbitas por lo que había hecho. Sentía rabia, y por primera vez en siglos, compasión. El amor desgraciado había creado una vida de exilio y pesar.

¿Era él muy diferente? No demasiado. Su hermano Rhys había notado su amor por Angharad, lo había visto y le había enviado a él lejos a morir y a ella a consumirse y envejecer mientras la juventud hueca de Owain perduraba por siempre jamás. Su exilio había sido tan real como el de la sirena. Había luchado durante doscientos años, pero los Ventrue normandos que arrollaban Britania habían conseguido expulsarle. Y aunque había sufrido muchos siglos, solo ahora, mediante la muchacha, comprendía la absoluta tragedia de su pérdida, más allá de la furia, más allá de la sed de venganza.

Sin embargo, aquella catarsis curativa no iba a durar mucho. Mientras Owain se aferraba a su vínculo de dolor a través de la canción, fue transportado a un lugar muy diferente. Luchó por permanecer con la sirena, pero estaba indefenso ante las diversas imágenes que le asaltaron.

Mientras la música crecía en intensidad y las ménades comenzaban su danza, en su mente empezaron a formarse visiones que ya había visto antes, aunque no tenían nada que ver con la sirena.

La bruma. Frío en su cuerpo. Nada. Negación. Solo frío. El calor de la vida había desaparecido.

Las brumas comenzaron a girar, como sabía que harían. Primer movimiento. El que llegaba antes que todo lo demás.

Owain en pie mientras la colina se alzaba por encima de la niebla. Observó el cayado de madera que brillaba con el latido de la vida. Su calor irradiaba y se extendía por toda la tierra, manteniendo alejadas las brumas. Mientras Owain contemplaba el bastón una voz le habló, una voz que le rodeaba por todas partes pero que no estaba en ninguna, una voz ni cercana ni lejana, una voz familiar y al mismo

tiempo extraña:

Atesora las noches que te han sido concedidas.

Se volvió hacia el cayado como si fuera el que le había hablado, y cuando el calor de la madera llegó hasta él se retiró, asustado de que la madera viva pudiera quemarle.

Madera viva. Pues mientras se alejaba, el bastón comenzó a retorcerse y las fibras se convirtieron en ramas que surgieron en todas direcciones, hacia el este, el oeste, el norte, el sur, el cielo, la tierra. Hacia Owain.

Las ramas volaban a por él, y huyó.

Corrió colina abajo para adentrarse en las brumas, alejándose del cayado de madera viva. La voz volvió a hablarle, desde todas partes y ninguna.

Atesora las noches que te han sido concedidas.

Créeme, no te servirán de nada.

Huyó a ciegas entre la niebla. A su espalda las ramas trataban de aferrarle, enroscándose en su capa y en su pelo, atrapando sus pies y haciéndole caer. Sin embargo, una y otra vez se ponía en pie de nuevo y seguía corriendo.

La voz susurraba en su oído:

Es el Fin de los Tiempos.

No dejaba de correr delante de las ramas del cayado vivo, del árbol siempre presente, siempre codicioso.

Una sombra cayó sobre él, pero siguió corriendo. Voló hacia delante y luego hacia arriba mientras el suelo se elevaba bajo su pies como un amante cuyo sudor llevara ausente mucho tiempo. El terreno se hizo más empinado y las terrazas comenzaron a dividir la ladera, aunque él no dejaba de escalar mientras el árbol le acosaba, siguiéndole hambriento.

Corrió y ascendió hasta que llegó a lo alto del montículo que había arrojado su sombra sobre él.

Es el Fin de los Tiempos, decía la voz.

Sobre la colina había una torre de piedra, una capilla rodeada de cuervos. A su alrededor, las nubes eran oscuras y espesas. Los rayos atravesaban el vapor chamuscado y el trueno sacudía la tierra.

Owain corrió hacia la torre y no encontró puerta alguna que le vedara el paso. Solo había un altar y una cruz, pero odiaba la idea de tener que llamar a la gracia de Dios.

Las ramas del árbol reptaban mientras ascendían por la colina, extendiéndose hasta el umbral de la torre. Sin embargo, no entraron.

Se giraron lentamente, aferrando la fortificación, envolviéndola mientras ascendían hacia el cielo tormentoso. Las ramas se adhirieron a la piedra y comenzaron a crecer. Al poco aparecieron puertas que encerraron a Owain, puertas de madera viva, hojas y flores que se abrían y que llenaban su tumba de una dulce fragancia.

Es el Fin de los Tiempos.

Es la caída de la Sangre.

Es el Día del Juicio.

La sombra del Tiempo no es tan alargada como para cobijarse bajo ella.

De nuevo, el trueno volvió a sacudir la tierra, que comenzó a moverse, a temblar y a agitarse. La cruz cayó del altar, destrozándose...

Las puertas de la iglesia se abrieron de golpe. Una de ellas saltó de sus goznes y cayó al suelo.

Xavier Kline entró, flanqueado por Jacko y Damion.

Las ménades, las tres a un tiempo, se volvieron y sisearon como animales atrapados a los intrusos. Los mortales, así como Albert, miraron alrededor aturdidos, inseguros de por qué la música se había detenido tan de repente. Owain sacudió la cabeza. Desorientado, trató de recuperar el conocimiento.

Con el rostro lleno de furia, la sirena abrió la boca y emitió una única nota de ira.

Owain fue arrojado contra el muro mientras los mortales eran derribados. Sin embargo, ninguno de ellos era el objetivo de aquel ataque. Kline y sus secuaces fueron empujados hacia atrás fuera del edificio, Jacko atravesando el muro que había junto a las puertas.

Las vidrieras que quedaban en pie estallaron con tal fuerza que casi todos los marcos fueron arrancados de las ventanas y cayeron al exterior.

Owain pudo ver que muchos de los mortales sangraban por los oídos, y tocándose comprobó que a él le ocurría lo mismo. Un intenso y agudo dolor de cabeza le recorrió el cráneo.

Un momento después, dos Vástagos más aparecieron por el hueco de un ventanal en uno de los laterales armados con Uzis. Otros dos saltaron sobre los vierteaguas de la fachada contraria, abriendo fuego contra la congregación.

Mortales y ménades fueron atrapados en un fuego cruzado. La fuerza de las balas les golpeaba desde todas direcciones, sacudiéndolos como muñecas de trapo en una tempestad. La sirena

fue alcanzada por decenas de proyectiles y fue empujada hacia atrás.

Owain lo observaba todo desde arriba, mientras recuperaba el conocimiento después de las visiones y de la fuerza demoledora del grito de la sirena. Tenía la daga en la mano, pero se frenó antes de saltar a la refriega. ¿Qué podía conseguir, sino unirse a los muertos? Una daga no podría marcar la diferencia contra tantas armas.

Sin embargo, vio a su querida sirena cosida por las balas, su cuerpo destrozado y ensangrentado, y la lógica perdió importancia. No quería más que salvarla, despedazar a aquellos que le habían amenazado y llevársela a un lugar seguro. Quería hacerlo... pero no lo hizo.

Caída sobre una rodilla, con la sangre manando de las heridas que cubrían su cuerpo, incluyendo la de una bala que le había atravesado ambas mejillas, la muchacha se volvió hacia los dos Vástagos más cercanos y volvió a emitir un gemido ensordecedor. No estaban muy lejos, de modo que el sonido les golpeó con plena fuerza y les dobló la cabeza hacia atrás; los miembros se separaron del cuerpo y las balas explotaron dentro de las ametralladoras, provocando más explosiones. Mientras el muro a su espalda cedía ante la tormenta de sonido y fuego, los dos Vástagos dejaron de existir.

Todo el edificio tembló ante aquella descarga, y uno de los dos vampiros restantes cayó desde la ventana en la que se encontraba. La sirena se volvió hacia el lateral intacto del edificio y los atacantes que allí se encontraban.

Mientras abría la boca, un hacha anti-incendios salió volando desde las puertas de entrada y se clavó en su cara y en su cuello, derribándola hacia atrás.

Al ver el hacha alcanzar su objetivo, Owain clavó la daga en el suelo. Se mordió el labio para reprimir un grito de horror. La sirena no podía terminar así, no después de hacerle recuperar la emoción de la existencia. ¿Cómo le había devuelto el favor? Observando la carnicería como un cordero, sin levantar un dedo para ayudar.

Abajo, Xavier Kline, tratando de mantenerse en pie, atravesó a trompicones el santuario, totalmente en silencio salvo por los gemidos de un mortal. Se acercaba hacia la sirena, que trataba débilmente de aferrar el hacha que tenía clavada en la cabeza y la garganta. Logró asir el mango, pero carecía de la fuerza necesaria para sacarlo.

¡Aún hay tiempo! Trató de convencerse Owain. *¡Sálvala!* Sin embargo, era incapaz de mantenerse siquiera en pie. Estaba

demasiado aturdido por las descargas sonoras. No podía imaginar cómo Kline conseguía seguir erguido.

No podía ayudar a la sirena, pero tampoco podía dejar de mirar mientras el Brujah llegaba a su lado, tambaleándose pero con una ventaja clara. Con un fuerte tirón le sacó el hacha de la cabeza. Owain creyó oír a la sirena lanzar un gemido de dolor, pero la vampira ya no era capaz de seguir cantando.

¡A por él!, dijo una voz en su interior. ¡Aún hay tiempo!

Los dos cómplices de Kline se encontraban entre los restos de los mortales, terminando con el único que, milagrosamente, había sobrevivido al fuego mortal y al ataque de la sirena. Estaban distraídos.

Pero no podía moverse. Con el puño tembloroso, vio cómo Kline levantaba el hacha, se detenía durante lo que pareció una horrenda eternidad y lo descargaba demoledor sobre el cuello de la sirena. No vio el segundo golpe que separó la cabeza del cuerpo, cortando los últimos tejidos que los mantenían unidos.

Se estaba arrastrando como un cachorro apaleado, odiándose a sí mismo, con la cabeza dolorida y confusa y deseando que el sol se alzara en ese mismo momento, mandándolos a todos al infierno.

Uniéndose a su angustia, una voz resonó en su mente:

Es el Fin de los Tiempos.

_____ 14 _____

La sirena se acercó a Owain. Oyó sus pasos delicados mientras se deslizaba a través de la puerta de su habitación. Recorrió la distancia que los separaba y levantó suavemente la tapa de su lugar de descanso.

Owain la miró mientras se inclinaba seductora sobre él, rodeada por la luz tenue. Sus ojos azules como el cielo y la piel de leche, el cabello oscuro, el vestido suelto exponiendo la curva del pecho y parte del pezón. Abrió la boca para tejerle una canción de amor, una catarsis melodiosa con la que los dos podrían superar la tristeza y la pérdida que se había aferrado a ellos sobre el mar y las montañas, a lo largo de los años eternos.

Pero de su boca no surgió sonido alguno. Ninguna bella canción,

ninguna música encantadora. La lengua acariciaba las notas, pero el sonido la eludía. Entonces giró la cabeza y Owain vio la herida, la abertura en el rostro y el cuello. Pudo ver el hueso destrozado y expuesto. Trataba de tapar el hueco con su mano pequeña para que aire fluyera adecuadamente y pudiera volver a cantar, pero la herida era demasiado grande.

Owain levantó la mano para ayudarle, ya que ansiaba las dulces caricias de su canción. Sin embargo, cuando tocó la carne la sangre comenzó a manar de la herida. Sus manos juntas no eran capaces de detener el flujo, que empezaba a llenar el ataúd.

El Ventrue intentó gritar pidiendo ayuda, pero no emitía sonido alguno. Se llevó la mano a la cara y descubrió una herida abierta que le llegaba hasta el cuello. Ahora era su sangre la que no dejaba de manar, uniéndose al estanque. La sirena seguía perdiendo vitae, y cuando Owain trataba de escapar no conseguía más que resbalar y caer al charco, cada vez más profundo.

Desde el fondo de un pozo tenebroso miró a la sirena, que suplicaba con el mismo silencio de su canción. Mientras la sangre les cubría, la mujer cerró la tapa y se hizo la oscuridad.

* * *

–¡El usurpador quiere reunirse conmigo! ¡Ja! --La risa de Gustav estaba llena de sarcasmo, pero no tenía humor alguno. Sus ojos grises denotaban su mal genio-. ¿Puedes creerlo, Edward?

Edward Hyde se ajustó el sombrero con la cabeza de plata de su bastón.

–Una reunión suena bien --dijo mientras se acomodaba en el exquisito sillón de cuero en el refugio de Gustav, en el Palacio de Berlín--. Si no te reúnes con él no podrás saltarle los dientes de una patada. Siempre es tan condenadamente amistoso y educado... "Me alegro de verte. Espero que todo te vaya bien. Estoy de acuerdo en todo lo que dices. Dios mío, mira la hora, tengo que irme...", dijo al tiempo que limpiaba la cabeza de plata con su capa de ópera--. Espero estar allí cuando lo mates, Gustav.

Este se levantó y comenzó a recorrer la habitación, pasando frente al retrato de Federico el Grande y las fotografías de las tropas alemanas marchando por París.

–No te preocupes. Todo Berlín... no, todo el mundo, lo sabrá cuando le destruya --prometió--. Y Berlín será mío, solo mío de nuevo.

--No dejaba de dar vueltas una y otra vez detrás de su escritorio--. Es el colmo de la arrogancia, pedirme una reunión.

--¿Sabes lo que significa? --preguntó Hyde bruscamente sin levantar la vista de su bastón.

Gustav se detuvo un instante.

--Claro que lo sé. Significa que está desesperado.

--O --señaló Hyde--, podría ser una trampa contra ti.

--¡Ja! --Gustav volvió de nuevo a caminar, con una mueca de desdén permanente en su rostro cuadrado--. ¿Wilhelm? ¿Tenderme una trampa? ¡Ja! ¡Pero si huye de mí! Solo es feliz cuando consigue evitarme. Ahora mismo tiene amigos más "importantes" que yo. Si no fuera así ya le habría aplastado. Pero todo eso va a cambiar, y cuando la ciudad sea mía, esos amigos "importantes" suplicarán piedad, *¡y los aplastaré!* --dijo agitando el puño, como si ya los tuviera en sus manos--. No intentará tenderme una trampa. No es tan mezquino. Es sigiloso. ¿De qué otro modo me hubiera podido arrebatarse la ciudad? Pero no es mezquino.

Mientras volvía a sentarse, se pasó los dedos por el cabello grisáceo, del tono exacto de sus ojos.

--Está desesperado porque los amigos que le mantienen en el poder se consumen y mueren. No es nada sin ellos. ¡Nada! Está desnudo como un bebé.

--Pero tus amigos también mueren --señaló Hyde.

--Pero yo --dijo levantando triunfal el dedo-- gobierno gracias a *mi* poder, no al de mis amigos. Son cosas muy diferentes --dijo señalando a Hyde.

--Hmff. --Edward era un hombre rudo y fornido, obsesionado con los intrincados grabados de la cabeza de su bastón. La plata brillaba igual que la noche en la que se lo había quitado a un muchacho fuera del teatro de la ópera--. Quiere reunirse, de modo que lo harás y acabarás con él.

Gustav rechazó aquella idea simplista con una mirada de desdén.

--No se reunirá conmigo en unas condiciones en las que pueda aplastarle --explicó el príncipe--. Todo será muy formal y muy educado. Será amistoso y habrá muchos Vástagos alrededor.

--Pues mátalos a todos --gruñó Hyde.

--¡Matarlos a todos! ¡Ja! --Esta vez Gustav sí parecía de buen humor. Apenas podía hablar entre las risas--. Edward... dices... dices que los mate... a todos... es lo más absurdo... --Poco a poco, la risa comenzó a desaparecer. Lo más absurdo, como él mismo lo había

llamado, parecía increíblemente atractivo—. Matarlos a todos --dijo pensativo.

La lucha entre Gustav y Wilhelm ya llevaba librándose más de ochenta años. Al menos, desde había un tiempo habían renunciado al uso de la violencia abierta por miedo a atraer la atención del Consejo Interior de la Camarilla sobre la política de Berlín. El Consejo o sus Justicar podrían apoyar a uno de ellos sobre el otro si la violencia y el caos se hacían demasiado preocupantes, o podían decidir administrar la ciudad mediante un oficial designado, o incluso nombrar a un nuevo príncipe, desheredándolos a los dos.

Pero con el caos que había estallado por todas partes al desaparecer los delicados equilibrios de poder, Gustav comprendió gracias al comentario de Hyde que el Consejo no tendría tiempo que perder en disputas políticas. Para cuando pudiera iniciarse una investigación él ya habría cimentado su poder, y la Camarilla no se arriesgaría a crear más inestabilidad eliminando a un príncipe de hecho.

Se puso en pie de un salto y golpeó la mesa con la palma de la mano.

--Wilhelm tiene razón. Deberíamos reunimos y hablar como vampiros civilizados. Esta maldición de la sangre hirviente pone en peligro a toda la ciudad.

Hyde levantó la mirada del bastón y le miró extrañado.

--¿Qué has dicho?

Gustav, frotándose el mentón, ignoró al Malkavian de la primogenitura de Berlín Oriental.

--Entonces debería cambiar mi idea inicial sobre la mensajera --dijo en alto para sí antes de volverse--. ¿Sabías, Edward, que envié a su propia chiquilla, Henriette, esa flor delicada, como mensajera? Es una muestra de buena voluntad.

--¿La devolviste? --preguntó Hyde.

--Oh, no. Está abajo, con una estaca en el corazón. --Hyde asintió--. Tenía pensado enviarle la cabeza de vuelta a su sire, quizá con dos testículos de algún Vástago occidental entre los dientes, pero supongo que eso complicaría todo el asunto de la reunión.

Hyde volvió a asentir comprensivo.

--¿Por qué no la mantienes aquí tres noches, la vinculas con sangre y la envías a casa con el mensaje y la orden de que acabe con Wilhelm?

Gustav abrió la boca para rechazar la idea, pero la cerró sin decir

nada más. Wilhelm no solía vincular a sus seguidores ni a sus chiquillos, de modo que no tendría ningún acondicionamiento que superar. Además, siempre podía negar haber tenido nada que ver en el asunto si la chica fallaba. Con un poco de magia Tremere para eliminar todo rastro de su trabajo, podría disponer de lo mejor de ambos mundos: un intento de asesinato y una reunión diplomática.

–Eres un verdadero genio, Edward Hyde.

–No dejes de recordártelo, Gustav.

–Ven –dijo el autoproclamado y futuro príncipe–. Atendamos a nuestra mensajera.

* * *

Owain ignoró los golpes en la puerta. Sabía que la oscuridad había caído hacía horas, pero no podía enfrentarse a la noche. Ayer no había querido más que saludar al sol, dejar que le calcinara la carne, que abrasara su cobardía hasta que el alivio de la muerte definitiva se llevara su alma y le alejara del tormento de la no-vida.

Sin embargo, su cobardía era tan completa que había buscado el consuelo de su refugio antes incluso de que los primeros rayos comenzaran a vislumbrarse en el horizonte para consumir su carne fría.

La supervivencia no es cobardía, no dejaba de repetirse, sin llegar a creérselo.

Al menos, la insistente llamada le distraía de sus sueños. Durante todo el día había sido acosado por las visiones, pero no por las de su hogar o incluso las de un árbol vengativo que le perseguía durante kilómetros hasta que le atrapaba en una torre en ruinas.

Pesadillas. Sombras de la niñez.

No quería ninguno de aquellos sueños. No quería más visiones. Quería tumbarse en la oscuridad y no pensar, no ser. Al poco tiempo los golpes en la puerta, que ahora eran constantes, comenzaron a afectarle a sus nervios ya alterados.

Era Randal, de pie frente a su habitación. Conoció el tono particular de aquellos nudillos. Después el ghoul comenzó a llamarle, sabiendo que su *domitor* podía oírle. Se negó a escuchar. Oía los sonidos, pero se negaba a que formaran palabras coherentes en su cerebro. La voz de Randal era como el ruido de los nudillos. Sonido sin forma...

...como la canción muda de la sirena mientras le observaba con su rostro y su cuello destrozados. Era como si le hubiera abierto la

cabeza con sus propias manos. Se había sentado y lo había contemplado todo, sin levantar un dedo para salvarla. Su canción le había puesto en contacto con una humanidad desaparecida hacía mucho tiempo, y la había sacrificado simplemente por proseguir su existencia vacía y sin sentido.

¿Pero qué hay sin existencia?, se preguntó.

–¡Por Dios! *¿Qué hay con ella?*

El sonido de la voz de Owain dio nuevos bríos a la llamada de Randal.

–¿Señor? ¿Señor? Es muy importante, señor.

No, decidió, no reconoceré el mundo. No permitiré que me importe. Al menos, los últimos siglos de existencia no había padecido aquel tormento. Había pasado mucho tiempo desde que Owain se había preocupado por algo.

Se preguntó si el letargo no le estaría llamando de nuevo. Después de todo, habían pasado más de trescientos años desde su último descanso prolongado. Randal podría ocuparse de los detalles de la casa, excepto de que no habría sangre para él o para los demás ghouls. Sin los nutrientes periódicos de su vitae, envejecerían horas en meros minutos y se convertirían en poco más que cascarones resecos, igual que le había pasado recientemente a muchos Vástagos de Atlanta. El señor y la señora Rodríguez tenían doscientos años, que recuperarían rápidamente. Randal duraría algo más. Era probable que la señorita Jackson sobreviviera, igual que Arden y su sobrino Mike, del equipo de seguridad. Sin embargo, la privación de la sangre vampírica no sería agradable.

Desde el pasillo le llegó un nuevo sonido que capturó su atención, el de metal contra metal, las llaves entrechocando. En el fondo, suponía que antes o después habría ocurrido.

La llave giró en la vieja cerradura de bronce y el mecanismo se activó. La puerta se abrió hacia dentro. Por un instante solo hubo silencio, pero después Owain oyó a Randal respirar rápidamente y cruzar la habitación hacia el ataúd. Podía haberse encerrado desde dentro para dejar más clara su postura, pero con toda probabilidad el ghoul hubiera seguido insistiendo.

Los dedos tocaron la tapa y comenzaron a abrirla.

La mano de Owain salió disparada hacia arriba. Los dedos se cerraron alrededor de la garganta de Randal, clavando las garras en la carne. La tapa golpeó la cabeza del ghoul, que intentaba disculparse; la presión aplastante sobre la laringe no le dejaba hablar.

Owain arrastró a su sirviente hacia el ataúd.

–¿Nunca has tenido uno de esos *días*, Randal, en los que simplemente no quieres ver a nadie? –dijo el vampiro aflojando su presa para que pudiera responder.

El ghoul emitió un susurro desesperado.

–*Perdóneme, señor.*

Owain aflojó un poco más.

–No hay perdón, Randal. Ni en este mundo ni en el siguiente –dijo rasgando la garganta, cortando la carne hasta llegar a la arteria carótida.

El miedo y el dolor en los ojos del ghoul quedaron superados al poco tiempo por el éxtasis del beso. Quedó inerte, y aunque gemía apesadumbrado mientras le robaban la vida, no podía mover un solo músculo para resistirse.

La sangre era más rica que la de un mero mortal, ya que durante muchos años había estado mezclándose con la de Owain, aunque le faltaba la potencia y la fragancia que había podido sentir en los vampiros, en sus días de ambición desnuda en el mundo mortal.

Los gemidos de Randal desaparecieron. Owain, bebiendo más por furia que por hambre, liberó el cuerpo, que se desplomó sobre el suelo. ¿Cómo había soportado aquella insolencia durante tanto tiempo?, se preguntó. ¿Habían estado ciegos sus sentidos, al igual que sus emociones?

Tendría que ampliar las obligaciones de la señorita Jackson, al menos hasta que encontrara un repuesto que se encargara de la administración. No era cosa sencilla reemplazar a un sirviente personal. No había ninguna empresa que ofertara ghouls bien preparados. Afortunadamente, creía que la señorita Jackson no tendría muchos problemas para sustituir a Randal. Quizá no fuera necesario siquiera modificar la plantilla.

Volvió a pensar en el atractivo del letargo y decidió que, de tomar ese camino, proporcionaría sangre suficiente a Jackson para que se mantuviera, abandonando a los demás. Por supuesto, había otros muchos detalles que necesitarían su atención. Como no había modo de medir con exactitud el tiempo que duraría el sueño, tenía que conseguir un lugar de reposo más seguro y menos evidente que su mansión; además, había muchos asuntos empresariales que proteger o poner a salvo.

Siempre estaba la posibilidad de que cayera en años de inactividad sin desearlo realmente. Ese era el modo más sencillo,

alejarse de las preocupaciones de la no-vida nocturna e ignorar cualquier preparativo; sin embargo, los riesgos de ser descubierto y dañado o muerto eran considerables.

¿Hasta qué punto le importaba? ¿Era más fuerte su necesidad de liberación que su instinto de supervivencia?

Estaba pensando en aquel precario equilibrio cuando vio el pequeño trozo de papel en el suelo, cerca del cuerpo de Randal. Se trataba de una nota personal que, con toda seguridad, había sido entregada hacía unas horas por una paloma mensajera que cualquier ornitólogo mortal hubiera considerado imposible. Una voz en su mente le dijo que olvidara el mensaje, que volviera a tumbarse en el ataúd y que cerrara la tapa, dejando fuera el mundo exterior. Ya se excusaría más tarde si era necesario. Correspondencias interceptadas, un sirviente traicionero ya castigado... Aquellas eran las justificaciones más probables para su ausencia a la reunión de la noche pasada.

Pensó en ello, pero su ira creciente y la nueva sangre que corría por sus venas le había sacado de su humor nihilista, al menos de momento. Se inclinó sobre el borde del ataúd y tomó el papel. Como esperaba, el mensaje estaba escrito con la exquisita caligrafía del príncipe.

1 de enero

Sr. Owain Evans:

Se requiere su presencia esta noche a las doce en punto en la fabrica abandonada junto al cementerio de Oakland.

Esta reunión es de la máxima importancia para asegurar la prosperidad de todos los Vástagos de nuestra bella ciudad. No aceptaré excusa alguna para la no asistencia.

Suyo att.,

*J. Benison Hodge
Príncipe de Atlanta*

Hizo una bola con la nota y la arrojó al suelo. *No caben demasiadas interpretaciones*, pensó.

Podía ignorar la llamada de todos modos, pero parecía que Benison no estaba interesado en oír excusas, válidas o no. Además, el príncipe siempre le había tratado con respeto, y no tenía sentido ofender al gobernante de la ciudad sin motivo. También era posible que descubriera qué había llevado a Xavier Kline y sus secuaces a la

iglesia. Desde luego Thelonious, el Brujah de la primogenitura, no había ordenado el ataque. ¿Había actuado Kline por su cuenta?

El mero pensamiento en el Brujah y en lo que aquel animal le había hecho a la sirena casi le provocó un ataque de rabia. ¿Podría enfrentarse a él si acudía a la reunión? ¿Podía confiar en que él mismo no entrara en frenesí y atacara al destructor de la paz y el significado? Pero, ¿cuál era la última reunión oficial de los Vástagos a la que Kline había asistido? Ni siquiera se acordaba. *Probablemente sea otra reunión de la primogenitura y el príncipe quiera consejo. Sin embargo, es extraño que las convoque dos noches seguidas.*

Owain miró el reloj de péndulo en una esquina. *¡Las once y treinta y cinco!* Tenía menos de media hora para llegar. *No puedo faltar a una reunión y llegar tarde a la siguiente.* Pasó rápidamente sobre el cuerpo de Randal y se preparó para marcharse, de nuevo sin afeitarse. La barba nunca le crecía más de dos días. En menos de dos minutos bajaba corriendo las escaleras mientras llamaba a voces a la señorita Jackson.

* * *

Benison estaba sentado al fondo del cavernoso edificio. La Fábrica de Bolsas de Fulton llevaba varios años abandonada, pero se había programado su renovación en apartamentos de lujo. El príncipe sabía que los Anacreontes no lo tolerarían, no tan cerca del cementerio que habían exigido que permaneciera más allá del alcance de los Vástagos. Los líderes fantasmales ya se lo habían dicho, pero aún no había tomado acción alguna para cumplir estas últimas peticiones. El príncipe de Atlanta no podía recibir órdenes de los moradores del mundo espiritual. Tenían que saber quién estaba al mando.

Salvo que comenzaran otra vez los *fenómenos*...

Antes de aceptar el cierre del cementerio de Oakland, Benison había combatido con su espada a las sombras invisibles en Rhodes Hall y también había huido de ellas, encerrándose en su ataúd cuando la sensación de los espíritus acosándole desde todas partes era demasiado fuerte como para soportarla. Cuando accedió a las demandas de los Anacreontes sus problemas terminaron.

Ahora estaba decidido a demorar su decisión lo bastante como para reafirmar su control, pero no tanto como para que las sombras regresaran a su hogar antes de paralizar las obras, igual que Nathan

Bedfor Forrest había paralizado el apoyo ferroviario de los federales. Sin embargo, todo aquello ya estaba planeado desde hacía tiempo. Lo que le preocupaba aquella noche era la llegada tardía de muchos Vástagos. Tenía pensado comenzar exactamente a medianoche, capturando el sentido simbólico de un nuevo día en el que sus proclamas librarían a la ciudad del pánico actual, iniciando una nueva era de abundancia.

Sin embargo, ya eran más de las doce y media y sus súbditos aún seguían llegando, sobre todo los ancillae. Toda la primogenitura estaba presente, ya que conocía la importancia de los decretos promulgados. Hannah había acudido con los dos neonatos de su capilla. Era notable la ausencia de los dos "disciplinados". Por supuesto, Eleanor estaba allí, y Benjamín, y Owain, que había llegado unos minutos tarde. Eso contaba a todos los Ventrue, aunque tenía que acordarse de averiguar porqué Evans había faltado a la reunión de la pasada noche. El apestoso Aurelius se ocultaba en las sombras húmedas, igual que el joven Nosferatu cuyo nombre nunca conseguía recordar. Bedelia, Thelonious, Marlene y sus seguidores también estaban allí. Casi todos los vampiros reconocidos.

Hasta Xavier Kline, que ocupaba la zona gris entre los Vástagos reconocidos y los anarquistas, estaba presente, aunque parecía afectado por el encuentro de la noche anterior. Tenía trozos de algodón en los oídos, y en el par de ocasiones en las que le molestaron y se los quitó gemía dolorido ante el menor sonido, teniendo que ponérselos de nuevo. Era rara la herida de la que los vampiros no se recuperaran rápidamente. *Debe haber recibido una buena paliza*, pensó el príncipe. *Debo recompensarle por sus fieles servicios*.

Podía haber unos seis anarquistas, y aún llegaban. Sabía que tenía que haber más, pero, ¿cuántos habrían muerto por la maldición? No le sorprendía que llegaran tarde. ¿Por qué debían mostrar más respeto al príncipe del que mostraban por las Tradiciones?

Lorenzo Giovanni, el ghoul, había llegado puntual con su guardaespaldas cinco minutos antes de la medianoche. Incluso el invitado temporal que se encargaba de los asuntos de su familia en la ciudad le mostraba más respeto que los anarquistas residentes.

Se acabó, se prometió. *No toleraré por más tiempo estas impertinencias*.

Iba a comenzar, y que se fueran al infierno los ausentes. De todos modos, ya estaban condenados. Peor aún. Sentirían su furia.

* * *

Eleanor estaba sorprendida por los muchos vampiros que habían acudido. Había pocos Vástagos en la ciudad a los que no conociera bien de vista, pero por lo que sabía, nunca antes había habido tantos reunidos en un mismo lugar. Un rápido recuento dio más de treinta, y eso después de que al menos otros tantos hubieran sucumbido a la maldición. ¿Cómo habían podido permitir una superpoblación así? Quizá la peste les hubiera hecho un favor. Después de todo, por lo general se podía decir que los afectados habían sido los más jóvenes, reconocidos o anarquistas. Quizá aquello, unido al sermón demoledor que Benison iba a pronunciar, restaurara hasta cierto punto el orden en la ciudad.

Miró a Benjamín. Tendría que hablar con él del concepto de la maldición como un medio de control de la población. ¿Había sido visitada de verdad la ciudad por Dios, como Benison sostenía? Sin embargo, no solo Atlanta había resultado afectada. Benison estaba muy preocupado por no denotar debilidad al comunicarse con los demás príncipes, pero Eleanor había recibido informes de su sire Baylor sobre matanzas por todas partes. ¿Estaba tan extendido el problema de la superpoblación?

Volvió a mirar a Benjamín. Su mente era tan refinada, tan perfecta... No tenía dudas de que ofrecería comentarios valiosos al respecto. Hacían todo lo posible por no demostrar siquiera un interés pasajero el uno por el otro en público. No había traicionado a su marido de forma sexual, no por completo, pero si descubriera el vínculo emocional e intelectual que compartía con su chiquillo secreto... Ese maldito Owain Evans lo había averiguado de algún modo. ¿Dónde estaba esa comadreja? Apartada, espiando a todos los que le rodeaban, seguro. *Ese hombre es más un Nosferatu que un Ventrue*, pensó convencida. Tenía que descubrir pronto cuánto sabía en realidad. Si no había hecho más que verles juntos y había unido las piezas, no sabría que además de su amante, Benjamín era también su chiquillo. En cualquier caso, tenía que encargarse de aquello. No podía tolerar que manipulara a Benjamín de aquella manera, ya que no podía arriesgarse a que éste odiara más su relación, debido al peligro, de lo que odiaba a Evans.

Y Dios no quisiera que Marlene, la prensa rosa de la sociedad vampírica, descubriera algo. No le gustaba que Benison permitiera a

esa puta reconvertida seguir en la ciudad. Puede que tuviera que presionar también en ese aspecto.

La fábrica estaba inundada con un murmullo bajo mientras los Vástagos paseaban y se preguntaban qué ocurriría a continuación. Aquel sonido era bajo para los oídos agudizados de los vampiros, pero Eleanor sabía que un mortal que pasara no oiría absolutamente nada. Solo los ancillae rompían a reír ocasionalmente, calculando su máscara para ocultar su inquietud. Cada vez que los jóvenes advenedizos olvidaban su lugar, los antiguos les perforaban con la mirada.

Sin embargo, incluso los murmullos murieron cuando el príncipe se levantó de su silla y se acercó a la concurrencia. Se detuvo un momento y observó a sus súbditos.

–Vástagos de Atlanta –comenzó–. Muy raramente nos reunimos tantos juntos, y me entristece que la causa sea una gran tragedia. Sin embargo, igual que el pueblo de Israel se hizo fuerte en su exilio, de los desastres nace en ocasiones la grandeza.

Eleanor estaba orgullosa del aura majestuosa que rodeaba a su marido. Su traje negro era la moda más elegante de 1890, así como su propio vestido rojo. Era alto y fuerte, un monolito, un símbolo de fuerza en tiempos turbulentos. Había quien no estaba de acuerdo con él por una cuestión de principios, como Thelonious. Otros maquinaban en las sombras, pero ninguno podía enfrentarse a él una vez tomaba una decisión, y aquella noche estaba totalmente convencido de su curso de acción.

Sus palabras le inspiraron.

–Todos hemos sentido la mano de la maldición de un modo u otro. Podemos intentar ocultarlo por miedo a que los demás nos acusen de debilidad por nuestra pérdida, pero todos hemos sido afectados. Yo he perdido a mi único chiquillo. Encontró la muerte definitiva delante de mis ojos.

Se produjo un gran silencio entre todos los vampiros. Nunca había sucedido que el príncipe discutiera una tragedia tan personal en un foro público como aquel. Incluso las lecturas de la Biblia que dirigía, sus sermones y diatribas, eran básicamente filosóficas y distantes, nunca personales.

–Tan doloroso para mí ha sido ver la comunidad a la que tengo la obligación de proteger desgarrarse por dentro, sin saber lo que estaba ocurriendo, y ver el miedo de mis súbditos a relacionarse con alguien que podría estar maldito o enloquecido por el hambre. Esta noche os

revelaré cómo hemos llegado a estar malditos. --Susurros de sorpresa e incredulidad recorrieron la concurrencia ante la noticia--. También os diré cómo podemos ponernos en la senda de la salvación. Con ayuda de todos los reunidos, nos desharemos de esta maldición que nos atenaza.

El ruido murió rápidamente mientras todos oían atentos, algunos con asombro incrédulo, otros escépticos, otros convencidos de que el Malkavian estaba saliendo del interior de su príncipe, el sacerdote-rey loco.

Benison estaba recorriendo una delgada línea. Hablaba con la convicción de sus creencias, pero eran muchos a los que tendría que convencer de que hablaba con autoridad, y no con la que daba el poder, sino el conocimiento. Del mismo modo, no podía revelar la fuente de la mayor parte de las informaciones.

Muchos de los detalles que estaba recitando sobre el modo de actuar de la maldición eran dolorosamente familiares para todos: el hambre consumía a los Cainitas, convirtiendo su necesidad nocturna en un ansia obsesiva e incontrolable. La locura se apoderaba después de ellos, creando en ocasiones maníacos violentos y en otras asesinos despiadados.

Pero el príncipe había descubierto más. En su discusión de la noche anterior con sus aliados Anacreontes, había aprendido que la locura que afectaba a los Vástagos malditos no era aleatoria. Los fantasmas podían sentir la llamada de la locura que surgía de las Tierras de las Sombras, la morada de los muertos sin reposo. Se trataba de una fuerza entrópica, una energía regresiva, le explicaron, cuya fuente, el origen de la maldición, estaba claro: la sangre.

La vitae de los Cainitas no estaba debilitada. No había perdido nada de su potencia, más bien al contrario. Había *aumentado* su fuerza, tanto que se había convertido literalmente en la de una generación anterior, y otra, y otra. Para algunos, la regresión había significado convertirse en un vampiro de una generación anterior por la que aquella sangre había circulado, reviviendo ciertos acontecimientos, combatiendo determinados peligros. Experimentaran o no los malditos estos recuerdos ancestrales, los síntomas físicos eran los mismos. El cuerpo y la mente del Cainita no podían ajustarse tan rápidamente a la potencia aumentada de la sangre. La mente se resquebrajaba. La carne se abría y el hambre no terminaba jamás. Ninguna cantidad de sangre podía satisfacer las necesidades cambiantes del cuerpo.

Locura. Inanición. Muerte.

Benison había obtenido todo aquello de su conversación con los Anacreontes, pero no podía informar de ello a los vampiros de Atlanta. No solo los fantasmas no lo querían, sino que su habilidad para conocer lo que ningún Cainita o mortal podía ver era un importante asidero de su poder.

—La maldición --explicó a sus súbditos--, es la llamada a nuestros orígenes... a nuestros sires, al sire de nuestro sire, y a los sires anteriores. De vuelta hasta el principio. A no ser que logremos levantar la maldición, es nuestra llamada hasta los más viejos entre los viejos. Hasta los antediluvianos. *Hasta la Gehena.*

Eleanor se encogió al oír aquella palabra mientras todos empezaban a murmurar. Oficialmente, la Camarilla rechazaba cualquier creencia en que los antediluvianos, chiquillos de los chiquillos de Caín, aún existieran y mucho menos que fueran a regresar en el Fin de los Tiempos, la Gehena, para consumir a todos los Cainitas de generaciones inferiores. Sin embargo, aun dentro de la Camarilla había cultos, místicos y agoreros que decían lo contrario. Sin embargo, que un príncipe hiciera un pronunciamiento público como aquel normalmente atraía toda la furia de la secta sobre su ciudad, y Eleanor lo sabía muy bien como antigua arconte.

Sin embargo, aquellos tiempos eran cualquier cosa menos normales.

El príncipe tenía algún margen de maniobra mientras la situación en el resto del mundo siguiera siendo tan caótica como parecía. Benison no había hablado a la ligera. Había decidido su curso de acción y no necesitaba más que tiempo para implementarlo.

—*"Es el Fin del los Tiempos"* --volvió a recitar--. *"Es la Caída de la Sangre. Es el Día del Juicio "*.

De nuevo, como había ocurrido con la primogenitura la noche anterior, la reacción de los vampiros congregados antes los pasajes proféticos de *El Libro de Nod* había sido de total solemnidad. Aquellas palabras sacrosantas eran casi una fuerza tangible que daba crédito y poder a las convicciones inamovibles del príncipe.

—*"El Primogénito llega furioso y saca a sus hijos de sus tumbas. Su ira es un martillo, una maza tosca manchada con la sangre del asesino de reyes. Domeña el rayo a su paso"*.

A pesar de la seguridad de aquella oratoria, muchos anarquistas comenzaron a agitarse. Aparte de su valor inicial, no prestaban mucha importancia a las profecías de los ancianos. Los jóvenes Vástagos se

movían como los niños mortales en la iglesia que no se atrevían a interrumpir a sus mayores. Thelonious era consciente de la creciente inquietud.

–Incluso para el Cainita –siguió Benison–, hay un lugar y un orden. Igual que el ganado domina a las bestias, los Vástagos dominan al ganado, y con ese poder llega la responsabilidad de cuidar del bienestar de los seres inferiores. Entre nosotros, nuestras Tradiciones aseguran que somos capaces de convivir con los demás, de modo que nuestra sociedad funcione de forma armoniosa. Así podremos guiar de forma más eficaz a los mortales a nuestro cargo.

Mientras Benison enumeraba la importancia de las seis Tradiciones y el modo en el que muchos Vástagos se habían desviado del orden natural impuesto por Dios, consagrado por el Padre Tenebroso Caín en bien de aquellos que portaban su mancha, una clara división comenzó a producirse. Muchos de los mayores, los más adoctrinados en las costumbres de la Camarilla, apoyaban cada vez con más convicción las palabras del príncipe. Podían aceptar que habían errado, y que con solo realizar algunos pequeños cambios podrían cumplir las prescripciones autoritarias de las que Benison hablaba. Por otra parte, algunos de los más jóvenes se mostraban cada vez más enfadados.

–He promulgado –anunció Benison–, con la aprobación de la primogenitura, los Tres Decretos de Año Nuevo. Son medidas gracias a las cuales libremos a nuestra ciudad de la maldición que nuestro divino Creador nos ha impuesto justamente como castigo por nuestra negativa a obedecer el camino establecido. Primero, los Vástagos de Atlanta cesarán desde este mismo momento en su lasitud a la hora de observar las Seis Tradiciones, así como los mandatos del príncipe y la primogenitura. Las violaciones del espíritu y la letra de la Ley serán castigadas de modo tan vigoroso como justo.

Nadie se atrevió a protestar mientras todos pensaban en las implicaciones de aquel decreto. La situación en la ciudad se había hecho tan desesperada, y la necesidad de *alguna* medida drástica era tan evidente, que muchos escépticos aprobaron sumisos. Se produjeron murmullos entre los anarquistas, pero asumían que una vez terminada la reunión harían lo que quisieran con las Tradiciones. De momento, estando tan cerca de los antiguos de la ciudad y escuchando al príncipe, los ancilla preferían la subversión a la confrontación. Ni siquiera Thelonious abrió la boca. Había dicho lo que tenía que decir en la primogenitura y sabía que había sido derrotado.

Ya estaba planificando el futuro.

–Segundo –dijo el príncipe–, aquellos de vosotros que carezcáis de clan deberéis buscar uno que os adopte. Los que pertenezcáis a uno pero no cumpláis con vuestras obligaciones como miembros, trabajaréis de inmediato para atender vuestras responsabilidades. ¡En esta ciudad volverá el orden! ¡La división existente entre ancilla y antiguo no volverá a ser burlada!

Este decreto sumió a los congregados en un atónito silencio. Todos habían visto venir el primero, ya fuera con resignación o irritación. Sin embargo, aquello... aquello bordeaba la herejía según los preceptos aceptados de la Camarilla.

Eleanor observaba cuidadosamente a los Vástagos congregados. Sería su responsabilidad ayudar a su marido a mantener el orden, y aunque era más que capaz de dirigir con pura fuerza de voluntad e intimidación, su ojo estaba adiestrado para observar los problemas menos evidentes. ¿Por qué aplastar una revolución si sus líderes podían ser obligados a cooperar antes de que comenzara?

Hasta cierto punto, Benison practicaba la intriga de forma instintiva. Durante un tiempo había estado recabando la ayuda de Xavier Kline, el más hostil de los anarquistas y quizá el más peligroso, en situaciones que permitían a su cerebro neolítico liberar sus tendencias agresivas de un modo que beneficiara al príncipe. Entre los demás no veía peligros importantes. La primogenitura le seguiría, y los demás Vástagos reconocidos obedecerían. Hannah había votado a favor de los decretos, de modo que los Tremere serían aliados nominales, ideal para poder tenerles vigilados. Los anarquistas causarían problemas menores. No había duda de que Benison se vería obligado a hacer que Kline acabara con uno o dos de ellos, pero eso serviría para amedrentar al resto; terminarían sometiéndose o marchándose a otra ciudad. *Someter a los anarquistas y controlar la población de la ciudad.* Quizá la estrategia de su marido fuera más astuta de lo que en un principio había creído.

Sin embargo, todo pendía de una condición: *la maldición de la sangre*. ¿Qué ocurriría si la maldición desaparecía de algún modo? La Camarilla volvería su tiempo y sus recursos a responder a sus radicales decretos. *De todos modos, Benison ya habrá pensado en eso antes de lanzarse, pensó. Es propio de él.*

El silencio de asombro dio paso rápidamente a los murmullos y comentarios. Algunos antiguos no deseaban asociarse con los anarquistas. Otros, que veían que sus clanes podrían reforzarse con

los nuevos miembros, no tenían problema en realizar contactos sutiles con los sin clan más dispuestos al reclutamiento.

Eleanor estaba impresionada con la audacia de las acciones de su marido, aunque no estuviera totalmente convencida de su idoneidad. El primer decreto, reforzar la relevancia de las Tradiciones, no era más que una interpretación ultraconservadora de la ley existente. Sin embargo, el segundo desintegraba prácticamente a los sin clan, el grupo que más rápidamente crecía en la sociedad vampírica. Si esa práctica tenía éxito y se extendía a otras ciudades, podía inflamar a los Cainitas más jóvenes hasta el punto de provocar una segunda Revuelta Anarquista. Thelonious había acertado en su suposición, ¿Y hacia dónde se volverían los anarquistas? O irónicamente hacia la Camarilla, en busca de protección, o hacia los brazos abiertos del Sabbat.

Detrás de sus osadas acciones, la mano que jugaba el príncipe era muy frágil.

* * *

El problema de atender a las grandes congregaciones de Vástagos, pensó Owain, era que al menos la mitad de los presentes quería esconderse en las sombras y acechar. Es lo que le ocurría a él, por lo que no dejaba de tropezarse con los dos Nosferatu, Aurelius y ese otro cuyo nombre siempre se le olvidaba. Estaban todos tan ocupados escondiéndose con sus poderes que no se veían los unos a los otros. Hasta ahora le habían pisado y había recibido un codazo. Él, por su parte, le había metido el dedo en el ojo a alguien de forma involuntaria. Al menos esperaba que el "ojo" no fuera una de las verrugas supurantes de Aurelius...

En aquel lugar tan cercano al sitio donde su amada sirena había sido asesinada, Owain veía al príncipe promulgar sus decretos con partes iguales de convicción, fervor apocalíptico y melodramatismo. *Eso debe ser lo que me perdí anoche, pensó. La primogenitura aprobando los planes de Benison.*

El primero de los edictos no tenía nada de especial. El segundo había sido más una sorpresa. Había observado con interés las diferentes reacciones. Le sorprendió que al menos Thelonious no hubiera expresado alguna protesta, aunque quizá ya lo hubiera hecho la noche anterior.

Sin embargo, lo más interesante fue la explicación que Benison

había dado sobre la maldición. Aparte de preguntarse cómo había conseguido aquellos conocimientos, a Owain le intrigaba la idea de los recuerdos ancestrales. Hasta ahora, mientras la ciudad se hundía en el caos, Owain había estado más o menos aislado de la crisis. Trataba directamente con muy pocos Vástagos, pues así le gustaba llevar sus asuntos, y ninguno de sus ghouls había sufrido la maldición. En realidad había pasado más tiempo enamorado de su sirena y llorando la tragedia de su muerte que pensando en el mal que había exterminado a la mitad de los vampiros de Atlanta.

Sin embargo, oyendo a Benison se preguntó si no habría alguna conexión. La visión. El árbol, la torre... ¿podrían representar la demencia de la maldición? Había tenido vagas regresiones a recuerdos de la Edad Media, y se había alimentado más veces de lo que era habitual en él. ¿Era aquello el comienzo de los síntomas de la maldición? ¿Le traería la sangre la liberación final si carecía del valor para provocarla él primero?

El ruido a su alrededor disminuyó cuando el príncipe pasó al tercer decreto.

—...y no puedo por menos que aceptar mi responsabilidad por el sacrilegio que se ha producido —decía Benison—. A menos de tres kilómetros de aquí hay una iglesia, hace mucho abandonada por los creyentes mortales.

Owain sintió un nudo en el estómago.

—Sin mi consentimiento, una Cainita de siniestros planes ocupó ese lugar de oración.

Owain alzó la mirada, sabiendo lo que vendría a continuación. No quería oírlo. No quería creerlo.

—Realizó rituales, invocó demonios y rindió tributo a dioses paganos, y al hacerlo agravó la ira divina que cae sobre nosotros. ¡Quizá fuera ella la que atrajera la censura de nuestro divino Creador!

Aún recuperándose del anterior decreto, los Vástagos de Atlanta aceptaron el tercero sin más comentarios. Con un supremo esfuerzo de voluntad, Owain se mantuvo calmado a pesar de querer gritar de rabia, de lanzarse contra el príncipe.

—El problema —dijo Benison—, ha sido rectificado.

Rectificado.

Aquella palabra resonó en sus oídos. La primera cosa bella que había llegado a su vida en cientos de años, como un rayo de luz atravesando las tormentas.

Rectificado.

¡Había sido despedazada!, quiso gritar. ¡Destrozada con un hacha por un asesino sin conciencia!

Un asesino sin conciencia. A Owain le habían llamado así en el pasado. Lo *había* sido. ¿No había sido igual acaso en sus tiempos? El príncipe seguía hablando y tuvo que obligarse a escuchar, a concentrarse.

–Os hago una pregunta a todos vosotros. Solo la haré una vez, y en menos de un cuarto de hora quiero vuestras respuestas. --Se giró hacia un lado--. Kline, tráelo.

Alguien tuvo que repetirle el mensaje porque el Brujah no lo había oído, pero lentamente todos se apartaron para dejar paso al gigante. Traía a una figura cubierta con una capucha negra y las manos atadas. Owain la reconoció fácilmente.

Kline llegó al centro y se retiró mientras el príncipe se acercaba al prisionero.

–Este Cainita --dijo--, ha tenido relaciones con los infernalistas. Ha roto la ley de los Vástagos y la ley de Dios. En parte, la maldición que asóla nuestra ciudad es responsabilidad suya. --Observó lentamente a los vampiros reunidos con sus severos ojos verdes--. La pregunta que os hago a todos es: ¿alguno de vosotros ha participado en estos ritos demoníacos? ¿Alguno de vosotros está contaminado?

Silencio. El silencio de la tumba.

–Pensadlo bien --dijo el príncipe--, pues después de esta noche no habrá piedad.

Todos miraron al suelo, se movieron en sus sitios tratando de no fijarse en los demás. Owain observaba a la figura encapuchada.

–Hablad ahora --apremió el príncipe--, y seréis tratados con indulgencia.

¿Indulgencia?, se preguntó Owain. *¿Una muerte rápida?* No, el príncipe no era así. No era intencionadamente cruel. No haría más que aplicar un castigo. *¿Un castigo como el de la sirena?* Apretó los dientes detrás de sus labios, fuertemente cerrados.

Aún esperando alguna respuesta de sus súbditos, Benison extendió el brazo y le quitó la capucha al prisionero para que todos pudieran verle. Atado entre los vampiros estaba Albert. El príncipe no miró a su compañero de clan, no miró la barba afeitada toscamente, la sangre seca en los oídos, los cortes y contusiones que le cubrían el rostro, sin duda obra del Brujah. Tenía la cabeza echada hacia delante y estaba prácticamente sin sentido.

–Qué él sea una lección para todos aquellos que pretendan

mentir --dijo--. ¿Hay alguien aquí que desee indulgencia? --Su petición volvió a ser recibida con silencio.

Owain quería sacar a Albert de allí. ¿Desde cuándo conocía al Malkavian? ¿Cien años? ¿Doscientos? Estaba convencido de que él no se hubiera quedado de pie mientras un amigo era injustamente castigado. Owain podía hablar en su favor, pero hacerlo sería inculparse. ¿Cómo desvelaría entonces todos aquellos secretos?

Maldito Benison, pensó apretando los puños a los costados. *Maldito sea por Albert. Maldito sea por destruir... por destruir la belleza.*

--Muy bien --terminó el príncipe--. El tiempo de la misericordia ha pasado.

Extendió una mano y Kline volvió a acercarse, esta vez con una estaca de un metro de longitud. El príncipe tomó la madera pero no miró a Albert a la cara, como si el condenado no fuera digno de ello.

--¿Tienes algo que decir? --preguntó.

Albert levantó con esfuerzo la cabeza. Sus ojos estaban hundidos y ensangrentados, y mostraba un asomo de sonrisa. Miró lentamente a todos los presentes, aunque muchos se negaban a encontrar sus ojos. Algunos le observaban acusadores. Owain volvió a ocultarse en las sombras, pero a pesar de todo los ojos del Malkavian se detuvieron un segundo en los suyos.

--¿Qué hubiera dicho Angharad? --susurró.

--Que Dios se apiade de tu alma --sentenció Benison mientras hundía la estaca en el corazón del vampiro. Owain trastabilló, casi como si hubiera sentido la fuerza del golpe. Las rodillas le fallaron y notó cómo tropezaba con alguien.

¿Qué hubiera dicho Angharad?

Derrumbado en el suelo, los ojos quietos de Albert le observaban sin vida.

¿Qué hubiera dicho Angharad?

Se sintió enfermo y luchó para contener la bilis y la sangre. *Angharad*. ¿Cómo había podido saberlo? Owain tenía muchísimas preguntas, pero no había modo de realizarlas.

Durante un instante creyó oír un rastro de la música del canto de la sirena. ¿O era la melodía que Angharad le había cantado hacía tanto tiempo? ¿No eran la misma? No. No era más que un truco de su mente y la acústica de la fábrica vacía.

Los Vástagos no dejaban de agitarse, ansiosos por marcharse. Aquello no era la victoria sobre un enemigo. No era momento de

celebraciones. Albert era uno de lo suyos, caído y castigado. Nadie quería pensar demasiado en ello.

Ni siquiera Benison, firme en su deber, sintió placer alguno. Se quedó de pie con la sangre salpicando sus manos, su barba, su traje.

—Será expuesto al sol. Que Dios lo tenga en su gloria.

Las dos últimas noches habían sido demasiado para Owain. Primero el asesinato de la sirena, y ahora esto. *Angharad*. Necesitaba alejarse de la multitud, pero se obligó a caminar lentamente. Por suerte, después de algo así nadie se quedó a charlar. No hubiera tenido estómago para ello.

Un odio frío ardía en su pecho. Hacia Xavier Kline, el asesino, por el placer que obtenía de la destrucción. Hacia Benison, por no comprender, por promulgar sentencias de muerte. Hacia Albert, por pronunciar aquel nombre, por morir. Hacia todos los Vástagos, por vivir de forma sádica y perversa. Pero sobre todo hacia sí mismo, por una lista de pecados muchísimo más graves que los que podían haber cometido la sirena y Albert juntos.

_____ 15 _____

Si Kendall Jackson notó los puños de Owain temblando por la rabia al entrar en el coche, ignoró conscientemente el hecho.

—A casa —le dijo.

Adref.

Había rastros y señales de la sirena en todo lo que veía y oía. No podía huir de ella. Se recostó contra el asiento trasero del Rolls y se cubrió los ojos. Los oídos comenzaban a pitarle. No era tan grave como lo de Kline, que había recibido un impacto directo, pero estaba mucho de estar bien. Se frotó las sienes, como si de aquel modo el pitido, el dolor y los recuerdos fueran a desaparecer.

Por segunda vez en tantas otras noches, se había quedado quieto y había contemplado cómo un Cainita que no se lo merecía se encontraba con la Muerte Definitiva. No había luchado a favor de la sirena, no había hecho nada por Albert. Daba igual que Kline y sus matones le hubieran destruido en la iglesia con toda seguridad. Daba igual que Benison ya hubiera decidido el destino de Albert, y que ni siquiera Salomón el Sabio hubiera podido hacerle recapacitar. Él seguía castigándose con oleadas de culpabilidad.

Durante tanto tiempo no había sentido... nada. Ni alegría, ni remordimientos, ni piedad, ni culpa.

Entonces, durante unas breves semanas, la canción de la sirena le había tocado. Se había extendido hacia él y le había arrastrado, recordándole sus días mortales, días en los que las emociones habían sido fuertes, para bien o para mal. La mujer había reconocido su pérdida y le había mostrado la suya propia. Pero Owain había olvidado que la felicidad es la semilla de la pérdida. Amor, pérdida, añoranza. Humanidad. En su tiempo la había buscado. La última vez que había visto a su amor lo había estado buscando, pero ya se había rendido.

Angharad.

¿Qué hubiera dicho Angharad?

Adref. Regreso a casa.

En unas breves semanas la sirena había derribado las murallas de su fortaleza. Le había arrancado de sus seguros aposentos, del dolor seco de su existencia, y lo había arrojado al caos de la vida, con el sufrimiento y el pesar que ésta conllevaba. Y, de nuevo, la felicidad le había sido robada.

Tan seguro como que Rhys le había robado a su único amor, igual que una sombra oscura le había robado la vida en Westminster, tan seguro como que los Ventrue normandos le había robado Gales y la Inquisición a su único amigo Gwilym, Benison y Kline habían conspirado para robarle la felicidad que acababa de encontrar.

Además, para dejar clara su decisión había sacrificado al pobre Albert, y por ello Owain era doblemente culpable: traidor a su príncipe, traidor a su amigo.

¡Basta!

Se puso firme en el asiento y dio unos pequeños golpes en el asiento del pasajero delante de él, rozando el cuero con las garras.

Jackson miró nerviosa por encima de su hombro, pero clavó la vista en la carretera y no dijo nada.

Armó un brazo para atravesar la ventana... pero se detuvo. La furia había sido otro de los dones de la sirena. Sí, había sentido rabia en el tablero de ajedrez, pero durante años no había sentido nada más. Además, su frustración con la partida era una vela comparada con el sol de su odio hacia Benison y Kline.

No estaban lejos de casa. Se alisó el pelo.

Las emociones le servirían. Le proporcionarían el filo crucial, la determinación de la que había carecido durante décadas, siempre que no subordinara la razón a los sentimientos. La furia podía guiarle, pero

no debía dejar que le gobernara.

Comprendió que su error era que se había preocupado. Si no hubiera sentido interés hacía tanto tiempo, su pérdida no le hubiera acosado de aquel modo a lo largo de los siglos. Si no se hubiera preocupado por la sirena no hubiera disfrutado de las emociones que le ofrecía, como hubiera hecho con una prostituta en vida, pero a cambio la culpa por perderla no le estaría atormentando.

Le había arrastrado, le había manipulado igual que hacía con los mortales que formaban su rebaño, *igual que había manipulado a Albert*. ¿Qué visiones arrebatadoras había visto el Malkavian? ¿Qué días perdidos había recuperado? Había sido *ella* la que había a Albert llevado a su muerte. Había sido *ella* la que le había obligado a él a traicionar a su príncipe.

Había sido ella la que había pagado el precio.

Todo encajaba perfectamente, pero no podía dejar de albergar un profundo resentimiento hacia Benison y su bufón Brujah. Como todos los anteriores, gobernarían sobre él. Aprobarían o condenarían cada una de sus acciones, cada pensamiento. Igual que Rhys, igual que los normandos, igual que la Inquisición. También podía deshacerse de ese yugo.

–Señor, hay alguien en la verja frontal –dijo Jackson.

Comprobó que era cierto, y que ese *alguien* no era ningún desconocido.

–Detente a su lado. –Jackson obedeció mientras Owain abría la puerta.

–*Buenas noches, hermano mío* {***} –dijo el visitante. Era bajo, de tez oscura, y vestía un traje negro, camisa rojo oscuro y corbata negra.

{*** N.d.T: las palabras en cursiva están en castellano en el original}

–Entra –le dijo secamente.

El hombre obedeció, pero en cuanto abrió la boca para hablar Owain le hizo un gesto molesto pidiendo silencio. El español se entretuvo arreglándose la corbata mientras se acercaban a la casa en silencio.

Después de que Jackson fuera despedida para el resto de la noche, Owain llevó a su invitado a la sala de trofeos. En cuanto cerró la puerta se volvió hacia él.

–¿En qué estás pensando, apareciendo sin anunciarte y esperando en la calle frente a mi casa? ¿Te has hecho un temerario con los años, Miguel, o eres simplemente idiota?

El otro sonrió burlón. Sus dientes eran sucios y algunos estaban

partidos.

–¿Y quién en esta bendita ciudad iba a reconocerte, *hermano mío*?

–Eso no importa... –empezó Owain, alzando las manos en el aire. No tenía sentido intentar convencerle.

–Y otra cosa, en caso de que no lo hayas oído –dijo Miguel con semblante serio–. Ahora soy *sacerdote*, cura, pero como eres amigo mío me puedes llamar *Fray Miguel*.

El Ventrue estaba pasando el dedo por el filo de la espada que colgaba de la pared, y no se molestó en volverse hacia su invitado al responderle.

–No te pienso llamar así. No tienes autoridad sobre mí, y además pones en peligro tu posición con tu mera presencia.

–Tsk, tsk, tsk. –La sonrisa había regresado–. ¿Tanto te pedimos, *hermano Owain*? –Sin esperar más invitación, Miguel tomó asiento en uno de los grandes sillones de cuero–. ¿No tienes por costumbre ofrecer una bebida a tus invitados?

–¿Qué estás haciendo aquí? No has venido desde España para hablar de los viejos tiempos –dijo alejándose de la espada y sentándose frente a Miguel.

Éste se tomó su tiempo para observar la estancia.

–Tienes una bonita casa. No te ha ido mal en América, pero nunca fuiste pobre, ¿no, *hermano*? –Contempló el cenicero de peltre, pasó el dedo por la lámpara de bronce y aguardó todo el tiempo necesario, tratando de hacer saltar a su anfitrión.

Owain se resistió, reprimiendo las ganas de estrangular a su invitado.

Al final, viendo que no conseguiría su propósito, Miguel respondió.

–El Greco quiere verte.

El Greco. Aquel era un nombre que, salvo por las referencias al pintor mortal, Owain no había oído desde hacía más de ochenta años.

–Imposible. Nunca me pediría eso. ¿Es uno de tus trucos, Miguel?

El español rió entre dientes.

–Dijo que te resistirías, que en América te habías hecho blando y perezoso. –Aquel comentario sonaba mucho más cruel viniendo de Miguel que de su maestro, conocido de Owain, aunque no exactamente amigo. El invitado se llevó la mano a la chaqueta y sacó un sobre.

El trozo de pergamino que contenía le resultaba familiar. Los

bordes amarillentos eran iguales a los de la carta que había recibido hacía pocas semanas de la misma fuente, aquella carta que solo contenía seis palabras pero que había conseguido sacarle temporalmente de su hastío crónico. Esta vez el mensaje volvía a ser breve, y aún más significativo:

*Owain, debo hablar contigo.
Ven a Toledo lo antes posible.*

Como siempre, la misma caligrafía elegante. Sin firma. No era necesaria.

Leyó el mensaje una vez más.

–Imposible. Están pasando demasiadas cosas aquí. No puedo irme.

Miguel no dejaba de sonreír. Disfrutaba viendo a Owain revolverse, y se permitía el lujo de apretar los tornillos poco a poco.

–*Hermano mío*, no es una petición.

–¡Maldición! –gritó golpeando el brazo del sillón–. ¿Por qué hace esto? ¿Está intentando destruir todo lo que hemos hecho?

Miguel dejó de jugar. Siseó con ferocidad y desnudó los colmillos ante Owain.

–Olvidas lo que eres. Llevas solo aquí demasiado tiempo. Le digo al Greco que debemos vigilarte más de cerca. La información que nos envías no es tan valiosa como para olvidarte de tus demás responsabilidades. –Volvió a sentarse, alisándose la corbata–. Olvidas lo que eres, *hermano mío*. Una vez del Sabbat, siempre del Sabbat.

Owain contuvo un gruñido. Hacía muchísimos años que se había unido al Greco, pero había cosas de las que no se podía escapar a pesar del tiempo. No quería tratar con todo aquello en aquel momento. Aunque su lealtad hacia Benison estuviera prácticamente muerta, no estaba preparado para alejarse del trauma de la muerte de la sirena, de sus recuerdos de Angharad.

Leyó la carta por tercera vez. Le estaban exigiendo el precio de la libertad, y no había más alternativa que responder.

* * *

Los grandes espacios abiertos ayudaban. Algo, al menos.

Plumanegra le había dicho que había Vástagos por todas partes padeciendo la maldición. Se arrancaban las gargantas los unos a los

otros, buscando sangre. Deliraban, creyendo que eran otras personas. Nicholas temía haberse unido a ellos.

Había sido peor en la ciudad, con el ganado y sus coches, los edificios y las carreteras. Allá dónde fuera había algo o alguien.

Ahora podía ver y sentir la suave curva de la tierra, los acres y acres de trigo invernal extendiéndose en todas direcciones, de horizonte a horizonte. El cielo estaba despejado y las estrellas brillaban en la oscuridad, verdadera oscuridad, no el rosa pálido que pretendía ser la noche de la ciudad.

Y las visiones.

Habían sido mucho peores en Atlanta y se habían producido una detrás de otra, dejándole tan desorientado y confuso que en varias semanas apenas había tenido tiempo de recuperarse.

De vuelta en la naturaleza aún las padecía, pero menos a menudo. Allí era más capaz de resistir y recuperarse. Varias veces había conseguido incluso rechazar los sueños que amenazaban con poseerle. Sacaba fuerza de la tierra, sustento del aire claro, vitalidad del suelo virgen.

Sin embargo, aquella noche no era capaz de contener las visiones. Había luchado durante horas, pero ahora se encontraba en una suave pendiente, observando las estrellas y rodeado por horizontes de trigo. Estaba exhausto por la batalla y no podía resistir más.

Los sueños llegaron.

Oscuridad. Tinieblas y dolor. Visión se aclara poco a poco. Tumbado de costado. Tratando de rodar, pero incapaz de hacerlo. Dolor. *Cambia de posición... no.*

No puedo moverme.

La lanza. Los ojos se ajustan por fin hasta ver lo que ya siente. Una lanza atravesada. Roble fuerte. Parte dentro, parte fuera.

¿Día? ¿Noche? En cueva. Indefenso. Dolor. Hambre.

Dolor.

Hambre.

Oscuridad.

Vista otra vez. Cueva. Sonido. Pasos acercándose.

Cazador de la sangre mirando. Hablando.

–Es un placer volverme a encontrar contigo al fin, Blaid. Los campesinos hablan muy bien de ti. Bueno, al menos hablan *mucho* de ti.

Garganta destrozada. Dolor. No puedo moverme.

Arrodillado. Más cerca. Mordisco. Beber.

La imagen se desvaneció en las sombras y Nicholas se encontró de nuevo observando las estrellas brillantes, no el interior de una cueva. Las visiones siempre eran difíciles de captar al principio, huyendo como el agua por un desagüe. Sin embargo, tras unos minutos de concentración, algo difícil debido al hambre que le atenazaba después de los sueños, regresaban.

Blaid. El sire del sire del sire del sire de Nicholas. Su mente apenas era la de un animal, pero había sentido el poder de su sangre, contenido por la lanza que le atravesaba el corazón, diabolizado por un cazador de la sangre... Cuanto más recordaba Nicholas la visión, más claramente veía el rostro del asesino. Era una cara familiar, una que había visto con sus propios ojos.

Se puso en pie con dificultades. El hambre le estaba destrozando por dentro. Se sentía débil, confuso... y enfurecido. No solo le había seguido la maldición urbana, sino que ésta había comenzado siglos antes, cuando un morador de la ciudad había asesinado a su antepasado y le había robado la sangre.

Aquella noche el hambre de Nicholas tomó el control. Podía volver a capturar la vitae de su linaje. No estaba muy lejos. Aún quedaban unas horas hasta el amanecer, de modo que partió de inmediato. Ni siquiera la debilidad podía detenerle mientras se imponía un ritmo frenético de vuelta a la civilización, de vuelta a Atlanta. Habría venganza. Juró por el recuerdo de su antepasado que la sangre se pagaría con sangre.

Owain Evans, asesino de Gangrel, respondería por su crimen.

